



1941

UN REAL LA ENTREGA DE 16 GRANDES PAGINAS.

MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE-MARÍA, N.º 7, 2.º

NUEVA PUBLICACION.

EL PASTELERO DE MADRIGAL.

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



ENTREGA PRIMERA.-VÉASE EL PROSPECTO.

ILUSTRACION ENSERADA.

C. 1124100



EL PAPELERO DE MADRID

EN LAS CALLES DE LA PLAZA DE SAN JUAN, 10

1845
1846
1847
1848
1849
1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

Almagro

EL PASTELERO

n.º 79

DE MADRIGAL.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

DE LA BI-
BLIOTECA
DE JOSE M.
SERRET
MORENOGIL

Tomo I



MIGUEL PRATS, EDITOR.

CALLE DEL AVE-MARÍA, NÚM. 7 CUARTO SEGUNDO.

MADRID: 1862.



~~Manuel...~~

DE MADRID

Aprobada por la Censura.

(MEMORIA DEL TERCER DE TERCIO)

DE LA BIBLIOTECA DE JOSEPH...

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

149932
121

DE LA BI-
BLIOTECA
DE JOSEPH
SERRET
MORNOGIL

VIOLAR SEAS. FIDELIS

CHENET...

Imp. de C. Gonzalez, San Vicente alta, 52.

EL PASTELERO DE MADRICAL

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



MIGUEL PRATS EDITOR



PRIMERA PARTE.



LA HIJA DEL SANTON.

CAPITULO PRIMERO.

Miriam.

I.

Eran las primeras horas de la noche del día 4 de Agosto del año de 1578.

Los muecines del ejército de Sydi Abtmed, rey de Marruecos, y los de la mezquita de la pequeña población y castillo de Alcazar-Kibir, hacia ya mucho tiempo que habian anunciado á los moros la hora de la oracion de la noche.

Aquel día habia sido sumamente caloroso, y una neblina roja habia envuelto el resplandor del sol.

Habia sido uno de esos dias intolerables en Africa.

Con la tarde se habia levantado la brisa, se habia despejado la atmósfera, y la luna llena reflejaba en la corriente del rio Lukos, sobre cuya orilla derecha, y á dos leguas del mar, se levanta Alcazar-Kibir en el punto donde el rio Mokazem desagua en el Lukos, que va á desembocar en el mar junto á Larache.

Los lugares que hemos nombrado y la fecha que hemos citado, recuerdan uno de los mayores desastres que han sufrido los europeos en Africa.

Aquel día entre el Lukos y el Mokazem, sobre la llanura que se llama de Alcazar-Kibir, se dió la terrible batalla de los Xerifes, en que murieron tres reyes y Portugal fué vencido de una manera tal, que no puede oirse sin una profunda sensacion la historia de aquel suceso.

II.

Estamos, pues, sobre un campo de batalla cubierto de cadáveres.

Diez mil cristianos, entre cuyo número se contaban españoles, italianos, alemanes y portugueses, habian sido muertos; presos y cautivados, cinco mil; pero no sin que estos hubiesen tendido un enorme número de enemigos.

La llanura, pues, estaba ensangrentada, horrible.

Los marroquíes vencedores, entregándose á su aficion al pillage, recorrian en una muchedumbre infinita el campo de batalla, desnudando los cadáveres y buscando con ánsia los de los caballeros y nobles del rey don Sebastian, que habian visto cubiertos de galas y joyas durante la pelea.

III.

Mas allá de este campo de batalla, horrible por el número infinito de muertos y por los rojizos resplandores de las hachas con que se alumbraban los saqueadores, á la distancia de un tiro de cañon, sobre la orilla derecha del Mokazem, habia y aun hay una pequeña eminencia cubierta de robles, castaños silvestres y alcornoques.

Un estrecho sendero, serpeando por entre la maleza, era la única entrada al centro de aquel bosque, y en este centro descubierto en una estension de trescientos pasos cuadrados, sobre un terreno engalanado por una vejetacion poderosa, se veia uno

de esos pequeños edificios cuadrados, cubiertos por una cúpula redonda y abiertos por una pequeña puerta de herradura, que se llaman morabitos ó ermitas, donde está enterrado un santón venerable, y donde sobre la tumba de aquel vive otro santón tan venerado por los habitantes del campo y de la ciudad, como lo había sido en vida el santón difunto.

Delante del edificio, entre las altas y exuberantes yerbas, se levantaba un poste de piedra, y de la parte superior de este poste por un ancho agujero y por una teja puesta en él, caía un grueso chorro de agua clarísima sobre una tosca pila, de la cual rebosaba el agua, formando un arroyo que iba á regar el huerto que rodeaba á la ermita, y dar vida á las magníficas parras que la daban sombra apoyadas en piés de madera de roble, estableciendo un tupido toldo de verdura.

Las legumbres, las flores y las plantas aromáticas crecían en el huerto entre árboles frutales, y el arroyo despues de serpear entre ellos, se deslizaba entre la vegetacion, se metía entre los árboles silvestres, é iba á caer por la vertiente de la pequeña colina en el cercano río Mokazem.

IV.

El lugar fructífero, rodeado por una maleza bravía se dejaba ver bajo la luz de la luna llena, tan hermoso y tan tranquilo, cuanto era horrible y animado por una actividad incansable el campo de batalla que se extendía á poca distancia.

Por la puerta de herradura de la ermita se veía en su interior el opaco reflejo de una luz, lo que parecia demostrar que en aquellos momentos velaba alguien dentro.

Sin embargo, no se percibía el más leve rumor.

Solo se oía el ruido monótono de la caída del agua sobre la pila, el leve susurro del arroyo que en la pila nacia, el zumbido leve de las ojas de los árboles, agitadas por la brisa, y de tiempo en tiempo el largo trino de algun ruiseñor.

V.

Llegó un momento en que se oyó el ruido de las voces de dos hombres que se acercaban por el sendero entre los árboles en dirección al morabito.

Aquellas dos voces, cuando se acercaron lo bastante para que pudieran percibirse con alguna claridad, dejaron conocer que hablaban en árabe.

Era la una gutural, grave, enérgica, imperiosa.

La otra evidentemente extranjera, dejaba notar el acento portugués, y suplicaba.

La voz que hablaba en árabe puro pronunciaba algunas palabras irritadas, y la otra voz callaba.

VI.

Apenas pudo penetrar en el morabito el eco de aquellas voces, cuando se vió una sombra en el interior, y poco despues apareció en la puerta de herradura y se destacó sobre el fondo el contorno de una mujer.

No podia juzgarse más que de su estatura y de su actitud, porque estaba envuelta en la sombra, sirviéndole de fondo ligeramente luminoso el reflejo de la luz que habia en el interior.

Tenia aquella mujer una esbeltez suma, y de su manera de esperar, porque esperaba atenta al ruido, se deducia que era alta y dominadora: era alta y delgada, pero como debe ser alta y delgada una mujer para ser bella, y se notaba que su traje era sencillísimo, por la severidad casi antigua de sus líneas, que dejaban conocer, medio veladas, formas excesivamente esbeltas de mujer.

VII.

Adelantó al fin con paso lento, y grave, y saliendo de debajo del emparrado, se puso completamente bajo la clara luz de la luna.

Dos hombres habian aparecido.

La mujer habia adelantado en silencio hácia ellos, y se habia detenido junto á la fuente.

La luna la iluminaba de lleno.

Era hermosa y jóven; pero con una excesiva fuerza de hermosura y de juventud.

Tenia sobre la cabeza una sencilla y blanquísima toca de lino, y demostraban que era doncella, teniendo en cuenta las costumbres de los moros, dos largas trenzas negras, pesadas y brillantes que caian sobre sus hombros y se unian en un lazo más abajo de su cintura.

Una túnica, una especie de camisa de lana finísima, sin mangas, larga hasta la mitad de la pierna, dejando descubierto su cuello, sus hombros y sus brazos, pero cubriendo pudorosamente el seno, ceñida en el talle por una faja de seda de vivos colores, cuyos extremos colgaban por delante, era su único traje, bajo el cual se veia el borde de una camisa de lienzo.

En la parte superior de cada uno de los brazos tenia gruesas argollas de oro, y en las gargantas de los piés dobles ajorcas ó aros del mismo metal, que cuando andaba producian un ruido sonoro semejante al de dos pequeños grilletes.

Por último, calzaba babuchas de tafilete amarillo, bordadas ligera y bellamente con hilo de plata.

VIII.

Llegaron al fin muy cerca de ella los dos hombres que se acercaban.

El uno con el traje de soldado portugués, el otro con el de los kabilas pastores y nómadas del Moghreb, que viven allí donde encuentran pasto fresco para sus ganados.

El portugués llevaba un colete de ante, manchado de sangre, unas mangas muy ricas y muy acuchilladas, pero ajadas y cubiertas de polvo, y unas calzas de grana manchadas de sudor.

Iba descalzo.

Se comprendia que durante la batalla le habia servido de calzado el zapato revestido de acero de su arnés, y que al ser

despojado de él, le habían dado unas malas babuchas, de las cuales conservaba una sola.

El otro pié asomaba desnudo por entre la calza rota.

Llevaba descubierta la cabeza, cortado rigurosamente el pelo, ensangrentado el rostro y la barba completa y corta á la moda de los tiempos del emperador Cárlos V.

Estaba encorvado bajo el peso enorme de una multitud de objetos, como vestidos, armas, cascos, escudos, todo liado en un alquicel roto y ensangrentado.

A no dudarlo, servia de acémila al moro que le llevaba prisionero.

Este moro era un ser singular.

Alto, encorvado, pero fuerte, ceñudo, nervudo, vestia únicamente una chilava corta, sucia, de lana gruesa, de color indefinible, entre pardo y rubio, que debió ser en otro tiempo blanca, y un albornoz negro, hecho girones, cuyo capuchon estaba sujeto en rededor de la cabeza por una sucia toca verde.

Lo negro del alquicel demostraba que descendia de los almoravides, y la toca verde, que pertenecia á la familia de los xerifes descendientes de Mahoma.

La chilava ó túnica interior estaba ceñida á la cintura por una delgada tira de cuero curtido, y en esta tira estaban sujetos un largo rosario de cuentas relucientes por un continuo uso, y una gumia larga y curva como un alfanje, y una bolsa de municiones.

Iba completamente descalzo y llevaba sobre su hombro con la culata para arriba una inconmensurable espingarda, el número de cuyas abrazaderas no bajaba de quince.

Parecia imposible que con un arma de tal longitud pudiera hacerse de ninguna manera fuego.

Además, el sucio y miserable traje de este moro estaba enteramente manchado de sangre.

IX.

No era lo más singular de este hombre su traje, que al mismo tiempo que por su color demostraba lo ilustre de quien le vestia, era notable por su miseria, por su suciedad.



.....LE EMPUJÓ CON UNA VIOLENCIA BRUTAL.....

Lo que hacia característico, terrible, excepcional á este hombre, era su semblante, su forma, su aspecto todo.

Tenia la frente ancha, saliente, rugosa; anchas y largas cejas canas y, bajo su sombra, dos ojos de un tamaño enorme, negros, relucientes como los de un leon entre la oscuridad, arrojaban de sí un fuego sombrío, un fuego de calentura, inquietos, torvos, amenazadores; dejando ver siempre una expresion de insensatez, de predominio salvaje, de soberbia indómita: su rostro era excesivamente oval, sus pómulos salientes, sus megillas deprimidas, su nariz recta y larga, y su barba crecida, prolongada hasta la mitad del pecho, de un blanco impuro: sus brazos desnudos, enjutos, fuertes, estaban cubiertos de un largo vello, y sus negros piés, de pierna delgada, estaban encallecidos por la costumbre de andar descalzos sobre las rocas y sobre las malezas.

Este hombre era muy alto y muy enjuto, de color atezado, y aparecia encorvado, pero como encorvado por su propia fiereza.

Aquel era un tigre viejo y loco, con figura de hombre, de la raza de los almoravides, santon respetado ciegame, y de la familia de los xerifes descendientes del Profeta.

Aquel era el ermitaño, el habitante del morabrito de Al-Mokacem, que así se llamaba la frondosa colina, en cuyo centro se elevaba el morabrito.

Este santon se llamaba Sydi Juzef Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzari (1) y tenia una grande autoridad, superior á veces á la de los xerifes, sultanes de Marruecos.

Apenas llegó cerca de la jóven Sydi Juzef, asió la carga que el portugués llevaba sobre sí, y la arrojó al suelo: luego asió al portugués por el cuello, le empujó con una violencia brutal, y le arrojó bajo el emparrado.

El prisionero gimió, y se acurrucó temblando.

Sydi Juzef se apoyó en su espingarda, se inclinó sobre el chorro de la fuente y bebió.

Se limpió la boca con la parte superior de la mano, y luego

(1) Esto es: Mi señor Josef, servidor del fuerte de la familia de los Ansaríes ó descendientes del Profeta.

dijo con voz profunda y severa, dirigiéndose á la jóven :

—¿Por qué no duermes ya, Miriam?

—He estado oyendo todo el día el trueno del cañon: he estado allí,—y la jóven estendió de una manera nerviosa su brazo desnudo, más blanco que la luz de la luna,—allí, en la entrada del bosque, mirando allá, mucho más allá, donde hombres innumerables se mataban: tú estabas allí, padre, y yo tenia miedo; tú no habias venido aun, y yo no podia dormir.

Y la jóven dejó caer su brazo, quedando en su elegante y magnífica actitud, con la cabeza erguida y la mirada fija en su padre, con un amor y una ternura infinitos.

—¡Oh, y qué día tan venturoso ha dado el Señor fuerte é invencible, á sus creyentes del Moghreb! dijo Sydi Juzef sonriendo de una manera horrible y dejando ver su blanca y fuerte dentadura. ¡Oh, y cómo caian los insensatos, ciento á ciento, mil á mil, bajo el filo implacable de nuestra espada! hemos estado matando, Miriam, desde la hora de adohar (1) hasta la de almoghreb, y no hemos matado más porque ya nuestros brazos se cansaban: ¡oh, qué día tan venturoso nos ha concedido la misericordia del Señor Dios Altísimo y Único!

—¡Pero tú vienes herido, padre! dijo con ansiedad Miriam: tus vestidos están ensangrentados.

—Con sangre impura de infieles enemigos malditos de Dios: los arcángeles han combatido conmigo: el Señor misericordioso no ha querido que su siervo vaya á gozar las delicias del Paraíso, ni que su hermosa Miriam quede huérfana y sola. ¡Loado sea el nombre de Dios!

Y luego soltando una carcajada loca, estridente, exclamó:

—¡Todos! ¡todos! ¡ahí han quedado todos tendidos! sus banderas que nos desafiaban insolentes, han rodado por el suelo y ahí traigo yo una,—añadió señalando el enorme envoltorio:—¡todos, y el rey cristiano, y los dos xerifes, mis hermanos! ¡oh, qué día tan venturoso, Señor!

—¡Han muerto Sydi Al-Malek y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah, mis tios! exclamó Miriam.

(1) Adohar, medio día; almoghreb, puesta del sol.

—Dios con su muerte nos da la paz: ellos han llamado al enemigo cristiano, y el rayo de Dios ha caído sobre ellos.

—¿Pero quién es hoy el sultán, padre?

—Sydi Ahtmed, sobrino de Al-Malek, ha sido proclamado por el ejército.

—¡Sydi Ahtmed! exclamó Miriam.

Y sus ojos dejaron ver un relámpago de desprecio.

—¡Tengo hambre! dijo Sydi Juzef.

Y haciendo el pesado envoltorio, le metió en la ermita.

Miriam le siguió y se detuvo junto al portugués, que continuaba encogido y temblando.

De los negros ojos de la joven salió para aquel hombre una mirada misericordiosa.

Al mismo tiempo apareció de nuevo en la puerta Sydi Juzef, y adelantó hacia el prisionero.

Miriam dió un paso y se colocó ante aquel desdichado y su padre.

—¿Qué vas á hacer? dijo con voz segura y dulce la joven.

—¿De qué sirve ese ratón moribundo? dijo ferozmente el santo: cada cristiano que se mate, es un paso que se adelanta para llegar al Paraíso.

—No viertas sangre junto á la tumba de un justo, dijo Miriam señalando con un dedo inflexible el interior del morabito.

—Es un perro cristiano, dijo creciendo en su cólera Sydi Juzef.

—¿Los cristianos, no siguen á Jesús, padre? dijo la joven.

—Sí.

—¿Y Jesús no es un hombre de Dios? ¿no es un Profeta?

—Sí, pero mi abuelo Mahoma fué profeta más querido de Dios que Jesús.

—¿Y por qué cuando rezamos llamamos á Jesús el Espíritu de Dios?

—Porque era un varón de ciencia y de virtud, dijo con respeto Sydi Juzef.

—Y dime, padre, ¿no era Jesús hijo de una virgen?

—Sí... de una virgen más pura que el pensamiento del justo.

—¿Y no se llamaba esa virgen Miriam?

—Sí.

—Pues bien: por la vírgen madre de Jesús, cuyo nombre llevo, no más sangre, padre: este hombre es mi cautivo. Yo le quiero para que me sirva y para que me cuente historias de su tierra.

—Sea como tú quieras, Miriam, dijo el santón: pero que yo no le vea.

—¿Y por qué? voy á socorrerle ya que es mi esclavo, mientras tú cenas, padre: mi doncella Ayelah está dentro y te servirá.

Sydi Juzef gruñó como un mastin á quien sujetan, y se entró en la ermita.

Miriam se acercó al portugués y le levantó.

CAPITULO II.

Xerife contra xerife.

I.

Aquel hombre apenas pudo mantenerse en pié.

Fijaba en Miriam una mirada vaga, cobarde: estaba aterrado.

Temblaba de una manera violenta: respiraba apenas mirando á la jóven: parecia que tenia miedo á lo que iba á ser de él.

—¿Estás herido? dijo la jóven.

—No, herido no, contestó el prisionero con voz apenas perceptible: cansado, muy cansado... y el corazon... ¡oh rey miol ¡mi noble rey! ¡mi valiente rey!

Y el prisionero se apoyó en uno de los fuertes piés de roble que sostenian la parra, y quedó abatido y en silencio.

—¡Kaimo! dijo con voz sonora Miriam volviéndose hácia la puerta del morabbito.

Poco despues apareció un hombre alto que adelantó hácia Miriam.

La luz de la luna dejó ver á aquel hombre.

Era un magnífico esclavo negro y jóven como de treinta años.

Tenia los ojos muy grandes y muy rasgados, de expresion franca y valiente, y en su semblante habia una gran regularidad dentro del tipo de su raza.

Vestia un traje de beduino montañés: sayo pardo descotado sobre una camisa que se cerraba alrededor del cuello, mangas anchas de un corte sumamente elegante, y falda corta que no pasaba de las rodillas, plegada en la cintura por una correa de piel de toro de color de avellana con hevilla de acero, que sujetaba una larga gumía: en la cabeza llevaba un pequeño gorro cónico de lana encarnada, y en las piernas medias blancas rayadas horizontalmente de azul, y en los piés babuchas encarnadas.

Se comprendía que Miriam gustaba del aseo, y cuidaba de que sus esclavos estuviesen bien vestidos.

El traje de Kaimo, aunque no era rico, era sumamente limpio y elegante.

Kaimo se inclinó al llegar junto á la jóven, como se hubiera inclinado delante de una sultana.

—¿Qué hace Sydi Juzef? dijo Miriam.

—Sayda (1), contestó el esclavo sonriendo y mostrando al sonreír su blanca dentadura: Sydi Juzef come con muy buen apetito.

—Sydi Juzef, dijo Miriam, ha cautivado en la batalla á este cristiano, y yo le he tomado para mí.

—Mala suerte habeis tenido hoy, dijo Kaimo volviéndose al portugués que seguía apoyado en el varal de la parra y con la cabeza inclinada: el arcángel Azrael (2) os ha azotado los rostros con sus alas negras, y os ha puesto espanto en los corazones: pero tú has sido afortunado: vale más ser esclavo de Sayda Miriam, que kaid (3) de la guardia negra del sultan: Sayda Miriam es hija de un xerife y corre por sus venas la sangre del Profeta (4).

El cautivo gimió, y como contestando á su dolor, no á lo que Kaimo habia dicho, dijo sollozando:

—¡Oh, mi desventurado rey!

—Ese desdichado, dijo Miriam á Kaimo, no está herido, pero está cubierto de sangre y polvo, y tiene los vestidos destrozados;

(1) Sayda quiere decir mi señora, como Sydi quiere decir mi señor.

(2) Segun el Koran, el arcángel Azrael es el arcángel de la muerte.

(3) Capitan de cien ginetes.

(4) Denominacion que los musulmanes dan por excelencia á Mahoma,

además, su traje cristiano irrita á mi padre; lávale, Kaimo, y pónle uno de tus vestidos nuevos: alienta tú, añadió Miriam pasando junto á él en direccion á la puerta del morabito, ningun mal puede sucederte aqui: eres mio.

Miriam tras esto entró en el morabito.

Kaimo fué al portugués, asió de él blandamente, y le llevó al interior entrando con él por un estrecho corredor.

II.

El morabito inmediatamente despues de la puerta, tenia un vestibulo pequeño de bóveda de ladrillo agramilado.

Los muros eran de lo mismo y el pavimento de mármol.

Al frente habia una puerta de arco de herradura, y por ella se entraba á un espacio como de diez varas cuadradas de extension, en el centro del cual habia una losa de mármol blanco, larga y estrecha, rodeada por una balaustrada de madera de alerce.

No podia leerse la inscripcion arábica que estaba grabada sobre la losa, porque aquella losa estaba cubierta en gran parte de pequeñas piedras.

Cada una de aquellas piedras era un testimonio de que un musulman devoto habia orado por el anciano morabito ó ermitaño que allí estaba enterrado.

Los musulmanes cuando oran sobre un sepúlcro echan en él una piedra.

Lo mismo hacen nuestros arrieros y nuestros campesinos, especialmente en Andalucía, cuando rezan un Padre nuestro delante de una de esas pequeñas cruces, que se ven por desgracia con demasiada frecuencia, y que tienen una tablilla en que sobre poco más ó menos dice lo siguiente:

«Aquí murió á mano alevosa fulano de tal: el dia tantos: rogad á Dios por su alma.»

El arriero ó el campesino rezan un Padre nuestro ó un Ave-María, sombrero en mano, y luego ponen una piedra sobre uno de los brazos de la cruz, y siguen su camino cantando una rondaña.

Esta costumbre, como otras tantas de Andalucía, es una costumbre morisca.

III.

Las paredes y el techo del recinto en donde estaba el sepulcro del anterior santón, estaban cubiertas de bellos, aunque sencillos arabescos, y alrededor, al pié de estas paredes, se veía una faja de la altura de una vara, de hermosos azulejos, formando una caprichosa labor.

Una lámpara de hierro que ardía constantemente, dejaba ver todo esto.

Por las otras dos puertas se entraba á las habitaciones de los vivos: las de la izquierda pertenecían á Sydi Juzef: las de la derecha á Miriam.

IV.

La jóven cuando entró en el morabito, tomó por la izquierda; esto es, fué á la habitación de su padre.

Acababa de cenar.

A un lado había una tartera con restos de alcuzcuz.

El santón estaba de rodillas revolviendo los objetos que había traído sobre sus espaldas el cautivo portugués.

Aquellos objetos eran despojos de la batalla.

Había gruesas cadenas de oro, algunas sobrevestas de seda y de brocado, un yelmo, dos escudos de hierro con incrustaciones de oro, una espada riquísima y una tela fuerte enrollada en un palo dorado.

Cuando Miriam entró, Sydi Juzef blandía con placer la espada.

Una sonrisa cruel entreabría su ancha boca de labios delgados y dejaba ver su aguda dentadura.

Sus ojos brillaban con un gozo cruel.

— ¡La espada del rey cristiano! dijo, sintiendo á Miriam y mirándola de hito en hito: ¡una rica espada!

—¡Ensangrentada hasta el puño, padre! observó Mirian.

—El rey portugués era muy valiente: peleaba como un león.

—¿Le has visto tú, padre?

—¡Oh, sí! era un hermoso mancebo; pero Dios le abandonó al filo de nuestra espada, y la muerte destruyó su hermosura: ¡oh! y aquí, aquí también está su estandarte: querían llevárselo á mi sobrino el sultan Ahtmed: ¿pero quién se atreve á disputar nada al hombre de Dios, al xerife Sydi Juzef?

—¡El estandarte del rey cristiano! exclamó con arrogancia Mirian.

—Sí, sí, mira: dijo el santón cogiendo el estandarte y desenrollándolo.

Era un estandarte de dos puntas de damasco rojo, con franjas y flecos de oro y bordadas en el centro las cinco quinas con los cinco roeles, que son las armas de Portugal: esta bandera estaba sujeta por una vara dorada, y en aquella vara quedaban todavía los cordones de oro y seda y las borlas de oro con que había estado suspendido del asta ó porta estandarte, que habían dejado en el campo, sin duda por embarazoso.

Sydi Juzef, levantando con sus dos manos sobre su cabeza el estandarte, estaba completamente cubierto con él.

—Yo le colgaré, dijo, sobre el sepulcro de Sydi Al-Motamed, este yelmo, este escudo y esta espada, que fueron del rey cristiano, los pondré colgados del muro, á la derecha de la puerta, delante del estandarte para que los vean los creyentes que vengan á orar al morabito.

—¿Y qué ha sido del rey cristiano? dijo con su voz siempre tranquila y sonora Mirian.

—Uno de sus esclavos ha entregado su cadáver á mi sobrino el xerife Ahtmed: yo estaba allí y pude disputársele á Sydi Ahtmet: ¿quién se hubiera atrevido á oponerse á mi voluntad? Se lo he dejado á mi pariente; él tomará por el cadáver un gran rescate que yo no quiero: el precio de la venta de carne de perro, es un dinero impuro, y la desgracia caería sobre la casa en que estuviese enterrado.

—Y tus tesoros, además son inmensos, padre, dijo la jóven.

—¡Oh, sí, sí! el ermitaño de Ain-al-Mokazen recibe limosnas más cuantiosas que los tributos que los moghrebies dan al

sultan: ¿no vienen de todas partes allá desde el Atlas y desde las montañas de Daren, desde Túnez y Trípoli y desde las más remotas riveras de nuestros mares enfermos y endemoniados á quienes da la salud? ¿quién ha curado más milagrosamente que yo?

—Padre, tú eres un gran médico: tú conoces todas las yerbas que curan.

—Y todas las yerbas que matan, contestó sonriendo horriblemente el santón: además, cuando las plantas ó las cosechas han enfermado, ¿quién las ha vuelto su vigor? cuando el cielo no da lluvia á los campos, ¿ha sido necesario más que el que yo estienda las manos hácia los campos y mire al cielo, para que este se cubra de nubes y caiga la lluvia á cataratas?

—Padre, los espíritus invisibles hablan contigo, dijo con un acento singular Mirian.

—¡Calla! ¡se acerca alguien! dijo Sydi Juzef escuchando con una atención salvaje, y poniéndose de pié.

V.

No se había engañado el santón.

Un caballero moro, ginete en un caballo árabe y seguido de diez soldados de á caballo de la guardia negra del sultan, había penetrado en la hermosa pradera que rodeaba al morabito, había desmontado á su puerta, y llamado á ella con el regatón de su lanza.

Kaimo había acudido.

—Dí al hombre de Dios, dijo con altanería el caballero, que le busca un kaid del xerife Sydi Antmed y le trae órdenes suyas.

Kaimo entró inmediatamente en el aposento donde estaba el santón y su hija, y encorvándose respetuosamente trasmitió palabra por palabra el mensaje del kaid.

—¡Órdenes! ¡mandatos! exclamó pálido de cólera Sydi Juzef: ¿quién aconseja á ese vanidoso Sydi Ahtmed?

Y se lanzó fuera.

—¿Cómo te has atrevido á venir aquí sin que yo te llame?

dijo con voz terrible y con los ojos inyectados en sangre, congestionados por el furor.

—Santo morabrito, contestó con respeto el kaid: no soy yo quien te habla, sino el poderoso xerife Sydi Ahtmed.

—Sydi Ahtmed es un insensato: ¿qué quiere?

—Sydi Ahtmed sabe que te has apoderado del estandarte real de Portugal, de la espada y de las armas del rey portugués, y te las pide respetuosamente, para ponerlas en la grande aljama (1) de Marruecos.

—Xerife por xerife, contestó con una soberbia inmensa Sydi Juzef, yo valgo y puedo más que Sydi Ahtmed: recoja en buen hora la corona que yo le dejo porque la desprecio, pero que no se atreva á lo que yo he santificado tocándolo con mis manos. Vete.

—Sydi Ahtmed cree que esos reales despojos realzarian más la grandeza de su grande aljama: dijo con acento sumamente respetuoso el kaid.

—Casa de Dios por casa de Dios, el morabrito de Ain-al-Mokazen, es tan santo como la grande aljama de Damasco.

—Indudablemente, venerable morabrito; pero en la grande aljama verán más gentes el testimonio de largueza con que el Señor nos ha favorecido en esta memorable batalla.

—Si pronuncias una palabra más, si te detienes junto á mi puerta un momento más, tomo tu cabeza, y con ella me voy á tomar la de mi sobrino Sydi Ahtmed. Veremos entonces si hay alguno que se atreva á desnudar contra mí su espada, si yo mismo me proclamo entre el ejército sultan.

El kaid se prosternó y dijo:

—Pon tus manos sobre mi cabeza, para que desaparezca de mí el pecado de haber causado tu cólera, hombre de Dios.

—Que el Señor te perdone y perdone al insensato Sydi Ahtmed. Vete.

El kaid montó á caballo y partió.

Sydi Juzef se volvió lentamente, y pasando junto á Mirian

(1) Mezquita mayor.

que estaba á la puerta sin hablarla, entró en su aposento y apagó la lámpara.

Esto significaba que Sydi Juzef se entregaba al sueño, y Mirian no se atrevió á dilatar más el momento de su reposo.

Mandó á Kaimo cerrar la puerta exterior del morabito, y se encaminó á su habitacion.

CAPITULO III.

Francisco de Aldana.

I.

Delante de la habitacion en que vivia, comia y dormia Mirian, habia otra pequeña habitacion que comunicaba con ella por un pasadizo como de tres varas de longitud.

Este pasadizo tenia dos puertas.

Una que daba á la antecámara, y otra que correspondia á la cámara.

Cuando se cerraba la puerta exterior y Mirian se recogia, se cerraban aquellas dos puertas.

Mirian quedaba encerrada con su doncella Ayelah, que dormia á los piés del divan de su señora sobre una alfombra, y en la antecámara, sobre una estera de palma, delante de la primera puerta del pasadizo, dormia el negro Kaimo.

Fuera del morabito, para describir de una vez la vivienda del xerife Sydi Juzef, habia un cobertizo dividido en dos mitades: la una mitad servia de cocina, y la otra mitad de establo, donde habia dos hermosos caballos de batalla, y dos robustos asnos.

Los caballos servian, el uno al santon, cuando en vez de combatiente de á pié queria serlo de á caballo, y el otro á Kaimo.

Los dos asnos eran las cabalgaduras de Mirian y de su doncella Ayelah.

Se recogían además por la noche al establo las aves domésticas que durante el día vagaban en libertad alrededor de la ermita, y por último, en un aposento cerrado adherido al establo, se guardaban las armas ofensivas y defensivas del xerife y del esclavo, y las monturas de los cuatro animales.

II.

La habitación de Mirian era la más rica del morabbito, sin dejar de ser sencilla.

Tenia una estension de ocho varas cuadradas: las paredes revestidas de estuco labrado con zócalos de azulejos: el techo de madera labrada entrelazada con estrellas y escudos dorados y de colores: sobre el pavimento una alfombra rica: en un ángulo un ancho y blando divan de grandes almohadones de damasco: en uno de los testeros un grande espejo veneciano con marco negro y dorado: en otro testero un grande arcon de roble labrado, con tres cerraduras y anchas abrazaderas de hierro: una lámpara de cristal opaco pendiente del techo, y un braserillo de plata para los perfumes.

En aquella habitación, desde que la ocupaba Mirian, no había entrado nadie más que Ayelah, que era de la misma edad que su señora, y su padre Sydi Juzef.

Kaimo jamás había levantado el tapiz de la primera puerta del pasadizo: ni aun sabía cómo era la habitación de su señora.

III.

Cuando Mirian entró en su aposento, se sentó sobre el divan cruzando sus piernas, y apoyó su bello y expresivo semblante en una de sus manos, permaneciendo inmóvil y pensativa.

Ayelah puso junto á ella sobre el divan una gran bandeja de plata, en que había en escudillas del mismo metal alcuzcuz cocido con leche y miel, carne conservada con manteca ó grasa de vaca, no de cerdo, frutas y pan blanco.

Había dejado además sobre la alfombra un magnífico jarron de plata lleno de agua clarísima.

IV.

Mirian no reparó en esto: continuaba abismada en su pensamiento.

Sin darse razon de ello, sin pretender dársela, la impresionaba la idea de aquel rey jóven, hermoso y valiente, que habia venido de su reino á morir de una manera tan desastrosa sobre los campos de una tierra extraña.

Mirian sentia una viva ansiedad por conocer el cadáver de aquel rey, ya que no podia conocerle vivo, y buscaba el medio de satisfacer su deseo.

El cadáver del rey estaba en los reales del xerife Ahtmed, y para verle era necesario ir allí.

Mirian, cuya voluntad jamás habia sido contrariada, que egercia un dominio absoluto sobre su padre, y que participaba de su inmensa influencia, cuyo nombre era conocido y respetado en todo el imperio marroquí, no daba tormento á su imaginacion para ver el modo de lograr que su padre la permitiese ir á aquella extraña visita á un cadáver: en lo que Mirian pensaba, era en ir á los reales de Sydi Ahtmed, con la seguridad de que su primo no saliese al encuentro.

Porque su primo Sydi Ahtmed la repugnaba de una manera excesiva.

En compensacion, Sydi Ahtmed estaba locamente enamorado de su prima Mirian.

La locura de amor del terrible xerife consistia acaso en que Mirian le habia despreciado de cuantas maneras despreciantes y aflictivas puede despreciar á un hombre una mujer.

Mirian, pues, deseaba conocer á aquel rey, cuyo estandarte y cuya espada la habia mostrado su padre, y se abstraia buscando la manera de penetrar en los reales de su primo sin que éste la viera.

Y tan abstraída estaba, que no vió á Ayelah poner á su lado la bandeja servida, ni aun el olor de los succulentos manjares la distrajo de su pensamiento.

—Sayda, dijo Ayelah: cuando comas, todo estará frio si lo dejas.

Mirian alzó la cabeza al escuchar la voz de Ayelah.

—¿Qué dices? la preguntó con una ligera impaciencia.

Ayelah repitió dulcemente su observacion.

—¡Ah! dijo Mirian, no tengo apetito: llévate eso: pero no, espera: ¿ha comido el cautivo cristiano?

—No señora, respondió Ayelah.

—¡Infeliz! ha estado peleando todo el dia, está rendido, tendrá hambre, ¡y yo me habia olvidado!... ve por él y que coma.

—¿Y ha de entrar aquí, Sayda? dijo con extrañeza Ayelah.

—¡Aquí! contestó con imperio Mirian.

—Pero si tu padre lo sabe, si se irrita... se atrevió á decir la esclava.

—¡Tráele! repitió con imperio Mirian.

Ayelah salió.

Mirian volvió á abismarse en sus pensamientos.

Poco tiempo despues, entró Ayelah trayendo consigo al cautivo portugués, que apenas podia tenerse de pié.

Vestia un traje beduino, exactamente igual al que hemos dicho vestia Kaimo.

Éste le habia labado, y el portugués aparecia jóven y buen mozo, y de aspecto noble y distinguido.

Adelantó hasta llegar cerca de Mirian, y conoedor sin duda de las costumbres de los moros, estendió hácia ella la mano derecha, la tocó casi la orla de la túnica, inclinándose profundamente, y besó la punta de sus dedos.

—¿Tú eres moro? dijo Mirian.

—No, Sayda, respondió en buen árabe el cautivo.

—Pareces moro; hablas muy bien nuestra lengua: dicen que entre los cristianos hay moros que han renegado de Mahoma.

—Yo no he renegado de nadie, Sayda: yo soy cristiano, de nacion portugués, y si sé hablar el árabe, es porque he estado mucho tiempo en Ceuta, que es como sabes una ciudad africana que pertenece á la corona de Portugal.

—Siéntate; estás muy cansado: siéntate y come.

El portugués se sentó en el extremo del divan y permaneció inmóvil y abatido.

La bandeja con los manjares estaba sobre el divan, entre la sultana y el portugués.

—¿Por qué no comes? dijo dulcemente Mirian.

—¡Ah! no puedo, Sayda, no puedo: me estoy muriendo: mi pensamiento no se aparta de la batalla: estoy viendo siempre el estandarte real, que se perdía entre el tumulto, en medio del horror y de la carnicería de la batalla: estoy viendo al rey mi amo, á mi noble rey, que se perdía entre aquel torbellino: veo vacilar su estandarte y caer, y perderse como una encina herida por el pié entre la selva: veo el estandarte de don Manuel de Meneses, del bravo obispo de Coimbra, caer tambien: y luego, portugueses que huyen, que son muertos en la fuga: despues, nada..... nada más que oleadas incesantes de caballería marroquí, innumerable, furiosa, ensangrentada, que pasaban sobre los cadáveres, sobre los moribundos, sobre los heridos. ¡Oh! yo me estoy muriendo; me está matando ese horrible recuerdo de exterminio, que me parece un sueño de sangre. ¡Oh, mi noble rey! ¡mi desventurado rey!

—¿Es verdad que el rey cristiano ha muerto en la batalla? preguntó con voz insegura Mirian.

—Yo no lo sé, contestó el cautivo.

—¿Pues no dicen que el cadáver del rey cristiano está en el campamento del sultan Sydi Ahtmed? preguntó con ansia Mirian.

—Sí, sí; en una tienda, en el campamento del sultan hay un cadáver que se parece á mi señor, que yo creo que es mi señor; pero no lo puedo asegurar, porque.....

—¿Por qué? preguntó acreciendo en ansiedad Mirian.

—Porque..... yo sé muy bien todas estas cosas: yo me he criado en mi tierra en el palacio de mis reyes: he sido paje, primero del príncipe don Juan, padre del rey don Sebastian, que es el que en mal hora ha venido á esta desastrosa empresa: luego, he sido gobernador de Ceuta, y despues camarero del rey don Sebastian: yo sé muy bien todas estas cosas. Hace dos años, un dia me avisaron que un español queria hablarme: mandé que le dejasen entrar: cuando le ví, me maravillé y cre que mi señor, que don Sebastian queria darme una broma, y se me presentaba disfrazado de soldado español: habia entrado en mi cuarto con un antifaz puesto, y solo se lo habia quitado cuando nos quedamos solos. Aquel hombre era exactamente

igual á don Sebastian; parecia tener su misma edad; era como él altivo y de mirada grave y magestuosa: yo, creyéndole el rey, le pregunté que por qué hacia aquello: entonces me dijo:

—Vos os engañais, señor Francisco de Aldana: ya podeis haber conocido por mi voz y por mi acento español, que aunque me parezco todo al rey don Sebastian, no soy el rey don Sebastian, sino Gabriel de Espinosa..... expósito..... y natural, segun parece, de Toledo: sé que vos sois muy privado del rey don Sebastian, y he venido á buscaros, para que me hagais la merced de entregar cerrada esta carta al rey.

Y me dió un grueso pliego, cuyo sobreescrito, que decia únicamente «Al rey de Portugal» parecia escrito de hacia mucho tiempo.

Este pliego estaba sellado con las armas reales de Portugal.

El español Gabriel de Espinosa se parecia al príncipe don Juan, padre del rey don Sebastian, y podia confundírsele con este último, mientras no hablase.

Salí de mi cuarto dejando en él al español, y cerrando para que nadie entrase y le viese, y me fui al cuarto del rey, le conté la aventura, y le entregué el pliego.

El rey, al empezar á leerle se puso pálido; luego una grande alegría apareció en su semblante.

Leyó el pliego repetidas veces, y me mandó que le llevase una luz.

Se la llevé, y quemó en ella el pliego, sin perdonar el sobreescrito.

—Que se ponga otra vez ese hombre su antifaz, y tráemelo, dijo el rey.

Llevé al cuarto del rey al español, y los dos se quedaron solos.

Yo no supe, ni nadie supo lo que los dos hablaron.

El rey y Gabriel de Espinosa estuvieron largo tiempo encerrados.

Despues, el rey hizo capitan de una compañía á Gabriel de Espinosa, que siguió viviendo en Lisboa, asombrando á todos por su semejanza con el rey.

Don Sebastian me habia encargado que no revelase á nadie

lo del pliego que el español me habia entregado para él, y no volvió á hablarme más de este asunto.

Gabriel de Espinosa no entró nunca en palacio públicamente: pero algunas noches, yo le introducía encubierto y el rey se encerraba con él, y permanecian mucho tiempo encerrados.

Pues bien, Sayda, Gabriel de Espinosa ha estado con su compañía en la batalla: yo no sé si el cadáver que hay en el campamento del sultan, es el del rey mi señor ó el de Gabriel de Espinosa: porque cuando le encontramos, le encontramos desnudo, sin una sola insignia que demostrase si era efectivamente el rey: yo no podia asegurarlo por la voz, porque los muertos no hablan, y tengo una duda horrible; la he manifestado al sultan, y cuando yo andaba por el campo buscando el otro cadáver, se ha apoderado de mí tu padre.

—¡Ah! ¿fuiste tú quien buscaste á tu rey? dijo Mirian.

—Sí; yo ya no podia batirme; me habian muerto tres caballos, y á pesar de que no estaba herido, no podia ya sostener la espada de fatiga: los moros se habian cansado de matar, y les pedí en árabe que me tomasen á rescate.

—¡Ah, sabes tú nuestra lengua! dijo un kaid: amigos, vamos á llevarle al xerife para que le cuente con qué intento han venido á nuestra tierra estos perros infieles.

Y me llevaron al sultan.

Me preguntó, le respondí, y cuando supo que era camarero del rey don Sebastian, me dijo:

—Tú debes conocer muy bien á tu señor y no te equivocarás: dicen los míos que han visto dos caballeros muy semejantes en la batalla, que parecian el mismo, solo que el uno llevaba vestidos de rey, y el otro vestidos de soldado: yo no quiero equivocarme, porque quiero honrar el cadáver de tu señor: era un rey como yo, y un leon bravo: ha muerto como mueren los caballeros, y honras merecen los reyes caballeros y valientes: yo mismo voy á acompañarte.

Con nosotros iban esclavos con antorchas, los moros principales, y un gran séquito.

Recorrimos durante una hora el campo.

Yo iba delante con moros que llevaban antorchas, mirando los semblantes de todos los cadáveres.

Habíamos recorrido gran parte del campo, y yo había conocido á muchos capitanes, á muchos caballeros portugueses amigos míos; pero no había encontrado al rey, ni á Gabriel de Espinosa.

De repente me detuve asombrado y di un grito: no tendido, sino como recostado en un monton de cadáveres, había uno con el semblante fiero, con los ojos abiertos aún, en que parecía brillar una mirada de cólera, de valor indómito é irritado, de amenaza, de muerte.

Todo aquél semblante dejaba ver la bravura, el coraje y el valor indomable del leon durante la lucha.

En aquella boca entreabierta no había dolor, sino soberbia y dominio.

El robusto pecho del cadáver estaba traspasado de heridas y cubierto de sangre coagulada, así como el lado izquierdo de su cabeza.

—¡Ese, ese es el rey don Sebastian! grité.

El xerife se acercó y permaneció inmóvil, fijando en el cadáver una mirada de conmiseracion y de respeto.

—Sí, sí, él es, dijo.

Yo sin embargo, había concebido una duda.

—Puede ser que sea Gabriel de Espinosa, dije al sultan: Gabriel de Espinosa se parecia enteramente al rey mi señor.

—No, dijo el sultan: ese es el rey: solo un rey, solo un leon coronado muere como él ha muerto, y muere mandando.

—Sin embargo, Sydi, contesté; Gabriel de Espinosa era tan bravo como el rey.

—Pero no era rey, dijo con altivez el sultan.

Entonces, por orden suya, el cadáver fué puesto en algunas lanzas de batalla, y levantado en hombros de cuatro capitanes del sultan.

Este iba á caballo, á la derecha, cavizbajo y pensativo.

Detrás del cadáver iba yo llorando; luego, un sinnúmero de soldados moros que guardaban un religioso silencio; á los lados, hombres con antorchas; delante, á caballo, los atabales, las trompetas y las dulzainas tocando marcha.

Cuando llegamos á los reales, el cadáver fué colocado en

una magnífica tienda, á cuya puerta quedó una guardia de capitanes.

Yo persistía, como persisto aun, en mis dudas, y rogué al xerife me permitiese ir á recorrer de nuevo el campo de batalla para ver si encontraba otro cadáver con alguna señal de ropa ó armas por la que se pudiese venir en conocimiento de que era el rey, y el xerife á pesar de que se afirmaba en que el ya recogido por su aspecto noble y fiero, y por tener todas las heridas por delante, como un valiente, debía ser y era el rey, me permitió ir con algunos moros principales á hacer un nuevo reconocimiento.

Cuando llegamos cerca del campo de batalla, vimos un gran grupo de moros, que tenían en alto un estandarte y que hablaban acaloradamente con un xerife, y digo xerife, porque sobre un alquicel negro llevaba una toca verde.

Aquel xerife era tu padre.

Aquel estandarte, el estandarte real de Portugal.

Tu padre pretendia, más bien, mandaba, que le entregasen el estandarte.

Los que le tenían replicaban que iban á llevarle al sultan Ahtmed.

Tu padre se irritó y asió el estandarte.

—Yo soy el xerife Sydi Juzef, gritó: el hombre de Dios, el morabito de Ain-al-Mokazen: ¡maldito sea del Señor el que resista á mi voluntad!

Al escuchar el nombre de tu padre, Sayda, se prosternaron uniendo su rostro á la tierra, no solo los moros que tenían el estandarte, sino tambien los capitanes que me acompañaban.

Yo solo quedé de pié.

—¿Quién eres tú que no te prosternas ante el xerife ermitaño? gritó tu padre mirándome ébrio de cólera y blandiendo su espingarda; ¡ah! ¡eres un perro cristiano!

Y tendió su espingarda hácia mí, y me apuntó.

Yo me arrodillé para morir orando.

Pero tu padre levantó su espingarda sin disparar, y dijo:

—No, ahora no: ahora vas á servirme como una bestia de carga: ¡idos! añadió mirando ferozmente á los que le rodeaban.

Todos aquellos hombres, incluso los que me habían acompañado, se levantaron y se retiraron en silencio.

Quedé yo solo.

Entonces, el xerife tu padre, desprendió del asta los cordones del estandarte, y le arrojó sobre un alquicel estendido en que había armas y ropas que yo conocía.

Tu padre unió las cuatro puntas del alquicel, que contenía una carga pesada, y me la echó sobre los hombros haciéndome venir con ella hasta aquí donde tú me has salvado, princesa.

—¿Por qué me llamas princesa? dijo Mirian.

—¿No eres tú hija de un xerife?

—Sí.

—Eres por lo tanto, como descendiente en línea recta de Mahoma, sultana.

Mirian no contestó.

Permaneció algun tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Es necesario que venzas aun por algun tiempo, dijo, tu debilidad y tu fatiga: vamos á ir al campo de batalla, á los reales del sultan Ahtmed: es necesario que busques ese otro cadáver.

—¡Oh! para eso siempre tendré fuerzas.

—Pues bien, espérame aquí.

Y Mirian se levantó, salió de su retrete y al pasar junto á Kaimo le dijo:

—Enjaeza al momento los dos caballos y los dos asnos, y ármate para acompañarnos.

Luego atravesó el vestíbulo del morabhito, llegó á la puerta del aposento de su padre y llamó.

CAPITULO IV.

En que se vé que Mirian dominaba á su padre, y que el sultan de Marruecos era dominado por el padre de Mirian.

I

Sydi Juzef, que desde que oyó por la mañana el primer cañonazo de la batalla habia corrido á ella y habia estado batiéndose como un tigre todo el dia, cuando despues de haber cenado con la voracidad de un lobo se echó sobre la alfombra que le servia de lecho, se quedó dormido con un sueño tan profundo como el de los siete durmientes.

Costóle, pues, á Mirian el lastimarse las delicadas manos, repitiendo los golpes sobre la puerta, y violentar su fresca y sonora voz acreciendo en la fuerza de sus llamamientos, para que se oyese al fin un acento ronco y amenazador dentro de la habitacion.

Era que Sydi Juzef despertaba.

—Soy yo, padre mio, soy yo: tu pequeña y querida Mirian, dijo la jóven.

Al oir la voz de su hija, Sydi Juzef se abalanzó á la puerta y la abrió bruscamente.

—¿Qué sucede? ¿por qué no duermes? ¿estás enferma, bien de mi vida? dijo el xerife con un cuidadoso sobresalto.

—No, padre mio, no: nada malo sucede á tu hija, pero sal, sal al huerto, arroja agua fresca sobre tu cabeza para alejar el sueño, á fin de que puedas entenderme bien.

Sydi Juzef, obediente como un niño, dócil, salió del morabito, estendió los brazos y bostezó en un largo desperezo, y luego se fué á la fuente y puso la cabeza en el chorro, frotándose vigorosamente los ojos.

Despues se enjugó la cabeza en su harapiento albornoz negro, y se sentó sobre las piernas en la yerba, volviendo á bostezar de una manera ruidosa.

Despues fijó sus enormes ojos con una expresion de cariñosa curiosidad en su hija que se habia sentado junto á él.

—¿No es verdad padre, dijo la niña, que me amas mucho?

—Veo en tí á tu madre, Mirian; dijo temblando con ronca voz Sydi Juzef.

Mirian se estremeció.

—No recordemos á mi madre, señor, dijo: los muertos se estremecen en su tumba cuando pronuncian su nombre los que los han amado sobre la tierra.

—Yo he vengado á tu madre, replicó ferozmente Sydi Juzef.

—Deja, deja á mi madre en paz y respóndeme: ¿no es verdad que si yo deseara poner sobre mi frente la estrella de la tarde, tú evocarías al infierno para que arrancase de su eterno asiento á la estrella y me la trajese?

—Sí.

—¿No es verdad que si yo deseara ser sultana de Marruecos, levantarías tu estandarte de xerife y me pondrias sobre el trono?

—Tentaciones he tenido de hacer que Sydi Ahtmed conozca cuanto valgo y cuanto puedo. Dime: yo quiero ser sultana, y antes de que pase la noche te habrán proclamado los soldados de Sydi Ahtmed.

—No quiero tanto: ni el lucero de la tarde ni un trono: quiero un rey muerto.

—¡Un rey muerto!

—Sí, el rey de los portugueses; el rey don Sebastian.

—¿Y para qué quieres tú ese cadáver?

—Quiero conocerle.

—¡Mirian! ¡tú has hablado con el cautivo cristiano!

—Sí, hace poco, en mi aposento.

—¡En tu aposento! dijo el santón cuyo semblante se nubló, y cuya voz se enronqueció de una manera horrible. ¿Sabes, Mi-

rian, que el hombre que pisa el aposento de una doncella de la raza de los xerifes, no siendo su padre ó su esposo, se hace reo de muerte?

—Yo he llamado al cautivo.

—Yo cortaré á cercen la cabeza á ese perro infiel para que no vuelva á escuchar tu voz.

—Entonces no volverás á ver la sonrisa en la boca de Mirian.

—Tu espíritu envuelve mi espíritu y le embriaga; tú hablas y yo escucho; tú deseas y yo cumplo tu deseo: pero mi espíritu se entristece. ¿Qué gracia ha encontrado en tus ojos ese esclavo?

—He querido saber la historia del rey portugués, y él me ha contado una cosa muy singular: yo quiero ver al rey don Sebastian.

—¡Y cómo!

—Yendo á los reales de mi primo Sydi Ahtmed.

—Sydi Ahtmed te ama, te solicita, te quiere por esposa; y el ir á sus reales conmigo es como concederte á él: yo no quiero que sea tu esposo el sultan: ¿lo entiendes?

—Ni yo quiero ser su esposa, dijo Mirian con desden. Yo iré contigo á sus reales, él sabrá que yo estoy allí, pero él no me verá.

—Lo que piensas es una locura.

—Quiero ver al rey muerto.

—No.

—Pues entonces no extrañes el verme siempre triste, porque yo no puedo estar alegre sabiendo que no me amas.

—¡Que no te amo yo! pues ¿por quién he amontonado tesoros? ¿por quién acrezco cada dia con limosnas y obras meritorias mi fama de varon justo y sábio sino por tí? ¿Por quién sufro esos largos trasportes de furor, de insensatez, de locura, sino por tí?

Y los ojos del viejo brillaron como dos carbunclos.

—Sin embargo, padre, dijo Mirian con los hermosos ojos fijos en el suelo: conoces mi deseo, y no te apresuras á satisfacerlo.

Sydi Ahtmed se levantó silencioso y rígido.

Miró profundamente á Mirian que permanecía con los ojos inclinados al suelo y la dijo:

—Tú eres mi esperanza: yo he jurado cumplir tu voluntad sea cual fuere tu deseo, y no puedo faltar á mi juramento. Vamos á los reales de Ahtmed.

—¿Y vas á ponerte así en la presencia del jactancioso Ahtmed, con tu alquicel andrajoso y tu mugrienta chilava y tus piés descalzos?

—Yo he vivido siempre en las montañas: yo soy un ermitaño apartado de las vanidades humanas.

—Pero eres un príncipe de la familia de Mahoma; eres xerife: vive como quieras en la soledad; pero al presentarte entre gente vanidosa, haz que refleje en sus ojos tu grandeza por honra de nuestros abuelos.

—Bien: no seamos mezquinos, puesto que tú lo deseas, durante una hora.

Y con el peor humor del mundo, el viejo xerife se metió en el morabito y luego en su aposento.

Encendió luz de nuevo, abrió un viejo arcon, y regañando entre dientes como un hombre enérgico á quien obligan á violentar su indómita voluntad, sacó algunas ricas prendas y se las vistió.

Empezó por ponerse unas magnificas botas de tafíete marroquí encarnado, bordadas de oro; se despojó de su harapiento alquicel negro, y sobre la mugrienta chilava se puso una túnica de damasco rojo; apretó esta túnica en la cintura con un porta-espada negro bordado con plata y perlas, y en aquel porta-espada puso la del rey don Sebastian.

Sobre esto, se puso un alquicel de riquísima lana negra franjeado de oro, y se ciñó á la cabeza sobre el capuz del alquicel y retorcida á manera de turbante una toca de seda verde y oro.

Entonces Sydi Juzef era una magnífica y brava figura; un verdadero xerife.

Sacó por último de una caja más pequeña un largo rosario de ámbar que colocó en su cinturón, apagó la luz, salió, cerró la puerta de su aposento y llamó á su hija.

II.

Mirian se le presentó un momento despues.

El traje de la jóven habia dejado de ser sencillo, para ser magnífico.

Llevaba tres túnicas de brocado sobrepuestas, más larga la una que la otra: ceñidor, collar, ajorcas y arracadas de esmeraldas, diamantès y rubíes; preciosas babuchas de brocado, un velo blanco prendido alrededor de la cabeça, una preciosa toquilla bordada de oro y perlas, y sobre los hombros un pequeño manto negro franjeado de oro como el de su padre.

—¿Por qué no has de estar siempre así? dijo viendo á su padre á la luz de la luna.

—Estas galas, dijo con severidad el santón, ofenden á Dios cuando brillan en una ermita: para estas galas se han hecho los preciosos alcázares y los voluptuosos harenes: yo no soy ahora el xerife morabrito retraido á la soledad y á la pobreza: soy el príncipe: pero tú lo quieres y es. ¿Qué esperamos ya?

En aquel momento Kaimo apareció por un lado del morabrito, armado, vestido con una gran túnica roja, con una lanza y una espingarda al hombro, un largo yatagan al costado, y llevando trás sí dos caballos y dos asnos enjaezados, que le seguian como perros.

Los dos caballos eran iguales en raza y en hermosura, y de la misma manera eran iguales entre sí, en valía, los dos asnos.

Pero en las monturas habia notables diferencias.

El un caballo tenia silla de damasco, y bridas, con pretal de seda y oro, así como las acciones de los estribos que eran de plata: la montura del otro caballo era de cuero y madera: una montura de soldado de rey. El un asno llevaba unas magnificas jamugas forradas de seda con ricos caireles y penacho y cabezon bordado: el otro asno unas jamugas y unos arreos infinitamente más sencillos.

Sydi Juzef ayudó á montar en el asno ricamente enjaezado á Mirian, y despues montó él mismo en el caballo del caparazon de damasco.

—Trae al cautivo, dijo Mirian á Kaimo.

Kaimo dejó la lanza y la espingarda arrimadas al muro de la ermita y entró, saliendo á poco con Francisco de Aldana, que conservaba su sencillo y prestado traje de beduino.

Kaimo le puso en las jamugas del otro asno, y esta montura femenil le vino muy bien, porque el portugués estaba tan débil, que no hubiera podido tenerse á caballo.

Kaimo cerró la puerta del morabito, dejando dentro á Aye-lah, entregó la llave á Sydi Juzef, colgó la espingarda en la montura de su caballo, en una posición vertical, con la cox mirando al pecho del caballo, y la boca de esta mirando hácia atrás.

Después montó y terció la lanza sobre su costado izquierdo.

Sydi Juzef hizo caracolear un momento á su caballo sobre la pequeña pradera, demostrando que era un excelente ginete, y luego le puso al paso en dirección á la salida de Ain-al-Mokazen, entrando á poco trecho en el sendero que serpeaba entre los árboles que rodeaban la colina.

En pos iba Mirian con el rostro envuelto una y otra vez en su velo trasparente, nublándole como una blanca nubecilla oculta la luna sin ocultar su luz, y dejando solo ver sus ojos negros.

Detrás, llevado del roncal por el asno de Mirian, iba el otro asno que conducia al portugués, y detrás como en escolta, el negro Kaimo, que á caballo tenia la figura más guerrera que puede imaginarse.

III.

Durante algunos minutos caminaron en la sombra bajo las copas y entre los espesos troncos de los robles, los alcornoques y los castaños silvestres.

Al fin, cuando estuvieron fuera de la jurisdicción de Ain-al-Mokazen, se encontraron descendiendo por un suave repecho y acercándose al campo de batalla que se dominaba desde allí.

Alrededor de los reales de Sydi Ahtmed que se veían hácia la parte de Alcázar-Kivir, y en toda la circunferencia del campo de batalla que ocupaba una inmensa parte de la llanura, los

moros habian encendido grandes hogueras de trecho en trecho para evitar la proximidad de las bestias feroces que debian ser atraidas por el olor de la sangre.

Además de esto, una multitud de antorchas vagaban por el campo.

Era que aún no se habia terminado el despojo de los cadáveres.

En medio, una multitud de hombres cavaban una larga, ancha y profunda hoya, para sepultar en ella á los cadáveres de los musulmanes, que debian reposar allí durante centenares de años rodeados de los huesos insepultos de sus enemigos.

Era aquello terrible y pavoroso.

La pálida luz de la luna que lo inundaba todo; la roja luz de las antorchas que vagaban, y el vivo resplandor de las inmóviles hogueras; la actividad de tantos hombres vivos ocupados en despojar á tantos hombres muertos; aquella hoya, que iba á establecer un privilegio aún despues de la muerte, entre los vencedores y los vencidos; aquellas largas calles de blancas tiendas sobre las cuales se levantaban mudas las torres de Alcázar-Kibir; todo era pavoroso, todo estaba lleno de un prestigio fantástico y apenador.

Sydi Juzef y Kaimo miraban aquel terrible espectáculo con delicia, Mirian con lástima, Francisco de Aldana con una desesperacion y un dolor imposibles de describir.

IV.

Muy pronto empezaron á caminar por entre el campo de batalla.

Los moros que andaban por él ocupados todavía por el pillage, cuando veian la pequeña caravana, dejaban su faena, se detenian y se inclinaban profundamente.

Porque quienes pasaban eran, un xerife, una sultana, un soldado y un esclavo.

Nadie se atrevia á poner impedimento á la marcha de Sydi Juzef.

Porque un musulman creeria cometer un gran pecado di-

rigiendo la palabra sin ser preguntado por él, á un descendiente del Profeta.

V.

Aún no habian llegado al campo de batalla, cuando Francisco de Aldana dijo á Mirian:

—Dios nos ha traído por aquí, señora.

—¿Por qué? dijo Mirian.

—¿Veis allí á medio tiro de espingarda seis soldados moros que tienen antorchas en las manos?

—Sí.

—Pues en ese mismo lugar fué donde desapareció entre los combatientes el estandarte real de Portugal: lo conozco por esas tres peñas negras que se alzan un poco más allá. ¿Placería á tu noble padre que nos detuviésemos allí un momento y buscáramos?

—¡Padre! dijo por toda contestacion Mirian: aguija hácia aquellos moros que están junto á aquellas tres peñas negras, y en llegando allí, detente.

Sydi Juzef no contestó, pero aguijó su caballo.

Los asnos fueron puestos á un pequeño trote, y poco despues se detuvieron.

VI.

Los seis moros al ver frente á sí á un xerife tan rico como por sus ropas parecia serlo Sydi Juzef, y como en efecto lo era, le saludaron profundamente, y esperaron inmóviles.

—Echemos pié á tierra, padre, dijo Mirian.

Al ver el ademan de echar pié á tierra de Sydi Juzef, todos los moros que allí estaban acudieron á tenerle el caballo.

Los habia dominado el aspecto terrible y magnificamente bravío del santón.

Sydi Juzef les imponia á un mismo tiempo respeto por sus años, por su toca verde, por su alquicel negro, por sus vesti-

duras de príncipe, por su alta y erguida estatura, por su actitud altiva y dominadora; y miedo por la mirada calenturienta de sus ojos, que giraban fieros, anhelantes, terribles, mirando con una expresion salvaje ya á Mirian, ya á Francisco de Aldana, ya á los cadáveres desnudos que tenia alrededor.

Sydi Juzef estaba terriblemente contrariado: habia dejado la vida al portugués porque su hija lo habia querido: habia dejado su sueño, porque la voz de su hija le habia llamado: habia vestido sus insignias de xerife, porque asi lo habia deseado Mirian: estaba allí buscando un cadáver, porque Mirian lo habia querido; y por último, consentia en ir á visitar á su sobrino el xerife Sydi Ahtmed, á quien aborrecia de muerte, porque asi era la voluntad de Mirian.

Sydi Juzef, fiero, terrible, loco, asceta en cuanto á las cosas de Dios, indiferente y cruel en cuanto á las cosas de los hombres, despreciador de las vanidades humanas, hasta el punto de no encontrarse nunca mejor que cuando vestia sus mugrientos harapos, y esperaba en la soledad de los breñales y de las rocas, con la espingarda preparada, á que un leon ó un tigre fuesen á apagar su sed; era como una masa blanda dispuesta á tomar todas las formas, á amoldarse á todo, cuando aquella niña tan hermosa y tan pura, tomaba, por decirlo así, su alma bravía entre sus delicadas manos.

El amor que Sydi Juzef tenia á su hija era más que el amor de un padre: era un amor idólatra, un amor celoso, un amor insensato; uno de esos amores que son, ó un castigo ó una desgracia.

Sydi Juzef no hubiera encontrado nada imposible, nada terrible, nada criminal, si su hija le hubiera dicho: haz esto ó lo otro.

Por eso estaba allí á pesar de que su altivez, su dignidad, su fuerza, se sentian fuertemente contrariados.

Lo queria Mirian y esto bastaba.

Pero Sydi Juzef estaba con muy mala disposicion de alma y preparado para cualquier cosa terrible.

VII.

Después de haber echado pié á tierra, permaneció un momento inmóvil, irradiando en torno suyo una mirada sombría, pero vió que Mirian, estendia graciosamente los brazos hácia él como buscando un apoyo para bajar de su asno, y el xerife acudió, asió á su hija por el talle, la levantó como si hubiera levantado una paja, y la puso blandamente en el suelo.

—¡Ahí, ahí! ¡alrededor de aquellas tres peñas negras! dijo Francisco de Aldana.

Francisco de Aldana habia sido bajado de su mansa cabalgadura por Kaimo, y adelantaba lentamente apoyado en el brazo del negro.

—¡Alumbrad! ¡alumbrad por donde vayamos! dijo Mirian con voz breve é imperativa á los seis moros que permanecían inmóviles delante del xerife ermitaño, con las antorchas en las manos.

Los seis soldados moros se partieron en dos mitades, yendo tres á la derecha y tres á la izquierda.

—¡Hácia las peñas negras! dijo haciendo un esfuerzo para que se escuchase bien su voz Francisco de Aldana.

Los moros adelantaron hácia el lugar marcado.

Pero la marcha era lenta y llena de detalles horribles.

Aquel lugar habia sido el centro de la batalla, y los cadáveres se hacinaban.

Los moros se veían obligados á ir apartando aquellos cadáveres para que el xerife y la sultana á quien precedían no se viesen obligados á pasar sobre ellos.

Pero no podían limpiar el terreno, y el xerife y su hija, y Francisco de Aldana y Kaimo, pisaban un lodo terrible, un lodo de sangre.

El xerife y Kaimo dilataban sus narices y olian con placer aquel vaho especial, horriblemente repugnante de la sangre y de la carne humana despedazada: eran hienas humanas: el olor de cristiano muerto les embriagaba.

Mirian llevaba el corazón comprimido, escitada toda la com-

pasion, toda la caridad de su alma, y cerraba los ojos por no ver, apoyándose temblorosa en el brazo de su padre que marchaba lento y rígido.

Francisco de Aldana, enfermo gravemente, lleno de dolor, se sentia desfallecer ante el espectáculo de la sangre de sus compañeros, tendidos sobre el campo africano.

Pero dominaba su horror, se acercaba y miraba cada uno de aquellos cadáveres, reconociendo á veces á un amigo ó á un soldado de la guardia del rey don Sebastian.

Acá y allá se veian tendidos muchos caballos, pero ya sin jaeces.

Llegaron al fin cerca de las peñas.

Allí la carnicería era espantosa: hombres y caballos estaban hacinados los unos sobre los otros.

—¡Aquí! ¡aquí fué donde se hundió entre la pelea el estandarte real! dijo con voz conmovida Aldana: aquí debe estar el rey: vamos, vamos adelante: alumbrad dos de vosotros: alumbrad semblante por semblante, y vosotros cuatro id levantando cuerpos, dijo Aldana con una excitacion febril.

Sydi Juzef se sentia arrastrado por aquel vértigo de sangre, y adelantó con un movimiento nervioso, para no perder la vista ni de un solo semblante lívido de sus enemigos muertos.

Pero Mirian le contuvo.

—Espera, padre, dijo, espera: eso es muy horroroso: detengámonos aquí; procuremos no ver: ya nos avisará el cristiano si encuentra á su rey. Detengámonos aquí, padre.

Sydi Juzef se hizo una nueva violencia, y otra vez la voluntad de Mirian fué obedecida.

Se detuvo.

Hasta entonces, Mirian y su padre habian ido á bastante distancia de las antorchas, y la jóven no habia podido ver ninguno de los repugnantes detalles de aquellos restos mortales ensangrentados y desnudos.

Además, Mirian se habia abstraído, habia cerrado los ojos huyendo cuanto le habia sido posible el mirar.

La jóven inclinó la cabeza sobre el brazo de su padre, y éste permaneció inmóvil, rígido, estremeciéndose de tiempo en tiempo de una manera poderosa, excitado, terrible, fijando su mi

rada feroz en el grupo de exploradores que iban reconociendo uno á uno los cadáveres.

VIII.

Durante mucho tiempo estuvieron á la vista de Sydi Juzef los buscadores.

Ya hemos dicho que Mirian habia cerrado los ojos y apoyado su semblante en el brazo de su padre, procurando no ver.

La operacion era larga y pesada, porque se hacia con gran escrupulosidad.

Al fin dieron la vuelta á las peñas, y los hombres y las antorchas desaparecieron de ante la vista del santon.

Este, sin embargo, permaneci6 en el mismo sitio, y Mirian continu6 con el semblante unido al brazo de su padre.

De improviso se oyeron voces de Francisco de Aldana.

—¡Aquí! ¡aquí! ¡hemos encontrado al rey! grit6.

Mirian se irgui6, impuls6 á su padre, y dijo:

—Adelantemos.

Sydi Juzef tir6 de su hija, y con gran rapidez, llevándola casi en peso, adelant6, di6 la vuelta á las peñas y lleg6 al grupo que formaban Francisco de Aldana, Kaimo y los seis soldados moros que tenian rodeado á otro grupo tendido en tierra.

IX.

Aquel grupo le componian un hombre y un caballo.

Desnudo el primero, despojado de jaez el segundo.

Kaimo, por respet6 al pudor de su señoira, habia quitado su alquicel á uno de los moros, y habia cubierto con 6l el cadáver del hombre hasta el pecho.

Este hombre estaba boca arriba, y por acaso los que le habian desnudado, le habian dejado un tanto incorporado sobre el caballo y con la cabeza echada atrás y el semblante inclinado hácia la derecha.

En el pecho y en los brazos del cadáver habia siete profun-

das heridas, cubiertas de sangre coagulada, con los bordes azules, amarillos, negros, horribles.

—Ese es... dijo Francisco de Aldama, que apenas podia hablar, ó el rey mi señor, ó el español Gabriel de Espinosa.

—¡Ese hombre nunca ha sido rey! exclamó con acento de desprecio el xerife, tomando una antorcha encendida é iluminando de cerca el semblante del cadáver.

—No, no es ese el rey que yo me habia imaginado, dijo Mirian que examinaba con ánsia el cadáver.

—No: dijo Sydi Juzef, un rey que vé degollar á su ejército, no muere sonriendo como el hombre de guerra que ha visto tantas veces la muerte, que ya no la teme.

X.

En efecto, la expresion que habia quedado impresa en el semblante de aquel cadáver, era una expresion de altivez, de insolente desprecio: parecia que habia recibido el golpe mortal instantáneamente, en el momento en que contestaba con una sonrisa de supremo desden, á una propuesta de rendicion: no podia ser otra cosa.

Y como era preciso que el dolor y la agonía estuvieran pintados en su semblante, la expresion de estos dos sentimientos junto á la expresion de altivez y de desprecio que revelaban aquellos lábios en que la muerte habia fijado una sonrisa terrible; aquella expresion, repetimos, imponia respeto.

Aquel era, á no dudarlo, el cadáver de un hombre fuerte á toda prueba.

—Sea ó no sea el cadáver del rey, dijo el santón, debe ser honrado, porque en ese cuerpo ha vivido un espíritu fuerte y noble.

Y luego volviéndose, á los moros, mudos y asombrados testigos de aquella escena, dijo:

—Yo soy xerife, nieto de Mahoma.

Los seis moros se doblegaron profundamente y permanecieron en aquella humilde actitud.

—Yo soy el hombre de Dios de Ain-al-Mokazen añadió, el xerife con voz tonante.

Los moros se inclinaron aún más.

—Yo soy tío del sultan Sydi Ahtmed: su madre fué mi hermana.

—Manda á tu siervo, noble y poderoso señor, dijo uno de los moros.

—Tomad ese cadáver, envolvedle en ese alquicel y llevadle á la puerta del morabito de Ain-al-Mokazen, allí esperareis guardándole. ¡Kaimo! ¡mi caballo y la cabalgadura de la sultana!

Kaimo partió y volvió al momento.

Sydi Juzef puso sobre las jamugas á su hija, montó á caballo, y tomó el ronzal del asno.

—¡Kaimo, toma! dijo el xerife dándole la llave del morabito: ese cristiano se está muriendo; llévale y cuida de él.

Sydi Juzef cuidaba de Francisco de Aldana para satisfacer la voluntad de su hija.

—Dos de vosotros, añadió Sydi Juzef dirigiéndose á los moros, guiad y escoltad hasta la tienda del sultan.

Uno de aquellos moros, que parecia kaid por su ropon rojo, y por su capuz rodeado por una toca blanca, se puso las dos manos á manera de bocina en la boca, y lanzó tres largos gritos que resonaron á gran distancia como hubiera podido resonar una trompeta de guerra.

Inmediatamente y adelantándose por todas las avenidas, se oyó el galopar de muchos caballos, y unos cuarenta ginetes negros con alquiceles blancos y largas lanzas terciadas, rodearon á Sydi Juzef y á su hija.

—Un esclarecido xerife, un hombre de Dios, ¡un marabut elegido por el Altísimo, y la noble sultana su hija, dijo el kaid que habia llamado á aquella gente, van á visitar al esclarecido, al magnífico, al vencedor sultan Sydi Ahtmed, nuestro señor; rindámosle honor en nombre de nuestro amo.

Los soldados negros chocaron unas contra otras las astas de sus lanzas y se inclinaron.

El kaid montó en un caballo que le presentaron: cuatro ginetes con antorchas se pusieron á ambos lados de Sydi Juzef y de Mirian, y se rompió la marcha.

Sydi Juzef iba delante iluminado por la luz de las antorchas, llevando junto á sí á su hija.

Cuando penetraron por entre las calles de tiendas de los reales de Sydi Ahtmed, ninguna guardia se atrevió á detener á Sydi Juzef.

Los moros al verle pasar, decian:

—Son un xerife y una sultana.

Y multitud de curiosos llenos de respeto, aumentaban la comitiva que se habia improvisado el santón.

X.

Antes de que Sydi Juzef llegase á lo que podia llamarse cuartel real de Sydi Ahtmed, ya éste sabia por algunos de sus servidores más inmediatos, que habian visto á Sydi Juzef, y se habian adelantado, que un xerife y una sultana, régicamente vestidos y acompañados de una taifa de cien ginetes de la guardia negra y de una innumerable multitud de curiosos, adelantaba en su busca.

Sydi Ahtmed, por el momento no pudo adivinar quiénes serian aquel otro xerife y aquella sultana, que habian penetrado en su campo y héchose escoltar por algunos soldados.

Aquello de ir régicamente vestidos, era lo que le sorprendia; porque él no conocia otro xerife de su familia más que á Sydi Juzef, pero éste era desaseado, extravagante, y sabia Sydi Ahtmed que no habia poder humano que hiciese abandonar á Sydi Juzef sus sucios andrajos.

Tenia además sobradas pruebas de que Sydi Juzef no era ambicioso, y temió tener que habérselas con un impostor, con un falso xerife.

Sydi Ahtmed solo era sultan desde algunas horas antes, por haber muerto en la batalla los otros dos xerifes sus tios, Sydi Al-Malek y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah, y receloso de lo que podia suceder ó haber sucedido, montó á caballo y salió al encuentro de Sydi Juzef, seguido de algunas taifas de ginetes negros.

XI.

Los dos xerifes, el reinante y el ermitaño, el tío y el sobrino, Sydi Juzef y Sydi Ahtmed, no tardaron en encontrarse.

—¡Ah! ¡eres tú! dijo el sultan reconociendo al santón.

—Sí, yo soy, sobrino, dijo Sydi Juzef con acento sarcástico y agresivo: y á fé mia que esperaba encontrarte reposando en tu tienda, porque ya no hay enemigos que vencer, y el dia aunque glorioso, ha sido duro. ¿Por qué vienes á mi encuentro con tanta gente?

—Porque tú vienes harto acompañado; dijo con severidad Sydi Ahtmed.

—Por tu propio decoro, sobrino: por el decoro de tu prima la sultana Mirian.

—Ah! ¿Es Mirian esa dama que te acompaña? dijo Sydi Ahtmed palideciendo de emocion y temblando todo.

—Sí, es Sayda Mirian, que tiene mucho interés en venir á tus reales, y como yo cumplo el más pequeño deseo de mi hija, he venido por ella venciendo mi repugnancia de volverte á ver.

XII.

Sydi Juzef, desde el momento en que habia visto á su sobrino Sydi Ahtmed, se habia puesto pálido, más que pálido, verde, con la terrible lividez de la cólera: sus ojos centelleaban, temblaba su barba, á duras penas contenia lo trémulo de su voz: se comprendia que aborrecia á muerte á Sydi Ahtmed.

Este era un hombre como de cuarenta años, hermoso, blanco, pálido, con los ojos grandes y garzos, y con la barba larguísima y rubia con un rubio del color del oro.

Habia en su semblante una gran melancolía y una magestad soberana.

Se comprendia que habia nacido príncipe: tenia sin embargo esa expresion de fiereza africana, y de soberbia, comun á todos

los príncipes musulmanes; pero sin llegar á la fiereza salvaje, á la magestad bravía, al despreciativo desden que se marcaban en el semblante del xerife Sydi Juzef.

Mirian asistia como una persona indiferente á este encuentro, á pesar de que Sydi Ahtmed tembloroso y pálido anegaba en ella una mirada ansiosa, que parecia pretender llegar hasta la hermosura de la jóven, á través de los dobles pliegues del velo que cubria su semblante.

—Guia á tu tienda y marcha á mi lado, le dijo Sydi Juzef, señalándole el costado opuesto á aquel en que estaba Mirian.

Sydi Ahtmed revolvió su caballo, se puso á la derecha de Sydi Juzef, y en silencio todos, se prosiguió de nuevo la marcha interrumpida.

XIII.

En el centro de una multitud de grandes tiendas cónicas, rayadas de blanco y pardo, y mediando un ancho espacio, habia una alta y magnífica tienda de paño rojo, de forma circular, con cubierta cónica, en cuya parte superior ondeaba una bandera de damasco verde bordada de oro.

Aquella era la tienda imperial.

Una multitud de esclavos negros armados de lanzas y envueltos en alquiceles blancos la rodeaban.

Cuando llegaron á la puerta, Sydi Ahtmed no esperó á que llegasen sus capitanes á tenerle el caballo y presentarle la rodilla para que desmontara; saltó del caballo y adelantó hácia Mirian para ayudarla á bajar.

—¡No: detente! gritó Sydi Juzef.

El sultan se detuvo.

Sydi Juzef que habia dado lugar á que dos esclavos le tuviesen el caballo, se apoyó en la rodilla que le presentaba uno de sus capitanes, y bajó reposada y magestuosamente.

Luego adelantó hácia Mirian, y la dió la mano.

La sultana, cuyo asno tenian dos kaid, saltó con suma agilidad y gentileza y quedó de pié, esbelta y magnífica, asida de la mano de su padre.

Sydi Juzef entró con ella en la tienda.

Detrás entró Sydi Ahtmed.

Parecía que Sydi Juzef era el sultan y que Sydi Ahtmed era el príncipe.

Los kaid's, los soldados y los esclavos que estaban fuera de la tienda, veían todo aquello con asombro.

El mismo Sydi Ahtmed cerró por su mano las dos telas que formaban las puertas de la tienda, y nada pudieron ver ya los curiosos.

XIV.

El interior de la tienda era admirable: la tela que servía de techo, y los tapices que formaban las paredes, eran de brocado de seda y oro, formando preciosos arabescos.

Una doble alfombra de vivos matices y caprichosos adornos, cubría el suelo.

Un ancho divan de almohadones de damasco encarnado, estaba á un lado de la tienda, y junto á él una mesa de campaña muy baja, sobre la que había un Koran abierto, como si poco antes Sydi Ahtmed hubiese estado leyendo en él, un rosario de gruesas perlas sobre el Koran, más allá un tintero de plata con cañas delgadas, que son las plumas que usan los africanos, y algunos papeles escritos.

Una lámpara de cuatro mecheros, de la forma de nuestros antiguos belones de Lucena, pero de plata cincelada, y ancha y baja, ardía cerca del Koran.

Al otro extremo había un grande arcon de maderas preciosas con incrustaciones de metales finos, que contenía sin duda el equipaje del sultan, y su tesoro de campaña, y junto á él, colgada de una cruz de madera, se veía una magnífica armadura árabe de acero bruñido, blanca y resplandeciente, de gran peso y resistencia.

No había más en la tienda.

XV.

Sydi Juzef habia conducido á su hija hácia el divan, y la jóven se habia sentado en él permaneciendo con el rostro cubierto, y en una actitud altiva y dura, que nada tenia de favorable para Sydi Ahtmed.

El santón se habia situado junto á su hija, y habia quedado en una actitud no menos dura ni altiva, que la que habia tomado Mirian.

Sydi Ahtmed habia permanecido por algun tiempo de pié, y como no tenia donde sentarse, porque el divan estaba completamente ocupado por el padre y por la hija, fué á donde estaba su armadura, tomó su grande escudo dorado, cubierto de inscripciones en esmalte azul tomadas del Koran, puso el escudo en el suelo y se sentó sobre él.

—Asi se sentaban los antiguos califas, en medio de su tienda, rodeados de su ejército cuando entraban en batalla, dijo con acento duro Sydi Juzef: ¿es que no quieres dejar de parecernos sultan, Sydi Ahtmed?

—Es que creo que vamos á tener una dura batalla, tio Juzef, dijo con voz reposada y digna el sultan.

—Espero que no la tendremos y que acabaremos cuanto antes. Para ello te voy á decir á lo que venimos. Mi hija me ha oido hablar del rey cristiano, y quiere verle: yo hubiera podido pedirtelo, pero para evitar disputas desagradables y peligrosas, —Sydi Juzef recargó el acento en su última palabra —hemos venido á tus reales.

—Bien venidos son siempre á mi lado mis parientes y la alegría de mi alma.

Sydi Juzef dejó caer una mirada terrible en la mirada del sultan.

—Mi hija jamás será tuya, dijo con voz cavernosa: no será de nadie: las huries no han nacido para los mortales, aunque sean reyes del mundo.

—Tu hija me aborrece, no sé por qué... por mi desdicha, y tú estás loco, tio Juzef.

—Siempre has sido irreverente é impío, y es necesario todo el desprecio que yo tengo hácia las cosas mundanas, para que no te castigue por tu insolencia.

—Me llamas insolente, y ha sido todo lo que tú has querido: mis soldados han vencido, costando torrentes de sangre esta batalla, y tú te has apoderado de sus trofeos más preciosos: en tu morabrito guardas el estandarte real de los portugueses, y pende de tu cintura la espada del desgraciado rey don Sebastian: te he mandado uno de mis kaidis á reclamarte respetuosamente esos trofeos para la casa de Dios, y me has insultado, has arrojado amenazando de muerte á mi kaid, y sin embargo, yo, sultan vencedor, yo, xerife como tú, he sufrido paciente-mente y nadie te ha vuelto á inquietar. Ahora me pides el cadáver de un rey sin ventura: lo tendrás á pesar de que yo pensaba devolverle á los suyos para que le diesen sepultura entre sus abuelos. ¿Y qué has hecho tú para que puedas decirme esto con derecho?

—He hecho lo que no quieres ver: puedo hacer lo que no haré, dijo con voz concentrada Sydi Juzef.

—¿Y qué es lo que has hecho?

—Un dia puse en el trono de Marruecos al hermano de tu padre, cuando pude haber tomado ese trono para mí, y me retiré á la soledad para ser discípulo de un morabrito.

—Te arrojaba á la soledad el remordimiento, contestó enérgicamente el sultan: por tu conciencia está cayendo siempre una gota de sangre... una gota de sangre que te ha vuelto loco.

Sydi Juzef palideció, tembló como una montaña en cuyo seno hierve un volcan, se puso de pié, pálido de cólera, y empuñó la espada del rey don Sebastian.

—¡Padre! gritó Mirian lanzándose del asiento y colocándose entre los dos xerifes.

Hasta entonces, Sydi Ahtmed no se habia levantado, no se habia movido.

—¡Padre! repitió la jóven asiendo la mano que Sydi Juzef habia llevado á la espada, y mirando de una manera fija, terrible, indómita, al sombrío xerife.

Sydi Juzef retrocedió como empujado por la mirada de su

hija, y se sentó de nuevo, pero desalentado, como herido, en el divan.

—¡Sí, es verdad! dijo: ¡una gota de sangre! ¡siempre una gota de sangre cayendo sobre mi alma! ¡loco! ¡ah!

Y soltó una carcajada terrible.

Luego se recobró, revolvió en torno de sí una mirada feroz como la de un lobo hambriento, y por último, pareció como que aquella tormenta pasaba.

Mirian habia vuelto á sentarse.

Sydi-Ahtmed habia permanecido inmóvil.

—¡Qué he hecho yo! ¡qué he hecho yo! dijo despues de un largo rato en que nadie rompió el silencio Sydi Juzef: ¡es verdad! Antes de ser morabrito, de recogerme á la soledad con mi hija, yo me he adormido en mis alcázares, me he escondido en el haren cuando ha tronado el cañon de batalla!

—Tú has sido un gran príncipe, y un gran soldado: un xerife digno de su sangre; pero no me referia yo á lo pasado hace muchos años: me referia á hoy. ¿Quién te ha visto en la pelea?

—Si tú no me has visto, si no me ha visto mi hermano Al-Malek, si no me ha visto mi otro hermano Abu-Abd-Allah, me han visto las kábilas del campo y de la montaña, y me han visto los enemigos cristianos. ¿Qué hubiera sido de vosotros si yo, al saber que estábamos amenazados no hubiera enviado emisarios á las kábilas circunvecinas, llamándolas en mi nombre á la pelea? ¿Qué hubiera sido de vosotros si mis valientes kábilas no os hubiesen ayudado? ¿tan fácil os ha sido la victoria? ¿No ha quedado el campo cubierto de moros casi tanto como de cristianos? Yo os he dado la victoria, y despues de ella, en vez de tomar un trono que desprecio y que he despreciado muchas veces, he enviado á mis kábilas á sus aduares y me he vuelto solo á mi morabrito.

—Yo no te hubiera disputado el trono si á la muerte de tu hermano Al-Malek le hubieras reclamado; pero despues de haber sido proclamado sultan, defenderia mi honra luchando.

—¡Contra mí! exclamó con desprecio Sydi Juzef.

—Se que el imperio entero respeta al santo xerife morabrito de Ain-al-Mokazen: sé que de todas las partes del im-

perio van á buscar en tí la salud los enfermos, y los necesitados ayuda: sé que las limosnas de los creyentes te han dado muchos tesoros: sé que eres inviolable, y que seria despedazado quien se atreviese á tocar un solo pelo de tu barba: sé que solo con querer te harias proclamar sultan; pero siéndolo ya, lo seré aunque solo sea un momento, el tiempo necesario para que mi cabeza cayese á tus piés.

—¿Y por qué entonces pretendes quitarme lo que yo tomo?

—Por honor del reino.

—¡El imperio es mio!

—Tómalo en buen hora.

—No le quiero.

—¿Qué quieres pues?

—Mi hija quiere ver el cadáver del rey cristiano: concluyamos pues: guíanos á donde ese cadáver está.

Sydi Ahtmed se puso de pié, levantó su escudo imperial y le llevó donde estaba su armadura.

Luego abrió la puerta de la tienda.

Sydi Juzef tomó de la manó á su hija, y salió tambien.

CAPITULO V.

La tienda de los tres reyes muertos.

I.

Los xeques, los kaid's, los faqués, los santones, los capitanes, los principales, en fin, del ejército, que estaban agrupados á la puerta de la tienda del sultan, al verle aparecer acompañado de su tío, el temido y el respetado xerife morabito de Ain-al-Mokazen, y de su hija la hermosa sultana Mirian, se inclinaron profundamente.

Los esclavos negros que tenian antorchas encendidas, se precipitaron á alumbrar por delante á los tres altos personajes.

—¡A la tienda de los reyes muertos! dijo con voz bronca y seca el sultan.

Los esclavos rompieron la marcha en dos hileras.

Delante, y gritando á grandes voces, ¡el sultan! ¡el sultan! iban algunos soldados de la guardia negra con las espingardas al hombro y en un grupo informe.

Detrás del sultan y de sus nobles parientes, marchaban los principales del ejército y de la corte; luego el asno de Mirian y el caballo de Sydi Juzef llevados por esclavos; á seguida el kaid que habia acompañado y escoltado al morabito y á su hija, y sus cuarenta ginetes negros.

Por último, una gran multitud de curiosos, muchos de los cuales eran soldados del ejército, y la mayor parte moros de las kábilas circunvecinas que habian venido al pillage.

Marchaban por una ancha y larga calle de pequeñas tiendas cónicas rayadas de blanco y pardo, en cada una de las cuales solo cabían diez hombres tendidos.

Alrededor de cada una de estas tiendas, había clavadas en el suelo diez lanzas y sujeto á cada una de estas lanzas por una traba puesta á la mano derecha, un caballo, puesta la silla, y comiendo su pienso arrojado en el suelo.

En medio de cada grupo de diez tiendas había un gran fuego, sobre el cual, en una ancha y negra caldera, se acondicionaba el rancho para cien hombres.

Todo era, pues, actividad, y una actividad característica.

Por todas partes, entre las tiendas, alrededor de los fuegos, yendo y viniendo, se veían altas y graves figuras blancas, que marchaban con el paso lento, reposado, casi magestuoso de nuestros bravos vecinos los marroquíes.

Y estas figuras, estas tiendas, estos caballos, iluminados por el rojo resplandor de las hogueras y de las antorchas, producían con su actividad, con su aspecto y con su color negro, un admirable contraste con la luz dulce, clara y poética de la luna, y con la tranquilidad, con el reposo con la diafanidad del límpido, azul y despejado cielo.

II.

Al fin de esta inmensa calle de tiendas, que asombraban por su número, fuertemente iluminada por la luz de algunas hogueras que la rodeaban, había una gran tienda roja, alrededor de la cual se veían á caballo, inmóviles, apoyados en sus lanzas, cubiertos con sus capuces y sus alquiceles blancos, gran número de esclavos de la guardia negra, á los cuales se había encomendado sin duda la custodia de la tienda roja.

Antes de llegar á ella, el sultán, sus parientes y su comitiva, pasaron por entre doce piezas de artillería de grueso calibre, no emparcadas como ahora se usa y con guardia, sino abandonadas acá y allá, sobre sus fuertes y toscas cureñas.

Aquella era toda la artillería que había llevado á Africa el rey don Sebastian.

Los moros, cuando se trata de extranjeros, sacrifican su curiosidad á su brava dignidad, y no hay nada, por sorprendente que sea, si es extraño á ellos, que les haga alzar los ojos ó levantarse del lugar en que están indolentemente sentados, ó interrumpir la conversacion que tienen entre sí.

Pero cuando se trata de sus propias cosas, cuando no les ven ojos extranjeros, cuando viven por decirlo así, libremente en su casa, son excesivamente curiosos, admirativos y encañecidos de lo que ven.

Así es que alrededor de la tienda roja, y fuera del círculo de los guardias, se agolpaba una innumerable multitud, y hervian las conversaciones, y se escuchaban las interjecciones más enérgicas y las mayores exclamaciones de asombro y de alegría.

Los moros estaban ébrios con la victoria que habian alcanzado *sin esperanza*, como dijo enérgicamente Herrera, nuestro gran poeta, apostrofando á Africa por el fracaso del rey don Sebastian, y se agrupaban alrededor de aquella tienda, porque en aquella tienda se encerraba el símbolo sangriento de la victoria.

Allí estaban los cadáveres de los dos xerifes enemigos, Sydi Al-Malek y Sydi Mohhanmet-Abu-Abd-Allah, y el del rey de Portugal don Sebastian, que habia éntrado en batalla en favor del xerife Abu-Abd-Allah, contra el xerife Al-Malek.

Los tres reyes que habian mandado egércitos en aquella memorable y terrible batalla, habian muerto.

El xerife Al-Malek, de enfermedad.

El rey don Sebastian, de heridas, mientras combatia con la bravura de una fiera.

El xerife Abu-Abd-Allah, ahogado en el rio Lukos, al quererle vadear huyendo de la muerte.

Con el fallecimiento de los dos xerifes, Marruecos se veia libre de una guerra civil; con la del rey don Sebastian, de un enemigo temible.

Esto excitaba por una parte la curiosidad y el asombro de los moros, y por otra su alegría.

III.

A las voces de ¡el sultan! ¡el sultan! que repetían incesantemente y á grito herido los guardias que precedían á Sydi Ahtmed y á su comitiva, los guardias á caballo que rodeaban la tienda roja, abrieron brutalmente á golpes con las astas de sus lanzas y echando encima sus caballos, un ancho boquete entre la multitud que rodeaba la tienda roja.

Al llegar á este boquete los guardias que precedían á Sydi Ahtmed, se partieron en dos mitades y se detuvieron.

Sydi Ahtmed adelantó llevando á su derecha á Sydi Juzef, que llevaba á su vez de la mano á Sayda Mirian.

La córte y los capitánes se detuvieron cuando llegaron al punto en que se habían detenido los guardias, y el sultan, el santón y la jóven, adelantaron solos.

IV.

A la puerta de la tienda, entre seis pages moros de la servidumbre de Sydi Ahtmed, que tenían antorchas en las manos sobre una manta sucia y vieja, desnudo y mutilado, había un cadáver.

Aquel cadáver era el de un viejo.

Estaba amoratado como se amoratan los ahogados por inmersión.

Estaba allí, sucio, repugnante, miserable, expuesto de una manera infamante, para que todos lo viesén, y escrito en un cartelón, colgado de un palo, clavado junto á la cabeza del cadáver, se leía en grandes caracteres africanos:

«Este es el xerife Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, el miserable, el infame (maldígale Dios), que trajo á los cristianos contra los creyentes, y que cayó con ellos al filo de la espada del Señor: que murió ahogado, no en un lago de sangre, sino en las ondas del Lukos que le tragaron, como tragó á Faraon el mar Rojo.

«Maldiga Dios á Abu-Abd-Allah.

«Alabanza á Dios, Misericordioso, Altísimo y Unico, que ha dado las palmas de la victoria á sus creyentes, y ensalzamiento á nuestro señor Sydi Ahtmed, el poderoso, el invencible sultan.»

Sydi Ahtmed pasó indiferente y altivo junto á este cadáver, y entró en la tienda.

Pero el xerife Sydi Juzef se detuvo, fijó una mirada terrible en aquellos miserables despojos, y exclamó con voz gutural, sombría, horrible:

—He aquí á lo que se reducen las grandezas y las vanidades de la tierra: he aquí que tu propia miseria te sirve de mortaja, y tu ambicion ha quedado reducida á polvo infame: he aquí en lo que has venido á parar, tú, hijo de mi padre, eterno enemigo de tu familia, vergüenza de los xerifes, cobarde, que llamaste á los cristianos para traerlos contigo donde los exterminase la espada del Señor: ¡maldito seas!

Y despues de esta oracion fúnebre á su hermano el xerife Sydi Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, el xerife morabhito, Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hhayzari, entró en la lúgubre tienda, llevando siempre de la mano á su hija, á quien solo excitaba el deseo de ver de cerca, aunque muerto, al rey don Sebastian.

V.

Una gran lámpara iluminaba esta tienda, roja en su parte interior como lo era en la exterior.

Sobre una alfombra roja tambien, habia dos lechos de honor.

En el de la derecha con la palidez lívida de una larga y penosa enfermedad, cubierto con régias vestiduras de sultan y de xerife, habia un cadáver de aspecto noble y grave á pesar de la muerte.

Aquel era el cadáver del sultan Sydi Al-Malek, de la familia de los xerifes, hermano del infamado sultan Abu-Abd-Allah, tio del sultan recientemente proclamado Sydi Ahtmed y hermano tambien del xerife santón Sydi Juzef.

Su espada de oro se veia tendida sobre él y cruzada encima una palma, como doble signo de martirio y de virtud.

VI.

A la izquierda, en otro lecho menos elevado y menos ancho, pero también de honor, había otro cadáver.

El cadáver de un hermoso joven, blanco y rubio y azules los ojos, que nadie había cerrado todavía.

Tenia los brazos y los pies desnudos, y el resto del cuerpo envuelto en un manto rojo, en un manto real de púrpura.

Estaba tendido sobre tres lanzas de batalla, sobre las que se sujetaban dos grandes escudos de acero.

No tenía ni espada ni palma.

Pero la actitud de aquel cuerpo inerte, tenía mucho de fiero, mucho de terrible: algo que le hacía respetable aun en el estado en que se encontraba.

Ocho alféreces jóvenes y hermosos, vestidos con anchas dalmáticas amarillas, con gorros cónicos rojos y tocas blancas alrededor de la cabeza, ceñidos largos y pesados yataganes, calzadas botas de tafete amarillo también, apoyados en lanzas de hierro ancho y reluciente, estaban inmóviles como estatuas, en guardia de honor, cuatro delante y cuatro detrás á los costados de cada uno de los dos lechos.

Estos alféreces no se movieron, como si hubiesen sido inmóviles como los cuerpos que guardaban, á pesar de la presencia del xerife soberano, del xerife morabito y de la noble sultana de la familia de los xerifes almoravides.

—¡Salid! dijo Sydi Juzef á los alféreces.

Estos no se movieron.

La ira era la pasión á que con más facilidad se entregaba Sydi Juzef, y dijo de nuevo, poniendo mano á la espada del rey don Sebastian que llevaba ceñida:

—¡Salid!

—¡Salid! dijo al mismo tiempo el sultan.

Entonces los ocho alféreces terciaron sus lanzas y salieron en paso acompasado de la tienda.

Quedaron solos Sydi Ahtmed, Sydi Juzef y Mirian.

VII.

Mirian, sin dejar la mano de su padre, sin adelantar un solo paso, fijaba á través de su velo una mirada ansiosa en el cuerpo que se tenia por el del rey don Sebastian.

Sydi Juzef miraba alternativamente á éste y á su hermano Al-Malek.

—¡He ahí un loco y un miserable! exclamó.

—¡Un miserable, tío! dijo con acento de firme reconvencion el sultan.

—Has debido ponerle al lado del cádaver de mi hermano, dijo Sydi Juzef: Abu-Abd-Allah fué quien encendió la guerra civil disputando á Al-Malek su trono, viendo que yo con mejor derecho que los dos permanecia tranquilo, apartado de las miserias humanas en mi ermita de Ain-al-Mokacen. No comprendo cómo se puede infamar á Abu-Abd-Allah sin infamar á Al-Malek: ¿no llamó este primero á los cristianos? ¿Qué hizo Abu-Abd-Allah, más que salir el primero al encuentro del rey portugués, persuadirle, robar su ayuda á Al-Malek, y ponerle de su parte? ¿No han obrado los dos traidora é impiamente trayendo sobre nuestro suelo á un enemigo de Dios?

—Abd-Allah ha sido vencido, dijo Ahtmed.

—Vencido hubiera sido, y vencido hubieras sido tú, si yo no hubiera acudido con mis kabilas contra el cristiano.

—Y bien, repuso ya con impaciencia Ahtmed: Abd-Allah ha muerto vergonzosamente ahogado en el rio, cuando huia como un cobarde.

—Recuerdo que un dia, hace muchos años, dijo Sydi Juzef, te saqué yo medio muerto del rio Bakuba al que te habias arrojado huyendo de ese mismo Abd-Allah á quien ahora infamas: los ambiciosos no pueden ser héroes: los héroes, aunque me pese esta alabanza á un infiel, son los que avaros de fama, mueren como ha muerto el rey portugués.

—Por eso le honro á par de mi tío, que ha muerto gloriosamente, dijo Ahtmed: por eso le devolveré sin rescate para que le sepulten en el panteon de sus padres: por eso le he envuelto en mi manto real.

—¡El rey portugués no ha muerto! dijo Mirian, que durante la disputa de su primo y de su padre se había acercado al rey don Sebastian y le había examinado profundamente.

Mirian tenía puestas las puntas de los dedos de su mano derecha sobre la sien izquierda del rey.

Mirian se había colocado entre los dos lechos.

—¡Que no ha muerto! dijeron á un tiempo los dos xerifes.

—No: yo siento aquí, en sus sienes un leve, un levisimo latido, dijo con la voz trémula Mirian.

—Tio, dijo Sydi Ahtmed: tú eres un sábio médico: mira á ver si no se ha engañado tu hija.

—Mirian es tan sabia como yo: el espíritu de Dios reside en ella como en mí, porque es mi hija, y tambien como yo es ermitaña y adora á Dios en la soledad con el corazón puro y sencillo: ella lo dice y será verdad.

—Observa, observa tú tambien, padre, dijo Mirian con acento amoroso: yo puedo haberme engañado.

Sydi Juzef puso las puntas de sus gruesos dedos en el mismo lugar de la sien del rey, en donde había puesto los suyos Mirian.

—Mirian no puede engañarse, dijo Sydi Juzef despues de algunos momentos de observacion: este hombre vive aún: mira: los ojos no están turbios, la gran pérdida de sangre es la que causa su frialdad y su inmovilidad: pero este hombre morirá dentro de poco, sin que sienta la muerte, sin que nadie pueda verla concluir con él, cuando se apague la última llama del fuego de su vida.

—Dios nos manda socorrerle, dijo Sydi Ahtmed.

—El socorro es inútil, dijo Sydi Juzef.

—Probemos sin embargo, dijo Mirian.

—Probemos en buen hora, dijo Sydi Juzef, siempre dócil á la voluntad de su hija.

—Pero es necesario trasladarle al morabito, dijo Mirian.

—Ya lo oyes, Ahtmed: Mirian dice que es necesario trasladar á ese cristiano á la ermita.

Sydi Ahtmed palideció.

El santón no satisfecho con haberse apoderado del estandarte y de la espada del rey de Portugal, pretendia tambien llevarse su cuerpo.

El no era verdaderamente el sultan, lo era el santón, puesto que el sultan se veía obligado á obedecerle.

Sydi Juzef era por una parte, el más anciano, el más respetable de los xerifes: era, en una palabra, el jefe de la familia.

Como guerrero era formidable.

A él se debía en gran parte la victoria de aquel día.

Todos los santones inferiores de la comarca, obedeciendo su voz, habían predicado la guerra santa, desde el momento en que se supo el desembarco de cristianos en Larache.

A la voz del xerife santón, habían acudido feroces é innumerables kabilas, que habían peleado con un encarnizamiento salvaje.

Si al fin de la batalla, Sydi Juzef hubiera querido suceder en el trono al difunto Abd-Allah, tal era la fama, tal el prestigio que tenía en todo el imperio el xerife morabito de Ain-al-Mokacen, que hubiera sido proclamado sultan.

Por otra parte, Sydi Juzef era inviolable.

Quien hubiera tocado irreverentemente las vestiduras del santo xerife anacoreta, del hombre de Dios, del guerrero protegido por Dios, quien insensato hubiera atentado á su vida, hubiera provocado contra sí una insurrección general y terrible, que le hubiera exterminado.

Ahtmed palideció de cólera, pero no se atrevió á oponerse á la voluntad de su terrible tío.

—Puesto que lo quieres, dijo, el rey cristiano será trasladado esta misma noche á Ain-al-Mokacen.

—Le llevaremos con nosotros, dijo Mirian: no le perderemos de vista.

—Sea tu voluntad, sultana: voy á dar las órdenes para que el rey sea trasladado, dijo Sydi Ahtmed.

Y aprovechando un momento en que Sydi Juzef se dedicaba íntimamente á la observación del estado del rey, dijo á Mirian:

—¿Qué podrás querer tú, que yo no me apresure á cumplirlo con todo mi poder?

—¡Silencio! dijo Mirian: vé á buscarme mañana á la media noche entre los árboles de Ain-al-Mokacen, allí, donde una roca domina la corriente.

—¡Ah! exclamó con la alegría de la esperanza que renace, Sydi Ahtmed.

—Silencio y prudencia, repitió rápidamente Mirian.

VIII.

Poco despues, el cuerpo que se tenia por el del rey don Sebastian, era puesto en la misma silla de manos que habia servido para traer á la batalla enfermo al difunto sultan Al-Malek.

Sydi Juzef no quiso que le acompañase Sydi Ahtmed, como pretendia hacerlo por respeto el sultan, y partió llevándose al herido, y acompañado únicamente de cuatro kaidis y de un centenar de ginetes de la guardia negra.

CAPITULO VI.

¿Cuál de ellos era el rey don Sebastian? ¿Cuál de ellos era Gabriel de Espinosa?

I.

Cuando llegaron á la entrada de la senda que por entre los árboles conducia al morabrito, Sydi Juzef hizo que todos se detuviesen menos los esclavos que conducian la silla de manos, junto á la cual permanecian.

El santón adelantó solo, y entró en la pradera, llegando poco despues al morabrito.

Salióle al encuentro Kaimo y le tuvo el caballo.

Los soldados moros que habian llevado hasta allí, envuelto en un alquicel, al otro cadáver que se confundia con el del rey don Sebastian, se levantaron respetuosamente á la llegada del xerife.

El cadáver estaba junto al morabrito, bajo la sombra del emparrado.

Al otro lado de la puerta y tambien en la sombra, habia un hombre tendido.

Era Francisco de Aldana, que no se podia tener de pié.

—Ven conmigo, dijo el santón á Kaimo, y que vengan tambien cuatro de esos.

Kaimo y cuatro de los soldados moros siguieron al xerife que volvió á pié al lugar donde se habian quedado Mirian, la silla de manos y la escolta.

—Cargad con esa silla de manos, dijo Sydi Juzef á los cuatro soldados que le habian acompañado.

Cuando estos se hubieron cargado la silla de manos, Sydi Juzef dijo á los kaidis que le habian escoltado:

—Volveos á los reales del sultan: paz y buena ventura para vosotros, creyentes del Señor.

Los kaidis se inclinaron y partieron con la escolta y con los esclavos que habian llevado hasta allí la silla de manos.

II.

Poco despues, la silla de manos llegaba junto á la puerta del morabito, y Mirian echaba pié á tierra.

Entonces Sydi Juzef dijo á los soldados moros:

—Volved á los reales, y para que recordéis mejor que habeis estado en Ain-al-Mokacen, tomad.

Y les dió una bolsa de oro, de la que se habia provisto al vestir sus ostentosas ropas de xerife.

Los soldados se inclinaron tres veces profundamente, y partieron.

Nadie extraño quedaba allí más que Francisco de Aldana, el rey don Sebastian y Gabriel de Espinosa.

III.

Antes de que el cuerpo que habia sido traído de los reales del sultan Sydi Ahtmed fuese sacado de la silla de manos, se hizo á toda prisa un lecho entre Ayelah y Kaimo, con la mayor parte de los almohadones del divan de Mirian, en el aposento destinado á retrete de la jóven.

Sydi Juzef se habia despojado entretanto de sus ostentosas vestiduras de xerife, y habia recobrado con placer sus harapos.

Francisco de Aldana permanecia tendido é inmóvil, devorado por la fiebre.

Inmediatamente que el lecho estuvo preparado, Sydi Juzef, Mirian y Kaimo, sacaron de la silla de manos aquel cuerpo en-

sangrentado é inerte, y entrando con él en el morabito, le pusieron en el lecho.

Sydi Juzef, aunque no sin repugnancia, porque se trataba de un cristiano, le reconoció prolijamente: tenia siete grandes heridas, una de ellas profunda, en la parte superior izquierda de la cabeza.

Sydi Juzef frunció de una manera poco tranquilizadora para Mirian, el cano entrecejo, y dijo con voz más fuerte:

—Todo es inútil: este hombre vive, pero es imposible aumentar esa chispa de vida que existe aun en él, y que se apaga, que se extingue.

—Yo quiero que viva, padre, dijo con voz dulce Mirian presentando al bravío santón una fuente de plata llena de agua fria, y algunos pedazos de finísima tela de hilo: tú eres un gran médico, padre: cúrale.

—¿Y para qué quieres tú que viva este hombre? dijo Sydi Juzef fijando una mirada sombríamente indagadora en el semblante de su hija.

Mirian estaba tranquila.

Ninguna pasión, ningún afecto revelaba en su semblante.

—Quiero tener un esclavo rey, dijo con acento marcado de altivez y de soberbia Mirian.

—¿Y sabemos si este hombre es el rey? dijo Sydi Juzef empapando un paño de agua fria y empezando á lavar con suma delicadeza las heridas de aquel hombre.

—Sí, sí, padre: ¿no ves la fiereza luchando con la agonía, en su semblante? ¿no ves en esos ojos algo del furor y de la rabia del león? ¿no ves esas manos crispadas que parece que empuñan aún la espada y el escudo?

—Siempre será un valiente esclavo, dijo Sydi-Juzef que continuaba lavando; pero necesito mis bálsamos maravillosos: mis bálsamos que hacen milagros: vé por ellos, Mirian.

Mirian entró en el aposento de su padre, abrió una ventana, y de su marco descolgó algunas redomas de vidrio que estaban á la intemperie, y las llevó á su padre.

—¡Oh! ¡mis maravillosos bálsamos! dijo el xerife colocando en torno suyo con respeto y aún con veneración, las redomas: recetas que los génius dieron á mi antecesor el venerable mora-

bhito Sydi Al-Motamet, y que él, piadoso creyente y caritativo, me dejó al morir para que sus milagrosos remedios siguieran haciendo bien á los que vierten su sangre por el nombre y la gloria de Dios! ¡no te irrites, sombra del justo anacoreta, si tus bálsamos sirven hoy para curar las heridas de un infiel enemigo del Señor! Lo quiere ella, Mirian, mi hija, mi todo: lo quiera ella, y será.

Y luego tomando sucesivamente las redomas, antes de mezclar su contenido, rezó sobre cada una de ellas fervorosamente, con la exagerada espresion de los musulmanes cuando oran; pronunció conjuros y palabras mágicas, y solo despues de todo esto empapó paños en los bálsamos, los puso sobre las heridas, frotó las sienas, las articulaciones al herido, y luego cubriéndole cuidadosamente se sentó junto á él en el suelo, y rosario en mano se puso á rezar con voz gutural y monótona y con una especie de canturia.

Este rezo duró á lo menos media hora.

Sabido es que los médicos moros pretenden curar no solo con medicamentos, sino con oraciones y con ensalmos.

Tienen, pues, contra el dolor de muelas, contra la fiebre, contra las enagenaciones mentales, contra la enfermedad de diablos, esto es, contra los enloquecimientos, por último, para cada una de las dolencias, una oracion.

Estas oraciones son más ó menos largas, más ó menos declamatorias, en relacion con la mayor ó menor gravedad de la dolencia.

Se tendria por ignorante ó por impío, á un médico árabe, que antes de aplicar un medicamento no rezase sobre él, no le santificase, no le diese, en fin, cierto poder sobrenatural.

IV.

Mirian esperó en silencio á que su padre terminase esta doble operacion científica y religiosa.

Cuandó éste hubo terminado, es decir, cuando quedó terminada la cura, cuando el casi cadáver estuvo cubierto cuidadosamente, Mirian asió á su padre de la mano, y le dijo:

—Ven: veamos si ese otro hombre á quien se cree tambien rey, nos dá algun indicio por su semblante de si lo es ó no lo es.

—Pongamos el uno junto al otro, dijo Sydi Juzef.

Y llamando á Kaimo, salió con él, y entrambos, cargando con el cadáver, le introdujeron en el morabito y le pusieron al lado del herido, que estaba tan inmóvil y tan cadáver en la apariencia como el otro.

V.

Kaimo para aumentar la luz alumbraba con una antorcha.

Ayelah tenia una lámpara de cuatro mecheros en la mano, que casi tanto como la antorcha alumbraba.

Los dos cuerpos estaban inundados de una luz fuerte y vivamente rojiza.

El xerife y la sultana pasaban con grande interés la mirada de uno á otro de aquellos dos semblantes pálidos, frios, inertes.

En el que se creia vivo quedaba aún un reflejo de terrible fiereza, de furor, de magestad: era la expresion de aquel semblante igual en lo terrible, en lo imponente, en lo fiero, á la que podria verse en un leon muerto, por un golpe en el corazon, en el momento más terrible del combate.

El xerife miraba con una espresion dura, sombría, singular aquel semblante: le irritaban el valor, la altivez, la fuerza, el heroismo que en aquel semblante habia impresos.

Le irritaba tanta grandeza en un cristiano.

El hubiera querido ver la miseria, el dolor, el espanto, la debilidad, el envilecimiento marcado en aquel rostro pálido. El no queria que un cristiano, ni aun despues de muerto, valiese más que un musulman.

—¡Este hombre es el rey! dijo con voz ronca: se vé en él el reflejo de la magestad, la grandeza del valor.

—Si, sí, este es el rey, dijo Mirian: no sé por qué yo me atreveria á asegurarlo.

—Sin embargo, dijo el xerife: este otro, en el cual la

muerte ha helado esa fiera sonrisa de desprecio, tiene mucho tambien de grande y de magestuoso.

—Sí, pero es la grandeza, la magestad del valor: solo un rey puede mostrar aquella calma, aquella bravura indómita.

—Hay sin embargo en este, un desprecio á la muerte, una serenidad tal, que espantan.

—En verdad, padre, que es muy difícil acertar: estos dos hombres que tanto se parecen en el cuerpo, debieron parecerse tambien mucho en el alma.

El xerife empezaba á impacientarse y á tener un verdadero empeño por saber cuál de aquellos hombres era el rey, cuál el soldado.

Desnudos se habia encontrado á los dos, y el signo que por el traje pudo haberlos distinguido, habia desaparecido.

¿Cuál de ellos era el rey don Sebastian, ó cuál Gabriel de Espinosa?

Dios lo sabia.

Debia aclarar, sin embargo, esta duda el que vivia aun, el que sin esperanza de salvarle, acababa de curar Sydi Juzef.

Por lo mismo, aunque aborrecia de muerte el xerife á los cristianos, contrajo un empeño violento por volver la salud al herido.

—Tenemos además, dijo Mirian, quien, si ese hombre vive, nos saque de dudas, aunque al volver en sí el herido, al volver á hablar, procure por altivez ocultarnos su nombre: ese cautivo que has traído esta noche, y que nos ha acompañado al campo de batalla para buscar este cadáver, ha sido servidor cercano del rey portugués.

—¿Y dónde está ese hombre que no le veo? dijo el xerife. ¿Le habeis dejado ir?

—Ese hombre no huiria aunque se le dejara libre, Sydi: está gravemente enfermo, dijo Kaimo.

—¡Oh! es verdad, dijo Mirian: el desgraciado ha sufrido mucho.

El xerife miró severamente á su hija por la compasion con que hablaba de Francisco de Aldana, de un cristiano.

La serena mirada de Mirian dominó la sombría mirada de su padre.

—Es necesario cuidar de ese hombre, dijo la sultana con su dulce, sonora y tranquila voz.

Sydi Juzef, como siempre, se dobló á la voluntad de su hija, y con ella precedido por Kaimo que alumbraba, salió en busca de Francisco de Aldana.

VI.

Francisco de Aldana estaba tendido junto á la puerta del morabito á la sombra del emparrado.

Antes de llegar á él, se percibía su alentar ronco, seco, terrible: ese alentar característico de las grandes fiebres.

Sydi Juzef, al oír esta manera particular de alentar del portugués, plegó enérgicamente el entrecejo, y con un ademán rápido y fuertemente expresivo, mandó á su hija que no se acercase.

Luego, sustituyéndose en su semblante aquella expresion de cuidado por una expresion de valor, se acercó á Francisco de Aldana, le volvió y le abrió un ojo.

Aquel ojo ardía, estaba rojo como un áscua opaca.

Lanzaba de sí un fuego intenso, particular.

—¡La fiebre negra! ¡la peste! exclamó.

Y volviéndose á su hija, á Ayelah y á Kaimo, gritó:

—¡Alejaos! ¡la maldicion de Dios ha caido sobre nosotros! hemos pecado amparando á los cristianos, y el Altísimo nos envia el contagio.

Y puso mano á su gumia, desenvainándola y levantándola sobre Francisco de Aldana.

—No: gritó Mirian lanzándose junto á su padre, y asiendo su mano armada.

El xerife se estremeció, y se detuvo.

—Este hombre debe morir, como debe matarse todo animal que tiene ponzoña.

—¡No! repitió enérgicamente Mirian.

—Tu vida, la mia, la de nuestros esclavos, la del herido están en un terrible peligro, Mirian, dijo Sydi Juzef.

—Dios no nos entrega á los desgraciados para que los matemos, sino para que los favorezcamos.

—Este hombre ha sido herido por la mano de Dios con la peste, y su muerte es necesaria para cortar en lo posible el contagio.

—El buen corazon y las buenas obras son los mejores preservativos contra todas las desgracias.

—Sí, pero con muy buen corazon y con muy buenas obras, se muere.

—Nuestro destino está escrito en el libro eterno por la mano de Dios, y él solo sabe cómo, cuándo y de qué hemos de morir. ¿Dónde te pondrás tú á salvo del decreto del destino?

—¡Dios es grande! dijo profundamente Sydi Juzef.

Y á seguida se puso á rezar junto á Francisco de Aldana las oraciones y los ensalmos que se creen por los musulmanes preservativos contra las enfermedades contagiosas.

Despues se quitó del cuello un sucio cordon, del cual estaba pendiente una bolsita, dentro de la cual habia un amuleto: esto es, un papel cubierto de signos cabalísticos, rodeado por siete sellos de Salomon, y lo puso al cuello de su hija.

Con esto, segun las creencias de Juzef, Mirian estaba á salvo; pero él se habia quedado completamente desarmado.

Luego cargó con Francisco de Aldana, que se doblgó inerte sobre los hombros del xerife, partió se alejó del morabito, y seguido de Kaimo, que llevaba una antorcha encendida, atravesó la pequeña pradera y se perdió entre los árboles.

Mirian quedó tranquila.

Sabia que si Francisco de Aldana moria, seria á causa de la enfermedad y á despecho de todo el saber de su padre.

Mirian, acompañada de Ayelah, penetró en el morabito, se sentó frente á aquellos dos cuerpos tan parecidos, y permaneció inmóvil contemplándolos profundamente y procurando adivinar cuál de ellos era el rey don Sebastian, cuál Gabriel de Espinosa.

VII.

Poco despues volvió su padre con Kaimo.

El semblante del xerife se nubló al ver la expresion de tier-no interés con que Mirian tenia fija la mirada en el semblante del herido.

Desde aquel momento su ódio hácia el cristiano herido creció.

Pero Mirian ejercia sobre él un incontrastable dominio, y calló, se doblgó, se resignó á la situacion.

—Sea el rey cristiano éste ó el otro, dijo Sydi Juzef, es necesario que nadie sepa que yo he amparado en mi morabbito á un cristiano. Mi buen sobrino Ahtmed, cuando le enviemos éste, creerá que es el mismo cuerpo que nos hemos traído de sus reales. Kaimo: monta á caballo y vé con la velocidad del relámpago á decir al sultan que el rey cristiano ha muerto; que la chispa de vida que ardía en él se ha apagado: que para nada necesito yo su cadáver y que puede enviar por él.

Pero antes, para que nadie tenga curiosidad de acercarse á mi ermita, saquemos de aquí este cadáver envuelto en el alquicel rojó en que vino ese otro, y pongámosle en la silla de manos que está fuera. A la obra, Kaimo.

Y asiendo el cadáver por los hombros, y levantándole Kaimo por los piés, le envolvieron en el alquicel rojó, le sacaron fuera y le metieron en la silla de manos.

Despues de esto, Kaimo montó á caballo y partió á los reales del sultan Ahtmed.

VIII.

Sydi Juzef desde entonces se dedicó alternativamente al cuidado del herido y de Francisco de Aldana.

Del lado del primero se separaba para ir al lado del segundo.

Francisco de Aldana estaba entre los árboles en una pequeña choza, sobre un lecho de hojas.

IX.

Antes del amanecer, un kaid del sultan con algunos esclavos á pié y una multitud de ginetes, llegó por el que se creia en los reales el rey don Sebastian.

Los esclavos cargaron con la silla de manos , que se alejó escoltada por el kaid y los ginetes.

Nadie sabia que habia quedado en el morabito otro hombre que podia ser muy bien el rey don Sebastian , ó el español Gabriel de Espinosa.

El cambio de los cuerpos estaba hecho, y por este cambio tuvo su origen uno de los más sombríos misterios de la historia del rey Felipe II.

CAPITULO VII.

Antecedentes históricos.

I.

Detengámonos un momento para explicar á nuestros lectores algunos antecedentes históricos, cuyo conocimiento es indispensable, para poder juzgar con acierto la historia del pastelero de Madrigal, para tener algun hilo que nos guie en el laberinto de ese misterio histórico, que aún no ha podido aclararse, que probablemente nunca se aclarará.

Existe la terrible duda, de si Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, y ahorcado como impostor por Felipe II, era el rey don Sebastian ó un hombre-maravillosamente semejante á aquel desgraciado rey, que pretendia se le tuviese por don Sebastian.

Tales son las ambigüedades, los hechos contradictorios que aparecen en el proceso formado á Gabriel de Espinosa, tal el empeño que el rey don Felipe mostró en este asunto, tales las ferocidades legales que se pusieron en juego, tal el misterio que envuelve las declaraciones y los actos del pastelero, que la razon de quien lee vacila, se pierde en deducciones, no logra ver claro ni por un solo momento; pero un no sé qué inexplicable, un no sé qué, casi una conviccion moral, sobreponiéndose á la razon que exige pruebas tangibles, pruebas indudables,

dice en el fondo del alma del jurisconsulto y del hombre dotado de talento que hojea aquel proceso.—Sí: el pastelero de Madrigal era el rey don Sebastian.

Y teniendo en cuenta que Felipe II no se detenía ante el patíbulo, ni ante el horror cuando le importaba deshacerse de un enemigo, recordando que cuando Gabriel de Espinosa fué ahorcado, ya habían muerto el príncipe don Carlos y la reina Isabel de Valois, Juan de Escobedo y don Juan de Austria, que habían sido degollados los condes de Horn y de Egmont, y asesinado el príncipe de Orange; que Montigni había sido secretamente agarrado en un calabozo, y otra multitud de misterios tristes y de actos tiránicos que ennegrecen la historia de aquel rey, á quien Enrique VIII llamaba el demonio del Mediodía, nada tiene de extraño que se crea que la ejecución del pastelero de Madrigal, es un misterio más, una tiranía más, un asesinato más, en la historia de aquel soberbio, egoísta y odioso rey.

Si Felipe II hubiera existido antes que el Dante, no sabemos hasta qué punto hubiera sacado partido el gran genio de la Italia, al aprovecharlas para su infierno en la Divina comedia, de las espantosas enormidades de que se hizo reo ante Dios y ante la historia aquel ambicioso y terrible soberano.

II.

El rey don Sebastian de Portugal, nació en Lisboa el día 20 de enero del año de 1554.

Fué hijo del príncipe don Juan, y de doña Juana de Austria, hija del emperador Carlos V, y por consecuencia, hermana de Felipe II.

Fueron sus abuelos el rey don Juan III de Portugal y doña Catalina de Austria, hermana de Carlos V.

De modo que don Sebastian fué sobrino carnal, por parte de madre, del rey don Felipe II.

Antes del nacimiento de don Sebastian, su padre, el príncipe don Juan, hizo un viaje á Castilla, y al poco tiempo murió.

Hay que tener en cuenta y no olvidarse en el discurso de esta historia, de que el príncipe don Juan, padre de don Sebastian, era muy jóven y muy dado al amor, y que permaneció algun tiempo en la córte de España.

Esto podrá acaso explicar por deduecion, el extraordinario parecido que existia entre el rey don Sebastian y el pastelero de Madrigal.

En el proceso de este último, no se sabe quiénes fueron sus padres; pero consta sí, como veremos más adelante, que tenia más de caballero que de villano, más de hombre principal que de pastelero.

III.

Por la muerte de su padre y despues por la de su abuelo don Juan III, don Sebastian empezó á reinar cuando era niño.

Creció mimado, tolerado en sus locuras por su madre la reina viuda y por su tio el cardenal don Enrique, regente del reino durante su menor edad.

Cuando don Sebastian, pasada su menor edad, empezó á regir por sí mismo el reino, era un mozo audaz, valiente, emprendedor, aventurero, ansioso de gloria, llena la cabeza de ideas caballerescas, y abierto el corazon á todas las impresiones de lo bello, de lo magnífico, de lo embriagador.

Era soberbio, lleno de confianza en sí mismo, desdeñador de consejos, adherido á su propia pasion, y firme de voluntad hasta el punto de ser imposible disuadirle de un propósito por descabellado que fuera.

Pero bajo esta soberbia, bajo esta indocilidad, bajo este amor propio, tenia grandes cualidades de generosidad, de entusiasmo, de valor, de nobleza.

El rey don Sebastian era, en una palabra, una bella locura coronada.

IV.

Los portugueses han sido los primeros que en los tiempos modernos, esto es, despues de los godos, han puesto su planta en Africa.

Ellos, intrépidos y hábiles navegantes, fueron tambien los primeros que emprendieron la navegacion hácia la parte septentrional del Africa, y salvando el cabo de Buena Esperanza, abrieron el camino de la India.

Ya desde 1415 los portugueses eran dueños de Ceuta, y sus miradas ávidas de conquista no se separaban del Africa, á la cual llevaron empresas menos importantes.

El rey don Sebastian, ansioso tambien de conquistas que levantasen su nombre, impulsado por su valor impaciente, y por sus instintos aventureros, pensaba llevar sus armas al Africa de una alta manera, acometiendo una conquista, que en aquellos tiempos era una verdadera locura.

La ocasion, ó mejor dicho, la tentacion, no tardó en presentársele.

V.

La dinastía de los xerifes descendientes de Mahoma poseia por aquel tiempo el trono de Marruecos, y la guerra civil, frecuente entre los moros, era entonces continua.

Sydi Mohhanmet-Abu-Abd-Allah habia logrado arrojar del trono á su hermano Al-Malek, y este se habia retirado con algunos parciales á las escabrosidades del Atlas, donde sostenia la guerra.

El sultan vencido, esto es, el xerife Al-Malek, envió emisarios al rey de Portugal pidiéndole socorros contra su vencedor el xerife Mohhanmet-Abu-Abd-Allah, y como el sueño continuo del rey de Portugal, no era otro que invadir el Africa, sin más consejo y sin demora alguna, don Sebastian prometió á los emisarios de Al-Malek su ayuda, y aún no

partidos estos de Lisboa, se empezaron los aprestos para la guerra.

En vano la reina viuda doña Catalina, abuela del rey, se opuso con todas sus fuerzas al propósito de su nieto: en vano su tío el rey don Felipe II, le escribió aconsejándole que renunciase á ella, y le puso por delante la multitud de desastres que, tanto españoles como portugueses, habian sufrido en Africa en anteriores empresas: en vano le recordó que el emperador Carlos V, su abuelo, despues de la conquista hecha por él en persona de Tunez y la Goleta, se habia retirado considerando inútil y peligroso su establecimiento en el interior del Africa: en vano los hombres más prudentes de Portugal, pretendieron hacerle conocer su locura: don Sebastian se obstinó: le engañaba el corazon: se creia él solo bastante para hacer lo que no habian podido hacer sus abuelos, incluso el gran Carlos V, y continuó sus armamentos en grande escala, y publicó la guerra levantando bandera para la recluta de soldados.

Por este tiempo murió la reina viuda doña Catalina, y al par que se hacian sus exequias, en las plazas de Lisboa y en todas las ciudades del reino, se hacian levas y se recibian hombres á sueldo.

Felipe II promulgó un edicto prohibiendo á los españoles que fuesen á tomar bandera en Portugal para la guerra de Africa, á pesar de lo cual, seis mil aventureros veteranos se pusieron á sueldo del rey don Sebastian, abandonando la España, para correr á una guerra que les brindaba con próximos pillajes.

Unieronse además al rey don Sebastian, seiscientos alemanes, que el Papa enviaba en favor de los católicos irlandeses, y que *por casualidad, sin duda*, recalaron en el puerto de Lisboa, y fueron, como quien dice, embargados por el rey don Sebastian.

VI.

A pesar de la muerte de la reina doña Catalina, que se había opuesto enérgicamente á los proyectos sobre Africa, del rey don Sebastian su nieto, este, mientras se celebraban las exequias de su abuela en el monasterio de Belen de Lisboa, continuaba preparando en el puerto los trasportes que habían de llevar á Africa los soldados que se reclutaban á toda prisa.

Los jóvenes nobles que formaban la corte del rey don Sebastian, inexpertos y audaces como él, le estimulaban, y se fingían triunfos y glorias quiméricas, enardeciendo la ambición de fama y la propensión á las aventuras del joven rey.

Aún hubo obispos, que abandonando su rebaño y su altar, levantaron bandera y reunieron gente para la empresa contra el Africa.

VII.

Al fin, el puerto de Lisboa vió reunida una fuerte armada, compuesta de ciento cincuenta buques entre galeras y navíos, en cuya capitana mandada por el almirante Sousa, permaneció el rey á bordo ocho días activando por sí mismo el embarque de las tropas, de la artillería y de los bagajes.

Algunas galeras españolas estaban como en observación á la embocadura del puerto, y aún el rey don Felipe, el duque de Alba y el cardenal don Enriqu , insistían por persuadir á don Sebastian á que abandonase aquella descabellada empresa.

Pero aquellas instancias fueron tan desatendidas como lo habían sido las anteriores, y al fin la flota portuguesa se dió á la vela con rumbo á la costa occidental de Marruecos, á fines de setiembre de 1578, llevando á bordo un ejército de quince mil hombres, compuesto de seis mil españoles aventureros, gente vieja en la guerra, tres mil alemanes, al-

gunos italianos, y el resto de portugueses, con doce piezas de artillería y mil quinientos caballos.

VIII.

Tres días después de haberse hecho á la vela, dieron vista á Arcilla, pequeña ciudad fortificada en Marruecos, al principio de la costa occidental de Africa.

Al-Bozarín, alcaide de la ciudad por el xerife Sydi Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, que reinaba en Fez y en Marruecos, fué á encontrar en el mar al rey don Sebastian, y á manifestarle, que su señor el xerife Abu-Abd-Allah, le habia mandado le entregase la ciudad, y le concediese una entrevista en ella.

En efecto, apenas hubo desembarcado el rey don Sebastian y ocupado á Arcilla, que le fué entregada por su alcaide Al-Bozarín, el xerife Mohhanmed se presentó al rey de Portugal, llevando un pequeño ejército de tres mil caballos.

Hay que tener presente que el xerife Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, habia arrojado del trono al xerife Al-Malek; que este se habia visto obligado á huir á las asperezas del Atlas, donde se habia mantenido de latrocinios: que para recobrar su trono, habia pedido socorros á Felipe II contra Mohhanmed, y que no habiéndoselos concedido el rey de España, los habia solicitado del rey de Portugal, de quien habia obtenido una respuesta favorable.

Don Sebastian, pues, iba á Africa llamado por Al-Malek y en favor suyo.

IX.

Pero las cosas habian variado en Marruecos durante el tiempo que el rey don Sebastian habia invertido en los preparativos de la empresa: los turcos habian prestado socorro al xerife Al-Malek, y no era ya este el que necesitaba socorros, sino su contrario Mohhanmed.

Este, pues, se apresuró á salir al encuentro del rey don Sebastian, le habló encarecidamente, á fin de que abandonase al xerife Al-Malek, y le ayudase á él: le manifestó que el verdaderamente fuerte era Al-Malek, que ayudándole no alcanzaria gloria alguna, porque unidos el ejército de Al-Malek y el del rey de Portugal, no habia combate posible, por la superioridad del número, y el rey don Sebastian, imprudente siempre y siempre buscador del peligro, cambió de propósito, y habiendo ido á África llamado por Al-Malek contra Abu-Abd-Allah, apenas desembarcado en Marruecos, se puso de parte de Abu-Abd-Allah contra Al-Malek.

X.

Se impacientaba el rey.

Tenia hambre de combate y de gloria, y deseaba abrir la campaña desde el momento.

El xerife Al-Malek estaba en los campos de Túnez con un respetable ejército. Pensó entonces, el rey don Sebastian, qué seria mejor, si ir por tierra desde Arcilla, ó por mar á Larache.

El rey don Sebastian tenia impaciencia por llegar á las manos con los enemigos, y habiendo ya desembarcado, se le hizo duro embarcarse de nuevo.

Prevaleció, pues, el parecer de que se fuese contra el enemigo por tierra, y en estos dias llegó á Arcilla Francisco de Aldana, de la servidumbre del rey don Sebastian, llevándole una carta del duque de Alba, y como regalo de este, la armadura con que el Emperador Carlos V habia entrado triunfante en Túnez.

Decia el duque de Alba al rey, que ya que habia emprendido aquella guerra, echase todo el peso de ella en las orillas del Lukos, y sin abandonar la costa, para poder ser socorrido en un fracaso. Pero el rey don Sebastian no hizo caso, ni de la carta del duque de Alba, ni de las razones de Francisco de Aldana.

La marcha contra el xerife Al-Malek se emprendió por tierra desde Arcilla, con direccion á Alcázar-Kivir, que está á dos

leguas de Larache sobre las riberas del río Lukos, y después de cinco días de marcha, el día 4 de agosto de 1578 atravesó el ejército portugués, á quien acompañaba con su lucida caballería el xerife Abu-Abd-Allah, el vado del río Al-Mokazen, en el punto donde este río muere en el Lukos, y no lejos de Alcázar-Kivir, en cuya extensa llanura abierta entre los dos ríos Lukos y Al-Mokazen esperaba ya el xerife Al-Malek, con un ejército de cuarenta mil caballos, ocho mil infantes y cuarenta piezas de artillería, sin contar las kabilas de la comarca que habían acudido llamadas por los santones contra los cristianos.

XI.

La caballería enemiga estaba formada en semicírculo, con la artillería en el centro á vanguardia y la infantería á los flancos.

El xerife Al-Malek que estaba gravemente enfermo se había hecho llevar á la batalla en una silla de manos, y su sobrino el xerife Sydi Ahtmed, sano y robusto, comunicaba al ejército las órdenes de su tío.

Por parte de los portugueses y de los moros que seguían al xerife Abu-Abd-Allah, los mandaba en jefe el rey don Sebastian con un brillante séquito de jóvenes nobles portugueses.

La artillería del rey don Sebastian rompió el fuego, pero le suspendió muy pronto dominada por la artillería de Al-Malek.

Los artilleros portugueses, mal instruidos y bisonños, empezaron por bajar la cabeza á los disparos enemigos, y acabaron al fin por abandonar las piezas que no volvieron á servir en la batalla.

Al-Malek que se hallaba muy enfermo, y que quería antes de morir gozar de la victoria, al ver que la gran masa del ejército portugués era de infantería, y la caballería escasa, había dicho:—Ellos pocos y á pié, y nosotros muchos á caballo y en llano, les daremos en breve espacio un mal día.—Y mandó adelantar á la carga á los escuadrones.

Así es, que apenas roto el fuego de cañón, apenas dominada la artillería portuguesa, la batalla se trabó y se hizo general por el frente.

Irritado el rey don Sebastian por la cobardía de sus artilleros, corrió con sus nobles y su estandarte á ponerse al frente de los escuadrones españoles, italianos y alemanes, que se batian bravamente, rechazando una y otra vez las feroces embestidas de la caballería marroquí, y con tanto valor, que llegó el caso de que el ala derecha del ejército de Al-Malek, fuese desordenada y puesta en fuga.

Al-Malek entonces comprendió que era necesario un supremo esfuerzo, y á pesar del estado en que se encontraba, mandó que le sacasen de la silla de manos y le pusiesen en un caballo; pero tan grave era su enfermedad, y en tal estado se encontraba, que al ir á montar murió entre las manos de sus servidores, sin poder decirles más, sino que ocultasen su muerte al ejército, lo que expresó llevándose un dedo á la boca, como quien encarga el silencio.

Al-Malek, ya cadáver, fué encerrado en la silla de manos, y desde aquel momento su sobrino el xerife Ahtmed, tomó el mando en jefe del ejército.

XII.

Por mucho tiempo la victoria estuvo indecisa: el ejército cristiano, ayudado por la gente del xerife Abu-Abd-Allah, se batia con un verdadero furor.

El ejército del xerife Ahtmed lanzaba contra él sus incesantes oleadas de ginetes que eran rechazados, y que con una tenacidad heroica retrocedian y volvian á la carga.

La mortandad era grande, la fatiga mucha, el calor irresistible.

Todo contribuia á hacer la batalla dura y formidable.

Los cristianos sabian que ningun socorro podian esperar, porque estaban dos leguas tierra á dentro, se veian rodeados por los moros, y la desesperacion les daba aliento y fuerza.

Ahtmed veia el trono de Marruecos detrás de la victoria, y se multiplicaba, estaba en todas partes, alentaba á los capitanes con promesas, y á los soldados con el ejemplo.

El rey don Sebastian, conociendo tarde su locura, la ex-

piaba combatiendo como un héroe de la antigüedad, metiéndose entre lo más trabado de la batalla, buscando acaso la muerte, para no sobrevivir á una derrota que estaba próxima.

La batalla se habia dividido: los portugueses, separados á gran distancia á la derecha, se batian muy de lejos, y flojamente, porque el rey don Sebastian no se habia cuidado de que la gente fuese buena, sino de que se reclutase pronto, y los portugueses eran casi en su totalidad nuevos en la guerra, y por consecuencia, asombradizos.

En cambio, los escuadrones españoles, italianos y alemanes, eran de aventureros de oficio, gente dura y experimentada, que habia acudido al cebo de un sueldo, y que cumplian bravamente con su obligacion, disputando palmo á palmo el terreno y llamando sobre sí toda la fuerza del enemigo.

Pero al fin, solos contra todos, fueron forzados los flancos, se vieron envueltos, y entonces empezó una carnicería espantosa.

La batalla estaba perdida para el rey don Sebastian.

Un círculo de ginetes moros se estrechaba cada vez más, adelantando sobre cadáveres, en torno de los aventureros: en vano se pedia piedad: el yatagan y la lanza de los moros no se hartaban de matar.

Y los portugueses no acudian: con el pretexto de que se les habia mandado que no se moviesen de sus posiciones, permanecian inmóviles en ellas.

El rey don Sebastian estaba en todas partes; en todas partes se batia.

Herido ya gravemente, cambiando cinco veces de caballo, por habérselos matado, se perdió en medio del tumulto, sin que nadie supiese donde se encontraba: el estandarte real habia sido derribado, y cuando los nobles, buscando al rey, acudieron á un estandarte levantado aún, que se parecia mucho al estandarte real, encontraron que aquel era el estandarte de D. Manuel de Meneses.

No se sabia donde estaba el rey.

El estandarte real no parecia tampoco.

Todo estaba perdido.

Capitanes y soldados, ginetes, infantes, carros, bagajes,

todo estaba revuelto: todo cercado por los moros, que no dejaron de matar sino cuando se les cansaron los brazos.

El xerife Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, que habia escapado cuando vió que la batalla se perdía, iba tan ciego por el miedo, que habiendo llegado á las orillas del Lukos, se arrojó á él con su caballo y se ahogó.

El xerife Ahtmed, habiéndose publicado en el ejército la muerte de su tío Al-Malek, fué proclamado sobre el mismo campo de batalla sultan de Marruecos.

XIII.

Quedaron muertos sobre el campo cerca de ocho mil hombres de los dos ejércitos, siendo los seis mil de los cristianos.

Murieron muchos señores portugueses, y entre ellos Arias de Silva, obispo de Oporto, y Manuel de Meneses, obispo de Coimbra.

Los demás que sobrevivieron á la batalla, fueron hechos cautivos, sin que quedase uno solo que llevase la noticia de la derrota.

XIV.

Esta fué la tremenda batalla de Alcázar-Kivir ó de los Xerifes, que cubrió de luto á Portugal, y dió espanto á Europa.

Nadie pudo decir que vió morir al rey don Sebastian: nadie puede asegurar con un irrecusable dato histórico, que el rey don Sebastian muriese en aquella batalla.

Se entregó un cadáver algun tiempo despues por el xerife Ahtmed, á los enviados del rey don Felipe II, que se decía ser el del rey don Sebastian.

Pero téngase en cuenta, que pasaron muchos días de los más calorosos del verano, mientras se convino en el rescate del cadáver; que éste debió estar descompuesto y desfigurado; que el xerife Ahtmed tenia un grande interés en complacer al poderoso Felipe II, que habia ya manifestado con la victoria de

Lepanto, que cuando acometia una empresa, era prudente y fuerte: que Felipe II, en fin, tenia fija la vista codiciosa en Portugal, y que convenia á sus propósitos, la muerte real ó aparente de su sobrino don Sebastian: que en fin, lo repetimos, no fueron portugueses, sino castellanos enviados por Felipe II, los que reclamaron aquel cadáver, y se comprenderá que la muerte del rey don Sebastian en la batalla de Alcázar-Kivir, no está bien probada.

Que existe por lo tanto, acerca del rey don Sebastian un oscuro misterio, que probablemente nunca se desvanecerá.

CAPITULO VIII.

En que se vuelve á la novela y se refiere una historia de sangre.

I.

Amaneci6 el dia 5 de agosto de 1578.

Esto es, el dia siguiente á la batalla de Alcázar-Kivir.

Los primeros rayos del sol doraban los muros del sencillo morabito de Ain-al-Mokazen.

La pequeña pradera estaba completamente desierta: la puerta del morabito cerrada.

La luz del sol, penetrando por la pequeña ventana de la habitacion de Sydi Juzef, le despert6.

—Mucho he dormido hoy, dijo el sant6n: el sol se ha levantado antes que yo: la primera oracion de la mañana ha pasado sin que yo haya levantado mi alma al Señor: perdone 6l, porque por su nombre tom6 ayer la fatiga que ha prolongado mi sueño.

Y como Sydi Juzef no se desnudaba jam6s, apenas despert6, abandon6 la estera de palma que le servia de lecho, sali6 de su aposento, abri6 la puerta del morabito, hizo su ablucion en la fuente, es decir, se lav6 la cara y los brazos hasta los codos, y los pi6s hasta los tobillos, entr6 en el pequeño adoratorio del morabito, se arrodill6 junto á la tumba del anterior san-

ton Sydi Al-Motamed, y rezó con voz grave, acompasada y gutural, la oracion de la mañana.

Luego se levantó, y se encaminó al aposento de su hija.

II.

Mirian no habia reposado ni un solo momento: pálida por la mala noche, pero con la palidez más hermosa, triste y abstraída, estaba sentada al lado del lecho del herido, que permanecia en la misma posicion en que despues de curarle le habia dejado la noche anterior Sydi Juzef.

Este se detuvo á la puerta, y miró de una manera sombría la mirada inmóvil que llena de interés fijaba su hija en aquel cuerpo inerte.

Mirian notó la presencia de su padre, se levantó, llegó á él, le asió cariñosamente las manos, y le besó en la frente.

El bravo xerife se enterneció al sentir sobre su frente los ardientes labios de su hija.

—Tú no has dormido, Mirian, la dijo.

Mirian le señaló con la mirada y con la accion en un movimiento de piedad, el herido.

—¡Quiera Dios que no alentemos en nuestro seno á una víbora!

—¡Oh! ¡no! dijo Mirian: en su semblante se vé su hermosa alma, y su frente serena parece que no ha ocultado jamás un pensamiento infame: pero ven, ven, padre mio: sepamos si nos quedan esperanzas de salvarle.

Sydi Juzef se acercó con una marcada repugnancia al herido, le observó, y consultó sus artérias y el calor de su piel.

—¡Vive! dijo sordamente Sydi Juzef; pero no hay en él ni más ni menos vida que anoche; hay que esperar mucho tiempo para saber si sanará de sus heridas, ó si sucumbirá á ellas.

—¡Oh! pues es necesario que viva, que se salve, lo quiero yo.

—Ruégalo al Señor fuerte y misericordioso, y sobre todo conformémonos con su voluntad. Y luego, ¿qué nos importa que ese perro cristiano viva ó perezca?

—¡Oh padre! Dios escribe nuestras buenas obras en el libro de las recompensas eternas.

—Y nuestros pecados en el de las eternas penas, dijo profundamente el xerife, clavando una terrible mirada en el semblante de Mirian.

—¿Y ese otro desgraciado? dijo Mirian, sosteniendo con una tranquilidad perfecta la sombría mirada de su padre.

—¿Cuál? ¿el herido por Dios con peste negra? contestó Sydi Juzef: ese hombre morirá, si el Altísimo no hace un milagro.

—Pues si muere, no podemos saber si este desgraciado es ó no el rey de Portugal.

—Ya nos lo dirá él, si no muere.

—¡Oh padre! ¡cuida de la vida de ese otro hombre!

Y Sydi Juzef al oír estas palabras, doblegado siempre á la voluntad de su hija, salió del morabito y se encaminó atravesando la pradera, al lugar donde entre los árboles estaba abandonado en una choza Francisco de Aldama.

Antes de entrar en la estancia, Sydi Juzef oró á Dios.

Iba á ponerse en contacto con un apestado.

Francisco de Aldana, tendido entre dos mantas sobre un monton de hojas, estaba inmóvil y sin conocimiento.

La fiebre dominaba todos sus sentidos, todas sus facultades.

Sydi Juzef le estuvo observando profundamente.

—Cava una sepultura, Kaimo, fuera del bosque y bien profunda, dijo al negro que le habia seguido: este hombre morirá á la puesta del sol.

Y sin decir más palabra, salió de la choza y volvió al morabito.

III.

Una vez en su aposento, tomó las piezas de la armadura del alferez mayor de Portugal, las enlazó, enhevilló sus correas, cargó con ella, entró en el adoratorio, y subiendo sobre la espalda de Kaimo, colgó en un ángulo la armadura.

Luego volvió á su aposento, tomó el estandarte real de Portugal, entró de nuevo en el adoratorio, y subiendo sobre los hombros de Kaimo, colgó el estandarte del centro de la bóveda.

Las puntas del estandarte descansaban sobre las piedras arrojadas en la tumba del anterior santón Sydi Al-Motamed.

Despues de esto, Sydi Juzef contempló con orgullo su obra.

—Aquí están el estandarte y esa armadura, exclamó, mucho mejor que en la gran mezquita de Marruecos: el morabrito de Ain-A-Imokazen está habitado por el Señor.

Despues de esto salió del adoratorio, entró en su aposento, se colgó la bolsa de municiones, tomó la espingarda, y se alejó del morabrito á paso lento.

Al salir de entre los árboles, se presentó de repente á su vista el campo de batalla, y allá á lo lejos Alcázar-Kivir.

Pero las tiendas del campamento del sultan Sydi Ahtmed, habian desaparecido.

Ni un solo hombre se veia en pié en el campo de batalla, pero se veian muchos tendidos.

Entre los cadáveres se veian agitarse, saltar, revolar sobre aquellos restos despedazados, bandadas inmensas de buitres y de cuervos, y una multitud de chacales.

Allá lejos, muy lejos, se veia una gran polvareda, como la que produce la marcha de un ejército numeroso, compuesto en su mayor parte de caballeria.

—¡El sultan se aleja! exclamó: Sydi Ahtmed lleva el camino de Fez: le tarda el ir á coronarse: vaya en paz: en cambio me deja el espectáculo más agradable para los ojos de un creyente: montones de cadáveres de cristianos, y un buen dia de caza de buitres y chacales: ¡Dios prospere á nuestro señor el sultan!

Y soltó una larga carcajada, y partió á la carrera hácia el campo de batalla, dentro del cual se encontró muy pronto.

Desde aquel momento Sydi Juzef no cesó de disparar, sin más intervalo que el necesario para cargar su arma.

A cada disparo se oia el ahullido de un chacal, que era muerto instantáneamente, ó el graznido y el aleteo de un buitre que acababa de existir poco despues de haber sido herido.

—¡Ayer era mejor dia! exclamaba Sydi Juzef: ayer no eran bestias las que mataban mis balas: eran cristianos enemigos de Dios.

Y el santón seguia cazando y adelantando hácia Alcázar-Kivir.

IV.

Habia atravesado el campo de batalla y se encontraba cerca de la pequeña ciudad, cuando oyó partiendo de una torre la voz de un muecín, que llamaba á grito herido á los creyentes á la oracion de *adohar* (1).

La poblacion estaba cerca, y Sydi Juzef se echó la espingarda al hombro y tomó de prisa el camino hácia los muros.

Subió un repecho, entró por un postigo de la alcazaba, y por calles estrechas, torcidas y sucias, llegó á una pequeña plazuela.

En ella habia una fuente y un algibe, y más allá la puerta de una pequeña mezquita, en cuya torre un muecín daba grandes voces á las que nadie acudia.

En la puerta de la mezquita, maravillado de que nadie acudiese á la oracion, estaba un viejo fakí, que al ver al viejo xerife se apresuró á acercarse á él.

—Bien venido sea entre nosotros, dijo, el hombre de Dios, el santo morabito de Ain-Al-Mokazen.

—La alabanza á Dios, y que él te guarde, Sydi Aben-Balkin: ¿qué novedades ocurren por la ciudad?

Y mientras, Sydi Juzef, que habia dejado su espingarda en el suelo, hacia su ablucion en la fuente.

—Novedades, ya las sabrás, respondió el fakí: como que dicen que te se debe en mucha parte nuestro triunfo de ayer sobre los cristianos.

—Dios solo es fuerte, Dios solo es vencedor, dijo Sydi Juzef continuando en su ablucion.

—¡Alabado sea él! respondió el fakí: en la alcazaba tenemos el cuerpo del rey cristiano: nos le ha enviado con mucha guardia el poderoso sultan Ahtmed (á quien Dios ensalce), más bien, nos le ha traído.

—Pero Sydi Ahtmed no está ya en la ciudad.

—Sí, está en la alcazaba, apartado y sin conceder á nadie la gracia de que le vea.

(1) Oracion del medio día.

—Yo he visto esta mañana al ejército alejarse hácia Fez.

—El ejército sí; pero el sultan, sin duda para descansar, se ha quedado aquí con dos mil caballos de su guardia negra: hay además dentro de los muros, muchos moros de las kabilas dispuestos á acompañar al sultan y ver la coronacion en Fez.

—¿Y cómo habiendo tanta gente en la ciudad, y estando tan cercana esta mezquita, tu muecin se pone ronco de dar gritos sin lograr que ningun creyente acuda á la oracion?

—¡Verdaderamente es maravilloso! y lo siento, porque la limosna que hacen es buena, y no caerá por hoy ni la más pequeña moneda en los cepillos: lo siento por los pobres y por los hospitales: yo creo que si por esta parte de la ciudad no se vé gente, es porque está allá en la plaza orando en la puerta de la mezquita mayor.....

El fakí se detuvo como quien hablando distraido se recobra á tiempo, antes de cometer una imprudencia.

—¡Ya! dijo Sydi Juzef: la multitud va á la puerta de la mezquita mayor á ver el cadáver de mi hermano Mohhanmed-Abu-Abd-Allah.

—Es verdad, santo xerife, respondió turbado el fakí; pero yo no he querido ofenderte.

—Bien muerto está mi hermano, dijo Sydi Juzef: bien hace mi sobrino Sydi Ahtmed en infamarle: ha vendido á los suyos, y ha ofendido á Dios abriendo nuestra tierra á los cristianos: ¿y el cadáver de mi hermano el xerife Al-Malek, dónde está?

—Le ha enviado el sultan á Marruecos, embalsamado, para que le entierren en el panteon de su familia.

—Tan infame como Abu-Adb-Allah ha sido Al-Malek: él fué el primero que llamó á los cristianos, y por él los cristianos han venido: pero Dios es justo y grande, y él proveerá. Entremos en la mezquita y oremos, Aben-Balkin, que despues tendremos lugar sobrado para conversar.

Sydi Juzef tomó su espingarda, llegó á la puerta de la mezquita, y antes de entrar se quitó las babuchas y las sujetó en su ceñidor.

Luego, siguiéndole el fakí, entró y llegó al adoratorio

donde solo podían poner la planta los fakies y los santones, y se postró y oró largo tiempo.

Después salió.

V.

—¿Conque mi sobrino Sydi Ahtmed se queda aquí? dijo con acento receloso: ¿y para qué se queda aquí? ¿lo sabes tú?

—Para descansar sin duda, respondió el faktí, que había seguido á Sydi Juzef: dicen que ayer trabajó mucho en la batalla.

—Más trabajé yo, he dormido poco esta noche, y sin embargo, esta mañana he salido á caza.

—Dios te da su fortaleza, Sydi.

—Loado sea Él: pero ya he orado en la casa del Señor, y me vuelvo á mis campos: las ciudades me hacen mal: hace catorce años que no vivo en ellas.

—¿Y te separas de tu siervo, Sydi, sin reposar un momento en mi casa y dejar la alegría en ella? ¿por qué no aceptas un refresco? El día está muy caloroso, reposa durante la siesta y vuélvete cuando haya caído el sol.

Sydi Juzef no contestó á estas palabras.

Se había quedado profundamente pensativo.

—Sí, sí, puede ser... dijo al fin, murmurando sus palabras de tal modo, que no pudo entenderlas Aben-Balkin: puede ser que Mirian se haya enamorado del rey cristiano... pero yo evitaré.... ¡oh, yo evitaré tener que ejecutar una terrible venganza!

Y volvió á quedarse meditabundo.

Luego, dijo dirigiendo la palabra á Aben-Balkin, que por respeto no se había atrevido á interrumpir el silencio del santón.

—Entremos en tu casa, dices bien: el día está muy caloroso.

—¡Oh! ¡día feliz este en que mi casa va á ser ennoblecida y santificada con tu presencia!

Y se dirigió á una puertecilla situada cerca de la puerta de la mezquita, y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció un esclavillo mulato, un niño cubierto de andrajos, que miró con asombro á

Sydi Juzef, que no iba más limpio ni menos andrajosamente vestido.

Atravesaron un pequeño patio, en medio del cual habia una fuente seca, y entraron en un vestibulo, á cuyos dos lados habia dos huecos, tras arcos de herradura, y en cada hueco habia sobre una tarima, una estera de palma.

Este es un lugar que hay en toda casa árabe, donde el dueño recibe á los extraños que no pasan de allí. En el interior, donde están las mujeres, solo entran los parientes cercanos, y rara vez un extraño, á quien el dueño de la casa quiera hacer el gran obsequio de que penetre en ella.

VII.

Aben-Balkin concedió este inusitado favor á Sydi Juzef, abriendo una pequeña puertecilla situada en uno de los huecos, é invitando á que pasara á Sidy Juzef, que entró, no como quien recibe un favor, sino como quien lo otorga.

Y en efecto, para un santón no tiene nada cerrado ni oculto un musulman.

Hasta tal punto llega el fanatismo de los moros en esta parte, que si un santón elije á su mujer y tiene de ella un hijo, el marido creará honrada y favorecida su familia: una jóven musulmana que haya pertenecido á un santón, encontrará al momento un buen esposo, aunque sea fea y pobre: en la silla donde un santón se sienta en la casa de un moro, no vuelve á sentarse nadie, y aquel lugar se señala como si hubiese sido consagrado.

Un moro se dejará matar en defensa de un santón.

En una palabra: ser santón, es todo lo que hay que ser en Africa.

VIII.

Sydi Juzef, siempre asido á su espingarda, subió por unas estrechas escaleras y entró en un corredor cerrado por espesas celosías.

Apenas entró en él, cuando dos jóvenes y hermosas niñas que habían salido al encuentro de Sydi Juzef, creyéndole sin duda el faki, única persona que podía subir por aquellas escaleras, dieron á correr gritando y cubriéndose el rostro con las manos, y desaparecieron por el otro extremo del corredor.

—No corrais, no corrais, hijas mias, dijo el faki: el que entra en nuestra casa trayendo á ella la paz y la alegría, es un xerife morabito, un príncipe, un hombre de Dios.

Pero las muchachas no le oían, y ni volvieron á aparecer ni respondieron una palabra.

Sydi Juzef iba tan distraído y tan pensativo, que no dió muestras de haber reparado en nada de esto, y se entró por una puerta de arco de herradura revestida de estuco con ricas ornamentaciones árabes, en una sala que recibía la luz de unas pequeñas ventanas altas junto al techo, cubiertas por planchas de estuco, caladas, formando bellos transparentes.

Las paredes estaban pintadas y doradas, y el techo era de maderas labradas y pintadas.

El pavimento era de mármol blanco, y en el centro de la sala, tocando á la pared del frente de la entrada, había una alfombra de seda, y sobre ella un divan con almohadones de damasco:

Sobre el divan había una guzla, mucho más pequeña que nuestras guitarras, de ébano y marfil, con cinco cuerdas de oro, y sobre la alfombra unas babuchas de seda bordadas de plata, y amoldadas al parecer á un pié precioso.

A un lado había una mesa con gran número de redomitas con perfumes, y sobre la mesa un grande espejo.

Al otro lado había un lecho ancho y cómodo, y en un ángulo, un arcon de madera labrada.

Un perfumero redondo, que apenas exhalaba ya humo, pero que había llenado de un suave y delicado olor la sala, estaba á poca distancia del divan.

Todo revelaba que aquella era la habitación de una mujer, y que esta mujer acababa de abandonarla.

No era allí á donde el faki había querido llevar al xerife; pero Sydi Juzef se había metido allí, y todo lo que el santón hiciera estaba bien hecho.

IX.

Sydi Juzef puso su espingarda al alcance de su mano, contra la pared, y se dejó caer en el divan.

Una de sus manos tropezó en la guzla.

La tomó y recorrió sus cuerdas.

La guzla estaba perfectamente templada.

Sydi Juzef tocó en ella algunos preludios, y luego arrojó lejos de sí la guzla.

—Maldito sea ese instrumento, dijo: cuando veo una guzla ú oigo su sonido, la maldicion de Dios truena en mis lábios: con ese maldito instrumento me adormecía en otros tiempos una mujer infame, una mujer que sintió todo el peso de mi justicia, y á quien Dios haya querido perdonar. Hace diez y seis años que yo no tomo en mis manos una guzla, aunque he sido famoso tocador de ella antes de consagrarme á la vida de la penitencia y de la perfeccion.

Sydi Juzef en cuyos ojos ardia un fuego opaco, que daba á su mirada una expresion de locura extraña, inclinó la cabeza sobre el pecho, y guardó silencio.

Aben-Balkin que estaba respetuosamente de pié delante del xerife, no se atrevió á interrumpirle.

Al fin este levantó la cabeza y miró fijamente al fakí.

—¿Qué haces ahí inmóvil y mudo como si te hubiera hechizado una judía? dijo con acento áspero Sydi Juzef.

—Esperaba á que te dignases hablarme, Sydi.

—Siéntate.

—¿No quieres que pida para tí refrescos y frutas, santo anacoreta?

—Más tarde: ahora siéntate y escucha.

El fakí se sentó sobre sus piernas guardando una actitud respetuosa, y se puso á escuchar con la más grave atencion.

—Dicen que tú, Aben-Balkin, eres uno de los doctores más sábios, y que mejor explican los misterios del libro de la Ley.

—Delante de tí, Sydi, no hay más sábio que tú.

—Yo he venido, dijo el santón, porque estaba cerca de tu mezquita cuando llegó la hora de la oración de adohar, á orar á ella: pero despues creo que me ha traído el Señor, porque tengo grandes dudas que consultar contigo.

—Habla, Sydi, que yo te escucho con atención.

—Díme: si llega á nuestras puertas un enfermo, un hombre con peligro de muerte, y es enemigo nuestro, porque es enemigo de nuestra ley, ¿debemos cerrarle la puerta?

—Pecariamos, porque Dios nos ha enviado áquel hombre.

—¿Pero si es nuestro enemigo.....

—Dios nos le ha enviado para que le demos bien por mal.

—¿Entonces, no podremos matarle?

—No.

—¿No podríamos envenenar sus medicamentos?

—Eso seria un asesinato bajo nuestro techo, que traeria sobre nosotros y sobre nuestra casa la maldición del Señor.

—¿Y no podremos arrojarle de nuestra casa, hacerle continuar su camino?

—No, porque la fatiga y el desamparo podrian matarle, y su muerte caeria sobre nuestra cabeza, porque nos habian faltado la paciencia, la largueza y la caridad.

—Pero, ¿y si una mujer á quien amáramos, amase á ese enemigo nuestro?

—No seria él culpable por la impureza de nuestra mujer..... ella, ella sola.

—¿Y qué hacer con esa mujer?

—¡La mujer impura debe morir!

—¡Morir! ¡morir! ¿y si no podemos matarla? si su voluntad es nuestra voluntad, si no sabemos ni podemos hacer más que lo que aquella mujer quiere que hagamos, si domina nuestra alma, si debilita toda nuestra energía?

—Entonces debemos orar al Señor para que nos libre de Satanás, que se ha apoderado de nosotros.

—¿Y si oramos y Dios no nos concede lo que le pedimos?

—Es que Dios prueba nuestra fe y nuestra mansedumbre.

—Dices bien: tú eres sábio y justo, dijo Sydi Juzef con acento sombrío, y desplomando sobre el fakí una mirada amenazadora: no hablemos más de esto.

—Soy muy desgraciado, porque mis palabras te irritan, Sydi.

—¡Irritarme tú, vil gusano! exclamó Sydi Juzef, con un acento en que se revelaba la insensatez: ¿y quién eres tú para irritarme á mí, que vales menos que el polvo que pisan mis piés?

—¡Oh, santo xerife anacoreta! dijo el fakí postrándose y uniendo el rostro al pavimento: ¡haz lo que quieras de tu siervo: cumple sobre él tu voluntad!

Sydi Juzef estaba pálido, tembloroso.

Su mirada vagaba sin objeto, irritada, lúgubre, terrible, y estaba replegado, contraído sobre el divan, como una pantera irritada sobre su cubil.

Aben-Balkin, prosternado ante Sydi Juzef temblaba de terror, porque, aunque los moros reciben con alegría todo lo que para ellos proviene de un santón, cuando el santón les amenaza de muerte, sienten, como mortales, miedo.

Pasaron gran espacio de tiempo, Sydi Juzef replegado, tembloroso, excitado por los celos del amor que sospechaba en su hija hácia el cristiano, y Aben-Balkin esperando de un momento á otro un golpe de muerte, porque el santón se habia puesto furioso.

De repente se operó una reaccion singular en Sydi Juzef: los músculos de su semblante perdieron su terrible tension; sus ojos se revolvieron trocando la espresion del furor por la de la locura, que no deja en quien domina la más leve conciencia de sí mismo, se contrajo su boca de una manera estravagante, y soltó una ruidosa y desagradable carcajada.

Luego, despues de algun tiempo, su semblante se serenó más, y se dejó ver como iluminado por un reflejo de razon.

Se irguió al fin, y reparando en el fakí, le dijo:

—¡Por los siete durmientes! ¡así el diablo cargue contigo! ¿qué haces ahí postrado como un perro?

—¡Santo xerife anacoreta! repitió con voz compungida el fakí: ¡haz lo que quieras de tu siervo!

—¿Y qué he de hacer yo contigo? ¿no estoy bajo tu techo? y luego, ¿en qué me has ofendido tú?

—¡Ah! ¡yo creia haber causado tu indignacion! dijo el fakí.

Sydi Juzef acabó de aparecer tranquilo.

—Tengo sed, dijo.

—Mis mujeres van á servirte al momento, Sydi: ¿pero qué es lo que tú deseas?

—Leche, miel y frutas, contestó bruscamente el xerife.
Aben-Balkin salió.

Sydi Juzef se quedó reclinado en el divan, con la cabeza inclinada sobre el pecho, en la actitud de quien reposa de una larga fatiga.

XII.

No tardó mucho en volver el fakí.

Con él venian dos jóvenes casi de la misma edad.

La una era blanca y parecia como de quince años.

La otra morena, y demostraba sobre poco más ó menos la misma edad que su compañera.

La blanca tenia los ojos garzos y los cabellos cortos, y era muy linda y muy graciosa, sin alcanzar á una gran hermosura.

La morena tenia los cabellos y los ojos negros, y era hermosísima.

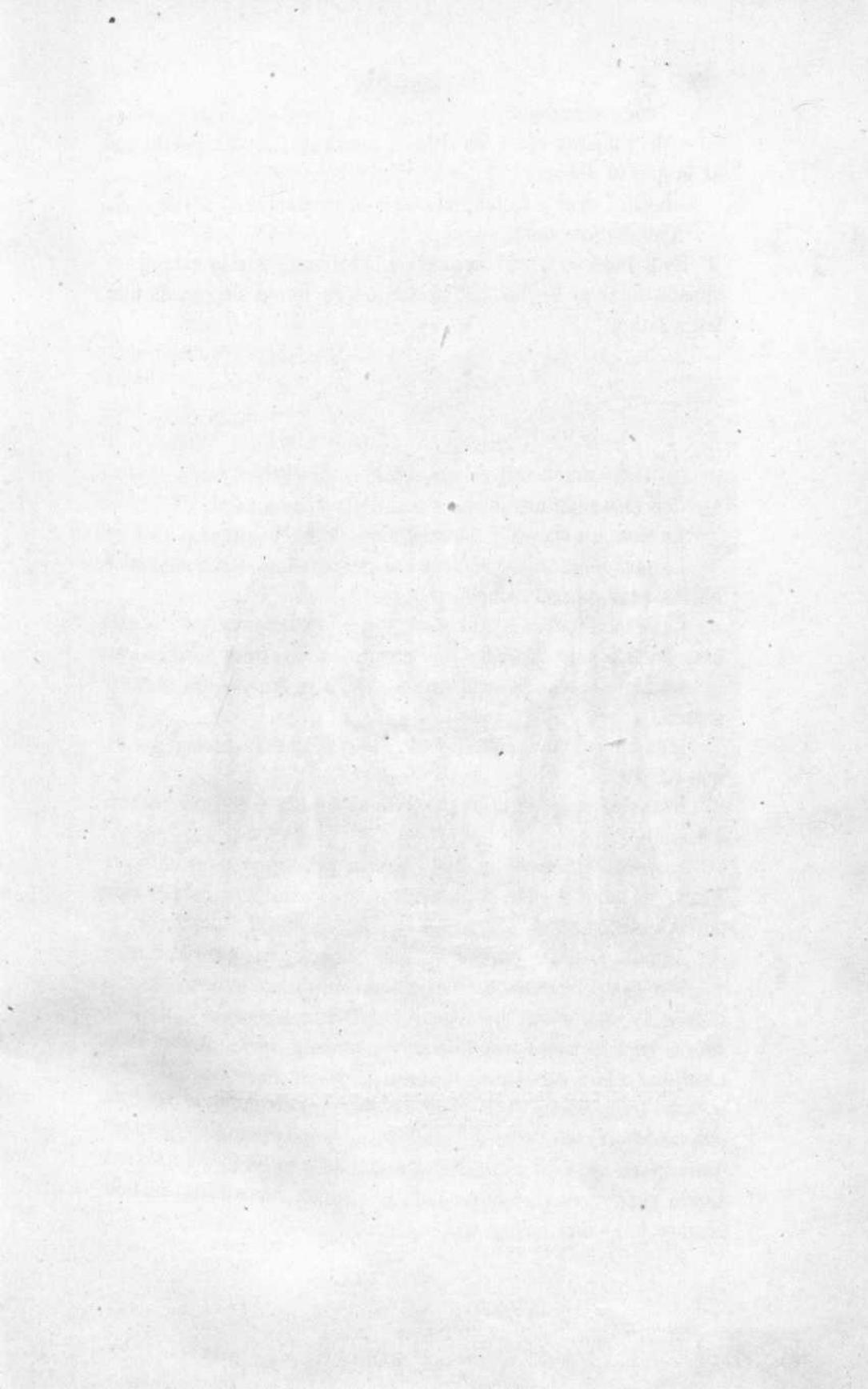
Indudablemente, aquellas dos jóvenes no eran hermanas; ni aún parientas.

No habia en ellas ningun signo de familia ó de raza comun á las dos.

La morena, además, debia causar gran impresion en Sydi Juzef, no tanto por su gran hermosura, como por una circunstancia extraña.

Aquella joven se parecia de una manera perfecta á Mirian.

Solo se diferenciaba de ella, en que Mirian era excesivamente blanca, y en que sus ojos, y sus cabellos, y sus cejas y sus pestañas, eran negros hasta lo infinito: en que tenia alguna más edad que ella, alguna más estatura, y era algo más gruesa: en que tenia una altivez y una costumbre de dominio de que carecia la otra, al parecer muy dulce y muy tímida: pero el que conociendo á la una hubiera conocido á la otra, las hubiera creido sin género alguno de duda hermanas, hijas de un mismo hombre y de una misma mujer.





—PRESENTAD ESOS MANJARES AL SANTO XERIFE
ANACORETA.

XIII.

Estaban sencillamente vestidas de blanco, con dobles túnicas de lino, y tocas ligeras en la cabeza, de la que pendían sus cabellos en largas y gruesas trenzas.

La blanca llevaba babuchas de marroquí amarillas.

La morena estaba descalza, y por el tamaño y por la forma de sus pequeños piés, se comprendía que eran suyas las babuchas que con la guzla habían quedado abandonadas en la sala, al huir las dos jóvenes de la presencia de Sydi Juzef.

La joven morena llevaba con sus dos pequeñas manos una gran taza vidriada llena de leche: la blanca tenía sobre su brazo izquierdo un canastillo de palma con uvas é higos blancos, y en la mano derecha un plato vidriado con miel de abejas.

—Presentad esos manjares al santo xerife anacoreta, hijas mías, dijo Aben-Balkin, y pedid á Dios que encontreis gracia en los ojos del escogido.

La joven blanca se acercó temblando y presentó su miel y su fruta al santón.

—¿Es hija tuya esta niña? dijo arrojando sobre ella una mirada indiferente Sydi Juzef.

—Sí, noble xerife, dijo el fakí: es mi única hija Aydamarah, tu esclava, si de ella gustas.

—¡Cómo! dijo el xerife, ¿pues qué esa otra doncella no es hija tuya?

—No, esa joven es Fatimatu 'l-Noemi (1) tu esclava también, si la quieres.

Al escuchar aquel nombre que recomendaba la hermosura de la joven morena, el xerife alzó los ojos y los posó en ella.

Fatimatu 'l-Noemi tenía fijos como instintivamente sus grandes ojos negros en el xerife.

Verla Sydi Juzef, lanzar un rugido salvaje, inyectarse sus ojos de sangre, palidecer, temblar, alzarse violentamente del divan y asirse brutalmente á la joven, todo fué obra de un momento.

(1) Fatima-la-hermosa.

Fatimatu 'l-Noemi dejó caer el tazón de leche, y dió un grito de espanto.

El xerife la habia atraído á sí, y la miraba de cerca lanzando sobre ella el fuego de su mirada, y su ardiente y ronco aliento.

—Esta doncella es carne de mi carne y hueso de mi hueso, gritó rugiente como un tigre irritado: ¿quién ha traído aquí á esta doncella?

—¡Oh! suelta, suelta, señor, decia llorando Fatimtu 'l-Noemi: suelta, que me haces mucho mal.

—¿Quién es esta doncella? ¿quién la ha traído aquí? repitió Sydi Juzef, sin soltar el delicado brazo de la jóven, y devorando con su mirada hambrienta á Aben-Balkin, que asombrado por lo que veía no habia contestado á la primera pregunta del santón.

—Esa doncella, contestó balbuceando el fakí, es hija de Sayda Gulnarah, la de Fez.

—¡Sayda Gulnarah! exclamó Sydi Juzef, soltando el brazo de Fatimatu 'l-Noemi y retrocediendo como aterrado por las palabras del fakí.

Fatimatu 'l-Noemi, al verse libre, huyó despavorida, y Aydamarah huyó con ella.

Las habia causado un terror imponderable Sydi Juzef.

El xerife y el santón habian quedado solos.

Sydi Juzef estaba ébrio de furor.

Sus ojos centelleaban, rechinaban sus dientes, apretados los unos contra los otros, estaba cubierto de sudor frio, y pálido como un cadáver.

Sentia tal miedo Aben-Balkin al ver enfurecido de aquel modo al santón, que no podia hablar.

—¡Sayda Gulnarah! gritó el xerife: ¡pero no, no puede ser! ¡la arrojaron delante de mí al mar, encerrada en un saco de cuero!

—¡Cómo! ¿será tu esposa la princesa Sayda Gulnarah, poderoso xerife? exclamó dominando su terror el fakí.

—¡La conoces! gritó el santón.

—Sí, poderoso xerife.

—Habla, habla: ¡vive la miserable! ¿qué demonio la sacó de las ondas del mar donde la arrojó mi justicia?

—Yo no sé si es muerta ó si es viva, dijo Aben-Balkin, cuyo terror iba en aumento.

—¿Y cómo sabes su nombre, renegado infame? gritó Sydi Juzef.

Aben-Balkin volvió á sentir todo el terror que habia sentido antes.

Sydi Juzef estaba fuera de sí, trasportado de furor, con la mano puesta en el puño de su gumía.

Aben-Balkin quiso hablar y no pudo. Le dominaba el terror.

—¿Cómo sabes el nombre de esa miserable? repitió el santon, cuyo aspecto se hacia cada vez más terrible.

—¡Yo no tengo la culpa! exclamó haciendo un violento esfuerzo para poder pronunciar estas palabras el fakí.

—¡Pero cómo! ¿cómo ha venido esa doncella á tu casa? ¿cómo sabes el nombre de su madre? repitió Sydi Juzef desenvainando la gumía, acometiendo al fakí y asiéndole con tal fuerza, que le hizo venir al suelo.

—¡Ah! ¡no me mates, no me mates, santo anacoreta! dijo Aben-Balkin viendo brillar sobre él la gumía del xerife.

—¡Habla! ¡habla! gritó con impaciencia Sydi Juzef.

—¡Oh! ¡yo he hecho una buena obra! exclamó el fakí: una noche, Shariar el pirata, llegó á las puertas de mi casa: abrió sus esclavos traian una silla de manos: dentro de la silla venia una mujer muy hermosa.

—¿Que se parecia como un tigre á otro tigre á la doncella morena de los ojos negros? dijo con voz rugiente Sydi Juzef.

—Sí, contestó Aben-Balkin.

Sydi Juzef retiró la gumía de sobre los ojos del fakí, y dejó de oprimirle.

Luego, envainó la gumía y se sentó, mejor dicho, se replegó en el divan, como se replega sobre sí misma una fiera preparada á acometer.

—¿Cuánto tiempo hace que Shariar trajo á tu casa á la princesa Gulnarah? preguntó Sydi Juzef con la voz trémula.

—Diez y seis años, contestó tímidamente el fakí.

—¿Por qué tiempo? repitió Sydi Juzef.

—Por el Rhamazan (1).

(1) Cuaresma.

—¿Qué edad tenía Gulnarah cuando tú la conociste?

—Quince años.

—¡Los muertos no resucitan! exclamó con voz cavernosa y cobarde en medio de su ferocidad Sydi Juzef.

—La princesa Gulnarah no había muerto.

—Gulnarah fué arrojada al mar dentro de un saco de cuero.

—El Altísimo hizo un milagro.

—Cuenta.

—Escucha, santo xerife, lo que me dijo el pirata Shariar:

—Yo he encontrado sobre las hondas esta mujer: ella es la esposa de un gran príncipe, á quien Eblís (1) ha engañado: ha creído á esta dama culpable, y la ha mandado meter en un saco de cuero, cosido, y la ha arrojado al mar: Dios ha hecho que el saco se haya henchido de viento y no se haya sumergido: Dios la ha traído al costado de mi almadía, y yo la he sacado del mar, cuando estaba cercana á fallecer sofocada: ella ha vuelto á la vida, y yo te la traigo para que la mantengas oculta en tu casa: tú eres un hombre de Dios, y todos respetan tu morada: Sayda Gulnarah estará aquí oculta con seguridad, sin temor de que la encuentre su esposo.—¿Y quién es su esposo? pregunté á Shariar.—No puedo decírtelo, me contestó, pero puedo asegurarte que Sayda Gulnarah es inocente.—¿Y cómo daré yo á una princesa, el aposento, los trajes y los manjares á que sin duda está acostumbrada, siendo pobre yo, y apartado de las cosas mundanas?—Yo te daré tanto oro como sea necesario, me dijo: yo soy rico: mis almadías hacen presa de las naves cristianas, y roban las riberas de la otra banda.—Y tras estas palabras me dió una bolsa llena de zequies de oro. En mi pequeña casa se labraron algunas salas, de las cuales una es esta, hermosas como los retretes de un alcázar, y Shariar trajo alfombras, lámparas y objetos preciosos para adornarlas. Desde entonces Sayda Gulnarah está aquí, oculta, sin que nadie sepa que vive: sin que haya yo revelado á nadie este secreto, sino á tí noble y poderoso xerife.

—Pero ¿y Fatimatu 'l-Noemi? exclamó con ansiedad Sydi Juzef.

(1) El Diablo.

—Fatimatu 'l-Noemi nació aquí, á las cinco lunas de haber llegado su madre.

—¡A las cinco lunas! exclamó palideciendo Sydi Juzef: ¡pero entonces, Gulnarah es inocente! ¡El desdichado Abd-el-Azis no me habia ofendido!... ¡Yo me he bañado como un leon furioso en su propia sangre!...

Fué horrible lo que pasó por Sydi Juzef.

Se levantó rígido como un espectro maldito, extendió los brazos como hácia un objeto visible solo para él, pero que debía ser terrible, retrocedió aterrado, dió un grito espantoso, y cayó sobre el divan como un roble herido por el rayo.

Luego se oyó un ronquido sordo, espantoso, y despues nada.

Aben-Balkin se lanzó sobre él y retrocedió horrorizado.

Sydi Juzef estaba muerto, lívido, amoratado, negro, como los que mueren por una congestion cerebral.

CAPITULO IX.

En que se ve por la parte de adentro, al sultan Sydi Ahtmed.

I.

La situación en que se encontraba el fakí Aben-Balkin, era fuertemente comprometida.

Habia muerto en su casa un príncipe, un xerife, un santón, respetado y venerado hasta la idolatría, no solo en la comarca sino en todo el imperio, tenido por sabio y santo, y pariente próximo del sultan.

Nadie le habia visto morir y el fakí temió no le atribuyeran aquella muerte repentina á un envenenamiento.

Aben-Balkin pensó en trasladar el cadáver á la cueva de la casa, sepultarle allí, y guardar el secreto.

Pero Aben-Balkin no sabia si alguno, á pesar de la soledad en que aquel dia habia estado en su mezquita, habria visto entrar en ella al xerife, y si se notaria por alguien que el xerife no habia salido.

Aben-Balkin era además un buen hombre, y se rehizo con el valor que dá la virtud.

Creia en Dios, tenia una gran fe y acabó por convencerse á sí mismo, de que Dios no podia abandonarle ni dejarle perecer como un criminal siendo inocente: en todo caso seria un mártir, y Dios le abriria su Paraiso.

La virtud pudo más que el miedo en el fakí, y sin perder un momento se separó del cadáver, dejándole tal como habia

caído sobre el divan, cerró con llave la puerta de la sala, bajó las escaleras, salió de su casa, y trepando por algunas estrechas y pendientes calles, llegó á la cercana alcazaba y pidió hablar en nombre de Dios, y como faki de la mezquita de Sydi Ben-Zeytun, al poderoso é invencible sultan de Marruecos, Sydi Ahtmed.

Este al oír el nombre del faki, que por su virtud era muy respetado en la ciudad, mandó que inmediatamente le llevaran á su presencia.

El sultan y el faki quedaron solos.

II.

—¿Qué quieres del sultan, hombre de Dios, sábio doctor de la ley? preguntó Sydi Ahtmed, alzando al faki que se habia prosternado á sus piés.

—Tengo la desgracia de traerte una muy mala noticia, invencible y poderoso señor, dijo aterrado y tembloroso el faki.

—¿Han predicho las estrellas que mi reinado será corto, y que moriré á manos de traidor? dijo sonriendo Sydi Ahtmed.

—Yo no he levantado figura, ni he pretendido descifrar tu horóscopo, ni son desgracias tuyas las que vengo á noticiarte, Sydi.

—¿Qué sucede, pues?

—Un príncipe favorecido por Dios, un xerife tu próximo pariente, un varon justo, un guerrero vencedor, un santo anacoreta...

—¿Es de mi primo Sydi Juzef, de quien quieres hablarme? dijo el sultan, cuyo semblante se nubló ligeramente.

—Sí, poderoso señor, respondió todo confuso Aben-Balkin.

—¿Y qué ha sucedido á mi noble y valiente primo, el ilustre xerife, el santo morabhita Sydi Juzef?

—Esta mañana ha venido á rezar en mi mezquita, en la antigua casa del anacoreta Sydi Ben-Zeytun, la oracion de adohar. Después ha entrado en mi casa para tomar un refresco, ha visto una doncella, Sayda Fatimatu 'l-Noemi, ha caído en furor, y ha sido herido por el arcángel Azrael (1).

(1) Arcángel de la muerte.

—¡Ha muerto! dijo el sultan.

Y guardó un silencio profundo, un silencio de espanto.

—¡Le ha herido la mano de Dios! dijo al fin el xerife Ahtmed.

—Dios no hiere á sus elegidos: los llama á su paraíso, dijo Aben-Balkin.

El sultan guardó silencio: ese silencio particular que producen las situaciones excesivamente graves.

El semblante del sultan se encontraba en aquellos momentos algo turbado.

—¡Yo soy inocente! dijo Aben-Balkin, esperando ver cuáles pudieran ser los pensamientos de Sydi Ahtmed.

—¿Y quién te culpa, respetable fakí? dijo el sultan. Tu larga vida empleada en la virtud, aparta de tí toda sospecha de crimen; pero ¿quién impedirá que habiendo muerto tan cerca de mí el terrible y el venerado xerife Sydi Juzef, no haya quien crea que sea mía la culpa de su muerte?

—¡Oh, escogido sultan de los creyentes! y ¿quién se atrevería á suponerte culpable de tan infame acción? dijo con acento inspirado el fakí.

—Dices que á la vista de una doncella que mora en tu casa, el xerife Sydi Ahtmed ha caído enfermo y ha muerto: ¿quién es esa doncella?

—Esa doncella es Sayda Fatimatu 'l-Noemi, hija de la sultana Sayda Gulnarah.

—¿Has conocido tú á Sayda Gulnarah? dijo con asombro Sydi Ahtmed.

—Sí, poderoso kalifa.

—Pero Sayda Gulnarah fué arrojada al mar por su esposo, hace muchos años.

—Sayda Gulnarah vive.

—¡Que vive! exclamó Sydi Ahtmed poniéndose pálido como un cadáver.

—Sí, noble sultan: vive: hace diez y seis años que vive oculta en mi casa, con su hija Sayda Fatimatu 'l-Noemi, que nació cinco lunas después de la llegada de su madre á mi mezquita.

—¡Y allí ha muerto Sydi Juzef, al ver á su hija! ¡á la hija á quien no conocía, á quien creía haber entregado con su madre

á las implacables ondas del mar! ¡Oh, poderoso Señor, y cuán incomprensibles son tus decretos! ¡cuán admirable tu sabiduría!

Y apenas dichas estas palabras, el sultan tomó un alquicel blanco, se envolvió en él de los piés á la cabeza, y cubriéndose el semblante, y entrando por una pequeña puerta, dijo á Aben-Balkin:

—Sigueme.

III.

Bajó el sultan, seguido por Aben-Balkin, unas estrechas escaleras, llegó á un pequeño patio, llamó á uno de los kaidis ó capitanes de su guardia negra, y dejándose ver por un momento de él, le mandó abrir un postigo de la alcazaba, que comunicaba con la ciudad.

Atravesaron el sultan y el fakí, silenciosos los dos, algunas pendientes y tortuosas calles, y al fin llegaron á la plazuela solitaria de la mezquita de Sydi Ben-Zeytun.

Abrió tembloroso la puerta Aben-Balkin, y Sydi Ahtmed, aunque encubierto, pasó.

Cuando estuvieron en el corredor, el fakí abrió la puerta de la sala.

Entonces se presentó á la vista del sultan el cadáver del terrible Sydi Juzef.

IV.

Sydi Ahtmed necesitó hacer un supremo esfuerzo para que no asomase á su semblante la alegría que le causó la vista del cadáver del formidable xerife.

Le acompañaba Aben-Balkin.

—¡Los tres en pocas horas! murmuró de una manera ininteligible Sydi Ahtmed: ¿quién puede ya disputarme el imperio? Yo soy el último xerife. ¿Quién impedirá ya, muerto este leon terrible, que Mirian sea mi esposa?

Y el contento de Sydi Ahtmed crecía.

Y sin embargo, Aben-Balkin creyó que el sultan sentía de

una manera profunda la muerte de su pariente Sydi Juzef.

De tal modo, de una manera tan perfecta encubria el sultan su alegría bajo la tristeza aparente de su semblante.

—Dios lo ha querido, dijo Aben-Balkin, procurando consolar con estas palabras el dolor que suponía en el sultan.

—¡Resignémonos á la voluntad de Dios! dijo Sydi Ahtmed, con acento triste y opaco.

Despues se acercó al cadáver y le examinó.

No hay moro, especialmente si es de categoría elevada, que no tenga algo de médico.

Sydi Ahtmed se convenció por sí mismo de que nada tenía que temer de su tremendo primo: estaba muerto, sin que pudiera quedar al sultan la menor duda.

—Te ha muerto el remordimiento, asesino, murmuró el sultan; Dios no podía dejar sin castigo tus crímenes: Dios no podía permitir el crimen de tu impureza por Mirian: ¡oh, Mirian será mía! ¡yo la haré la sultana de mi alma y de mi imperio!

Despues añadió en voz alta dirigiéndose al fakí:

—Es necesario honrar el cadáver de nuestro noble pariente y enviarle á Marruecos para que repose entre los sepulcros de los xerifes: que laven su cadáver, que le embalsamen: yo enviaré las vestiduras que le convienen, y mañana se harán sus exequias delante de todo el ejército, al mismo tiempo que mi proclamacion: salgamos y cierra la puerta: llévame á la presencia de mi hermana, la noble sultana Gulnarah.

Y salió.

Aben-Balkin, contento porque habia echado de sí toda responsabilidad acerca de la muerte del xerife anacoreta de Ain-Al-Mokazen, cerró la sala donde quedaba su cadáver, y torciendo por un corredor, abrió otra puerta é introdujo á Sydi Ahtmed en un bellissimo retrete.

V.

En él habia tres mujeres, que se estrecharon las unas contra las otras, como para protegerse, al ver entrar otro hombre con Aben-Balkin.

Dos de aquellas mujeres eran muy jóvenes, y miraban con espanto á Sydi Ahtmed, que se habia cubierto completamente el rostro.

Eran Fatimatu 'l-Noemi, y Aydamarah, la hija del fakí.

La dama que tenia entre sus dos brazos á las jóvenes, y estaba en la posicion de una leona, preparada á defender sus cachorros, era una mujer magnífica, que apenas contaria treinta años, y que se parecia enteramente á Mirian y á Fatimatu 'l-Noemi, y que era morena como esta última.

Pero sus formas, en vez de la ideal pureza de las de sus hijas, tenian la incitante morvidez de la madre, de la mujer, habia más descuido, más desaliño en su traje y en su peinado, más fuerza y más dureza en sus magníficos ojos negros que amenazaban.

Era aquel grupo de una mujer y de dos niñas, admirable por su expresion y por su situacion.

Nada dijo Gulnarah.

Nada dijeron las dos jóvenes.

Ni un solo grito se oyó, aunque creyeron que con aquel hombre que entraba con Aben-Balkin, se acercaba á ellas un peligro de muerte.

Durante algunos segundos, Sydi Ahtmed estuvo contemplando absorto, conmovido, á Fatimatu 'l-Noemi, que salva la diferencia del color le presentaba el retrato perfecto de Mirian.

Al fin estendió su brazo hácia Aben-Balkin y le dijo:

—Sal, aléjate: llama á las gentes necesarias para lavar y embalsamar su cadáver, y no vuelvas hasta que yo te llame.

Aben-Balkin se inclinó tres veces profundamente y salió andando para atrás, para no volver la espalda al sultan.

Este fué á la puerta y la cerró por dentro.

Gulnarah se puso de pié cubriendo con sus dos magníficos brazos á Fatimatu 'l-Noemi y á Aydamarah.

Las dos eran sus hijas.

Lo que quiere decir que, siendo hija de Aben-Balkin Aydamarah, Gulnarah habia sido amante de Aben-Balkin.

Este era un secreto que el fakí no se habia atrevido á revelar á Sydi Juzef ni á Sydi Ahtmed.

El estar el sultan cubierto, el haber hablado con Aben-Bal-

kin de un cadáver, y el acto de encerrarse con ellas aquel desconocido, habia aumentado la ansiedad maternal de Gulnarah.

Por eso se habia puesto de pié y habia cubierto con sus brazos á sus hijas.

Pero al volverse despues de cerrar la puerta Sydi Ahtmed, se desenvolvió del alquicel y se dejó ver descubierto.

Gulnarah palideció, y se pintó en su semblante una expresion de duda, mezclada con una expresion de alegría.

VI.

Hacia muchos años, cuando Gulnarah muy jóven aún, vivia con su padre en una vieja alcazába, rodeada por los aduares de las feroces kabilas habitadoras en las montañas de Daren, habia conocido á su primo el xerife Ahtmed, que era muy jóven, y pasaba largas temporadas en la montaña entregándose á la caza del javalí, á la que era muy aficionado el sultan.

Habian pasado diez y ocho años desde que no le habia visto, y sin embargo le recordaba.

Pero los años y los sucesos habian desfigurado mucho á Sydi Ahtmed: cuando le conoció Gulnarah, apenas mostraba el bozo su lábio superior, y al volverle á ver, una larga y poblada barba de color de oro ennoblecia su semblante: sus ojos habian adquirido una gran fuerza, habituados al horror del combate, y la costumbre del mando sobre feroces guerreros, habia dado esa altivez y esa arrogancia peculiares á los hombres nacidos para el trono, á sus actitudes y á sus maneras.

Gulnarah, pues, dudaba y creia al mismo tiempo en sus recuerdos.

—¡Eres tú! ¡tú mi pariente, el sobrino de mi padre, el hijo del sultan Abd-Allah! exclamó.

—Sí, mi hermosa prima, mi desventuradah Gulnarah, dijo el sultan: yo soy tu primo, el xerife Ahtmed-Abu-Abd-Allah: ahora y desde ayer, soy el sultan de Marruecos.

—¡El sultan!

—Sí: ayer murieron en batalla Sydi Yahye-al-Almalek y Sydi Mohhanmed-Abu-Abd-Allah.

—¿Pero vive el feroz xerife Sydi Juzef-al-Hayzarí? dijo con espanto Gulnarah: ¿está aquí en esta misma casa?

—Nada tienes que temer de tu feroz esposo, Gulnarah: Dios le ha herido castigando sus crímenes: ese cadáver que hay que lavar y embalsamar, es el del feroz xerife Sydi Juzef-al-Hayzarí.

—¡Muerto! exclamó con una expresion indefinible Gulnarah: ¡muerto acaso por tí!

—No: muerto por el remordimiento: muerto por la mano de Dios.

—Dejadnos solos, hijas mias, dijo Gulnarah, besando á las dos jóvenes en la frente: salid: nada teneis ya que temer.

Las dos jóvenes salieron mirando con asombro al sultan.

VII.

Sydi-Ahtmed cerró de nuevo la puerta, y fué á sentarse en el divan junto á Gulnarah.

—Habla, la dijo: ¿cómo es que vives? yo te ví arrojar al mar, encerrada en un saco de cuero.

—¡Oh! exclamó con horror Gulnarah; Sydi Juzef fué para mí injusto y cruel: Dios solo podia salvarme, y Dios me salvó: el saco en que iba encerrada no se sumergió, flotó sobre las olas, se alejó: yo me sentia arrebatada, y oraba á Dios aterrada: empezaba á faltarme aliento, me ahogaba: de repente sentí que me levantaban, luego que me dejaban sobre un suelo que se movia, sentí despues que rasgaban el saco, y respiré aire fresco impregnado de los olores marítimos, ví en mis ojos la claridad de la luna, y me desmayé.—Despues me encontré en un lecho: un moro de aspecto bravío, ya de edad avanzada, me contemplaba con compasion: aquel hombre era Shariar el marino, el pirata, que habia encontrado abandonado á las olas el saco que me encerraba, que, no habiendo entrado en él agua, se habia mantenido sobre las olas.—Aquel hombre generoso cuidó de mí, y cuando estuve fuerte, le referí mi historia: entonces me dijo:

—Tu esposo es un hombre poderoso y terrible: él te cree muerta, y es necesario que ignore que vives: yo no tengo casa

ni aún choza sobre la tierra: mi casa es mi nave: tú no puedes vivir aquí, expuesta siempre á las tempestades y á los combates con los cristianos: yo te llevaré á donde vivas tan oculta que nadie sospeche tu existencia allí.

Y pocos dias despues se acercó una noche á tierra junto á Larache, me metió en una silla de manos, y me trajo á Alcázar-Kivir, casa del faquí Aben-Balkin, donde he encontrado la felicidad.

—¡La felicidad, prima!

—Sí, la felicidad, porque he encontrado el amor.

—¡Cómo! ¡una sultana de la familia de los xerifes habrá sido la esclava, la manceba de un oscuro fakí!

—Yo no soy la princesa Gulnarah, dijo ella con altivez contestando enérgicamente al desprecio y á la cólera con que Sydi Ahtmed había pronunciado sus últimas palabras: la sultana Gulnarah murió para su familia cuando abandonada por ella, calumniada por un miserable, maltratada por un esposo horrible, fué arrojada al mar. Yo no tengo más familia que la que he encontrado despues que la misericordia de Dios me salvó de aquella muerte horrible: ¡tú que me dejaste perecer, qué derecho tienes para pedirme cuenta de mis acciones, cuando me encuentras viva por un milagro de Dios!

—¿Pero cómo una mujer hija de ilustres padres, puede amar dos veces?

—Solo he amado á Aben-Balkin. +

—¡Qué! ¿no amaste nunca á Sydi Juzef?

—¿Es posible acaso amar á un lobo?

—Tú te mostrabas orgullosa de él.

—Mentia por no irritarle: me casó la voluntad de mi padre, y fingí para no irritar la ferocidad de mi marido.

—¿Y fué fingimiento tambien la hija que le diste?

—¡Oh! la naturaleza cruel, que hace que del vástago que la cuchilla ha cortado, brote el fruto sabroso.

Y Gulnarah se puso pálida, y miró con ansiedad á Sydi Ahtmed.

Este comprendió que no se atrevia á preguntarle por su hija: que temia que hubiese cometido contra eila algun terrible crimen el feroz Sydi Juzef.

—¡Mirian vive! dijo el xerife, apresurándose á derramar aquel bálsamo de consuelo en el corazon de la madre.

—¡Que vive mi hija Mirian! dijo con una alegría infinita, exhalando sus palabras de una manera inexplicable. ¡Vive! ¡vive! ¿y dónde?

—Cerca de aqui.

—¡Cerca de aqui! ¡en la ciudad!

—No, en el campo: en el morabito de Ain-Al-Mokazen.

—¡Con su padre!

—Sí: ¿cómo sabes tú que el solitario de Ain-Al-Mokazen era el xerife Sydi Juzef?

—Le he oido nombrar muchas veces con veneracion á Aben-Balkin.

—¿Y no sabe Aben-Balkin que Sydi Juzef era tu esposo?

—No, yo he guardado el secreto: ¡pero mi hija! ¡mi hija!

—No puedes ver á tu hija, Gulnarah.

—¡Que no puedo ver á mi hija, Sydi Ahtmed! ¿quién puede impedirme que yo la vea?

—El sultan.

—¿Y qué interés tiene el poderoso sultan, en que una madre no vea á una hija á quien no ha podido olvidar, á quien ha creido muerta?

—Amo á Mirian, y Mirian será mi esposa.

—¡Ah!

—La esposa del sultan no tiene madre, su madre murió en las ondas del mar, dijo Sydi Ahtmed repitiendo las palabras de Gulnarah: la esposa de un humilde fakí no puede ser la madre de la esposa del sultan.

—¡Oh! ¡la familia de los xerifes es una familia maldita! exclamó con acento terrible Gulnarah.

—Es verdad, dijo Sydi Ahtmed: es ser maldito practicar obras de maldad y caer en el eterno sueño, Gulnarah, llevando sobre sí la maldicion de Dios: es terrible ser venerado como santo, y ser Satanás sobre la tierra... llevar la miseria y la impureza hasta el extremo de amar á su propia hija...

—¡Oh! exclamó Gulnarah con horror, ¡y ella, la desdichada!...

—Es pura como el primer rayo del sol de la mañana. Sydi Juzef gemia sujeto á su voluntad: era el único poder que domina-

ha al terrible xerife: sin ella, Sydi Juzef hubiera sido una fiera nunca saciada de sangre: Mirian es un arcángel del sétimo cielo.

—¡Oh! ¡quiero verla! ¡quiero estrecharla contra mi corazón! ¡soy su madre dijo Gulnarah juntando las manos con la expresión de la más ardiente súplica.

—No, no: su madre murió en el mar, repitió roncamente Sydi Ahtmed: la princesa Gulnarah ha desaparecido; solo queda la esposa del fakí.

—¿A qué has venido entonces aquí? dijo con altivez Gulnarah.

—A recoger el cadáver de mi pariente Sydi Juzef, para darle honrosa sepultura en el panteón de nuestra familia, y á llevarme conmigo...

—¿A quién! gritó Gulnarah levantándose asustada del diván.

—A Fatimatu 'l-Noemi, á la otra hija de Sydi Juzef, á la hermana de Mirian.

Gulnarah palideció densamente y tembló.

—Esa desdichada estaba aun en el seno de su madre, cuando su madre fué arrojada al mar, ella murió conmigo... ella no existe más que para su madre.

—Esa doncella se parece demasiado á Mirian. Mirian será mi esposa: nadie más que yo tendrá á esa doncella que es tan semejante á la que dentro de muy poco tiempo será mi sultana.

—Es que las dos entonces son semejantes á mí, dijo Gulnarah, y yo soy esposa de Aben-Balkin.

—¿Es verdad! dijo friamente Sydi Ahtmed, entonces será necesario poner á Aben-Balkin donde no vea á nadie, donde no pueda hablar con nadie.

Gulnarah se dominó: no podía luchar frente á frente con el poderoso xerife: se dobló y prefirió una lucha de astucia.

—Y bien, dijo: solo mi desgracia y mi aislamiento han podido traerme al poder de ese hombre: y en verdad, en verdad, que yo preferiria volver á vivir en alcázares, servida por esclavos...

Pronunció de tal manera Gulnarah estas palabras, que engañó á Sydi Ahtmed.

—Si tú consientes en seguirme con tus dos hijas, la dijo, yo te llevaré á mi alcázar de Marruecos, vivirás en él como sultana

al lado de mi anciana madre, y tus dos hijas casarán como la adorada de mi alma con altos príncipes: yo no puedo consentir que Mirian tenga bajos parientes.

—¡Oh, sí! ¿pero qué haremos de Aben-Balkin?

—El fakí de los fakies del imperio, es enemigo mio: su cabeza me pertenece: pondremos en su lugar á Aben-Balkin.

—¡Oh! pues entonces, ¿por qué hemos disputado, Sydi Ahtmed? tú obras como quien eres: al ser elevado al trono, quieres elevar á tus parientes: esto es muy natural: ¿me permitirás ahora que vea á mi hija Mirian?

—Mañana: cuando yo haya hablado con ella, cuando ella haya abandonado para siempre el morabito de Ain-Al-Mokazen: y adios, Gulnarah: nos hemos encontrado de una manera que parece preparada por Dios, y nos separamos como únicamente debíamos separarnos: como buenos amigos.

—¿Te vés, señor? dijo Gulnarah.

—Sí, es necesario: un sultan no tiene todo el tiempo que quiere. Muy pronto volveremos á vernos: adios.

Y Sydi Ahtmed salió dudando de la amistad de Gulnarah, y dispuesto á arrostrar por todo, y Gulnarah se quedó llena de ansiedad, temiéndolo todo de Sydi Ahtmed.

IX.

—Lo sé todo, dijo Sydi Ahtmed á Aben-Balkin, que le esperaba respetuosamente al extremo del corredor.

—Perdon, señor, dijo el fakí: Dios la trajo á mi casa, y el amor..... la tentacion... yo sé bien que una tan alta princesa...

—Por alta que sea una princesa, bien puede ser esposa del fakí de los fakies del imperio.

—¡Cómo, señor!... ¡yo!...

—Sí, tú serás mi gran fakí, porque voy á cortar la cabeza al que ahora lo es.

Sintió algo semejante á un sutil frio que pasaba por su garganta Aben-Balkin, solo al pensar en que iba á ocupar el puesto de un magnate descabezado por el sultan.

—Oye ahora: le dijo Sydi Ahtmed, cuida del cadáver de mi

primo Sydi Juzef, hazle amortajar con las ropas que yo te enviaré y cúbrelo de perfumes hasta mañana, mi buen fakí.

El sultan se rebozó en su alquicel, salió de la casa del fakí, se volvió por calles escusadas á la alcazaba, y entró en ella por el mismo póstigo por donde habia salido.

CAPITULO X.

En que se trata de una conspiracion en que entran cuatro mujeres, un pirata y algunos santones.

I.

Lo que acababa de suceder era demasiado grave para que la casa de Aben-Balkin no quedase alterada.

Apenas salió el sultan, las dos jóvenes fueron á arrojarle en los brazos de su madre.

Gulnarah las abrazó y las besó llorando en la frente.

—El cuervo de negras alas y ronco graznido ha parado sobre nuestra casa, hijas mias, las dijo: quieren separarnos.

Los dos niñas se estrecharon sobre el seno de su madre.

—¡Oh! ¡qué ventura! dijo entrando en aquel momento Aben-Balkin: ¿á qué es ese llanto cuando la fortuna se ha sentado sobre nuestra casa? el sultan acaba de elegirme fakí de los fakies.

—¡Insensato! exclamó Gulnarah: el sultan tomará antes de mucho tu cabeza, para que tu lengua no diga lo que tus ojos han visto: el sultan me separa de mis hijas, se las llevará, porque son hermanas de Mirian, sí... sí... de vuestra hermana Mirian de quien os he hablado tantas veces... y que vive cerca de nosotros... en el campo... no me interrumpais... no tenemos tiempo que perder... escucha tú, Aben-Balkin, y cobra ánimo, si quieres salvarte y salvar á tu esposa. ¿No estuvo en la batalla Yhave-ben-Shariar.

—Sí, Gulnarah, sí, dijo Aben-Balkin, mientras Fatimatu 'l-Noemi al escuchar el nombre que acababa de pronunciar su madre, se ponía encarnada como una amapola. Yhayeben-Shariar estuvo con sus piratas, y se ha quedado con ellos en la ciudad para descansar algunos días y vender el botín que de la batalla había traído. Esta mañana le encontré cuando amanecía, mirando las ventanas de vuestros aposentos, y Dios me perdone si no había una doncella mirándole tras las celosías.

Fatimatu 'l-Noemi volvió á ponerse vivamente encendida.

—¿Cuántos piratas tiene consigo Yhayeben-Shariar? dijo Gulnarah.

—Treinta.

—¡A caballo!

—A caballo y gente brava.

—Pues bien, busca al momento á Yhayeben-Shariar y tráelo.

—¡Aquí!

—Aquí.

—El primer hombre que ha entrado dentro de esta casa ha sido el anacoreta de Ain-Al-Mokazen.

—El segundo el sultan, dijo Gulnarah, interrumpiendo á Aben-Balkin: el tercero será Yhayeben-Shariar, el esposo de mi hija Fatimatu 'l-Noemi.

La niña se arrojó llorando de placer en los brazos de su madre.

—Sí, es necesario que esto sea: te ama y le amas, se lo debemos todo, primero á su padre, luego á él: busca, pues, al esposo de mi hija, Aben-Balkin, y vuelve al momento.

—¿Y si entretanto, vienen como es posible gentes del sultan?

—Por lo mismo no hay que perder tiempo: es necesario procurar, que cuando las gentes del sultan vengan no encuentren á nadie.

—La cólera del sultan será terrible, si sabe que le desobedecemos, que queremos huir.

—El sultan te ha sentenciado ya, Aben-Balkin.

—El sultan ha podido prenderme y no lo ha hecho.

—El sultan no quiere que veamos tu sangre, porque yo soy madre de la mujer que ama, y Fatimatu 'l-Noemi es su hermana; pero pasarían pocos días sin que el veneno ó el cordón ó el

puñal pusiesen de una manera silenciosa y oculta fin á tu existencia: créeme, Aben-Balkin; no tenemos otro medio que la fuga: vé á buscar á Yhayeben-Shariar.

Aben-Balkin no replicó más: le habia convencido el razonamiento de Gulnarah.

Salió de la habitacion, atravesó el corredor, cerró con llave la puerta del aposento donde estaba el cadáver de Sydi Juzef, y poco despues, fuera ya de la casa, caminaba á gran paso hácia el centro de la ciudad.

II.

Al entrar en la plaza, se encontró á un negro colosal que iba cargado con una silla de caballo.

—Yo conozco á este hombre, dijo para sí: es uno de los piratas de Yhayeben-Shariar: ¡eh! amigo, dijo al esclavo, detente.

—No puedo detenerme, respetable fakí: vengo de componer esta silla, y voy á reunirme con mi arraez: marchamos esta tarde.

—¿No es tu arraez el corsario Yhayeben-Shariar?

—Sí por Dios, querido fakí: ¿le conoces tú?

—Mucho, muchísimo, y necesito verle urgentemente.

—Pues ven conmigo, que no vive lejos.

Y el negro continuó su marcha á buen paso, seguido por Aben-Balkin.

III.

Llegaron al fin á un *fondak*, es decir á un parador, á una gran casa, llena completamente de gente de guerra, que habia acudido á Alcázar-Kivir á consecuencia de la batalla del dia anterior.

En el gran patio del fondak solo se veian caballos trabados de una sola mano comiendo su pienso en el suelo.

En los zaquizamías, que no aposentos, que estaban alrededor

de aquel inmenso patio, se veían grupos de gente que compraban á los soldados armas y despojos traídos del campo de batalla.

Habia en el parador una animacion especial.

El negro, cuando entraron en el patio, se fué á poner su silla á uno de los caballos, y dijo al fakí señalándole un ángulo:

—Sube por aquellas escaleras y pregunta al primero que encuentres por el arraez Yhayeben-Shariar: todos le conocen. Adios.

El fakí fué á aquel ángulo, subió unas estrechas escaleras, entró en un corredor y se dirigió apresuradamente á una puerta donde habia aparecido un hermoso jóven.

IV.

Contaria este jóven cuando más, veinte y cuatro años.

Era alto, esbelto y dotado al parecer de gran fuerza y agilidad.

Su semblante, ligeramente tostado, moreno, pálido, pero límpido, era hermoso por la regularidad de sus formas, por sus grandes y expresivos ojos negros y por sus anchas y largas cejas.

Estaba completamente afeitado á excepcion del bigote, y afeitada tambien la cabeza, que tenia descubierta á causa del calor, dejando ver únicamente en su parte superior, una ancha y larga trenza negra.

Su traje, más que el acostumbrado en Marruecos, era un traje levantisco, un traje griego, pero riquísimo y bello.

Sobre una camisa de hilo blanca y fina, cerrada en el cuello, vestia otra camisa de seda azul, bordada sencillamente de negro, y ceñida por una ancha y larga faja de seda de colores vivos á listas: una chaquetilla muy corta y muy ceñida de mangas estrechas de terciopelo carmesí, bordada de plata y oro; unos calzones anchos ó zaragüelles de terciopelo del mismo color que la chaqueta, é igualmente bordados, sobre otros calzones de tela de hilo blanquísima; unos botines cu-

biertos de paño de grana, bordados de plata; unas babuchas redondas de marroquí encarnado, y sujetando las babuchas y los botines unas fuertes y enormes espuelas; en la faja tenia dos largas pistolas y dos gumias corvas, y pendiente de un tahalí del hombro derecho, un corvo alfange ancho y corto.

Aquel jóven tan hermoso, tan gallardo y tan rica y bellamente vestido, era el arraez pirata Yhaye-ben-Shariar.

V.

Al ver al fakí que se acercaba á él apresurado, Aben-Shariar palideció de emociion: no acertaba para qué iba á buscarle Aben-Balkin.

—Dios te guarde, hijo mio, le dijo con voz dominada por su sobresalto el fakí.

—¿Qué sucede, padre, que me buscas agitado, y como si se tratara de un asunto grave? dijo Aben-Shariar.

—Grave, muy grave es el asunto que me trae, hijo mio, dijo el fakí; pero entremos, entremos, que no conozcan que voy á decirte cosas que no pueden ser dichas donde otros las oigan.

Y se entró en el aposento á cuya puerta habia encontrado al jóven.

—Sepamos lo que sucede, dijo Aben-Shariar cerrando la puerta.

—¿Amas tú mucho á Fatimatu 'l-Noemi? dijo el fakí.

—Por el Dios grande y misericordioso, padre, que la amo como á mi alma, exclamó el jóven poniéndose pálido, porque no sabia á donde el fakí iba á parar.

—Pues si la amas mucho, es necesario que te apresures para no perderla: es necesario que amparados por tí, salgamos de aquella casa, Fatimatu 'l-Noemi, su madre, su hermana y yo.

—¿Pero por qué? ¿por qué? dijo con impaciencia, con energía, y con mucho de amenazador, el pirata.

—Porque el sultan quiere hacer princesas de su casa á mi mujer y á sus dos hijas, y á mí me ha prometido el puesto de fakí de los fakies.

—¿Ama el sultan á Fatimatu 'l-Noemi? dijo con la voz trémula de cólera.

—Yo no sé á quién ama ni á quién no ama: lo que sé es que Gulnarah quiere huir antes de que el sultan pueda impedirlo, y me ha enviado á buscarte para que nos ampare como si fueras de nuestra propia familia, porque Gulnarah te da por mujer á Fatimatu 'l-Noemi, y yo te la doy tambien.

—¡ Ah! ¡ xerife Sydi Ahtmed! exclamó Aben-Shariar, ¡ aún no has puesto la planta sobre el trono y ya empiezas á ser tirano! ¡ pues guarda, guarda que el corsario no clave en tí sus garras!

Y abriendo violentamente la puerta, salió al corredor, sacó de entre su faja un enorme silbato de marfil, un silbato de maniobras, y le tocó de una manera enérgica y particular.

Vióse al momento moverse en el patio y avanzar hácia sus caballos treinta negros fornidos, agigantados, vestidos exactamente como Aben-Shariar, pero con mucha menos riqueza.

Cada uno de aquellos hombres, además, llevaba sobre el pecho una fuerte coraza, un casco en la cabeza y una larga lanza al hombro.

En un momento, los caballos estuvieron enfrenados y montados por sus ginetes, apareciendo en el centro del patio un pequeño, pero lucido escuadron.

Otro hombre, entretanto, moreno, tostado, fuerte, con la fisonomía completa de la raza berebere, habia acudido y presentádose á su arraz.

—Pronto, Yezid, mi casco y mi coraza: recoje mis maletas, paga el hospedaje, y á caballo, dijo á aquel hombre Aben-Shariar.

Yezid armó al corsario con un medio arnés de hierro grabado é incrustado de oro, cargó con dos maletas de cuero, y los tres, Aben-Shariar, Aben-Balkin y Yezid, bajaron al patio.

Montó el corsario en un magnífico caballo, tomó una lanza y una adarga, hizo montar á su grupa al fakí, y Yezid, despues de haber acomodado las maletas sobre los caballos de dos corsarios negros, montó, y el escuadron salió del fondak.

VI.

Esta fuerza armada en situacion de marcha, no podia causar extrañeza alguna, puesto que muchos escuadrones semejantes habian salido de Alcázar-Kivir para dirigirse á sus aduares.

Aben-Shariar encaminó su escuadron hácia la mezquita; pero al llegar á una plazuela donde se alzaban las torres de una de las puertas de la ciudad, el fakí dijo á Aben-Shariar:

—Bueno seria que tú gente esperase aquí, y que vinieses tú solo conmigo, para no inspirar sospechas si por acaso hay alrededor de la mezquita gentes del sultan.

—Me parece acertado lo que dices, contestó el pirata.

Y desmontando y entregando la lanza y la adarga á uno de los corsarios, se encaminó con Aben-Balkin á la mezquita.

Apenas habian penetrado en el interior de la casa, cuando se les presentaron las tres mujeres completamente envueltas en sus haikes.

—Marchemos al momento, dijo Gulnarah.

—¿Pero hemos de dejar aquí lo que poseemos? dijo Aben-Balkin.

—Aunque poseyéramos un tesoro, dijo Gulnarah, yo no me detendría á recogerle: marchemos, marchemos cuanto antes.

Y Gulnarah, seguida de sus hijas, rompió la marcha y salió de la casa.

—Cierra la puerta, dijo Gulnarah, y arroja la llave dentro.

Aben-Balkin cerró y arrojó la llave al interior por cima de la tapia.

VII.

Las tres mujeres, guiadas por Aben-Shariar y seguidas por Aben-Balkin, llegaron muy pronto al lugar donde esperaban los ginetes.

Montó Aben-Shariar, y tomó á la grupa á Fatimatu-'l-Noe-

mi: Gulnarah cabalgó á la grupa de Yezid: Aydamarah, á la grupa de uno de los piratas, y Aben-Balkin á la de otro.

—Al morabbito de Ain-Al-Mokazen, dijo Gulnarah.

Y tras estas palabras, Aben-Shariar se lanzó al campo por la cercana puerta, y tras él se lanzó su escuadron.

VIII.

Era el principio de la siesta, calurosa, sofocante, insopor-
table.

Fuera del morabbito de Ain-Al-Mokazen no se veia una sola
persona.

La puerta estaba cerrada.

Dentro, Mirian sentada al lado del lecho del herido, estaba
inmóvil, pero con la expresion de la impaciencia y de la ansie-
dad.

El rey don Sebastian, ó Gabriel de Espinosa, que no sabe-
mos cuál de los dos fuese, habia dado señales más marcadas
de vida.

El latido de sus arterias era más fuerte, y se notaba una dé-
bil respiracion exhalándose por su boca entreabierta.

Mirian habia esperado en vano á su padre, y cansada de es-
perarle, habia enviado á Kaimo en su busca.

Kaimo habia montado á caballo, habia partido y aún no ha-
bia vuelto.

Ayelah habia ido á situarse á la entrada del bosque para ver
si veia á lo lejos á Sydi Juzef y llamarle.

Mirian, pues, habia quedado sola con el herido.

Allá en otro lugar del bosque, habia quedado abandonado
en la cabaña el espirante Francisco de Aldana, y habia muerto,
sin la conciencia de que moria, sucumbiendo á la fiebre negra.

IX.

Pasaban, pues, las horas, y la impaciencia de Mirian y su
ansiedad crecian.

De repente se abrió la puerta y apareció Ayelah.

—¿Viene mi padre? dijo Mirian con el acento de quien espera con interés á una persona.

—No, no señora: conmigo vienen tres damas, que han llegado con algunos ginetes.

—¡Tres damas aquí! dijo Mirian.

Y se lanzó fuera.

Gulnarah al verla se descubrió, quiso hablar y no pudo, devoró con una ansiosa mirada á su hija, y se arrojó sobre ella y la abrazó sollozando.

Mirian habia sentido una conmocion violenta: se habia visto á sí misma en Gulnarah: además, Fatimatu'l-Noemi que se habia descubierto tambien, la habia dejado ver por completo su imagen, con la sola diferencia del dulce color moreno de su semblante.

—¡Oh! ¿quiénes sois? dijo alentando apenas Mirian.

—¡Yo soy tu madre! respondió Gulnarah.

—¡Mi madre tú! mi madre murió.

—No, no murió, á despecho de tu padre que la entregó á las ondas del mar.

—Mi padre me ha dicho, que mi madre murió al darme á luz.

—Mintió tu padre por no horrorizarte con una historia de crímenes: yo soy la princesa Sayda Gulnarah, la esposa del xerife Sydi Juzef-Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzarí, tu padre.

—Y yo, hombre de Dios, doctor de la Ley, dijo Aben-Balkin que habia llegado con las tres mujeres, te lo afirmo tomando por testigo al Señor.

—¡Oh! ¡mi madre! ¡mi hermana! dijo Mirian pasando una mirada atónita de la una á la otra: y esa otra jóven... ¿es tambien hermana mia?

—Esa jóven es mi hija, dijo Aben-Balkin, que iba prevenido.

—¿Y á quién buscas, señora? ¿buscas acaso á mi padre?

—No: tu padre no volverá, Mirian.

—¡Que no volverá!

—No.

—¿Pues qué ha sucedido á mi padre?

—Tu padre ha partido muy lejos.

Mirian se puso pálida y tembló.

Habia adivinado lo que había sido de su padre en la turbación, en la mirada, en la expresión de Gulnarah.

—Venid, venid, dijo:

Y asió á su madre de la mano y la llevó al adoratorio del morabbito.

—Jurad, dijo con voz terrible, jurad en este lugar santo, sobre la tumba del justo anacoreta aquí enterrado y ante la cólera del Señor fuerte y vengador, jurad que ninguna parte tenéis en la muerte de mi padre.

—Lo juro, dijo con voz firme, sonora y tranquila Gulnarah: lo juro por mi alma y por el alma de mis hijas.

—Y yo, doctor de la Ley, pongo por testigo á Dios de nuestra inocencia y llamo sobre nuestras cabezas su justicia si mentimos.

—¿Pero cómo, dónde ha muerto mi padre? dijo con desesperación Mirian.

—La mano del Señor le ha herido de repente en mi casa, al ver ante sí una hija suya á quien no conocía, cuya existencia no sabía: el xerife se ha convencido de la inocencia de su esposa: le ha herido su crimen y ha muerto de remordimiento tocado por el rayo de Dios.

—Esa, esa debe ser la gota de sangre de que hablaba anoche el xerife Ahtmed, dijo Mirian con desesperación.

—¡El xerife Ahtmed! repitió Gulnarah, ¡el sultan de Marruecos! ¡he aquí que nosotras venimos huyendo de él!

—¡Huyendo de él!

—Sí, quiere arrastrarnos consigo, hacernos sus esclavas.

—¡Miserable! exclamó Mirian, ¡y cuando el Señor me hiere con la muerte de mi padre, ese cobarde se atreve á vosotras! ¡á mí! ¡oh! ¡se engaña! ¡mi padre ha muerto! pues bien: yo ocupo su lugar en el morabbito de Ain-Al-Mokacen: ¡yo seré la terrible ermitaña, contra la cual se estrellará el poder del sultan! ¡Kaimo! ¡Kaimo! gritó Mirian.

—Kaimo no está aquí, Sayda, dijo Ayelah: ha ido á buscar por tu mandato al xerife.

—¡Ah, es verdad! y es necesario no perder tiempo, es necesario llamar á todos los ermitaños de los alrededores: es nece-

sario que nuestras kabilas rodeen el morabito de Ain-Al-Mokazen: es necesario que empiece desde este punto del Africa la guerra contra el sultan.

—Pues bien: no hay necesidad de perder un solo momento, dijo Aben-Balkin: con nosotros viene un valiente corsario con los ginetes con que estuvo ayer en la batalla.

—¿Y dónde está ese hombre? dijo Mirian.

—Voy á avisarle, y al momento estará ante tí.

Y Aben-Balkin partió á gran paso, y muy pronto se perdió entre los árboles.

—Nada temais, dijo Mirian á su madre y á sus hermanas: dentro de poco tendremos á nuestro alrededor un ejército, y nadie se atreverá á llegar hasta nosotros: todo el poder del sultan se estrellará contra el morabito de Ain-Al-Mokazen: la hija del xerife Sydi Juzef ocupará su lugar: esperad.

Y Mirian pálida, convulsa, excitada por las terribles impresiones que acababa de recibir, entró en el morabito, dejando fuera á Gulnarah, á Fatimatu 'l-Noemi y á Aydamarah, que se sentaron abatidas bajo la sombra del emparrado.

Mirian habia cerrado la puerta del morabito, temerosa de que viesen á su herido.

X.

No tardó mucho en volver Aben-Balkin.

Junto á él, á pié, bello, altivo, y aun pudiéramos decir que magestuoso, venia el jóven pirata Aben-Shariar.

El sol brillaba sobre su casco redondo, sobre su coraza, sobre sus armas, de una manera fuerte, y de una manera más blanda, más mate, sobre los bordados de oro de su traje.

Venia en paso reposado, hablando con gran calor é interés con Aben-Balkin.

Detrás de ellos venian los treinta piratas negros á caballo, uno de los cuales llevaba el caballo y la lanza de Aben-Shariar.

Poco antes de llegar á la puerta, Aben-Shariar mandó detenerse y desmontar á los piratas, y adelantó con Aben-Balkin hasta donde estaban la madre y las hermanas de Mirian.

—¿Dónde está la hermosa y noble señora de este morabrito? dijo Aben-Shariar, al ver que las tres damas á quienes tanto conocian, estaban solas.

En aquel momento y antes de que Gulnarah pudiese contestar, se abrió la puerta del morabrito, y apareció Mirian en su dintel, como una magnífica figura que apareciese de repente sobre un fondo oscuro.

—¡Oh! exclamó retrocediendo asombrado el pirata.

Mirian permaneció inmóvil en la puerta.

Ya la hemos visto una vez, cuando fué con su padre la noche antes al campamento de Sydi Ahtmed, bellamente ataviada con vestiduras de princesa.

Pero en aquel momento apareció con mucho más lujo.

El turbante verde que ceñía con suma elegancia su cabeza, estaba completamente bordado con piedras preciosas y perlas: su manto negro era de brocado de oro: la ancha túnica que la cubría desde los hombros hasta los piés, de brocado de plata, blanquísimo y deslumbrante: gruesas gargantillas de perlas abultaban su hermoso cuello, y sus arracadas y sus brazaletes, cuajados de gruesos rubíes, eran de un valor inmenso.

Sus dos anchas y magníficas trenzas negras, se cruzaban sobre su seno, tocando casi con sus extremidades al suelo.

Estaba excitada, pálida, sombría, y esto aumentaba la fuerza de su hermosura.

Parecía una gran reina de los antiguos tiempos, evocada y arrancada de su tumba por un conjuro.

Aunque era completamente parecida á su madre y á su hermana Fatimatu 'l-Noemi, sin que la diferenciases de ellas, más quela edad en la primera, y el color moreno de la segunda, en aquella situacion se diferenciaba de ellas completamente: tal la trasformaban la terrible expresion de su semblante, su densa palidez, lo sombrío de su mirada, y las deslumbrantes vestiduras que la cubrian.

Era por su aspecto y por su trage, una sultana maravillosa, de la familia del Profeta y de la raza de los almoravides.

—¿Quién eres? dijo mirando profundamente al pirata.

—Sayda, yo soy tu siervo, dijo inclinando su cabeza con un bello movimiento de respeto el jóven corsario.

—¿Y cómo se llama mi siervo? dijo sin alterar su acento dominador, grave y firme, Mirian.

—Me llamo Shariar, hijo de Shariar.

—No conozco tu nombre: ¿qué has hecho tú para que tu nombre salga de la oscuridad?

—Mi galeota lleva el terror á las playas de los nazarenos: ellos conocen bien el nombre del corsario Shariar.

—Es fácil sorprender una playa indefensa y desarmada, y arrebatar á las mujeres y á los niños: un pirata es una zorra que cae sobre su presa dormida: yo quiero un leon que luche con el tigre y que le venza.

—Yo seré fuerte hasta morir, Sayda.

—¿Contra el sultan?

Vaciló Aben-Shariar.

—El sultan es fuerte y vencedor, dijo: el Moghreb entero se prosterna ante él y sigue su bandera, mientras mi ejército está aquí conmigo, sultana, y ¿qué pueden hacer esos pocos leones contra un ejército innumerable de tigres?

—Yo soy la hija del xerife morabito Sydi Juzef-Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzari: su nombre llena la tierra; su espada hacia temblar á sus enemigos: si él hubiera querido el trono del imperio, nadie se hubiera atrevido á disputárselo: pues bien, yo que soy su hija, yo que, como él, soy parienta del Profeta, yo que le heredo, yo me proclamo ante tí sultana de Marruecos, contra el miserable xerife Sydi Ahtmed: yo soy tambien xerife: yo soy la sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-Abd-el-Azis ben-al-Hhayzari.

—Un ejército, sultana, un ejército, y yo combatiré de poder á poder contra el sultan Sydi Ahtmed.

—¡Un ejército! dijo Sayda Mirian: pues bien, que tus esclavos se extiendan alrededor del morabito de Ain-Al-Mokazen: que rápidos como el relámpago, lleven mis palabras á los ermitaños de los morabitos circunvecinos: oye lo que tus esclavos dirán á esos ermitaños.

—Espera, espera, sultana, que mis corsarios oigan tus órdenes de tu misma boca, dijo Aben-Shariar.

Y luego añadió volviéndose á los suyos:

—¡A mí, bravos tigres del mar! acercaos y oid lo que va á

ordenaros la alegría del cielo, la hermosa de las hermosas, la ilustre de las ilustres; la poderosa sultana Sayda Mirian-ben-al-Hhayzarí.

Los piratas, causando ese ruido especial, áspero, estridente de los hombres de guerra cuando se mueven, adelantaron en círculo con las lanzas al hombro y los caballos tras sí.

Todos aquellos grandes ojos negros, que brillaban en aquellos semblantes parecidos en el color y en la brillantez al ébano pulimentado, se fijaron con la expresión del amor y del deseo que causa una gran hermosura, en el pálido y grave semblante de Mirian.

—Apenas acabeis de escuchar mis palabras, dijo la jóven con un acento semejante al del caudillo acostumbrado al mando, montareis á caballo y partireis á la carrera y esparcidos á los morabitos circunvecinos: en el uno os darán señales y guías para que llegueis á los otros: oid lo que direis á los santos ermitaños:—El xerife Sydi Juzef-Al-Hhayzarí os saluda, y os manda que en el momento acudais al morabito de Ain-Al-Mokazen, llevando con vosotros cada cual vuestra kabila y vuestra bandera: al salir de la luna os espera en Ain-Al-Mokazen, el santo xerife Sydi Juzef.—Esto direis: conservadlo bien en la memoria. Ahora, partid.

—¡Partid! repitió con voz vibrante Aben-Shariar.

En un momento los corsarios negros estuvieron á caballo, y se lanzaron en tropel rápidos como un torbellino, por la salida de la pradera.

Solo quedó allí Yezid con el caballo y la lanza de Aben-Shariar.

Apenas habían desaparecido, apareció Kaimo.

Su caballo venía fatigado, sudoroso, y el buen servidor traía en su semblante las señales del más profundo abatimiento.

—En vano he buscado al noble xerife, dijo, llegando hasta Mirian, y como si no hubiera reparado absolutamente en las personas que la acompañaban: he preguntado en los morabitos y en los aduares, y ninguna noticia me han dado: alguna desgracia ha acontecido al xerife.

—Bien, dijo Mirian: vete á cuidar del cristiano enfermo que está en la cabaña del bosque.

—Ese hombre ha muerto, señora: voy á enterrarle en la fosa que me mandó abrir para él el xerife.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de Mirian.

—¿Ha muerto por la mano de Dios, dijo, ó por la mano del hombre?

—La mano del Señor le ha herido, Sayda, contestó Kaimo.

—Hágase la voluntad del Señor, dijo Mirian alzando los ojos al cielo: ¡muerto! ¿quién me dirá ahora el nombre del amado de mi alma?

Nadie pudo entender estas últimas palabras de Mirian.

Luego adelantó hácia su madre, hácia sus hermanas, las abrazó en silencio y las besó dejando caer sobre su semblante sus lágrimas.

Despues, separándose de sus brazos, las dijo:

—Kaimo, mi esclavo, levantará para vosotros la gran tienda de caza de mi padre: él os servirá: dejadme que yo me oculte en la soledad con mi dolor y mi padecimiento.

Y besándolas y abrazándolas de nuevo, entró en el morabito y cerró la puerta.

Mirian evitaba que nadie viese á su herido.

XI.

La enamorada jóven, porque enamorada estaba del personaje misterioso que yacia postrado en el morabito, sin despojarse de una sola de sus galas, se acercó al lecho del herido, se reclinó junto á él, y le examinó cuidadosamente.

Un agudo grito de alegría salió del pecho de la jóven.

El herido permanecía inmóvil, sin sentido, pero era mayor el calor de su piel, algo más fuerte el latido de sus arterias: Mirian, á quien su padre habia enseñado lo que sabia, que más de una vez habia curado las heridas de su padre hechas, no por los hombres, porque nadie en Marruecos se hubiera atrevido á levantar la mano contra el venerado xerife ermitaño de Ain-Al-Mokazen, sino por el javalí, por el leon y por el tigre, que ninguna veneracion sentian hácia el santo anacoreta, era una curandera bastante práctica: tenia además una imaginacion privi-

legiada, y con ella esa intuición del genio, que se revela de una manera práctica, pero que aún no se ha podido razonar, y esta intuición la dijo que podía tener esperanza.

Esta esperanza fué un maravilloso bálsamo de consuelo para el corazón de Mirian, profundamente dolorido por la muerte de su padre, á quien amaba, á pesar de comprender el terrible, el maldito amor que por ella había sentido Sydi Juzef.

El amor en que Mirian ardía por aquel hermoso mancebo que yacía en el lecho, rey ó vasallo, señor ó esclavo, llenaba por completo el alma de la jóven.

Se había sentido arrastrada hácia él, desde el momento en que había oído hablar de él á Francisco de Aldana: había querido verle y le había visto, duplicado, por decirlo así, en el campo de batalla de Alcázar-Kivir y en la tienda de honor del campamento de su primo el sultán de Marruecos.

El cadáver que había visto en el campo de batalla, nada había dicho á su corazón: pero cuando vió el cuerpo guardado en la tienda del campamento, su corazón se estremeció con su primer latido de amor.

Y en tantas horas á su lado, contemplándole con ansiedad, observándole, deseando ver una señal decisiva que la hiciese confiar en que no se apagaría su vida, en que vería sus ojos fijos en los suyos, llenos de amor y de dulzura, habíase elevado el amor de Mirian hácia aquel desdichado, al gran límite á que podía elevarse su amor.

Mirian no podía amar ya más de lo que amaba á su herido.

Por eso al notar que la fuerza de su vida crecía, la alegría de Mirian se sobrepuso por un momento á todo: pero después no pudo menos de recaer en su verdadera situación: su padre había muerto de una manera misteriosa é inesperada: de repente se la había presentado su madre, á quien creía muerta, trayendo consigo á una hermana suya á quien no conocía. El sultán Sydi Ahtmed la amaba, era poderoso, y su madre y su hermana se la habían presentado huyendo de él.

El sultán debía verla aquella misma noche.

Estaban citados.

Mirian protegida por su padre no había temido dar una cita al sultán.

Necesitaba que Sydi Ahtmed la dijese, qué gota de sangre era aquella que caía continuamente sobre la conciencia de su padre y que le había vuelto loco.

El sultán podía venir solo á la cita, ó habiendo variado las circunstancias, podía presentarse como sultán en el morabito de un momento á otro, antes de que pudiese ser protegida por nadie.

En tal caso ella corría el peligro de ser arrastrada por el sultán, á la triste posición de esclava, y el hombre de su amor podía ser sacrificado por el recelo del sultán.

La joven creyó que no debía perdonar precaución alguna para proteger la vida de su amado.

Podía suceder muy bien, que, muerto Sydi Juzef, ella no tuviese como hija suya el mismo prestigio que sobre los santones y las kabilas del imperio había tenido su padre, y que la voluntad del sultán fuera generalmente acatada.

En tal caso, Mirian no tenía otros medios de protección para su herido que su sentencia de muerte.

XII.

Hay en toda casa árabe un lugar fanáticamente respetado, un lugar inviolable que nadie se atrevería á profanar, ni el amante más enloquecido, por el temor de manchar la pureza de la mujer amada.

Este lugar es el aposento de una doncella.

Le protegen á un mismo tiempo las leyes, la religión y las costumbres.

Mirian, pues, se decidió á poner á cubierto en el misterio de su aposento al herido.

Nadie sabía que hubiese tal herido allí, más que Kaimo y Ayelah, y Mirian estaba segura de la ciega fidelidad de sus dos esclavos.

Se veía desamparada de toda fuerza contra la voluntad, contra el poder, contra la tiranía del sultán: la quedaba el amparo de engañarle, de confiarle, de ganar tiempo, de esperar la ocasión de un descuido y probar una fuga.

Nunca somos más activos que cuando nuestra actividad proviene de una ardorosa aspiracion de nuestra alma.

Mirian entró en su aposento, ayudada por Ayelah hizo en él un lecho con la parte de los almohadones del divan que habian quedado despues de haber hecho con los restantes el lecho en que se encontraba el herido.

Luego volvió junto á este, y ayudándola Ayelah, le condujo con gran cuidado á su aposento.

Despues, la señora y la esclava quitaron los almohadones que habian servido de lecho al herido en aquel lugar y los pusieron en el aposento de Mirian: exhaumaron aquel lugar, para que perdiera el olor á enfermo, y solo quedó el desnudo aposento de Kaimo, con la estera de palma, y la espingarda, las pistolas y el yatágan del esclavo colgados de la pared.

Despues Mirian trasladó á su aposento los bálsamos que debian servir para completar la curacion del herido, y hecho esto, mandó á Ayelah que llamase á Kaimo.

Cuando este hubo venido, Mirian encargó á los dos esclavos el más profundo secreto acerca de la existencia del cristiano en el morabhito, y la doble puerta del aposento de Mirian se cerró, para no dar paso más que á ella y á Ayelah.

El sultan Sydi Ahtmed podia sobrevenir cuando quisiese y en cualquiera disposicion de ánimo respecto á Mirian.

Mirian estaba preparada y salió del morabhito para esperar á los santones y á las kabilas, y para dar con su presencia expansion al alma de su madre.

Pero salió conservando las vestiduras que se habia puesto para aparecer ante Aben-Shariar.

XIII.

El tiempo que pasó desde entonces hasta que cerró la noche le consagró Mirian á su madre y á sus hermanas.

Hubo una recíproca manifestacion de historias, de lágrimas, caricias, proyecios, expansiones deliciosas del espíritu, en medio de una fria ansiedad por el porvenir.

Entretanto, el fakí Aben-Balkin y el corsario Aben-Shariar

habian estado hablando acaloradamente acerca de la situacion gravísima en que se encontraban.

XIV.

Apareció al fin la luna llena sobre el horizonte.

Era la hora prefijada á los santones circunvecinos para presentarse en el morabhito de Ain-Al-Mokazen.

Mirian salió de la tienda donde habia permanecido hasta entonces con su madre y sus hermanas, y entró en el adoratorio del morabhito.

La lámpara de siete luces estaba encendida.

A su luz se veia el estandarte real de Portugal colgado de la bóveda, y sobre él el arnés del alferez mayor, que colgaba de un ángulo.

En otro ángulo habia un divan, y sobre él se sentó Mirian, segura de que no tardarian en llegar los santones.

Aben-Balkin tenia el encargo de recibirlos cuando llegasen, y para ello se habia apostado con Aben-Shariar en la entrada del bosque sobre la vertiente de la colina.

No tardó mucho en oirse un confuso rumor de hombres que hablaban, de caballos que marchaban.

Se vió á lo lejos á la luz de la luna, gran turba de ginetes que fué aproximándose y dejándose ver á cada momento de una manera más detallada.

Al fin adelantó á rienda suelta un grupo de ginetes, que llegaron con rapidez hasta el lugar donde esperaban Aben-Balkin y Aben-Shariar.

Eran diez de los corsarios negros, que dieron parte á su señor de que con ellos venian quince santones y treinta kabilas, componiendo un ejército de cerca de cuarenta mil hombres.

Asombróse de la rapidez con que toda aquella gente se habia reunido Aben-Shariar, y uno de los corsarios le dijo:

—No te asombres, señor: íbamos todos nosotros juntos para tomar distancia, y desde allí esparcirnos á la redonda por todos los aduares que encontráramos, cuando á dos leguas hácia el levante vimos sobre una cumbre un hermoso morabhito. Lle-

gamos hasta él y salió á nuestro encuentro un santón de larga barba blanca y de un aspecto venerable.

—¿Qué buscáis por aquí? nos dijo.

—Entonces yo respondí: el xerife Sydi Juzef-al-Hhayzarí nos envía á tí y á todos los hombres de Dios de la comarca: el xerife manda que esteis en su morabito con vuestras kabilas esta noche á la salida de la luna: sábelo, y Dios te guarde: nosotros vamos esparcidos desde aquí para manifestar lo mismo á los hombres de Dios que encontremos.

—No hay necesidad de que vayais, dijo el hombre de Dios: yo llamaré desde aquí á todos mis hermanos, que acudirán con sus kabilas con la misma prontitud con que acudieron ayer para ir á la batalla, con el excelso y venerable xerife Sydi Juzef (Dios sea con él.)

Y el hombre de Dios subió á lo más alto de su morabito, hizo llamaradas y señales, y al momento otras llamaradas y otras señales contestaban del llano y de las alturas en muchas leguas á la redonda.

—Pero el sultan habrá visto desde Alcázar-Kivir esas llamaradas y esas señales? dijo Aben-Balkin.

—¿Y qué me importa, contestó con alegría Aben-Shariar, si el ejército del sultan está ya muy lejos y no tiene en Alcázar-Kivir más que dos mil caballos?

—¿Y son cuarenta mil los que vienen de las kabilas? dijo Aben-Balkin.

—Y acudirán muchos más, dijo el corsario que llevaba la palabra; porque los que están más distantes no pueden llegar tan pronto.

—Hé aquí los restantes de los míos que llegan, dijo Aben-Shariar.

En efecto, otros veinte ginetes negros llegaron en aquel momento.

—Id, les dijo el pirata, id y dad la guardia á la entrada del morabito, á la poderosa sultana Sayda Mirian.

Los treinta ginetes entraron por la senda que entre los árboles conducía al morabito.

XV.

Poco despues quince santones, á caballo los unos, á pié los otros, llegaron sucesivamente á vanguardia de la multitud armada que los seguia.

—La alabanza á Dios, dijo Aben-Balkin saliéndoles al encuentro y dando su mano al más viejo de los santones.

—Dios sea contigo y con tu compañero, dijo el santón: pero ¿dónde está el noble xerife Sydi Juzef?

—El xerife no puede salir á recibiros, dijo Aben-Balkin: Dios no lo quiere, pero os espera su hija la hermosa sultana Mirian.

—¿Y qué sucede que asi se nos ha mandado venir con nuestras kabilas? dijo otro de los santones.

—El santo morabhito de Ain-Al-Mokazen está amenazado, hombres de Dios: dijo Aben-Balkin.

—¿Y quién se atreve á tanto? preguntó con energía otro de los santones.

—El nuevo sultan Sydi Ahtmed.

—¡Ah! ¿pues qué, no seguro aún en el trono se atreve á ser tirano? esclamó el más viejo de los santones.

—La sultana Mirian os espera, dijo Aben-Balkin: venid conmigo: ella mejor que yo os informará de lo que sucede y de lo que desea.

Y acompañado de Aben-Shariar, tomó por el sendero adelante en direccion al morabhito.

XVI.

Los treinta ginetes de Aben-Shariar, daban la guardia delante del morabhito, á caballo con las lanzas afianzadas, y extendidos en ala.

Aben-Balkin, Aben-Shariar y los quince santones, pasaron por entre los corsarios negros y llegaron á la puerta del morabhito.

En su adoratorio, sentada sobre un divan y deslumbrantemente vestida, estaba Mirian.

El estandarte real de Portugal la servia como de pabellon de su trono.

—Entrad, hombres de Dios, entrad, dijo Mirian á los santones que habian aparecido en la puerta.

Entraron estos y se estendieron á ambos lados de la sepultura del anacoreta anterior á Sydi Juzef y se prosternaron, no sabemos si por respeto á la santidad del lugar, ó por homenaje á Sayda Mirian.

Durante algun tiempo se les sintió orar prosternados.

Despues se pusieron de pié, y sin hablar una sola palabra, miraron todos atentamente á Mirian como esperando que esta les hablase.

Al fin la jóven rompió el silencio.

—Santos anacoretas, dijo Mirian: os he llamado en nombre de mi noble y poderoso padre, para comunicaros tristes noticias.

Marcóse una profunda atencion en los semblantes de todos los santones.

—¡Mi padre ha muerto! dijo Mirian poniéndose de pié, pálida y conmovida.

Resonó un murmullo de sorpresa y de espanto entre los santones.

—¿Y cómo, cómo ha muerto el noble xerife? dijo el más anciano: ayer salió sano y salvo de la batalla: aún le quedaban largos años de vida.

—No se si ha muerto herido por la mano de los hombres ó por la mano de Dios, dijo Mirian.

—¿Y dónde están sus venerables restos, sultana? dijo uno de los santones.

—En Alcázar-Kivir, en poder del sultan Sydi Ahtmed.

—¡Oh! el sultan nos entregará los restos de vuestro padre para que los honremos, dijo el más anciano.

—El sultan es violento y tirano, dijo Mirian: el sultan quiere arrebatarme contra mi voluntad de este morabrito, y hacerme violentamente su esposa.

Rugieron de indignacion los anacoretas y agitaron convulsivamente sus espingardas.

—Por eso os he llamado con vuestras kabilas, dijo Mirian.

—Nadie se atreverá á tocar á tu túnica, sultana.

—Nadie profanará á la hermosa doncella.

—A tu lado estaremos todos.

—Guerra contra el sultan.

Y estas palabras amenazadoras, terribles, rugientes, fueron pronunciadas al mismo tiempo por los ancianos.

—¡Sí, guerra contra el xerife! gritó Mirian.

—¡Guerra! repitieron los santones.

—¿Y á quién aclamaremos sultan, muerto tu padre? dijo el santón más anciano.

—¡Yo me proclamo entre vosotros sultana! dijo con suprema altivez Mirian.

—¡Tú! exclamaron con asombro todos.

—Yo, sí: ¿acaso si mi padre hubiera querido subir al trono del imperio, se hubiera atrevido nadie á oponerse?

—No, nadie.

—¿Y no soy yo heredera de mi padre?

—Sí.

—Pues bien, yo heredo su poder: las kabilas del imperio se levantarán á mi voz como si las llamara la voz del xerife Sydi Juzef.

—Sí, sultana: todos peharemos por tí en el campo contra Sydi Ahtmed: ¿pero quién será tu esposo?

—El que venza al frente de mis kabilas, dijo Mirian.

Cada uno de aquellos santones concibió una esperanza ambiciosa: cada uno de ellos podia ser el vencedor, y en tal estado, recibiria por premio la mano de la hermosísima Mirian, y el trono de Marruecos.

La guerra civil estaba ya encendida por esta tentadora promesa de Mirian.

—Pero nos falta oro, dijo uno de ellos.

—Yo tengo los inmensos tesoros de mi padre, dijo Mirian: mañana tendreis todo el oro necesario.

—¡Que Dios ensalce á la poderosa sultana Mirian! dijo el más anciano de los santones.

—¡Alabanza á Dios, y homenaje á nuestra exclarecida sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzarí, exclamaron todos en coro.

Y se prosternaron, despues de lo cual fueron tocando la orla

inferior de la túnica de Mirian y besándose la mano con que la habian tocado.

—Yo acepto vuestro homenaje, dijo la jóven, y desde ahora empiezo á daros órdenes como señora. ¿Cuánta gente ha venido con vosotros?

—Todas las kabilas en cuatro leguas á la redonda: cuarenta mil combatientes, de los cuales veinte mil van á caballo.

—Predicad la guerra santa, y haced que la prediquen los otros anacoretas del imperio.

—El grito de guerra zumbará mañana por toda la extension del imperio.

—Sydi Ahtmet está con poca gente en Alcázar-Kivir, dijo Mirian: su ejército ha partido esta mañana para Fez: la artillería de los xerifes y la de los portugueses está en Alcázar-Kivir: apoderaos de ella; pero... esperad á mañana: esta noche el sultan Sydi Ahtmed hablará conmigo; le espero: si cede, si respetando la memoria de mi padre, deja de subir al trono, si se aleja del imperio, vaya en paz: evitemos si es posible el derramamiento de sangre; pero si se obstina... la guerra entonces... la guerra sin trégua ni perdon: que Dios dé la victoria á quien sea su voluntad.

—Sydi Ahtmed no cederá y tendrá lugar de escapar, dijo el santón más anciano.

—Cumplamos con nuestro deber evitando el derramamiento inútil de sangre: ahora bien: en el bosque que rodea este morabito, por la parte opuesta al rio Mokazen, bien pueden ocultarse cuarenta mil hombres: que se oculten, que por ningún indicio pueda advertirse que cerca del morabito hay un ejército: partid y esperad á que yo os llame.

Los santones se prosternaron de nuevo y salieron.

—Tú, pirata, dijo Mirian á Aben-Shariar que permanecia allí, oculta tambien tu gente; pero está atento: vete con el fakí: dentro de poco yo avisaré.

Mirian se quedó sola, salió del adoratorio, entró en su aposento, é inclinándose sobre el herido le besó en la frente y murmuró:

—¡Oh! ¡yo te salvaré!

CAPITULO X.

De cómo Mirian y Sydi Ahtmed tuvieron una entrevista decisiva.

I.

Llegó la media noche.

El morabito de Ain-Al-Mokazen, completamente iluminado por la luna, estaba silencioso y oscuro.

No se oía el más leve rumor á pesar de que en el bosque, á la izquierda del morabito, estaban escondidos cuarenta mil hombres, que solo esperaban una señal de Mirian para empezar la guerra civil.

Se abrió la puerta del morabito, y Mirian sencillamente vestida de blanco, salió, cerró la puerta, y se dirigió al bosque por la derecha.

Cuando penetró entre los árboles, se encontró envuelta en una densa oscuridad.

Las copas de las encinas, de los alcornoques y de los abedules, se cruzaban tupidas y densas.

Pero Mirian conocia perfectamente el terreno y á pesar de la oscuridad descendió con firmeza por un sendero escarpado.

Aquel sendero la condujo á la plataforma de una roca descubierta que se inclinaba sobre el rio.

Aquella roca salia por entre los árboles.

A espaldas de Mirian se extendia una tupida maleza.

Mirian avanzó hácia el borde de la roca.

Desde allí se veía la ancha sábana del vado del Mokazen, que parecía un gran espejo de plata abrigado por la luna.

Más allá se veía la oscura orla de árboles de la ribera, y por cima de estos árboles, los lejanos horizontes montañosos velados por la bruma de la noche.

Nada se oía.

Todo reposaba: ni una sola ráfaga de viento movía las copas de los árboles.

Mirian miraba con grande ansiedad el escarpado sendero, por el cual por la parte del río podía subirse á la plataforma de la roca donde ella esperaba.

Nadie aparecía por él.

Mirian temió que avisado Sydi Ahtmed, previendo un peligro, hubiese desistido de acudir á la cita.

Y Mirian quería saber la historia de aquella gota de sangre, que Sydi Aktmed había dicho caía incesantemente sobre la conciencia de su padre.

Mirian estaba fuertemente contrariada.

Sydi Ahtmed tardaba.

El semblante de la jóven se mostraba cada vez más sombrío.

De repente, el semblante de Mirian se animó y sus ojos lucieron con el brillo de una siniestra alegría.

Había visto aparecer allá á lo lejos sobre el río, un objeto largo y negro que avanzaba con rapidez.

Era una barca.

En ella se veían lucir destellos como de armas, heridas por la luz de la luna.

Allí venía sin duda con algunos de sus guardias el sultan Sydi Ahtmed.

II.

Mirian arrojó una larga y profunda mirada sobre el río, y la posó lentamente en la barca que adelantaba con suma rapidez.

Su vista de un gran alcance, de una maravillosa fuerza, contó los hombres que venían en la barca.

A sus costados remaban seis vigorosos esclavos: sentados sobre los tirantes, con las espingardas afianzadas, sobre cuyos limpios cañones reflejaba la luz de la luna, venian doce soldados.

En lo alto de la popa, junto al hombre que gobernaba el timon, se veia un hombre envuelto en vestiduras oscuras.

Estaba ya cerca la barca, y Mirian creyó reconocer en el hombre del traje oscuro, á su pariente el xerife sultan Sydi Ahtmed.

Nada tenia que temer Mirian.

A sus espaldas, sobre la misma roca, oculto entre los árboles, estaba el corsario Aben-Shariar con sus treinta corsarios armados hasta los dientes.

Más allá, al otro lado de la colina, ocultos entre el inmenso bosque, habia quince santones con cuarenta mil hombres.

Esto es: un ejército.

Sydi Ahtmed no podia ejercer violencia alguna contra su prima Sayda Mirian.

III.

Llegó al fin la barca al pié de la roca, y se perdió entre los sauces y las mimbres que orlando la ribera, entraban en el rio hasta cierta distancia.

Poco despues de haber desaparecido la barca bajo el ramaje de estos árboles acuáticos, se oyó en el áspero sendero que desde el rio serpeaba hasta la cumbre de la roca, el paso de un hombre armado.

Aquel hombre tardó muy poco en llegar á la plataforma de la roca, y se detuvo junto á su reborde, á pocos pasos de Mirian, que le contemplaba profundamente, de pié, en una actitud serena é inmóvil.

El hombre que estaba delante de ella era en efecto el xerife Sydi Ahtmed.

IV.

La luz de la luna le iluminaba de frente, al par que por la espalda á Mirian, cuyo semblante estaba en sombra.

Pero en una sombra tranquila y dulce, y fantásticamente bañada por el poético reflejo de la luz de la luna que inundaba el terreno sobre que se encontraba.

La hermosura de Mirian vista á aquel reflejo tenia mucho de fantástico, de sobrenatural.

Fascinaba.

Sydi Ahtmed venia elegantemente vestido con un traje levantisco, entre argelino y griego.

Se comprendia que habia querido realzar con aquel rico y pintoresco traje, su gallardía y su varonil y severa hermosura.

Traia sobre la cabeza un casco redondo, brillante como plata bruñida, y bajo un albornoz pardo corto, con anchas mangas y ancho y largo capuz arrojado sobre la espalda, se veia una túnica de faldita corta, de brocado blanco y plata, abierta sobre el pecho y dejando ver por su abertura, una fuerte coraza recamada, tan brillante como el casco.

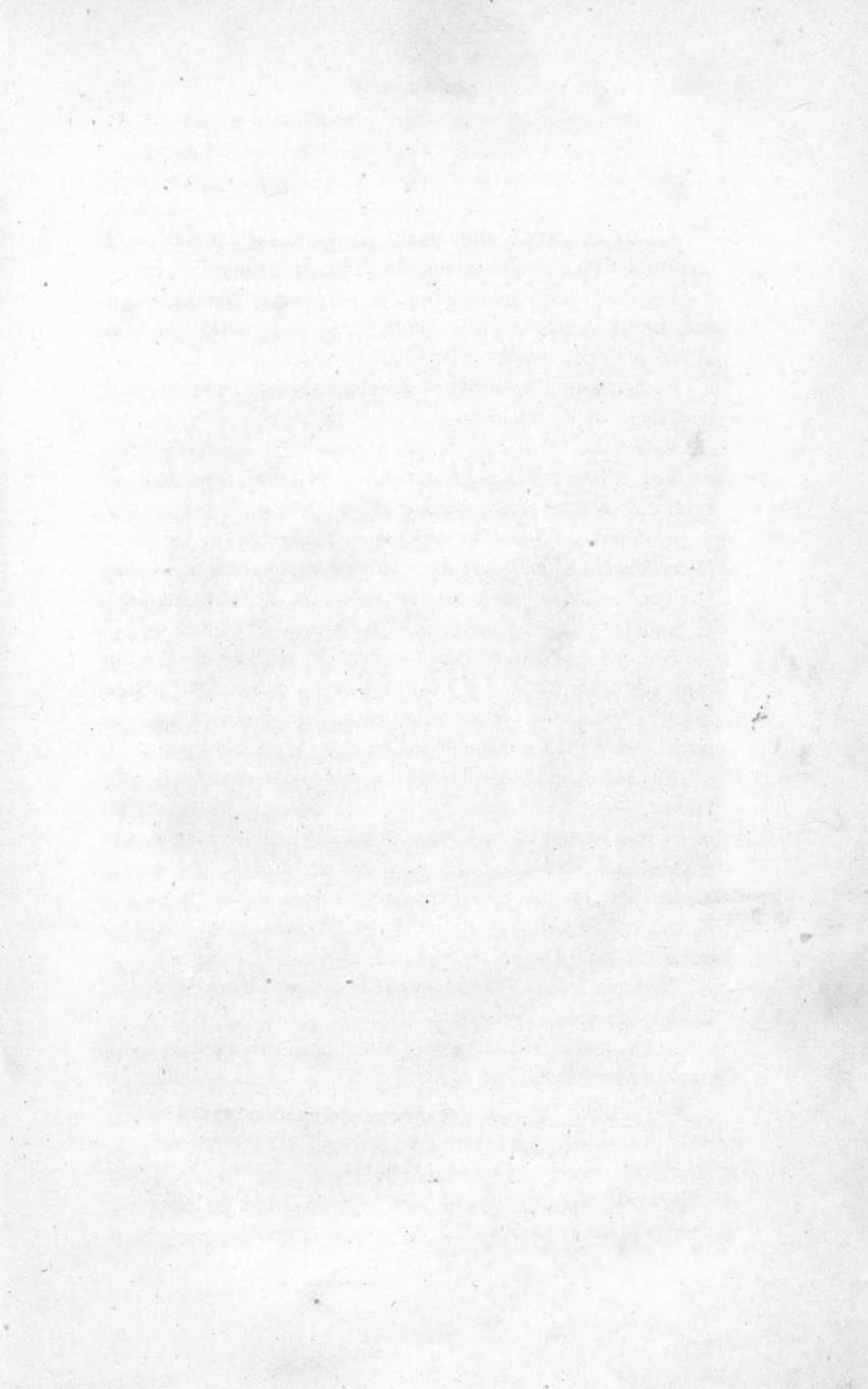
En una ancha faja de seda y oro, cuyos extremos caian hasta el borde inferior del caftan, llevaba dos pistolas, una guma y un alfange ancho, pero tan corto y tan corvo, que parecia una hoz de segar: bajo el borde de su caftan, caian en anchos pliegues unos calzones de seda azul atados bajo las rodillas, y unas botas de marroquí leonado, con anchos porta-espuelas de oro, completaban su traje.

No tenia ni una sola divisa por la que se pudiese comprender que era sultan, ni xerife.

Por su parte, Mirian, estaba magníficamente vestida, lo que unido á lo magnífico de su hermosura, la hacian deslumbrante.

Llevaba la toca verde de los Al-Ansaries, xerifes descendientes de Mahoma, y el caftan negro de los almoravides.

Admás de esto, como una singularidad, como una señal de imperio, llevaba ceñida y pendiente de su cintura en el centro de ella, una magnífica espada.





LA PAZ DE DIOS Y UN BUEN CONSEJO SEAN CONTIGO

Aquella espada tenia la vaina de terciopelo rojo, las conteras y el puño de oro, sobre el pomo una corona real, en el centro de la cruz un escudo, y en este escudo otros cinco escuditos, y en cada uno de estos, cinco roeles.

Aquellas eran las armas reales de Portugal.

Aquella espada era la espada del rey don Sebastian.

V.

Aquellas dos magníficas personas estuvieron durante un largo espacio mirándose frente á frente, en silencio, inmóviles, y en actitud magestuosa y altiva.

Al fin Sydi Ahtmed se acercó á Mirian, extendió hácia ella galantemente su brazo derecho, con la palma de la mano vuelta para arriba, recogió graciosa é indolentemente aquel brazo, é inclinando afectuosamente la cabeza se besó las puntas de los dedos de la mano que habia estendido hácia Mirian.

—La paz de Dios y su buen consejo sean contigo, Sayda Mirian, dijo con voz dulce y conmovida.

—Has sido puntual á la cita, dijo Mirian, y yo te esperaba con suma impaciencia sin embargo, Sydi Ahtmed.

—¡Qué hermosa mujer, y qué hermosa noche! dijo con voz leve, dulce, indolente, por decirlo así, pero con un marcado fondo de amargura y de sarcasmo el sultan: tú y el cielo estais resplandecientes: el viento de la noche es suave y fragante como tu aliento, y el rumor de las hojas de los árboles, lánguido como el constante y ténue suspiro que sale de tu pecho: parece esto el misterioso y apartado lugar del paraíso, donde mora la hurí más hermosa y más querida del Señor: parece esta cita, en un lugar solitario y fresco, y misterioso, la cita de dos amantes, cuyas almas se consumen dulcemente en el fuego de un mismo amor; y sin embargo, detrás de esa belleza, detrás de ese silencio, bajo la dulce luz de esa luna, aguza irritado sus garras el tigre de la guerra: no somos dos amantes que se buscan ansiosos, atraídos por su recíproco amor: somos, á pesar mio, dos enemigos que se se contemplan

con recelo: somos dos sultanes, que no caben en un mismo trono: somos dos xerifes parientes y enemigos.

—¡Ah! dijo Mirian: ¡tú comprendes que entre nosotros no hay nada posible más que la guerra!

—¡Lo conozco! ¡lo veo! ¡pero no lo comprendo, no lo puedo comprender!

—¿Cuándo, Sydi Ahtmed, no te he mirado yo con ódio? dijo Mirian con un acento tan frio y tan punzante, que hizo temblar de dolor al enamorado Sydi Ahtmed.

—¡Y por qué ese ódio! dijo el sultan procurando dominar en vano lo trémulo de su voz.

—No lo sé: era que sin duda mi alma adivinaba que un día nos habíamos de encontrar frente á frente: es que hay en tí algo que me dá horror: es que he heredado el ódio que ha existido siempre entre mi padre y sus parientes.

—Tu padre jamás ha amado á nadie; ni á sus parientes, ni á su esposa, ni á sus hijos: si te ha amado á tí, si ha cedido como un niño dócilmente á tu voluntad, tú lo sabes..... lo que doblegaba ante tí á tu padre, era un amor horrible, un amor criminal.

—¡Calla! exclamó con un acento lleno de horror Mirian: ¡el infeliz anciano estaba loco!

—¡De remordimiento! exclamó con acento horrible Sydi Ahtmed.

—Tú has hablado de una gota de sangre que caia incesantemente sobre la conciencia de mi padre: por eso te he citado aquí á esta hora: para que me refieras la historia de esa gota de sangre.

—¡Sangre de tu desdichado hermano Abd-el-Azis! respondió roncamente Sydi Ahtmed.

—¡Mientes! dijo Mirian pudiendo alentar apenas: ¡mientes! ¡yo no he tenido hermanos: mi padre no me ha hablado jamás de ellos!

—Conoces á tu hermana Fatimatu 'l-Noemi, que es tu imagen, que es más jóven que tú, y sin embargo, tu padre te habia dicho que tu madre habia muerto al darte á luz.

Mirian inclinó la cabeza y guardó silencio, porque nada tenia que contestar á la afirmacion de Sydi Ahtmed.

—Tu madre vive, la has visto hoy, la conoces, la tienes contigo en tu morabito: tu padre ha muerto.

Continuó el silencio de Mirian.

—Pero no has podido conocer á tu hermano mayor, á tu hermano Abd-el-Azis, porque... porque le mató tu padre, junto á tu cuna, en el interior de su haren.

Mirian dió un grito de horror y avanzó hácia Sydi Juzef.

—¡La prueba! ¡La prueba de esa acusacion horrible! exclamó Mirian.

—Tu madre conoce esa historia: como que fué víctima de ella: pregunta, interroga á tu madre... te contará una horrible historia... la historia de un parricidio.

—No, no: yo no ensangrentaré el corazon de mi madre obligándola á que me refiera esos horrores; pero yo quiero saber hasta qué punto estamos malditos de Dios: ¿no dice el santo libro que los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion?

—Nuestra familia, hace muchas generaciones se está tiñendo impía en su propia sangre: hace muchas generaciones que por nuestros padres, somos malditos del Señor.

—¡Habla! ¡cuenta! dijo Mirian sentándose abatida en una de las asperezas de la roca.

Sydi Ahtmed se sentó en el suelo, sobre el musgo, á poca distancia de su prima, reclinándose indolentemente sobre una gran piedra. Cerró los ojos como para abstraerse, como para concentrarse en el recuerdo de sucesos pasados, y despues de algunos momentos de silencio, empezó de esta manera.

IV.

—Hace más de cien años que nuestra familia tiene el trono de Marruecos.

Hé aquí las crónicas que nuestros sábios han escrito.

Hay allá, en la otra banda, en esa tierra bendita que se llama España, una ciudad maravillosa: Granada: ¿para qué hablarte de ella? todos hemos oido las leyendas encantadas que

de aquella ciudad trageron nuestros abuelos: hemos llenado nuestros libros de la historia de sus maravillas, de su grandeza, de su poder.

Un dia, un rey de aquella ciudad, un rey que se llamaba Sydi Ismail-ben-Ismail, fué asesinado á las puertas mismas de su palacio, por uno de nuestros abuelos. Pero el crimen engendró el crimen: el asesino cayó herido por la mano de Dios, y perseguida nuestra raza, huyó al Africa y fué á refugiarse en las soledades del desierto de Daren.

Sydi Mohhanmed-ben-Merini, xerife, tronco de nuestra familia, habia venido entre los fugitivos.

Era gran guerrero, paciente y tenaz.

Habia nacido de una sultana en las gradas de un trono, y su ambicion no se satisfacía con menos que con un trono.

Sydi Aben-Merini era muy respetado, tanto por su valor fe-
roz, como por su gran ciencia, y se propuso atraerse partidarios, robustecerse, crecer, y llegar á la posibilidad de atravesar las vertientes del Atlas con un poderoso ejército, hacer la guerra al sultan y arrancarle su corona en batalla.

Pero Sydi Aben-Merini era pobre.

Las montañas de Daren ásperas é inhospitalarias, y su tribu en vez de aumentarse se disminuía.

Y la ambicion trabajaba incesantemente á Sydi Aben-Merini.

Aconteció por entonces que el sultan reinante, Juzef-ben-Abd-Allah, enfermó de una manera gravísima: los médicos más sábios del imperio apuraban en vano su ciencia.

El sultan no se mejoraba.

Entonces se enviaron á todas las partes del mundo hombres para buscar los más famosos médicos, y para ofrecer un gran premio al que curara al sultan.

Sydi Aben-Merini supo esto, é inmediatamente tomó el camino de Mequinez, ordenando á sus parciales que lentamente y sin provocar sospechas se presentasen en aquella ciudad.

Por último, Sydi Aben-Merini que era un gran médico, curó al sultan, y cuando este le dijo cómo queria ser recompensado, le pidió por esposa la más hermosa y la más querida de su hermanas.

El sultan tuvo miedo de que si recaía otra vez en aquella

terrible enfermedad, que nadie habia sabido curarle, no le curase Sydi Aben-Merini, si no le concedia lo que solicitaba, y le dió su hermana la sultana Alida por esposa.

De Sydi Mohhanmed-ben-Merini y de Sayda Alida, venimos nosotros, Mirian.

Ellos son, mirando hácia atrás nuestra cuarta generacion.

Y ellos fueron malditos de Dios.

Sydi Aben-Merini que era hermoso y fuerte, y sobre todo insinuante y astuto, se hizo amar de tal modo por la sultana Sayda Alida, su esposa, que esta lo olvidó todo por él, y dejó de amar á su hermano, pero no de fingirle un amor que ya no sentia.

Y el sultan adoraba á su hermana Sayda Alida.

Lentamente fué preparándose una oscura traicion.

Por el predominio que Sayda Alida tenia sobre el sultan, Sydi Aben-Merini fué rápidamente elevado á los más altos cargos del imperio: él era el poseedor de la confianza de Abd-Allah: él imponia y cobraba los tributos: él hacia la paz y la guerra: él era cuanto se puede ser: él lo dominaba todo.

Y el sultan ciego por el amor de su hermana, amaba cada dia más á aquellos dos miserables, que cada dia estrechaban más el círculo de traicion que rodeaba al sultan.

Los altos cargos del imperio, de la religion y de la milicia, los habia dado el xerife Aben-Merini á sus amigos, á sus parciales que habia traído de los desiertos de Daren: el tesoro imperial estaba en sus manos: el alcázar abierto para él.

Un dia se difundió por Mequinez una terrible noticia.

El sultan Sydi Juzef-ben-Abd-Allah habia amanecido muerto en su lecho.

Se decia que habia sido una muerte repentina.

Pero la noche, el silencio, y una esclava que pudo escapar, sabian que la miserable hermana y el infame cuñado, habian penetrado aquella noche en el haren, y habian estrangulado en su lecho al sultan.

Los hijos del infeliz asesinado, habian sido encarcelados.

El xerife Sydi Mohhanmed-ben-Merini, esto es, el asesino, habia sido proclamado sultan por los kadíes y por los emires del ejército.

Sydi Aben-Merini habia subido al trono sin que nadie se opusiese á ello.

El primer acto de dominio del nuevo sultan, fué mandar cortar las cabezas á los hijos del sultan anterior.

Así se libraba de competidores.

Este fué el maldito principio de la dinastia de los xerifes en Marruecos.

Desde Mohhanmed-ben-Merini, los xerifes Alhansaríes estamos malditos de Dios.

Sydi Ahtmed cuya voz se habia ido enronqueciendo á medida que adelantaba en su relato, pronunció las últimas palabras con acento sombrío, y guardó despues de ellas un silencio más sombrío aún.

Mirian devoraba con una mirada fija, intensa, lúcida, la expresion del semblante del xerife Sydi Ahtmed.

Durante un breve espacio, Mirian no rompió el silencio del sultan.

—¡El último crimen de nuestra familia! dijo al fin con voz opaca.

Sydi Ahtmed volvió en sí, como quien vuelve de una de esas abstracciones en que soñamos despiertos algo terrible, y dijo:

—¡Los últimos crímenes, porque no ha sido uno solo!

Y guardó un brevísimo silencio.

Luego continuó.

—Tu abuelo, mi tío, el sultan Sydi Yayhe-bu-Abd-Allah-ben-Merini-ben-al-Hhayzarí, tuvo dos hijos: Sydi Juzef tu padre, el mayor de ellos, y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah: tuvo además de otra sultana á su hijo menor el xerife Sydi Jacub-Al-Malek.

Tu abuelo era un sultan terrible.

Su espada estaba siempre teñida de sangre, porque cuando no le daban ocasion para la guerra sus vecinos el bey de Tunez ó el bey de Argel, ó las kabilas vecinas de los linderos del gran desierto, los provocaba él, y cuando no, azotaba á las turbulentas kabilas del imperio, obligándolas á la rebelion para entretener su afan de pelea y de exterminio, ahogando aquellas rebeldias en sangre.

Pero llegó un dia en que la vejez y las dolencias le impidie-

ron montar á caballo y correr en busca del combate.

Entonces el sultan se desciñó su terrible espada y la entregó á tu padre.

Tu padre habia mamado sangre del pecho de tu abuela: desde niño dió muestras de la ferocidad de su carácter, de lo duro de su corazon, de su altivez indomable y de su rígido ascetismo religioso: se habia dedicado al estudio para comprender mejor los inspirados pensamientos del libro de la Ley, y aficionado á la ciencia, habia aprendido astrología y medicina: muy jóven aún era ya un sábio: muy jóven aún era ya un viejo, y aún no contaba veinte años, cuando educado por su padre que desde que habia podido tenerse á caballo Sydi Juzef, le habia llevado á sus continuos combates, era ya un gran guerrero, un califa experto, de cuyo lado se ponía la victoria.

Pero no era el guerrero piadoso y humano, cuanto bravo y alentado, de que nos habla el Koran: no era el creyente misericordioso que envaina la espada delante del vencido, y no vierte más sangre que la necesaria para obtener la victoria: no: tu padre gozaba en la matanza y en el estrago, se ensañaba en los vencidos, y sus verdugos despues de la batalla no cesaban de cercenar cabezas hasta que no habia cabezas que cercenar: nada habia que placiera más á Sydi Mohhanmed, que entrar vencedor en una ciudad, llevando delante de sí un número horrible de cabezas sangrientas que coronaban despues las almenas de la ciudad que habia visto su triunfo.

Tu padre era un tigre fuerte é invencible que jamás se hartaba de sangre; un digno hijo de tu abuelo.

El amor no habia ablandado el corazon de hierro de tu padre.

Ascético siempre y siempre entregado á la lectura del santo Libro, á la contemplacion de las cosas de Dios, le parecia la hermosura de la mujer una tentacion de Satanás, y el amor una impureza vergonzosa, una debilidad en que no debia caer ningun buen creyente.

Tu padre fué considerado como un morabhito que aún no se habia apartado del mundo, como un santo severo, como un sábio doctor de la Ley.

Todos creian que jamás el xerife Sydi Juzef tomaria esposa.

Pero un dia las kabilas de la tribu de Beni-Lantumna se ne-

garon á pagar los impuestos, y mataron á los soldados que habian ido á cobrarlos.

Sydi Juzef cuando lo supo, levantó su estandarte verde, cabalgó al frente de diez mil ginetes negros, y se lanzó como una tempestad sobre la tribu rebelde.

La ira de Dios cayó sobre los Beni-Lantumnies con Sydi Juzef.

Las cosechas fueron incendiadas, los ganados rebatados, arrasadas las cabañas, pasados á cuchillo sus moradores, niños, hombres, viejos y mujeres.

El arcangel exterminador habia extendido las negras alas sobre los Beni-Lantumnies.

Habia llegado al centro de la tribu.

Dentro de un estrecho cercado de tierra habia algunas casas, y en medio de ellas un pequeño castillejo, con dos lienzos de muralla y dos torres.

Sydi Juzef espoleaba su caballo, y sus ginetes negros corrían trás él como un huracan.

La pequeña aldea estaba sentenciada: dentro de poco no debia quedar sobre la colina más que un monton de escombros negros y humeantes.

Pero antes de que llegase á las puertas de la aldea Sydi Juzef, que iba muy delante de los suyos, por el camino orlado de los árboles de las huertas, vió aparecer al volver un recodo, un extraño ejército.

Un ejército de mujeres que no llevaban otras armas que su hermosura.

Débil arma era esta contra el formidable xerife.

Irritóle aquel mujeril ejército que le salia al encuentro, y para demostrar á los Beni-Lantumnies que contra él eran inútiles las tentativas del amor, enristró su lanza contra aquellos hermosos soldados, y arremetió á todo el escape de su caballo y con tanta furia, que el caballo, habiendo tropezado, cayó arrastrando consigo á Sydi Juzef, que sufrió tan terrible golpe, que quedó sin sentido.

Iba, como te he dicho, muy delante de sus feroces esclavos negros, y las doncellas de los Beni-Lantumnies tuvieron tiempo para apoderarse de Sydi Juzef y de su caballo, y para perder-

se con ellos entre los huertos y llegar al castillo situado en el centro de la aldea.

Cuando llegaron los walíes de Sydi Juzef, se encontraron con que Sydi Juzef habia sido hecho prisionero por las mujeres de la aldea, y con que Sydi Ali-Athar, xequé de los Beni-Lamtumnies amenazaba con matar al xerife prisionero, si se cometia un solo acto de violencia por sus soldados.

Acampáronse, pues, entre las huertas y esperaron.

Cuando Sydi Juzef volvió en sí, se encontró en un bello retrete, en un blando lecho, y envuelto en un ambiente perfumado.

A la blanda luz de una lámpara vió junto á sí una mujer, una niña que le miraba con grande ansiedad, con grande amor.

Aquella niña que apenas contaria catorce años, era hermosísima, tan hermosa como tú, Mirian, porque aquella mujer era tu madre.

—¡Mi madre! dijo Mirian.

—Sí, tu madre, la sultana Sayda Gulnarah, la hija única de Sydi Ali-Athar, xequé de la tribu Beni-Lamtumna.

Tu padre ardió por la primera vez y de una manera violenta, en el fuego del amor.

Se irritó, y su amor creció.

Repuesto ya de la caída, y fuerte, pretendió en vano librarse del terrible dominio que sin quererlo, y de la manera más dulce, ejercia sobre él aquella hermosísima niña.

Quiso tratarla indignamente y no pudo.

Quiso convertirla en su esclava, y se sintió ofendido en sí mismo, con el solo pensamiento de profanar, de humillar á Gulnarah.

Vencido al fin completamente, necesitó que fuese suya Gulnarah; pero de una manera digna, haciéndola su esposa.

El xequé Ali-Athar escuchó con alegría la proposición del poderoso xerife kalifa del imperio, hijo mayor del sultán, y cuando manifestó esta petición á su hija, su hija palideció de alegría, y cubriéndose luego de rubor, confesó á su padre que amaba al xerife.

Las bodas se hicieron con grande ostentación.

Al día siguiente, Sydi Juzef metió á Gulnarah en una litera,

la sacó de la aldea, acampó delante de ella, y á la vista de su esposa la acometió, la entró, pasó á cuchillo á sus habitantes, incluso el padre de Gulnarah, mandó cortar sus cabezas, y puso fuego á la aldea.

Sydi Juzef amaba á Gulnarah, y Gulnarah era su esposa.

Pero habia jurado exterminar la tribu de Beni-Lamtumna y la habia exterminado.

La desdichada Gulnarah entró en Fez con su esposo, llorosa, pálida, horrorizada, llevando delante de sí la cabeza de su padre clavada en una lanza.

Sí, sí: estamos malditos de Dios, Mirian, dijo despues de una pausa de horror el sultan.

Mirian no contestó: estaba dominada por el espanto.

VII.

—Desde aquel dia, continuó el sultan Sydi Ahtmed, Gulnarah no vió en Sydi Juzef, en el kalifa del imperio, en el sucesor del sultan, más que al asesino de su padre, de sus hermanos, de su tribu.

Encerrada en el haren del palacio de Mequinez y esposa única, pero esposa horrorizada de su esposo, Gulnarah apuró una vida de lágrimas, de horror, de desesperacion.

Sydi Juzef no tenia más esposa, más amor, más mujer, que Gulnarah.

Las demás mujeres del haren se mantenian vírgenes, porque Sydi Juzef solo las tenia por ostentacion.

Allí, en el haren del palacio de Mequinez, naciste tú, Mirian, durante una oscura noche de tormenta, á la hora en que las malas hadas flotan por el espacio nebuloso, y los muertos que han finado bajo la ira del Señor, se levantan de sus tumbas para aumentar el horror de las tinieblas.

El Señor hubiera sido muy misericordioso para con tu madre si al darte á luz hubiera muerto.

Pero sus dias no estaban contados para entonces, y Gulnarah siguió sufriendo el horrible amor de tu padre, que cada dia era más ardiente.

VIII.

Pasaron así dos años.

Al cabo de ellos, Sydi Juzef partió á una expedicion sobre la frontera septentrional de Marruecos, é invirtió en ella no menos que cuatro meses.

Durante su ausencia tuvo lugar una historia de amores en su haren, que sin tener nada de comun con tu madre, fué para tu madre funesta, y determinó para tu padre una horrible vida de remordimiento.

Vamos llegando, Mirian, á la gota de sangre que caia constante sobre la conciencia de tu padre, que le enloqueció, que aumentó su ferocidad, y que le obligó á separarse de las gentes y venir á vivir á este morabito.

Tenia Sydi Juzef, fruto de su intimidad en su primera juventud con una doncella árabe de las kabilas nómadas del Norte del imperio, un hijo, á quien no amaba ni habia amado jamás, pero á quien habia criado por orgullo, como se cria á un príncipe.

Sidi Yezid-Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzarí, xerife por su padre, habia sido arrebatado apenas nacido á la pobre árabe nómada, y criado en el haren primero, y despues en el palacio de su abuelo Abd-Allah.

Abd-el-Azis habia crecido tan soberbio, tan iracundo y tan feroz como su padre, y á los veinte años era ya un caudillo formidable.

Como su padre, nunca habia amado ni tratado á las mujeres sino con desprecio; pero como su padre, debia amar de una manera violenta.

IX.

Habia en el haren de Sydi Juzef, al servicio de Gulnarah, una jóven esclava griega, hermosa cuanto puede ser hermosa una criatura, y tratada con sumo amor por Gulnarah.

Esta esclava se llamaba Thamar.

Thamar gozaba de un ocio y de una libertad, de que no podía gozar ninguna otra esclava, gracias al amor que la profesaba Gulnarah.

Thamar, pues, entretenía su ocio tocando la guzla y la tiorba, cantando y esparciéndose por las tardes y por las mañanas en los terrados del haren, desde los que se veían hermosos horizontes.

Una mañana, Mirian, durante la ausencia de tu padre, tu hermano Abd-el-Azis y la esclava griega se vieron.

Él estaba en una de las galerías del palacio: ella en uno de los terrados del haren.

Ella tenía el rostro cubierto con su toca; pero sin duda el viento desplegó la toca y descubrió su semblante, y Thamar dejó hacer al viento que arrolló más la toca, dejando descubierto el hermosísimo cuello y los curvos hombros de la esclava griega.

Abd-el-Azis sintió lo que nunca había sentido: la impresión voluptuosa, ardiente, sensual de la hermosura unido á un amor naciente, pero irresistible.

El feroz lobezno hijo del lobo, sintió algo poderoso é incontrastable que reblandecía su corazón, que le hacía sensible á los encantos y á la dulzura de la belleza.

Thamar por su parte, se enamoró de Abd-el-Azis, que era muy jóven y muy hermoso, y que estaba además magníficamente vestido.

Entrambos permanecieron largo tiempo, ella en el terrado, él en la galería, mirándose y diciéndose con los ojos lo que no podían decirse con las palabras.

Sin embargo, se comprendieron perfectamente.

Thamar no se retiró del terrado hasta que entrando el día la obligaron los ardientes rayos del sol.

Pero al retirarse dijo de una manera clara y elocuente con los ojos á Sydi Abd-el-Azis:

—Mañana volveré: vuelve tú.

X.

Abd-el-Azis no dejó pasar el día sin informarse de quién era aquella hada que había visto en uno de los terrados del haren de su padre.

Kervan, jefe de los esclavos eunucos del haren de Sydi Juzef, le informó por completo.

Thamar no era esposa ni mujer de Sydi Juzef: era simplemente una esclava comprada á un pirata argelino, y puesta al servicio de Sayda Gulnarah, desde hacia cuatro años.

Abd-el-Azis, pues, comprendió que podía amar á Thamar sin faltar á la ley, puesto que la jóven esclava no estaba en el número de las mujeres de su padre; pero comprendió también que no podía alentar ninguna esperanza de que Thamar fuese suya, sino valiéndose de la seducción, de las dádivas, respecto á los esclavos guardadores del haren.

Sucedió, que tanto rogó el príncipe y tanto dió al jefe de los eunucos, que este procuró la entrada en el haren de una manera secreta, escalando los muros de los jardines, á Sydi Abd-el-Azis.

Thamar y el príncipe se vieron al fin de cerca, y durante un mes fueron los dos amantes más felices del mundo.

La soledad, la noche, el misterio, retretes perfumados y vigilados, protegían las largas entrevistas de amor.

El príncipe pedía á Dios que prolongándose indefinidamente la guerra, mantuviese ausente de Mequinez á su padre durante mucho tiempo.

Pero una guerra hecha por tu padre no podía durar mucho.

Su ferocidad por una parte, y por otra su deseo de volver al lado de Gulnarah, á quien amaba cada día con mayor delirio, hacían que apretase tanto á los enemigos, que estos, ó eran exterminados ó se sometían muy pronto, despues de lo cual eran del mismo modo exterminados, porque detrás de tu padre iba batiendo siempre sus alas rojas el arcángel del exterminio.

Vinieron, pues, noticias de que las kabilas de la frontera septentrional del imperio pedían la paz al sultan, y Abd-el-Azis

vió aproximarse la suspension indefinida de sus entrevistas con Thamar, cuyo amor, cuya hermosura le habian vuelto loco.

Entonces se trató de una fuga.

Abd-el-Azis excitó la codicia de Kervan, el jefe de los eunucos, reunió todas sus alhajas, y lo preparó todo resuelto á ir á Constantinopla á ampararse del gran turco.

Una vez dispuesto todo, una noche oscura, al mediar de ella, Thamar, Abd-el-Azis y Kervan, salieron recatadamente de las habitaciones del haren, y atravesaron los jardines para escalar los muros y huir.

XI.

Entretanto, un ginete, acompañado de otros cien ginetes, habia entrado encubierto en la ciudad.

Los guardas de una de las puertas del muro más inmediatas al palacio de tu padre, habian abierto la puerta á una sola palabra del desconocido.

Él y sus cien ginetes entraron en la ciudad, y se encaminaron por un laberinto de callejas, hácia los muros de los jardines del haren.

Cerca ya, el caudillo de aquellos ginetes les mandó detenerse en una plazuela, desmontó, y dejando el caballo con sus soldados, adelantó solo y llegó poco despues á un postigo del muro de los jardines, le abrió con una llave, entró, y volvió á cerrar internándose por un hermoso jardin.

A poco que anduvo por una calle de naranjos, sintió los pasos silenciosos de algunas personas que marchaban hácia él.

Aquel hombre se detuvo y lanzó un sordo rugido, semejante al de un tigre hambriento.

Tu padre refirió todo esto á su padre el sultan, y el sultan lo refirió á mi padre, y mi padre á mí.

Poco despues de haberse detenido el encubierto, se vieron aparecer tres bultos.

Dos de ellos pardos: bultos de hombre.

Uno de ellos blanco: bulto de mujer.

El encubierto no pudo contenerse al ver á aquellas tres per-

sonas á tal hora en direccion á una de las salidas del haren.

La cólera inflamó su sangre, y se arrojó rápido, terrible, pero silencioso como el tigre, sobre aquellas tres personas.

Los dos hombres cayeron de dos puñaladas terribles, seguras, y la mujer huyó como una hoja que impele el viento.

El encubierto la siguió.

La mujer, corriendo siempre, entró en las habitaciones del haren, y se perdió por ellas.

El encubierto siguió, halló una puerta cerrada, se arrojó sobre ella, la forzó y se lanzó en un retrete.

En medio de él habia una mujer pálida.

Era Gulnarah, á quien habia hecho despertar aterrada el ruido que el encubierto habia hecho al forzar la puerta.

Por una terrible fatalidad, Gulnarah habia conservado puesta su túnica interior.

Aquella túnica era blanca.

El hombre que estaba delante de ella era tu padre.

Ciego, colérico, terrible, creyendo que Gulnarah era la mujer á quien habia perseguido por los jardines, comprendiendo que ninguna más que ella podia haber comprado y corrompido los eunucos guardas del haren, adelantó hácia ella con la guma teñida en la sangre de su hijo y de Kervan.

Pero se detuvo.

Le pareció insuficiente aquel género de muerte.

Llamó á grandes voces, y sus esclavos acudieron.

Gulnarah habia guardado un silencio funesto: parecióla que Sydi Juzef la queria hacer partícipe de la suerte de sus padres y de sus parientes á los que habia exterminado el xerife, y activa, y terrible enemiga dentro de su alma de su esposo, no pronunció una sola palabra que pudiera haber esclarecido la equivocacion de Sydi Juzef.

Gulnarah por el momento, fué sepultada en una mazmorra.

XII.

Inmediatamente el iracundo Sydi Juzef, acompañado de esclavos con antorchas, bajó al jardin para reconocer al hombre de quien se creia injuriado.

Sidi Juzef vió con una creciente cólera que aquel hombre era su hijo Abd-el-Azis, y que el cadáver que junto á él estaba era el de Kervan, jefe de sus eunucos.

Sydi Juzef no sintió ni horror ni dolor, al ver que su hijo habia sido inmolado por su mano: no le amaba, y le creia reo de un delito, que á ser cierto, colmaba hasta donde era posible el crimen y la infamia del hijo y de la esposa.

XIII.

Se registró el cadáver de Abd-el-Azis, y se encontraron sobre él muchas y ricas alhajas: entre ellas algunas que Sydi Juzef habia regalado á Gulnarah, y que Gulnarah, por el amor que la tenia, habia regalado á su vez á Thamar.

Thamar, al decidirse á huir con el príncipe Abd-el-Azis, le habia entregado sus alhajas, y entre ellas, las que le habia regalado Gulnarah, hacian caer sobre Gulnarah todas las apariencias de un horrible delito.

XIV.

Sin interrupcion alguna, Sydi Juzef se fué á ver á su padre el sultan, que era ya muy viejo, pero que conservaba toda la feroz energía de su carácter, semejante al de su hijo.

—¡Señor! dijo Sydi Juzef á su padre, trémulo todavía de cólera: ya sabeis cuánto amaba yo á mi esposa...

—¡Tu esposa te ha injuriado!... respondió sombríamente el sultan.

—He venido secretamente á verla, dejando el ejército confiado á mis walfes y hecha casi ya la paz, y he llegado á tiempo que huía con un hombre: aquel miserable era mi hijo Abd-el-Azis.

—¡Las cabezas de los miserables! gritó ronco de cólera el sultan.

Y entregó á la venganza de Sydi Juzef, el cadáver de su nieto, y el cuerpo y el alma de Gulnarah.

XV.

Gulnarah fué sacada de su encierro, paseada sobre un asno por toda la ciudad y puesta á la vergüenza.

Gulnarah sufría aquella vergüenza porque recaía sobre su esposo, á quien despues del asesinato de su familia aborrecía, y esperaba tranquilamente la muerte, porque la muerte la libraba del horror de partir su vida con Sydi Juzef.

Durante ocho dias, Gulnarah fué expuesta públicamente, yendo siempre delante de ella, puesta en un palo, la cabeza del príncipe Abd-el-Azis.

A los ocho dias, Gulnarah fué conducida á la costa, y arrojada al mar dentro de un saco de cuero.

La cabeza del príncipe Abd-el-Azis habia sido puesta en una jaula de hierro, sobre la puerta principal de la ciudad de Mequinez.

XVI.

Todo habia concluido: la honra de Sydi Juzef habia sido vengada: los supuestos amantes habian sido exterminados. Sydi Juzef, furioso, habia vuelto á la guerra, y loco ya, los vencidos habian probado todas las terribles consecuencias de su furor.

Habia entretanto en el haren de Sydi Juzef una mujer devorada por el remordimiento.

Aquella mujer era la esclava griega Thamar.

Habia logrado evadirse la noche en que fué sorprendida en su fuga con Abd-el-Azis, y llegar sin ser vista á su aposento.

Despues no tuvo valor para decir la verdad, y aterrada por sí misma, dejó perecer á su señora inocente.

Pero el remordimiento llegó á hacérsele insoportable, y apenas supo que Sydi Juzef habia vuelto á Mequinez, pidió hablar con él, y se lo reveló todo.

Sydi Juzef al conocer la horrible verdad, al saber la ino-

cencia de su esposa y de su hijo, al conocer la prueba completa que le presentaba Tamar, cayó en un delirio terrible, del que no volvió sino loco.

El delirio y la locura de Sydi Juzef, salvaron de un castigo horrible á la esclava: Sydi Juzef lo habia olvidado todo; todo lo que no era la cabeza sangrienta de su hijo, y la infeliz Gulnarah, escarnecida, deshonorada y arrojada al mar.

Un dia los eunucos del haren encontraron ahorcada en su retrete á Tamar, que no habia podido resistir al remordimiento.

Esta es la historia de la gota de sangre que caia continuamente sobre la conciencia de tu padre.

Por eso renunció á todas las grandezas y se retiró á la soledad.

Por eso despues de la muerte del sultan su padre, rechazó la corona que le correspondia, dejándola á su hermano Mohanned-ben-Abd-Allah.

Por eso ascético, sábio, terrible, observando en este morabito la vida apartada del anacoreta, logró sin pretenderlo, el gran prestigio que le hacia dueño del imperio.

Y porque tú eres la viva imágen de tu madre, te amó con un amor maldito, y te acostumbró á aborrecerme, Mirian, á mí, que solo ansío tu amor y que daría por él mi corona.

XVII.

Calló el sultan, y Sayda Mirian no contestó una sola palabra, ni dió muestras de haber notado que Sydi Ahtmed habia terminado su relato.

Mirian sufría ostensiblemente y de una manera horrible.

Todo el horror de la historia de su padre pesaba sobre ella, como un presagio de inevitables desgracias.

Y cuando pensaba en aquellas desgracias ignoradas, en aquellas desgracias del porvenir, su alma entera se llenaba del ardiente recuerdo del herido, que yacia en un lecho entre la vida y la muerte en el morabito.

Mirian amaba por primera vez, y amaba con toda la terrible voluntad de su raza.

XVIII.

Al fin Mirian, como si nada la hubiese revelado Sydi Juzef acerca de su padre, dijo:

—La guerra civil que se creía terminada por la muerte de los dos xerifes Sydi Al-Malek, y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah, va á encenderse de nuevo.

—¿Y quién la encenderá? dijo Sydi Ahtmed con altivez.

—¡Yo! respondió con más altivez Mirian: yo, hija del hijo mayor del sultan Abd-Allah, y que por muerte de mi padre heredo el trono.

—Las mujeres no reinan entre nosotros, dijo Sydi Ahtmed.

—Yo tengo un esposo á quien amo, dijo Mirian, y mi esposo será vuestro señor: ¿qué, no da el Koran el trono al vencedor? Mi esposo vencerá con mi ayuda y será el sultan.

—¡Ah! ¡sí! ¡es verdad! dijo Sydi Ahtmed: ¡me aborreces! ¡me desprecias! ¿pero quién es ese hombre á quien amas? añadió con ronca y trémula voz.

—¡Un valiente y hermoso rey! contestó con entusiasmo y con orgullo Mirian.

—¡Un rey! ¿y dónde está ese rey? ¿cuál es su reino?

—¿Y qué te importa? dijo Mirian: ¿sabes dónde estás? ¿sabes que te tengo en mi poder?

—¡En tu poder! ¡no! á pocos pasos de mí está el borde de esta roca, bajo ella el rio, al otro lado del rio mis valientes ginetes: que se mueva una sola hoja detrás de tí, y me arrojo al rio y estoy junto á mis ginetes.

—¡Ah! ¡sabias!..

—Pues qué, ¿no he visto yo desde Alcázar-Kivir las llamaradas y las señales de los morabhitos? ¿no he visto despues á las kabilas encaminarse al morabhito de Ain-Al-Mokazen? ¿no sé que hay un ejército escondido al otro lado del bosque? Pero tú no sabes que mi ejército retrocede avisado por mí: no sabes que mañana puedo presentar batalla á las kabilas y vencerlas, y entrar en Fez para coronarme, llevando delante de mí, como acostumbraba á hacerlo tu padre, millares de cabezas de morros montaraces.

—La guerra civil ha empezado, gritó Sayda Mirian: tú eres sultan y yo sultana: tú has sido proclamado por el ejército, y yo por las kabilas: el combate está próximo á emprenderse: Dios decidirá cuál de nosotros ha de ser el vencedor.

—Pero yo puedo arrebatarte conmigo, dijo Sydi Ahtmed levantándose.

Antes de que el sultan se levantára completamente, Mirian más rápida que él, se habia puesto de pié.

—¡A mí! dijo; ¡á mí, valiente Aben-Shariar!

Apenas habia dicho Mirian estas palabras, cuando aparecieron á sus espaldas y la rodearon, el corsario y sus treinta feroces negros.

—¿Es acaso ese el que tú amas, el que ha de ser mi señor? dijo Sydi Ahtmed con cólera, señalando al pirata, á quien remarcaban su apostura, su hermosura, y la manera deslumbrante con que estaba vestido.

—¡Véte! dijo Mirian extendiendo con un ademan de imperio su brazo hácia Sydi Ahtmed: vete á buscar á tu ejército, y vuelve con él: yo no quiero asesinarle.

—¡Oh! ¡sí! dijo Sydi Ahtmed: ¡volveré! ¡tú no has querido ser mi esposa! ¡pues bien, serás mi esclava!

—¡Véte! repitió con terrible firmeza Mirian.

Sydi Ahtmed vaciló como todo hombre bravo y altivo que se ve obligado á ceder á la fuerza; pero comprendió que nada podia hacer, lanzó una sombría mirada á Mirian y á sus guardianes, se volvió, adelantó hácia el borde de la roca, y descendió rápidamente por el sendero por donde habia trepado hasta allí.

Poco despues se vió salir la barca de entre los árboles, atravesar la anchura del rio abriantada por la luna, y perderse entre los árboles de la orilla opuesta.

Mirian se retiró de la roca, y se encaminó al morabito seguida de Aben-Shariar y de los treinta piratas.

CAPITULO XII.

En que se vé cómo Mirian empezó á ser sultana pretendiente á la corona de Marruecos.

I.

Mirian reposó muy poco aquella noche, consagrándose casi por completo al cuidado del herido, cuya situacion era á cada momento menos grave.

Crecia el calor de su piel, crecian las pulsaciones de sus arterias, pero estaba sin sentido.

Mirian inclinada sobre él, parecia como que pretendia in-fundirle su vida entera.

Mirian sufría esa horrible incertidumbre que experimentamos cuando un sér amado se encuentra en un peligro inminente.

Mirian vivía solo para aquel hombre, y su gravísimo estado la distraía hasta tal punto de los graves sucesos que habian acontecido en su familia, que parecia que los ignoraba, ó que los habia olvidado.

Soló recordaba á su madre y á sus hermanas, y aun así, por el herido.

Ella no podía estorbar á su madre que pénétrase en su aposento, y no queria que nadie más que Ayelah y Kaimo, de cuya fidelidad estaba segura, supiesen que en su aposento estaba oculto un hombre.

Así es, que, apenas amaneció, salió del morabito y se fué á la tienda de campaña que ocupaban su madre, sus hermanas y el fakí Aben-Balkin.

Antes de llegar á ella, la salió al encuentro Sydi Aysa-ben-Moavia, el más anciano de los santones que habian acudido al llamamiento de Mirian.

—Va á empezar la guerra, y es necesario que os prepareis á ella, le dijo Mirian.

—¡Que vá á empezar la guerra! dijo Sydi Aysa.

—Sí: ¿qué, acaso puedo yo permitir que reine el xerife Sydi Ahtmed, siendo yo hija del xerife Juzef?

—Pero Sydi Ahtmed es poderoso.

—Yo tengo las kabilas de todo el imperio.

—Si fueras hombre, esas kabilas te seguirian; pero una mujer no puede reinar.

—¡Reinaré!

—¡Reinarás!

—Sí.

—Pero nuestra ley se opone á ello.

—Reinará mi esposo, dijo Mirian con orgullo.

—¡Tu esposo, luz del cielo! exclamó el santón: ¿y quién será tu esposo?

—¡El que venza! exclamó con altivez Mirian.

—¿Y qué pretexto tomaremos para levantar bandera contra el sultan?

Meditó un momento Mirian.

—No hay necesidad de pretexto, dijo: basta con que aleguemos la verdad.

—¡La verdad!

—Sí.

—¿Y cuál es la verdad?

—El cadáver de mi padre está en la casa del fakí Aben-Balkin en Alcázar-Kivir.

—¡Y bien!...

—Casa de ese fakí ha estado ayer el sultan Sydi Ahtmed.

—¿Y crees?...

—Creo que mi padre ha sido envenenado por el sultan.

Mirian mentia: Mirian sabia demasiado que su padre habia

muerto por un ataque repentino al saber que su esposa Gulnarah vivia: sin embargo, anhelaba el trono de Marruecos y en nada se detuvo: calumnió á Sydi Ahtmed.

El xerife Sydi Juzef era muy venerado por todos los santones del imperio, y al saber que el anacoreta de Ain-Al-Mokazen habia muerto asesinado, Sydi Aysa rugió como un tigre herido.

—¡Venganza! exclamó ¡venganza terrible contra el impío que ha osado dar muerte al hombre de Dios!

Y sin esperar á más, escapó y se fué entre los suyos pidiendo á voces venganza.

—Ahora, dijo Mirian, es necesario salvar á Aben-Balkin, á mi madre, á mis hermanas.

Y entrando en la tienda, las sacó de ella, las metió en el adoratorio del morabhitó, á cuya puerta se puso ella misma de guarda.

II.

No habia sido en vano la precaucion de Mirian.

Apenas Aben-Balkin, Gulnarah, Fatimatu 'l-Noemi y Aydamarah se habian ocultado en el adoratorio, cuando oyeron por la entrada de la pradera que rodeaba el morabhitó, los quince santones que habian acudido con las kabilas, dando unos gritos espantosos.

Mirian adivinó la situacion de aquellos hombres.

—Corred, les dijo saliéndolos al encuentro: corred y perseguid al miserable.

—Vamos á castigar á ese hombre en cuya casa ha sido muerto el santo xerife.

—Pues bien, ese miserable ha escapado durante la noche, llevándose consigo á mi madre y á mis hermanas, exclamó Mirian fingiendo la mayor desesperacion.

—¿Y por dónde ha escapado? exclamaron algunos de los santones.

—Uno de mis esclavos le vió huir y aun le siguió: el miserable ha tomado el camino de Mogador.

—¿Y dónde está el esclavo que ha traído esa noticia?

—Ha vuelto á montar á caballo, para ponerse de nuevo sobre el rastro de los fugitivos.

—¿Dices que Aben-Balkin ha tomado el camino de Mogador?

—Sí.

—A caballo y á Mogador, gritaron algunos santones.

—No vayais todos, dijo Mirian: él va solo: id uno de vosotros con algunos ginetes, y basta.

—Siendo cómplice de Sydi Ahtmed puede protegerle Sydi Ahtmed.

—Cercad á Sydi Ahtmed en Alcázar-Kivir y perseguid por el camino de Mogador al faki Aben-Balkin.

Aquellos hombres partieron para acometer dos empresas inútiles.

Ni Aben-Balkin estaba en el camino de Mogador, ni Sydi Ahtmed estaba en Alcázar-Kivir.

Como sabemos, Aben-Balkin, la madre y las hermanas de Mirian, estaban en el adoratorio del morabhito, y Sydi Ahtmed viendo conjurados contra él á todos los moros de los campos inmediatos, habia partido aquella misma noche á Larache, que era mucho más fuerte que Alcázar-Kivir, y donde podia ser socorrido por el mar.

Sydi Ahtmed se habia llevado consigo el que se creia el cadáver del rey don Sebastian, los tres cadáveres de sus tios los xerifes Sydi Mohhanmed-Abd-Allah, Sydi Juzef y Al-Malek, con un cuerpo de caballería negra compuesto de tres mil ginetes, y entre ellos á todos los cautivos de la batalla, que ascendian á siete mil hombres, entre españoles, italianos, alemanes y portugueses.

Los cadáveres habian sido embalsamados.

El del xerife Al-Malek para darle sepultura.

El del rey don Sebastian para entregarle á los portugueses cuando fuera reclamado.

El del xerife Abu-Abd-Allah para que todo el imperio viese que habia muerto, y no se levantase tomando su nombre un impostor.

El de Sydi Juzef tambien para ser expuesto públicamente y patentizar de este modo que no existia nadie que pudiese con derecho reclamar la corona del imperio.

El haberse llevado consigo Sydi Ahtmed el cadáver de su tío Sydi Juzef, justificó la acusacion de Mirian.

Cuando Alcázar-Kivir, abandonado por el sultan, abrió sus puertas á los santones y á sus kabilas, á las que no podia resistir, los santones vieron con indignacion que el sultan se habia llevado el venerable cadáver del santo anacoreta del morabito de Ain-Al-Mokazen, y maldijeron, no solo al asesino, sino tambien al lugar donde se habia cometido el supuesto asesinato.

Inútil es decir que habiendo penetrado en la ciudad las kabilas, no salieron de ella hasta que la hubieron completamente saqueado, en lo que invirtieron todo el dia.

III.

Mirian entretanto habia llamado á Aben-Shariar.

- ¿Cuánto dista el mar de aqui? le dijo.
- Dos leguas, sultana, contestó el corsario.
- ¿Dónde está tu galeota?
- En una ensenada bravía entre Larache y Mogador.
- ¿Cuánto tiempo necesitas para ir y volver?
- Habré vuelto antes de la noche.
- ¿Amas mucho á mi hermana Fatimatu 'l-Noemi?
- La amo más que á mi vida.
- Sálvala.
- ¿De quién?
- De los santones.
- ¡Cómo! ¿pues qué pueden hacer contra ella los santones?
- Los santones buscan á Aben-Balkin, y á todos los que estaban en su casa cuando murió mi padre, para matarlos.
- ¡Para matarlos! dijo palideciendo Aben-Shariar.
- Sí; creen que mi padre ha sido asesinado por Aben-Balkin.
- Pero eso no es cierto: tu padre, sultana, ha sido herido por la mano de Dios.
- Los santones creen que ha sido asesinado.
- Desengáñalos.
- No, los he dejado en su error para salvarlos: yo no tenia

seguridad de convencer á los santones: yo les he dicho que habian huido por el camino de Mogador, y ellos se han precipitado en su seguimiento: los que quedaban han marchado á Alcázar-Kivir: no hay que perder un solo momento: llévatelos á todos y ponlos en salvo en tu galeota.

—¿Pero dónde están?

—Aquí en el adoratorio del morabbito.

IV.

Aben-Shariar hizo montar á caballo á sus corsarios, mientras Mirian se despedía de su madre y de sus hermanas.

El terror de estas al saber que estaban acusadas del asesinato de Sydi Juzef, y amenazadas de caer en manos de los santones, ó lo que era lo mismo, de las kabilas, hizo la despedida muy corta.

Gulnarah abrazó y besó llorando á Mirian: Fatimatu 'l-Noemi y Aydamarah se despidieron tristemente de una hermana que solo habian visto para separarse de ella: Aben-Balkin agradeció con las lágrimas en los ojos á Mirian el que los hubiese salvado de los santones, y al fin, á la grupa cada uno de ellos de un corsario, partieron tomando el camino de la ensenada, donde debían encontrar la galeota de Aben-Shariar.

V.

Cuando Mirian se vió sola con Kaimo y con Ayelah, sus dos fieles servidores, exclamó:

—¡Oh! ¡ahora nadie podrá penetrar en mi aposento! ¡nadie podrá saber que guardo en él á mi rey cristiano!

Porque Mirian creía que el herido que tenia en su poder era el rey don Sebastian.

Por su amor, Mirian se habia sobrepuesto más que lo que hubiera debido á la muerte de su padre, se habia separado de su madre á quien habia creído muerta, y de sus hermanas á quienes no conocía.

Se habia valido del prestigio del nombre de su padre, para llamar á las kabilas, y habia provocado una terrible guerra contra el sultan, acusándole del asesinato del xerife Sydi Juzef.

Todo esto lo habia hecho Mirian por su amor, por el primer amor de su vida: por aquel herido á quien creia rey, por aquel hermoso mancebo que disputaba á la muerte.

VI.

Mirian pasó el dia cuidando del herido, observándole, viendo con placer que su vida, aunque lentamente, crecia.

Mirian ansiaba ver la llegada del momento en que aquel hombre abriera los ojos, en que hablase, en que pudiese decirle:

—Yo te amo: has sido vencido y yo voy á darte el trono de tu enemigo.

Aún no habia cerrado la noche, cuando la llamó Ayelah.

Aben-Shariar habia vuelto, y sus treintá corsarios daban ya la guardia del morabito.

—¿Y mi madre, y mis hermanas? dijo con verdadera ansiedad la jóven.

—En salvo: mi galeota las conduce á Tunez, donde vivirán bajo el amparo del bey.

—¿A nadie habeis encontrado en el camino?

—A nadie, más que á un leon negro, que he muerto y que me he traído para hacerte con su piel una alfombra para tu divan.

—¡Oh! ¡gracias, bravo Shariar! otros leones quiero que mates para que sus cadáveres me sirvan de escalones para subir al trono de Marruecos.

—¿Y quién subirá contigo, sultana?

—Tú, ú otro que sea más valiente que tú, dijo Mirian infltrando una mirada envenenada en el alma del corsario: mi esposo será el vencedor, como quiera que el vencedor sea: hermoso ó deforme, jóven ó viejo.

—¡Oh! ¡yo venceré! exclamó con entusiasmo Shariar.

—¿Y Fatimatu 'l-Noemi? dijo sonriendo Mirian.

—Tú eres el sol, sultana, dijo el corsario: ella es la luna.

- Vence pues.
- Confíame el mando de tus huestes.
- Gánalo venciendo.
- Le ganaré.

VII.

En aquel momento se oyeron disparos repetidos de espingarda y grandes y tumultuosas voces.

Eran los santones y las kabilas que volvian de Alcázar-Kivir cargadas de botin y haciendo salvas en señal de alegría.

Muy pronto estuvo el morabrito rodeado de un ejército formidable, que se aumentaba de un momento á otro con los contingentes que llegaban de todas partes.

Las kabilas están siempre dispuestas á la guerra contra las ciudades, porque estas les ofrecen el saqueo y las licencias de todo género, y las kabilas han sido las que han ayudado siempre á los rebeldes contra los príncipes reinantes.

Por lo mismo ayudaban entonces á Mirian contra Sydi Ahtmed.

Es decir, que el nuevo sultan, que creia haber acabado con la guerra civil, se la encontraba en el primer escalon de su trono.

Habia cundido con la rapidez de la luz y á grandes distancias, la noticia de que Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hhayzari-ben-Merini, el xerife, solitario y santo anacoreta del morabrito de Ain-Al-Mokazen, esto es, de la ermita de la fuente del Moka-cen, hijo, hermano y tio de sultan, habia sido traidora y cobardemente asesinado en Alcázar-Kivir, por su sobrino el xerife Ahtmed, proclamado sultan por el ejército, despues de la batalla de Alcázar-Kivir.

VIII.

Esto habia excitado la ira de los santones, y por consecuencia el furor de las kabilas montaraces, que no tienen otro señor que su santon, que dispone de ellas para todo.

Las kabilas de muchas leguas á la redonda habian acudido, y no cesaban de acudir.

Era una muchedumbre inmensa, pero mal armada.

Entre más de cien mil hombres, que ya acampaban al aire libre, alrededor del morabito de Mirian, podia decirse que apenas habia seis mil ginetes y veinte mil infantes armados con gumía y espingarda.

Los demás llevaban por armas palos, hoces, hierros mal enastados y hondas.

Sin embargo, todos eran fieros y bravos como leones, y estimulados por la competencia, de kabila á kabila.

Toda esta gente necesitaba un jefe que la mandase, que la organizase, que la llevase trás sí al combate, y sobre todo, oro para mantenerse, por más que los marroquies campesinos esten mantenidos con un pedazo de pan y un puñado de higos secos.

Pero el pan y los higos secos para cien mil hombres cuestan dinero.

IX.

Mirian se vistió un ostentoso traje de sultana morabhita de la familia de los xerifes, se cubrió de joyas, montó á caballo, y llevando al pirata Aben-Shariar á su izquierda, á su derecha al santon de Lukos, el más respetado en la comarca despues del difunto Juzef, detrás el resto de los santones que habian acudido con sus kabilas, y por último, como guardia, los treinta corsarios negros de Aben-Shariar, entre los cuales marchaba á caballo el esclavo Kaimo, llevando el estandarte verde de xerife, de Sydi Juzef, salió al campo á recorrer las kabilas reunidas á pesar de que era de noche.

Pero urgia dar caudillo á aquella gente.

La luna llena continuaba y, á mas de eso, centenares de antorchas ardían por todas partes.

X.

El campo de batalla cubierto de cadáveres sangrientos se veía á lo lejos, y partía de él un olor fuertemente desagradable.

Era necesario también levantar de allí el campo y dejar abandonado por algún tiempo el morabito, hasta que llegasen los aires fríos del invierno y purificasen la atmósfera, cuando solo hubiesen quedado blancos huesos, donde entonces existían despojos repugnantes.

Los habitantes de Alcázar-Kivir que habían sobrevivido á la entrada de las kabilas en la ciudad y que habían sido completamente robados, sin tener nada que guardar en sus casas, habían marchado hácia Fez y Mequinez, huyendo de la guerra y de la infección.

Muy pronto aquel numeroso ejército debía moverse de aquellos sitios para empezar la guerra.

XI.

A medida que Mirian llegaba á cada una de las kabilas, la saludaba una entusiasta y ruidosa aclamación.

Aquellos hombres feroces no podían ver sin entusiasmo su hermosura, sus galas y la altiva magestad que rebosaba de ella.

Era, además, la hija única del xerife Sydi Juzef, la sultana, la elegida por Dios para vengar la muerte del santo anacoreta.

Los santones la proclamaban al llegar á cada kabila, y las kabilas repetían con frénéticos gritos de entusiasmo las aclamaciones de los santones.

A seguida era proclamado Aben-Shariar caudillo del ejército, y como eran los santones los que le proclamaban, las kabilas no tenían otra cosa que hacer que aclamarle también.

XII.

En solas dos horas tuvo lugar la proclamacion de sultana de Mirian y la eleccion como caudillo de Aben-Shariar.

A la mañana siguiente, el primer cuerpo de ejército debía marchar sobre Larache, donde se encontraba separado de su ejército y con solos tres mil ginetes, el sultan Sydi Ahtmed.

Es cierto que el resto del ejército del sultan, contramarchaba dejando el camino de Fez, y viniendo al socorro del sultan.

Pero en cambio tambien, kabilas y más kabilas aumentaban prodigiosamente el ejército de Mirian.

XIII.

Al volver Mirian á su cerrado aposento del morabito, al acercarse al lecho del herido, sintió una alegría, una conmocion, una sensacion infinita, dulce, imposible de expresar.

El herido tenia abiertos sus grandes ojos azules, miraba á la sultana de hito en hito, sin asombro, pero con una extrañeza en que habia mucho de altivo y de interrogador.

La mirada del herido fija en los ojos de Mirian, parecia preguntar :

—¿Por qué estoy yo aquí? ¿qué lugar es este? ¿quién eres tú?

—¡Oh! ¡yo te amo! ¡yo te amo! dijo ardientemente Mirian: yo soy feliz porque vuelves á la vida: nada temas: te protejo yo.

Como era natural, el herido no comprendia ni una sola de aquellas palabras: pero comprendia sí, la elocuente expresion del semblante de la enamorada jóven.

La miró con ansia, y levantó con trabajo uno de sus brazos.

Mirian comprendió la intencion del herido, tomó su mano derecha y la besó con ternura.

El herido se estremeció con cuanta fuerza podia en el estado de debilidad en que se encontraba, entreabrió levemente sus tristes ojos azules, y los cerró como para absorber, como para retener, como para guardar la dulce impresion que acababa de recibir.

Mirian se sintió feliz.

No podía dudar de que su vista había causado en su herido una impresión dulce, una impresión semejante á la que sentimos la primera vez que vemos al sér nacido para amarnos y para hacernos amar.

Mirian inclinó su cabeza blandamente sobre el pecho del herido, y lloró de felicidad.

El amor de aquel hombre era toda su pasión, todo su presente, todo su porvenir: él era todo su sentimiento, todo su amor, toda su vida: su sangre africana se inflamaba en un amor exclusivo, único, poderoso, que absorvía y llenaba á un tiempo todo el sér de la jóven.

Fuera del hermoso herido de los ojos azules, nada existía para Mirian.

La muerte de su padre, el encuentro de su madre y de sus hermanas, su rápida separación de ellas, el ejército que la rodeaba, la guerra empeñada contra el sultán, todo había desaparecido de su memoria, como si no hubiera existido, como si no existiera, como esos sueños que pasan sin dejar ni aún el recuerdo de lo que han hecho gozar ó sufrir.

XIV.

Para Mirian aquel hombre lo era todo: una continuación de su propio sér, un esposo, un hermano, un padre, su vida, su alma, su esperanza, su alegría, su placer y su llanto.

Mirian había sufrido y anhelado mucho, mientras aquel hombre, yerto é insensible como un cadáver no había podido hablarla ni aún con el lenguaje de los ojos.

Pero cuando los ojos de aquel hombre la miraron, cuando Mirian vió aquella mirada altiva y al par audaz, asombrada y al par tranquila, doliente y al parecer iluminada por una expresión de inmensa alegría, leyó en ella una primera frase de amor y se sintió inundada por toda la felicidad que había anhelado durante largas horas de agonía que había pasado al lado del herido.

XV.

Pero Mirian bastante instruida por su padre en medicina, y harto inteligente y harto sensible, comprendió que excitar demasiado al herido, era exponerle, en el estado en que se encontraba, á un retroceso sériamente peligroso.

Se separó, pues, de él, fué á las redomas que estaban en un ángulo de la mesa, compuso un calmante, y lo sirvió en un vaso de oro al herido, que lo bebió con ánsia, sonriendo de agradecimiento á Mirian.

Es muy dulce para una mujer de corazon alentado, de alma pura, de imaginacion soñadora y poética, verse colocada en la situacion de protectora de un hombre débil y enfermo, que ha llegado á la enfermedad á causa de heridas recibidas en combate, vengando cada herida con una muerte, cayendo como cae el leon acosado entre un horrible cerco de enemigos: es muy dulce amar á un hombre tal, cuidarle, velarle, y devolverle la vida, y con la vida su fuerza y lo terrible de su valor: es volver á levantar la encina caida por el pié, asentarla, verla arraigar de nuevo, y recobrar su pompa y su lozanía para reclinarse despues á su pié y dormir bajo su sombra.

XVI.

La bebida que Mirian habia dado al herido, produjo inmediatamente en él una expresion de dulce languidez, y poco despues un sueño suave, dulce, tranquilo.

Mirian le observó cuidadosamente.

El calor se dejaba sentir sobre su piel: las pulsaciones de sus arterias eran débiles, pero regulares: su sueño era dulce: empezaba á desaparecer el peligro: pero era necesario ser muy prudente, y esto era lo más difícil para Mirian: ¿porque cómo pedir prudencia á una mujer tal como ella, que amaba por la primera vez y con un amor como el que ella sentía por el herido?

Mirian sin embargo, se separó del lecho, veló la luz de la

lámpara hasta el punto de que apenas se distinguían en el aposento los objetos, y salió llevándose consigo á Ayelah y cerrando la puerta.

XVII.

Mirian se trasladó con Ayelah al que habia sido aposento de su padre.

Una vez allí, Mirian, con la ayuda de la esclava, levantó la tarima que con una estera de palma habia servido de lecho al xerife, y quedó descubierta una pequeña compuerta de madera manchada por una constante humedad.

Aquella compuerta tenia tres cerraduras, cuyas llaves acostumbraba á llevar consigo el xerife.

Por consecuencia, fué necesario forzar aquellas cerraduras, lo que consiguió Ayelah, despues de algun tiempo, valiéndose de un puñal fuerte y corto que se encontró en el aposento entre las armas de Sydi Juzef.

Una vez abierta la compuerta, quedó franca una estrecha y corta escalera por la que se bajaba á una pequeña cueva.

En aquella cueva, ruínosa é infiltrada de humedad, habia seis grandes cofres de roble tallado con arabescos y ceñidos con abrazaderas de hierro.

Cada uno de aquellos cofres tenia dos candados fuertes, que resistieron á las fuerzas de Mirian y de su esclava, siendo necesario llamar á Kaimo.

XVIII.

Los puños de hierro del negro fueron más fuertes que los candados.

Uno trás otro los doce candados de los seis arcones fueron retorcidos, descerrajados, arrancados.

Los cofres quedaron abiertos.

Estaban llenos de dinero.

Era aquel un tesoro acumulado por Sydi Juzef durante diez y seis años, en que todo el imperio habia contribuido con cuan-

tiosas limosnas al mantenimiento del santo anacreta, á cambio de recetas y oraciones.

Todas las monedas que llenaban aquellos enormes cofres eran de oro.

Mirian era poseedora de inmensas riquezas, superiores á las que podia reunir el sultan, porque su padre habia recibido constantemente mucho, y habia gastado muy poco, porque las ricas alhajas y las hermosas telas que tenia Mirian, habian sido donativos de las moras ricas de todo el imperio, que en sus apuros habian recurrido al favor del cielo por medio de la intercesion de Sydi Juzef.

Los musulmanes se distinguen principalmente por su ciego fanatismo y por la fé que tienen en el poder milagroso de sus santones.

Un santón, por oscuro que sea, es una eminencia temible entre los moros.

En Marruecos no se hace nada sin la intervencion de los santones.

El poder real es nulo contra ellos.

Sin ellos, sin su aquiescencia, no existe el poder real.

El primero, pues, el más influyente de los santones, es un hombre, que como lo habia sido Sydi Juzef, lo tiene todo al alcance de su mano.

—No sabia yo que mi padre era tan rico, dijo con alegría Mirian.

Y no se alegraba Mirian de poseer aquel inmenso tesoro porque fuese avara, sino porque el dinero es el poder, y tenia delante de sí en aquel oro una inmensa cantidad de poder.

XIX.

Como mejor se afirman las proclamaciones es repartiendo oro entre los proclamadores.

—Mañana al amanecer, dijo Mirian á Kaimo, repartirás una dobla vieja juzefina á cada uno de los creyentes que se han levantado por mi bandera.

—¡Pero señora, considerad que hay más de sesenta mil moros montaraces acampados en la llanura!

—Sesenta mil doblas menos.

—Con una dobla se mantiene en la guerra un ginete durante un año.

—No importa: que los que me sigan conozcan la riqueza y el poder de su sultana.

—Como quieras, luz del cielo.

—Necesito además una gran tienda de paño rojo en el interior; de pelo de camello en el exterior: alfombras y divanes para esa tienda: una tienda de sultan.

—Enviaré algunos ginetes por ella á Mogador.

—Quiero además cien tiendas ricas para mis caudillos y para las gentes de mi servicio.

—Muy bien, sultana.

—Quiero además una guardia de cien ginetes negros escogidos.

—Si los pagas bien, señora, tendrás los tres mil esclavos de la guardia negra, con los cuales se ha encerrado el sultan Sydi Ahtmed en Larache.

—¿Y cómo entenderse con ellos?

—Yo mismo iré á comprarlos.

—¡Tú! pero tú expones tu cabeza, Kaimo, y yo estimo tu lealtad y tu amor.

—Yo volveré á tí, no solo con mi cabeza, sino con tres mil cabezas más, y más negras que la mía: puede suceder, que entre esas cabezas te traiga yo la de Sydi Ahtmed, pero separada de los hombros.

—¿Para qué quiero yo su cabeza, si me basta con su corona?

—Pero las coronas se pegan tanto á la cabeza que las ciñe, que cuando se tira con fuerza de la corona, la cabeza se viene detrás.

—Sea lo que quiera la voluntad del Altísimo, dijo Mirian: cuenta esas sesenta mil doblas y entrégalas á mis soldados: despues con una taifa de ginetes moriscos vé á Mogador: compra lo que te he encargado, y tráete contigo cien camellos de carga.

Y despues de estas palabras, Mirian que confiaba ciegamente en la fidelidad de Kaimo, le dejó junto á aquel tesoro, y se volvió con Ayelah á cuidar al herido.

CAPITULO XII.

De cómo tuvo principio, medio y fin la guerra civil de Marruecos.

I.

Pasaron algunos dias.

Dos formidables ejércitos estaban el uno la á vista del otro, en los arenales de la costa, á uno y otro lado de la ciudad de Larache.

Dentro de Larache estaba Sydi Ahtmed, sitiado por tierra, y esperando socorros por mar.

En el mar, desde Larache á Tánger, cruzaba todavía tenaz para recoger á los fugitivos que quedasen de la batalla de Alcázar-Kivir, la flota portuguesa al mando del almirante Diego de Sousa.

Cinco hombres solamente pudieron salvarse y llegar á las naves, llevando la triste noticia de la derrota que habia tenido lugar dos leguas tierra adentro.

El almirante esperó algunos dias más, y viendo que en la costa solo aparecian moros, y que toda Africa, segun las apariencias, se habia agrupado á aquellas playas, tomó el rumbo para Lisboa, abandonando aquella region que tan funesta acababa de ser para Portugal.

II.

Entretanto, el ejército de Mirian acometía inútilmente á Larache.

Sus baterías de tierra rechazaban con una mortandad horrible á las kabilas, que las asaltaban en tropel.

Al mismo tiempo, el ejército del sultan, que habia contramarchado desde Fez y llegado á la vista de Larache, pretendia en vano dar un combate cada dia, arrollar y vencer á las tenaces é indomables kabilas que sitiaban á Larache, y estas á su vez acometian en vano al formidable ejército de Sydi Ahtmed.

Entrambos ejércitos conservaban tenazmente sus campamentos, y en el espacio comprendido entre ellos, se daba cada dia una sangrienta batalla.

III.

El ejército de Sydi Ahtmed tenia sobre el de Sayda Mirian la ventaja de una numerosa y excelente artillería, pero estaba sin pagas, porque Sydi Ahtmed no habia reinado lo bastante para tener tesoros á costa de sus vasallos.

En esto le llevaba una gran ventaja el ejército de Sayda Mirian, que estaba admirablemente pagado y mantenido, gracias á los tesoros que el fanatismo habia acumulado en las arcas de Sydi Juzef.

El norte del imperio se mantenía fiel á Sydi Ahtmed, y le enviaba sin cesar contingentes y socorros.

Pero la parte del mediodía disputaba el derecho del xerife Sydi Juzef, y pedia venganza por su muerte contra Sydi Ahtmed.

Aben-Shariar habia demostrado que era tan buen general en tierra, como buen marino á bordo de su galeota.

No habia podido derrotar el ejército de Sydi Ahtmed, pero le habia resistido, y mantenido incomunicado al sultan con su

ejército, poniéndose entre este y Larache, donde con muy poca gente sostenia una resistencia heroica, Sydi Ahtmed.

IV.

Mirian entretanto vivia en una magnifica tienda en el centro de las kabilas armadas.

Esta tienda estaba rodeada de una fuerte trinchera, guarnecida por veinte mil hombres escogidos entre los más feroces y aguerridos de las distintas kabilas.

Por veinte mil tigres que se hubieran dejado degollar antes que nadie penetrase en la tienda de la sultana.

El morabito de Ain-Al-Mokazen habia quedado completamente abandonado y cerrado.

El insoportable hedor del cercano campo de batalla de Alcázar-Kivir, y el temor de un contagio, habian sido la causa de su abandono.

Cuando Mirian salió del morabito para trasladarse al campamento de las kabilas al frente de Larache, habia llevado consigo y cerca de sí, una silla de manos cerrada, y conducida por ocho esclavos.

Tal era su enorme peso.

Lo cerrado de esta silla, su peso extraordinario, y el no separarse jamás de ella Mirian, habia hecho creer á todos que en ella se conducia lo más rico del tesoro de la sultana.

Y no se equivocaban, porque para Mirian valia más que un tesoro lo que la silla conducia.

Esto es, su cristiano herido, que estaba ya completamente fuera de peligro, y en estado de poder sufrir una traslacion.

Para enganar con un peso enorme á los esclavos, bajo el asiento de la silla de manos, se habia puesto una enorme cantidad de doblas de oro.

El resto de las riquezas de Mirian habia sido llevado por camellos.

Cuando se armó la tienda real, la silla de manos fué metida dentro de ella, y Mirian la abrió por sí misma, no teniendo en su compañía más que á Ayelah y á Kaimo, que guardaba

la entrada del compartimiento de la tienda á donde se habia llevado la litera.

V.

Describamos la tienda de Mirian.

Era enorme.

Consistia en un gran cuadrado, dividido en nueve cuadrados, separados entre sí por fuertes telas de pelo de camello, forradas de ricas sedas.

Es decir, en el centro de la tienda, habia un espacio cuadrado rodeado por otros ocho espacios completamente semejantes.

Al espacio del centro, no se llegaba inmediatamente despues del primer espacio, donde se abria la puerta interior de la tienda.

Al frente de esta puerta, solo habia una division, tirante y fuerte, cubierta por un rico tapiz sin abertura alguna.

Las entradas al interior estaban á la derecha y á la izquierda.

Por la entrada de la derecha se llegaba á otro espacio cuadrado, que recibia luz por el frente de su entrada, de un ventanillo abierto en la tela de la tienda á la parte exterior: por la izquierda de ese segundo espacio se pasaba á un tercer espacio completamente oscuro: por la izquierda de este tercer espacio se entraba al espacio del centro, que recibia la luz por cuatro aberturas practicadas en la parte superior de la tienda.

VI.

Este espacio estaba adornado por unas magníficas alfombras de oro y seda, divanes de terciopelo bordado, tapices, mesas, lámparas orientales, espejos de Venecia, perfumeros, pieles de leon y de pantera alrededor de los divanes, y en el centro una preciosa mesa redonda, muy baja, labrada de maderas y metales preciosos, y sobre ella un jarron de oro del más puro gusto

árabe, siempre coronado por flores frescas aunque silvestres.

En esta preciosa habitacion, vivia encerrado y como cautivo, el misterioso herido, el rey ó el soldado, pero siempre el bello y el valiente.

Los otros espacios á que se entraba por la izquierda del primer espacio de la tienda, comprendian la habitacion de Ayelah primero, despues la de Mirian, por último, los tres espacios restantes contenian el tesoro de la sultana.

En lo alto de la tienda real ondeaba el estandarte verde de Mahoma, que solo podian usar sus descendientes los xerifes.

VII.

Este estandarte y algo de la parte superior de la tienda real era lo único que podia verse desde afuera, y decimos desde afuera, porque la tienda estaba rodeada de una doble y altísima estacada revestida de tierra, que impedía las miradas de los curiosos.

Más allá de esta doble estacada, comprendiendo un gran espacio, habia una fuerte trinchera con anchos fosos, y en cada uno de los lados del cuadro determinado por la trinchera, habia tres cañones de bronce de grueso calibre.

Estos cañones eran los doce tomados á los portugueses, que el sultan Sydi Ahtmed habia dejado en Alcázar-Kivir.

Más allá habia todavía otro gran recinto determinado por una estacada.

En este primer recinto, hasta los fosos y las trincheras, habia veinte mil moros montaraces de las kabilas, al mando de sus respectivos santones, y armados todos de espingardas y gumías.

En el segundo recinto, es decir, desde los fosos y las trincheras, hasta la doble estacada que rodeaba la tienda real, habia cuatro mil ginetes escogidos con lanza, yatagan, y espingarda.

Entre estos ginetes, y de trecho en trecho, se veian las tiendas de Aben-Shariar, de los doce santones principales que formaban el mexuar ó consejo de la sultana, y las de los demás individuos de la servidumbre.

A la doble entrada de la estacada, habia una guardia compuesta de negros, que no dejaba pasar á nadie como no fuese por una órden terminante de la sultana trasmitida por medio de Kaimo, que por la elevacion de Mirian habia llegado á ser un gran personaje.

Como que era la persona más inmediata á la sagrada persona de la sultana.

Ayelah, por lo mismo, habia llegado á ser una persona de tal categoría, que el más alto y el más rico de los caudillos que seguian á Mirian, se hubiera creido honrado y feliz, si la sultana le hubiese dado por esposa á su doncella favorita.

VIII.

La llave de la poterna que cerraba la entrada más próxima á la tienda real, estaba siempre pendiente de la correa que ceñia la túnica beduina de Kaimo.

Este, por su parte, estaba siempre tendido y vigilante como un perro, en el primer espacio de la tienda.

IX.

Era, pues, muy difícil, aunque Sydi Ahtmed hubiese tenido un formidable ejército, apoderarse de la tienda real de Mirian.

Estaba colocada en una eminencia fuertemente atrinchurada, y defendida no solo por los veinte y cuatro mil hombres que se acampaban en su triple recinto, sino por una muchedumbre inmensa de las kabilas de cerca y de lejos, cuyo número era difícil calcular y que se aumentaba diariamente.

Esto no impedía el que todos los días hubiese un reñido combate entre parte del ejército de Mirian y parte del ejército de Sydi Juzef, combate que terminaba por retirarse cada una de las partes á sus respectivos campamentos.

Pero ello era, que siempre estaban tronando el cañon y la espingarda.

Aquella gente brava no podia estar viéndose sin llegar á cada momento á las manos.

X.

En vano se habían intentado ataques formales contra Larache.

Larache era entonces una plaza de primer orden y estaba bravamente defendida.

Además de esto, el ejército de Mirian se encontraba entre los muros de Larache y el mar, y el ejército de Sydi Ahtmed.

Todo lo que podía hacer, era impedir que el ejército de Sydi Ahtmed entrase en Larache, ó que Sydi Ahtmed saliese para unirse á su ejército.

Sydi Ahtmed esperaba su marcha para salir de Larache por la parte del mar, reforzar su ejército, ponerse á su cabeza y probar una batalla decisiva contra su hermosa competidora, de la que como sabemos, estaba locamente enamorado, y de la que habia acabado de enamorarle su bizarría en ponerse al frente de un ejército para disputarle la corona.

Mirian estaba dispuesta por su parte á todo.

Quería una corona para el hombre á quien amaba, para el hombre á quien creía el rey de Portugal.

XI.

Entretanto pasaban y pasaban los dias.

Ni uno ni otro ejército obtenía una ventaja decisiva sobre su enemigo.

Se prolongaba el tiempo, y la escuadra de Sydi Ahtmed no llegaba.

Expliquemos la causa de esta tardanza.

El emperador de Marruecos nunca ha tenido una escuadra propiamente suya, es decir, una escuadra de barcos de rey, como se decía en aquellos tiempos, pero era á pesar de esto, dueño de la marina más formidable de Europa.

Y decimos de Europa, porque los buques piratas marroquíes se encontraban siempre ejercitando sus rapiñas sobre las costas europeas del frente de Marruecos.

Hoy el pirata argelino, el tunecino, el marroquí, han desaparecido; la marina de guerra de todas las naciones que hacen con el Africa un comercio cualquiera y la conquista de Argel, han dado al traste hace muchos años con la piratería de los mares de Levante.

Pero entonces á pesar del empeño con que Cárlos V habia perseguido á los piratas, á pesar de que Felipe II habia continuado con todo su poder aquella persecucion, la piratería musulmana estaba pujante: en vano el emperador en Tunez habia exterminado la terrible escuadra de Aradino Barbarroja: en vano en Lepanto habia sido exterminada la formidable liga de piratas que contra la santa liga, habia congregado en torno de su casbá el tremendo Bajá: la piratería, despues de cada uno de estos desastres renacia con más fuerza y continuaba la misma inseguridad en las playas europeas del Mediterráneo, y continuamente se escuchaba la triste noticia de barcos apresados por los piratas moros.

Los soberanos musulmanes de Marruecos, Tunez, Trípoli, Argel, Egipto y Turquía, no tenian otra escuadra de guerra que estos barcos piratas, que estaban obligados á acudir al llamamiento del señor.

Pero cuando llegaba este caso, desde el llamamiento á la reunion de las fuerzas marítimas necesariamente pasaba mucho tiempo.

Esto mismo sucedia entonces: Sydi Ahtmed habia enviado á todos los puertos de su imperio órdenes terminantes, y ya se le habian presentado los corsarios que por más próximos habian podido recibir entonces las órdenes del sultan: pero el número de los llegados era insuficiente: Sydi Ahtmed necesitaba sacar de Larache su artillería, sus cautivos de Alcázar-Kivir y sus tres mil excelentes esclavos de la guardia negra, y como generalmente los buques corsarios para llenar sus indispensables cualidades de ligereza y de poco calado, para acercarse á todas las playas y entrar en todos los abrigos eran pequeños, de aquí que se necesitara un gran número para embarcar los cuatro mil hombres entre cautivos y soldados que tenia consigo Sydi Ahtmed, y el inmenso botin de la batalla de Alcázar-Kivir.

XII.

Por todas estas razones, habia pasado más de un mes desde que Sydi Ahtmed habia sido cercado entre el mar y el ejército de Sayda Mirian.

En este tiempo, el cristiano herido, prolija y cuidadosamente cuidado por Mirian, se habia restablecido, y su estado era tal, que dentro de poco tiempo debia recobrar sus fuerzas y su salud por entero.

Las heridas habian sido perfectamente curadas, y ninguna de ellas hacia temer que se recrudeciesen, ni que afectasen con lesion alguna el organismo del cristiano.

XIII.

Mirian estaba á un mismo tiempo loca de alegría, y poseída de una ansiedad terrible.

Aquel misterioso personaje era hermoso, gallardo, noble y apasionado.

Aunque ninguno de ellos comprendia el idioma del otro, hay sin embargo un lenguaje general para todos los hijos de Adan: el lenguaje del alma, hablado por los ojos, por los movimientos, por los suspiros.

El cristiano desde el momento en que volvió á la vida y abrió los ojos, comprendió que aquella hermosísima niña que se inclinaba pálida y anhelante sobre su lecho, sobre su faz, le amaba.

Y sin duda aquel hombre no habia amado nunca, ni nunca habia sido amado, porque el amor de Mirian fué para él lo que es para el ciego de nacimiento que adquiere la vista, la revelacion de la luz.

XIV.

Mirian no necesitó de palabras ni de promesas para comprender que aquel hombre tenia el alma virgen.

Lo comprendió á pesar de que ella tenia el alma virgen tambien.

Lo comprendió, porque hay en nuestra alma un sentimiento delicado, un sentimiento misterioso, que nos revela y nos hace comprender con una sola impresion cosas de que no tenemos conocimiento alguno.

El cristiano pues, y Mirian, se amaron porque se comprendieron recíprocamente, de esa poderosa manera que determina el amor: se amaron porque la situacion del uno habia colocado al otro en una situacion idéntica, en una situacion fuertemente excepcional.

El sentia todo el peso de su situacion.

Vencido, herido, doliente, en poder de sus enemigos, lejos de su patria.

La mujer cuando ama, y con una abnegacion que rara vez se vé en el hombre, se sacrifica con los sufrimientos del sér amado, los absorbe, los padece, los siente con más fuerza aún que el que es víctima de ellos.

Mirian sufría completamente el estado moral del cristiano.

Habia adivinado sus padecimientos y los absorbia.

Segun ella, habia perdido un reino: se encontraba cautivo, en tierra extraña, lejos de su madre, de sus parientes, de sus amigos, de su patria.

Pero no lejos de la mujer de su amor.

Porque á las primeras miradas, á las primeras expresiones del semblante del cristiano, habia comprendido que era amada.

XV.

Mirian habia querido salir de dudas.

Segun lo que ella misma habia visto, habian caido en la batalla de Alcázar-Kivir dos hombres exactamente parecidos, que habiendo sido encontrados desnudos, muerto el uno, aparentemente muerto el otro, no se habia podido poner en claro cuál de ellos era el rey, cuál el soldado.

Mirian habia retenido perfectamente en la memoria los

nombres de aquellos dos hombres que habia oido á Francisco de Aldana.

El uno se llamaba don Sebastian, rey de Portugal.

El otro era español y se llamaba Gabriel de Espinosa.

Ella creia por altivez y no sabemos por qué misterio, que su herido era el rey don Sebastian.

Habia creido ver la magestad de un rey en los rasgos fisonómicos del herido.

Pero Mirian estaba dotada de un gran rectitud de juicio, y comprendió que podian engañarla las apariencias ó el deseo.

Francisco de Aldana, que hubiera podido sacarla de dudas y servirla de intérprete para con su amado, habia sido víctima de la peste negra, que empezaba á cundir en la comarca.

No era muy fácil encontrar otro que pudiese sacarla de dudas, como no fuese alguno de los cautivos de la batalla de Alcázar-Kivir, y Sydi Ahtmed tenia demasiado guardados á aquellos cautivos.

Mirian se puso para probar su amor en la situacion de creer que aquel hombre no era el rey sino el vasallo: que no era el rey don Sebastian, sino el soldado Gabriel de Espinosa.

Y al examinar su corazon comprendió que para su corazon aquel hombre no tenia nombre, y que le amaba con toda su alma, ya fuese don Sebastian, ya Gabriel de Espinosa, ya ninguno de los dos.

XVI.

Quiso sin embargo probar.

Un dia en que los dos amantes se miraban de hito en hito, se acariciaban con los ojos, se adormian el uno en la mirada del otro, Mirian dijo:

—¡Don Sebastian!... ¡rey!

Pasó algo terrible, algo sombrío, algo letal por la mirada del herido: parecia que su alma entera se habia conmovido, pero como se conmueve el alma de un hombre al escuchar el nombre de su enemigo, y de un enemigo á muerte.

—¡Don Sebastian, no! exclamó haciendo con la cabeza, con

las manos, con todo su sér, un enérgico movimiento negativo.

—¡Gabriel de Espinosa! dijo Mirian.

Palideció el cristiano como si hubiese escuchado una voz de la eternidad: tomó la actitud de abatimiento más profunda, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Gabriel de Espinosa? repitió la jóven pronunciando de una manera trabajosa pero inteligible la frase.

—¡Gabriel de Espinosa sí! respondió con voz apenas perceptible el cristiano, haciendo al mismo tiempo con la cabeza un ademan afirmativo.

Mirian tomó la pluma y escribió algunas palabras que presentó al cristiano.

El cristiano la hizo comprender que no comprendía los caracteres árabes de aquella escritura.

A su vez tomó la pluma y escribió algunas palabras con caracteres romanos.

Mirian no comprendía tampoco aquella escritura.

Se necesitaba un intérprete.

¿Y cómo y dónde podía encontrarse un intérprete, á quien pudieran confiarse las inteligencias de dos enamorados, siendo la una parte doncella musulmana?

Hubieron al fin de satisfacerse por hablar por señas y por comprenderse perfectamente cuando se trataba de amor.

XVII.

Recíprocamente se habian enseñado las significaciones en sus respectivos idiomas, de las cosas con que se ponian en contacto, de lo que veian, de lo que sentian.

El sol, la luna, la noche, el dia, las horas, las letras, los objetos que los rodeaban, y sobre todo la palabra amor.

Ella se desesperaba como una niña loca, cuando tardaba demasiado en comprender la correspondencia de una palabra con un objeto ó un sentimiento, y él á su vez mostraba lo irascible de su carácter, conteniéndose á duras penas cuando se encontraba en el mismo caso.

Esta lentísima enseñanza recíproca, era continua.

Mirian no se separaba del cristiano sino para dormir seis horas: al amanecer estaba otra vez á su lado.

Y era tan intenso el amor de los dos, tan puro por su intensidad, que el más rígido morabito que hubiese presenciado oculto aquellas largas entrevistas, aquella vida casi comun, nada hubiera encontrado ni aún ligeramente reprehensible en la conducta de entrambos jóvenes.

Es necesario no olvidarse de que ella apenas contaba diez y siete años.

Que él apenas tenia veinte y dos.

Es decir, de que estaban en la edad de esos poéticos y purísimos amores que se alimentan de sí mismos.

XVIII.

Pero el amor tiene un objeto y un fin.

Mirian queria por esposo al cristiano, y encontró medio de significarle el deseo de su amor, enlazando sus largas trenzas al rededor de su cuello, y haciéndole comprender de una manera mímica, que aquella union no debía romperse sino por la muerte.

El cristiano asió con transporte las manos de Mirian, las estrechó dulcemente asidas en una de sus manos, y levantando la otra y señalando con su índice el cielo, dijo:

—¡Dios!

—¡Allah! respondió Mirian.

—¡Dios Allah! dijo el cristiano uniendo las dos palabras.

—¡Ah! ¡Dios, Dios! repitió Mirian.

—¡Gabriel, Mirian! dijo el cristiano uniendo estos dos nombres.

—¡Sí, sí! dijo Mirian supliendo estas dos afirmaciones con dos enérgicos movimientos.

—¡Cristiana! dijo Gabriel.

(Le llamaremos así puesto que él se daba este nombre.)

—¡Nazarena! dijo Mirian.

—Sí, dijo Gabriel.



Y señaló con el puñal de Mirian profundamente una cruz en el labrado tablero de la mesa.

Mirian se puso pálida de emoción, sus ojos se llenaron de lágrimas, y abriendo la preciosa túnica que cerraba su cuello, sacó de él una magnífica cruz de brillantes pendiente de un collar de perlas.

Hay que advertir que las moras de Marruecos usan mucho de la cruz como adorno, y saben que es el suplicio en que fué martirizado el profeta Jesús.

Porque los moros saben y creen que ha existido Jesús, que fué hijo de una vírgen, y que fué enviado por Dios para una gran misión: veneran á Jesucristo como profeta, y como mártir le llaman *Espíritu de Dios*, y únicamente se muestran intolerantes cuando se les dice que Jesucristo es Dios: ellos creen á Jesucristo uno de sus profetas inferiores á Mahoma.

Las moras cuando están en el momento más terrible del alumbramiento, invocan á la Vírgen exclamando:

—¡Mira que es una mujer la que padece!

XIX.

Mirian besó conmovida la cruz.

Luego la descolgó del collar de perlas de que pendía, y la presentó á Gabriel.

Gabriel se arrodilló y oró sobre aquella cruz que conservaba aún el tibio calor del seno de Mirian.

Su oración era apenas, ininteligible para Mirian, larga, sentida.

Al cabo, de rodillas aún, atrajo á sí por el flexible talle á la niña, y la hizo arrodillarse.

—¡Jesucristo! dijo poniendo el dedo sobre la cruz, y mostrándola á Mirian.

—¡Jesucristo! repitió Mirian.

—¡Jesucristo Dios! dijo Gabriel levantando la cruz y los ojos al cielo.

—¡Jesucristo Allah! repitió Mirian levantando sus hermosísimos brazos al cielo.

—¡María! exclamó Gabriel.

—¡Mirian! exclamó la jóven con ternura, dirigiendo una dulce invocación á la Virgen.

—¡Mirian no! ¡María! dijo el cristiano.

—¡María! dijo Mirian.

Tenian unidas las manos: el sol declinaba: una lenta luz penetraba por las estrechas claraboyas abiertas en la puerta de la tienda.

Gabriel estrechando por la primera vez contra su seno á Mirian, exclamó mirando al cielo:

—¡Señor: Tú has querido que yo venga á combatir los infieles! ¡Señor: sin este ángel de esperanza, de caridad y de amor, yo no existiría! ¡Señor: yo la hago mi esposa con toda mi alma, con todo mi amor, con toda mi gratitud: ¡Señor: ella escucha estas palabras sin comprenderlas! ¡aquí no hay más testigo de ellas que Tú, Señor, Dios mio! ¡Tú ves mi alma; si alguna vez faltó al juramento y á la fé para con ella de que te hago depositario, castígame sin piedad, Señor! ¡caiga sobre mí todo el horror que Tú guardas para los infames y para los perjuros!

Gabriel habia dicho estas palabras en portugués, y sin embargo, por el acento, por la expresion, por la conmocion, por los ademanes de Gabriel, que alguna vez habia señalado con su dedo á Mirian y extendido á seguida su brazo al cielo, Mirian comprendió la verdad, y exclamó á su vez en árabe:

—¡Jesucristo Allah! ¡guárdame siempre amante y pura para mi esposo!

XX.

Desde este momento ya no se separó Mirian ni un solo instante de Gabriel.

La vida de entrambos era completamente comun.

Eran esposos.

CAPITULO XIII.

De los inconvenientes que hay entre musulmanes por elevados que sean los personajes, para el amor, cuando los amantes son cristiano y mora.

I.

Mirian se habia olvidado de todo, ó mejor dicho, se habia creido demasiado fuerte, cuando en la situacion excepcional en que se encontraba, se habia unido en cuerpo y en alma á su esposo.

Y decimos su esposo, porque en la situacion de Gabriel y de Mirian, su union á nuestro modo de ver y considerando moralmente la situacion, habia sido un verdadero casamiento hecho ante Dios, y al que solo faltaba la consagracion de un ministro de Dios sobre la tierra.

Tal habia sido el pensamiento del esposo.

Tal la seguridad y la esperanza de la esposa.

II.

Pero en Africa jamás una mujer, por sola que se crea, está sin testigos.

Ya sabemos de qué mala manera Sydi Juzef habia consentido en que su hija se encargase de la curacion del herido, y sabemos además que cuando por la muerte de su padre, Mirian cre-

yéndose completamente dueña de sus acciones, habia introducido en su mismo aposento á Gabriel, el esclavo negro, Kaimo habia puesto muy mala cara á aquello.

En primer lugar, Kaimo era tan musulman y tan creyente como Mahoma; aborrecia por lo tanto de muerte á los cristianos, y no podia ver sin cólera que un *perro nazareno*, viviese en la habitacion de una doncella que á más de ser musulmana, era de la sacra familia de los xerifes.

Habia además otra razon, además de la razon religiosa, para que Kaimo mirase aquello con muy malas entrañas.

Kaimo, que habia visto niña, adulta y mujer á Mirian; Kaimo, que desde su juventud habia servido al xerife Sydi Juzef y gozado de su confianza; Kaimo, que era impresionable de una manera terrible, como todos los seres de su ardiente raza, habia contraido por Mirian un amor frenético, una pasion ciega, unos deseos horribles: el solo sonido de la voz de la jóven, menos que eso, el roce de su blanca túnica sobre el césped de Ain-Al-Mokazen, bastaba para que Kaimo se estremeciera de una manera terrible.

Pero los oriundos de la costa de Guinea, al par que están sometidos á las más exageradas pasiones, tienen sobre sí mismos un dominio increíble, y no hay nada semejante á lo profundo del disimulo y de la destreza con que saben ocultar el afecto que más les enloquece.

Pero bajo este disimulo, las pasiones del negro ó del mulato del Africa septentrional, hierven, se contienen, y van formando en ellos una resolucion que llega á ser irrevocable.

Kaimo sabia demasiado que Mirian era para él un imposible.

Sabia que una sola mirada imprudente, ó una palabra escapada, ó un suspiro mal contenido, que hubieran descubierto en él la más leve inclinacion amorosa hácia su señora, le habria costado la cabeza.

Y Kaimo no queria morir: necesitaba vivir, por desesperada que fuese su vida, para adorar en silencio á Mirian.

Pero Kaimo habia jurado por el profeta y por el cacique negro, generador de su familia, matar sin piedad y sin medir el precio que le hiciesen pagar por la muerte, al hombre que llegase á ser esposo de Mirian, y antes de que pudiese poseerla.

Importaba poco que el esposo de Mirian fuese el mismo sultán de Marruecos: Kaimo le mataría.

III.

Ignoraba Mirian que desde el momento en que Gabriel de Espinosa había vuelto en sí del prolongado letargo en que le habían sumergido la gravedad de sus heridas y la gran pérdida de sangre, un hombre de color cobrizo, cubierto con un traje pardo se había arrastrado como una serpiente, en silencio, hasta colocar su cabeza debajo del tapiz de la puerta del aposento de la sultana.

Aquel hombre era Kaimo.

Kaimo comprendió con un furor reconcentrado, semejante solo al del tigre que no puede lanzarse sobre su presa, que el cristiano y la sultana se amaban: oyó las palabras de esta última, que en vano anhelaba comprender Gabriel de Espinosa: llevó cien veces en cada una de estas ocasiones la mano al puño de su gümía, y otras tantas permaneció irresoluto, esperó: pero cuando vió á Mirian entre los brazos de Gabriel de Espinosa, ya no pudo contenerse; había llegado el momento de matar: su mano desnudó la gümía, y su cuerpo se encorvó como el del tigre cuando se prepara al salto.

Pero de repente se dejó caer otra vez desplomado, se retiró silenciosamente, á rastra, de su acechadero, dejó á los esposos entregados á los delirios de su amor, y fué á sentarse á la puerta de la tienda.

Meditó que para vengarse no necesitaba exponer su vida.

Bastaba para su venganza el Koran.

El Koran sentencia á muerte con su amante á la mujer mora que entrega su cuerpo á un cristiano.

De esta ley nadie está exceptuado.

Ni aún las sultanas hijas de los xerifes.

Mirian habían faltado á la ley, y la ley la mataría.

Pero hé aquí lo que contenía, ó más bien, lo que establecía la irresolución del negro.

Que adoraba á Mirian, y el solo pensamiento de su muerte le volvía loco de dolor.

Pero loco de dolor, de celos, de desesperacion, de venganza, le volvia tambien el saber que un cristiano, un *perro nazarreno*, un hereje infiel, poseia á la huri de las huries, á la magnifica, á la resplandeciente de hermosura, á la incomparable Mirian.

IV.

En esta irresolucion terrible, combatido por este duro tormento del alma, pasó algunos dias Kaimo.

La continua estancia de Mirian al lado de Gabriel, al mismo tiempo que irritaba y ensoberbecia más y más al feroz negro, habia salvado á Gabriel de Espinosa.

A no dudarlo, durante una de aquellas noches de fiebre y de delirio, Kaimo aprovechando la ausencia de Mirian del lado de Gabriel, le hubiera asesinado sin piedad.

Pero Mirian no se separaba ni poco ni mucho de su amado, y Kaimo, mudo testigo siempre de la felicidad de los dos esposos, acabó por sobreponer á todo sus celos, por ocultar su amor á Mirian bajo su rábia, y á confundirlos á ambos en su ódio.

V.

Una noche... acababa de oscurecer... los dos procuraban entenderse lo mejor posible, y se daban una recíproca leccion de lenguas, cuando se encontraron sorprendidos por un ruido cercano y demasiado preciso é inteligible.

Habia sonado un cañonazo.

Pero un cañonazo disparado en las mismas trincheras que rodeaban la tienda.

A aquel cañonazo sucedió otro y otro, y continuaron. Al primer cañonazo Gabriel se puso de una manera tal en pié, que bien se dejaba conocer que le llamaba, que le excitaba la voz de la batalla, de la misma manera que excita á un perro amaestrado en la caza el sonido de las trompas de montería.

—¡Un arma! ¡ un arma, Maria! gritó extendiendo sus brazos

alrededor y revolviendo en torno su mirada fiera, con una fiera tal y tan extraña, que Mirian sobreponiéndose á todo, exclamó en árabe con una expresion de inmensa alegría:

—¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡tú eres mi rey, mi noble rey portugués!

Y haciendo ademan de que la esperase á Gabriel, salió precipitadamente.

Pero Gabriel la siguió.

VI.

Al estampido de los cañonazos que continuaban más frecuentes y en mayor número, se habia unido un nutridísimo fuego de espingardas en toda la extension de la trinchera que rodeaba la tienda real.

Ya sabemos que Mirian era considerada y respetada y obedida como sultana, pero bajo la condicion de que fuese esposa del caudillo que venciese á Sydi Ahtmed.

Mirian creyó y no podia creer otra cosa, que su ejército habia sido sorprendido, y que las gentes de Sydi Ahtmed habian penetrado hasta las trincheras de su tienda.

Pero al llegar á la puerta de esta, oyó un más próximo ruido de armas.

En la misma puerta de la tienda, dos hombres que no podia saberse quiénes fuesen, combatian al arma blanca.

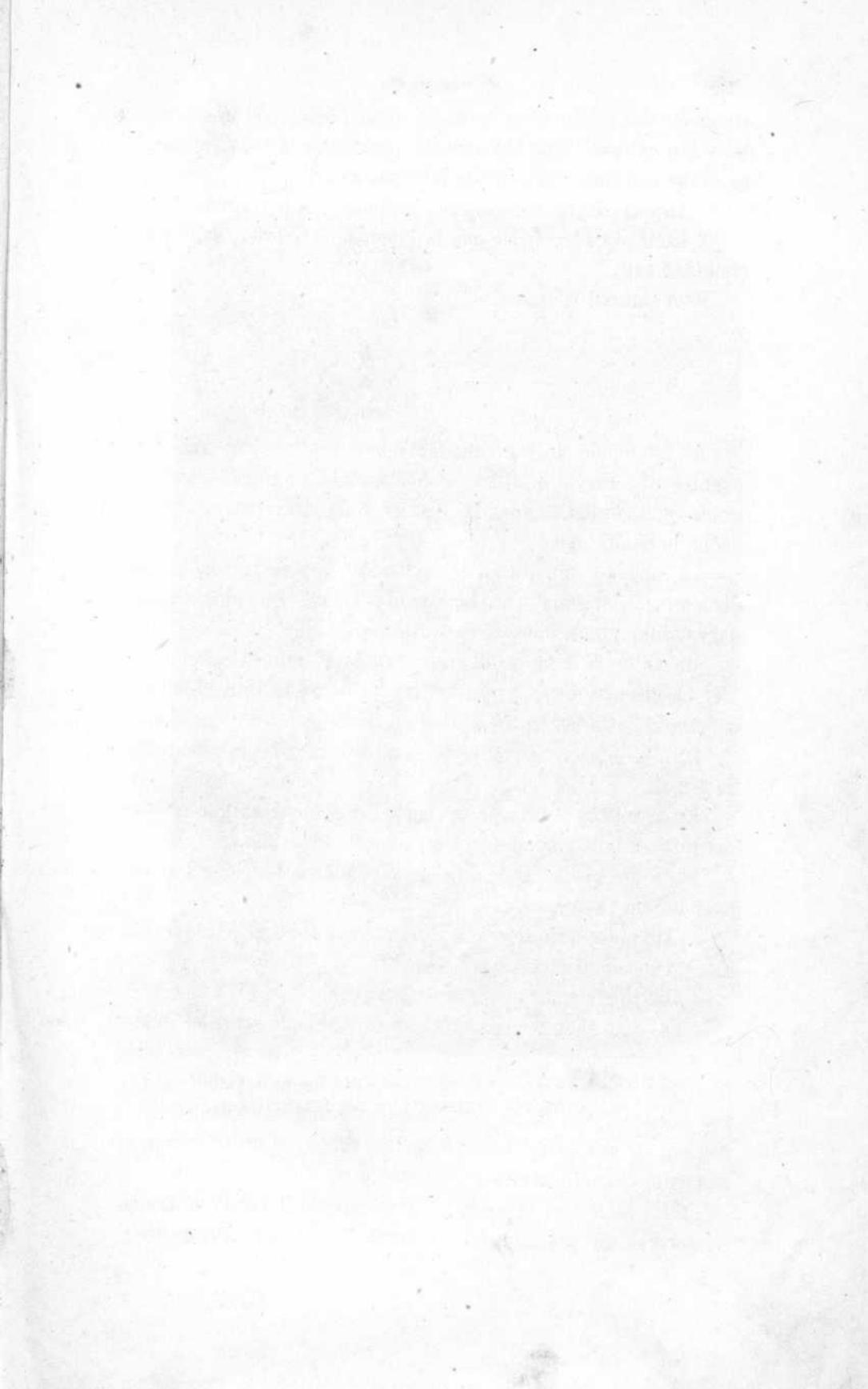
Pero apenas habia tenido tiempo Mirian de llegar á ellos, cuando uno cayó á sus piés y no se levantó.

—¡Ah! ¡miserable traidor! exclamó una voz, por la que Mirian reconoció al pirata Aben-Shariar.

—¡Oh! ¿qué combate es ese? dijo Mirian.

—Es, dijo Aben-Shariar que estaba inclinado sobre el muerto y se ocupaba en una operacion que no podia juzgarse cuál fuese, es que este miserable Kaimo te ha hecho traicion: le estoy cortando la cabeza para enviarla á los santones, con el mensaje de que haré lo mismo con las tuyas, si no se retiran al momento á sus tiendas y se someten á ti.

Y sin decir más, Aben-Shariar se levantó llevando en la mano derecha un pesado objeto informe y partiendo á la carrera.





ENTONCES MIRIAN VIÓ CON HORROR A SUS PIES
EL CUERPO DECAPITADO DE KAIR.

VII.

Entretanto, las balas que disparaban los que acometían la trinchera se clavaban en la alta estacada que rodeaba la tienda, y agujereaban á esta en mil partes las que pasaban por encima de la estacada.

—¡Ayelah! Ayelah! gritó Mirian sin retirarse de aquel lugar. ¡Luces! ¡trae luces!

A fuerza de repetir sus gritos, Mirian logró ser oída, y Ayelah apareció pálida y temblando con una lámpara en la mano.

Entonces Mirian vió con horror á sus piés el cuerpo decapitado de Kaimo, á quien á falta de cabeza, reconoció por los vestidos.

VIII.

Refiramos lo que habia hecho Kaimo para merecer ser decapitado por Aben-Shariar el corsario.

Aquella misma tarde el negro habia salido de la tienda y de las trincheras, é ido á buscar á los santones que con gran parte del ejército se habian ido á intentar una nueva embestida á Larache.

Encontró al fin á Sydi Yezid-al-Mechid, el más venerado de los santones de Marruecos despues del difunto Sydi Juzef.

Sydi Yezid se batía personalmente avanzando entre los más valientes á los muros de Larache: su guion amarillo estaba rasgado, acribillado por la lluvia de balas que venían de las murallas de la ciudad.

A su lado caían los moros de las kabilas que mandaba, con una frecuencia verdaderamente aterradora, lo que probaba que se atacaba bien la ciudad, y que la ciudad se defendía mejor.

Kaimo detuvo su caballo junto al santon Sydi Yezid, que se batía á pié.

—¡Detente, padre, dijo Kaimo, y has que se detengan los bravos creyentes que te acompañan!

—¿Quién manda que se suspenda el combate? dijo el santón volviéndose á Kaimo con la misma expresion de un lobo á quien se pretendiera arrebatár su presa.

—La prudencia, el deber y la justicia: se nos hace traicion, respondió Kaimo.

—¡Traicion! respondió Sydi Yezid retirando su espingarda que habia apuntado hácia los moros que coronaban las murallas: ¿quién?

—La sultana Sayda Mirian, respondió con acento opaco y terrible Kaimo.

—¡La sultana!

—Sí: en su tienda vive un perro nazareno.

—¡Ay de tí si mientes, esclavo! gritó Sydi Yezid encarnizando su feroz mirada en Kaimo.

—La sultana Mirian es la amante impura del rey de Portugal.

—El rey de Portugal ha muerto: el cadáver del rey de Portugal está dentro de los muros de Larache.

—El rey de Portugal no ha muerto, respondió Kaimo: le recogió de sobre el campo de batalla de Alcázar-Kivir la misma sultana Sayda Mirian, que le ha tenido oculto, le ha curado, se ha enamorado de él, y es su manceba.

Sydi Yezid escuchaba absorto y trémulo de cólera á Kaimo.

De tal modo impresionaban los celos y la rabia á Kaimo, que era imposible dudar de la verdad de lo que decia, por la energia con que lo expresaba.

—¡Por Salomon y por Mahoma, gritó Sydi Yezid, que una traicion tal, y una tal impureza, serán castigadas! ¡sus! ¡á recoger!... ¡dejad de disparar contra el sultan!

Y Sydi Yezid hizo algunas señales con su guion amarillo.

Inmediatamente cesó el fuego como por encanto, y las kabilas vinieron á agruparse al rededor del santón.

—¡Conmigo todos! gritó Sydi Yezid.

Y se volvió hácia el campamento, en cuyo centro estaba la tienda de Mirian.

—Yo me adelanto, dijo Kaimo: yo voy á impedir que esa mujer impura y ese cristiano puedan escapar.

Y se lanzó á todo el escape de su caballo hácia el campamento.

El santón Sydi Yezid y sus kabilas corrieron en la misma direccion.

IX.

De repente salió de través un ginete magníficamente vestido y armado, al que seguian algunos ginetes negros.

Eran Aben-Shariar y algunos de sus corsarics.

—¿Por qué dejas el combate á que te habia enviado? dijo el jóven pirata al santón Yezid con toda la autoridad de un general en jefe.

—Porque se nos hace traicion, dijo Sydi Yezid: porque Sayda Mirian es una ramera impura: porque tiene oculto en su tienda al rey de Portugal, salvado por ella del campo de batalla de Alcázar-Kivir: porque es su manceba.

—¿Quién te ha dicho tal cosa? gritó ronco de furor Aben-Shariar.

—Aquel esclavo de Mirian que llega en este punto al campamento, dijo el santón.

Y señaló á Kaimo que estaba ya cerca de las trincheras, y corria á todo el escape de su caballo.

Aben-Shariar no preguntó más.

Apretó sus espuelas á los flancos de su caballo, le soltó la brida, y se lanzó hácia la tienda de Mirian á toda carrera, seguido por sus corsarios.

Por mucho que corriesen Sydi Yezid y sus kabilas, iban á pié, y debian necesariamente llegar más tarde que Aben-Shariar y sus corsarios, que iban magníficamente montados, y hacian escapar sus caballos de una manera portentosa, afligiéndoles de continuo con sus anchas espuelas.

X.

Llegaron al fin á los fosos de la trinchera.

Los puentes estaban echados, y Aben-Shariar y los suyos pasaron.

Apenas estuvieron dentro de la trinchera, Aben-Shariar dijo á sus corsarios, como pudiera haberse dirigido un general en jefe á sus ayudantes:

—Que se alzen todos los puentes; que se reciba á cañonazos y á tiros á todo el que se acerque á los fosos, sea quien fuere: id.

Y luego, dirigiéndose á los moros que tenia al rededor, gritó:

—¡A las armas amazirgas del Algarbe! á las armas, leones de Hus y de Kansa! ¡tigres de la selva de Kairvan y del desierto de Dar! ¡la traicion nos rodea! ¡defended á la noble sultana Sayda Mirian, contra esos santones á quienes ha seducido el traidor Sydi Ahtmed!

Y dichas allí estas palabras, recorrió todas las trincheras repitiéndolas á las kabilas que las defendian.

Poco despues se oyó el primer cañonazo.

Aquel cañonazo que habia retumbado delante de la tienda de Mirian.

XI.

Habia ya cerrado la noche, cuando empezó el combate entre las kabilas del campamento exterior y las que guarnecian las trincheras del campamento real de Mirian.

Aben-Shariar, en el momento en que habia retumbado el primer cañonazo, habia corrido á la tienda de Mirian.

Pero al ir á entrar en ella, se le cruzó un hombre atlético, yatagan en mano, y le acometió.

Aben-Shariar dió un salto atrás con la agilidad de una pantera, y desnudando su ancho y corvo alfange, cayó de un salto sobre el que le habia acometido.

—¡Ah! ¡eres tú! gritó reconociéndole: ¡tú, traidor! pues bien; has encontrado tu castigo.

Un momento despues, Kaimo caia muerto á los piés del pirata, al mismo tiempo que se presentaba en la puerta de la tienda Mirian.

XII.

Aben-Shariar corrió á la trinchera con la sangrienta cabeza de Kaimo.

Encendiéronse antorchas, y la horrible cabeza alumbrada por ellas, fué levantada en la punta de una lanza.

Al mismo tiempo, las trompetas de Aben-Shariar mandaron cesar el combate.

La vista de aquella sangrienta cabeza y la voz de las trompetas, hicieron callar el fuego.

Al otro lado de la trinchera, al borde del foso, frente al puente, habia algunos hombres furiosos.

Eran Sydi Yezid y algunos otros santones que gritaban, gesticulaban y movian los brazos de una manera incesante.

No se oia la palabra de ninguno, confundidas todas las voces por el griterío.

Aben-Shariar se alzó al otro lado del foso, y gritó con una voz tan poderosa que lo dominó todo:

—¿Por qué os entregais á ese furor, santos hombres de Dios? ¿qué ha sucedido para que así nos embistais y nos amenaceis?

—¡La traicion vive entre nosotros! gritó ronco de ira Sydi Yezid: los creyentes han disparado contra sus hermanos, y esto traerá sobre los culpables la cólera y la maldicion del Señor.

—La traicion y la culpa están ya castigadas, dijo Aben-Shariar señalando la cabeza de Kaimo que tenia junto á sí levantada en alto y alumbrada por multitud de antorchas.

—¡Sayda Mirian nos hace traicion! dijo Sydi Yezid.

—No, la traicion era de su miserable esclavo, respondió Aben-Shariar.

—¡En la tienda de Sayda Mirian hay un cristiano!

—¡Mientes! ¡yo vengo de la tienda de la sultana!

—Pero tú no puedes penetrar en su interior.

—Sí... yo soy el esposo de Sayda Mirian: yo soy el sultan.

A aquella declaracion audaz de Aben-Shariar, que mentia por salvar á Mirian, sucedió un silencio de asombro.

—Yo soy su esposo desde antes de la batalla de Alcázar-Kivir, dijo Aben-Shariar, con el consentimiento de su padre el venerable Sydi Juzef; y si esta boda se ha mantenido oculta, era porque así convenia; pero se han atrevido lenguas miserables é impuras al honor de mi esposa, y el secreto no puede continuar: yo soy el hombre á quien ese miserable esclavo ha visto en la tienda de la sultana—y el pirata señalaba la cabeza de Kaimo;—y yo... soy esposo de Mirian.

Hubo un momento de solemne silencio tras esta declaracion.

—¿Y por qué entonces, has hecho que los corsarios disparen sobre nosotros? dijo Sydi Yezid.

—Porque veníais furiosos, y era menester deteneros para que pudiéseis oír.

—Cuando nos encontramos en el campo, pudiste decirme lo que acabas de declarar, dijo el santón.

—Un traidor corria en aquel momento hácia la tienda de Mirian: la vida de mi esposa, de vuestra sultana, de la hija de los xerifes, de la heredera del santo mártir Sydi Juzef, asesinado cobardemente por su traidor sobrino Sydi Ahtmed, estaba en peligro: yo no podia detenerme á hablar: vosotros veníais de tal manera, que para evitar las consecuencias de un error de que despues cuando ya no hubiese podido remediarse, os hubiérais horrorizado, ha sido preciso deteneros á cañonazos.

—¡Dios es grande y misericordioso! exclamó depuesta ya la cólera, pero con una marcada expresion de recelosa desconfianza Sydi Yezid.

—Desde hoy, yo, esposo de Sayda Mirian, viviré á su lado, en su misma tienda: ya ha desaparecido el misterio: el que haya seguido el estandarte de Sayda Mirian, esperando ser su esposo, que se retire, que se vaya con Sydi Ahtmed: Sayda Mirian mientras yo viva no puede ser esposa de nadie.

—¡No! ¡no! ¡no! ¡todos seguiremos á la sultana! gritaron los amazirgas y los montañeses que cerca de la trinchera rodeaban á Aben-Shariar.

—Siendo yo esposo de Mirian, dijo el pirata, soy el sultan: los que no quieran reconocerme por sultan, que se vuelvan contra mí.

Una aclamacion inmensa respondió á estas palabras de Aben-Shariar.

Todos le conocian.

Todos sabian que era el corsario más formidable de los mares de Levante.

Todos admiraban su valor.

La mayor parte de los que componian el ejército de Mirian, habian visto peleando como un héroe al corsario en los campos de Alcázar-Kivir.

Les contrajo, pues, la energía, la fuerza, la bravura con que les hablaba Aben-Shariar, y los santones se vieron impotentes por el momento contra él.

Aben-Shariar, pues, lo dominó todo: restableció el orden en el ejército, y cada una de las kabilas se trasladó pacífica y contenta al lugar de su campamento.

XIII.

Pero no habia que fiar en la adhesion de los santones.

Ellos, dominados por las circunstancias, se habian visto obligados á ceder; pero era indudable que desde el momento harian cuanto estuviese de su parte para recobrar su predominio.

El ser Mirian hija de Sydi Juzef, la daba una terrible influencia sobre las kabilas, que al saber que Aben-Shariar era esposo de la hija del santon xerife, nada tuvieron ya que desear.

Mirian habia heredado entero el prestigio de su padre, y Aben-Shariar habia sabido hacerse admirar como valiente por aquellos feroces montaraces.

XIV.

A pesar de esto, el jóven corsario, conociendo que no se podia perder el tiempo sin peligro, y apenas las kabilas se habian retirado de las trincheras, se encaminó á la tienda de Mirian.

Pero dejando á sus bravos corsarios encargados de la defensa del recinto, para en el caso, no improbable, de que las kabilas vueltas de sus sentimientos hácia Mirian por los santones, acometiesen de nuevo el campamento real.

CAPITULO XIV.

De cómo Mirian y Gabriel encontraron cuando menos lo esperaban, un buen intérprete y un buen servidor en Aben-Shariar.

I.

Mirian y Gabriel habian estado á la puerta de la tienda durante aquel brevísimo combate.

Cuando cesó, Mirian entró precipitadamente en la parte de la tienda donde estaban sus tesoros, tomó de una de las arcas una espada, y la dió á Gabriel, no para que la defendiese á ella, sino para que se defendiese á sí mismo.

Cuando á la luz que Ayelah tenia en la mano vió Gabriel aquella espada, se estremeció de los piés á la cabeza.

Aquel estremecimiento no pasó desapercibido para Mirian. Le esperaba.

Con aquella espada habia pretendido poner á prueba á su esposo, porque aquella espada era la misma con que habia combatido en Alcázar-Kivir el rey don Sebastian.

Pero Gabriel se reprimió instantáneamente, y examinó la espada, la blandió, probó su temple, como si nunca hasta entonces la hubiera empuñado.

Sin embargo, Mirian exclamó:

—¡Sí, sí! ¡él es! ¡mi rey!... ¡oh! ¡yo no podia engañarme!

—¡No: Gabriel de Espinosa! dijo él, que aunque no habia

podido entender las palabras de Mirian, habia comprendido su pensamiento en la expresion de su semblante.

En aquel momento se oyeron los pasos de un hombre que se acercaba, y poco despues Mirian y Gabriel vieron delante de sí al pirata Aben-Shariar que los contemplaba profundamente, pero de una manera aunque sería y grave, pacífica y amistosa.

II.

—Afortunadamente, dijo despues de algunos instantes de observacion, y en buen lenguaje portugués Aben-Shariar, vuestro vestido es morisco, y por doble fortuna, esa valla es bastante alta para que no os vean desde afuera... entrad, señor rey: entrad.

Gabriel no contestó.

Estaba mirando con asombro á Aben-Shariar.

—¡Ah! ¡tú le conoces! dijo Mirian.

—Sí, contestó Aben-Shariar en árabe: es el rey cristiano que se perdió en la batalla de Alcázar-Kivir.

—¡Ah! ¡sí! ¡el rey! esclamó con alegría Mirian.

—¿Vos, sois por ventura renegado portugués? dijo con severidad Gabriel.

—Yo no soy renegado, contestó con acento firme Aben-Shariar: yo soy pirata, y os conozco.

—Os engañais.

—Entrad, señor, entrad; este no es lugar donde debemos hablar, y tenemos que hablar mucho: quedáos, sultana, añadió en árabe dirigiéndose á Mirian.

Mirian tomó la lámpara de manos de Ayelah, mandó á esta que se recogiese, y precedió al pirata y á Gabriel, llevándolos al centro de la tienda, esto es, á la habitacion comun de los esposos.

III.

Apenas entraron, Gabriel que estaba pálido, excitado, con-
vulso, dijo con voz ronca:

—Si yo fuera el rey don Sebastian de Portugal, ni consen-
tiría una vida deshonrosa, ni vestiria este traje que me deshon-
raria, ni seria esposo de una infiel: el rey don Sebastian ha
muerto en la batalla: yo le he visto morir una hora antes de
caer yo como muerto, entre los cadáveres: yo soy un aventurero
español, y me llamo Gabriel de Espinosa, natural de Toledo y
criado en la villa de Madrigal, donde tengo mi casa y mis pa-
rientes.

—¡Ah! ¡sois español! pues hablemos si os place en español,
añadió el pirata pronunciando sus últimas palabras en buen
castellano.

—¡Vos sois renegado! repitió Gabriel.

—No: insistió con energía Aben-Shariar: yo soy tunecino: los
Barbarrojas eran parientes de mi madre: mi padre era el almi-
rante de Kair-Edin-Barbarroja: en mi familia no ha habido un
solo renegado, ni le habrá.

—¿Cómo, pues, entonces hablais tan perfectamente el portu-
gués y el español?

—Como hablo el francés, el italiano y el maltés: yo soy cor-
sario.

—¡Pirata!

—Arraez del bey de Tunez, que hace la guerra eterna sobre
el mar á los cristianos: dentro de poco y porque es necesario,
estareis sobre el combés de mi galeota: despues, en mi casa de
la Goleta, en Tunez: comprendereis cómo puedo yo hablar y ha-
blo tantos idiomas: los galeotes que reman en los bancos de mi
nave, son portugueses, españoles, italianos, franceses, malte-
ses; en los jardines de mis palacios de Tunez y de la Goleta tra-
bajan cautivos de todas estas diferentes naciones: mi padre que
desde muy temprano me llevó consigo á sus expediciones mari-
timas, quiso que yo fuera un corsario como muy pocos, y me
hizo aprender de sus cautivos sus diferentes idiomas. Yo, hom-

bre ya, cuando aún vivía mi padre, he viajado mucho por Europa: portugués me han creído en Portugal, en España español, francés en París, en Venecia italiano: yo sabía cuando un rico convoy iba á salir de uno de los puertos cercanos del Mediterráneo, y siempre había una pequeña almadía puesta á mis órdenes, por la cual enviaba yo aviso á mi padre de la salida del convoy y de su rumbo: mi padre le esperaba con sus naves y le apresaba: yo era muy rico antes de heredar á mi padre, porque yo tenía parte en las presas, que eran frecuentes y considerables: despues de haber heredado á mi padre, soy más rico que el sultan de Marruecos, que el bey de Tunez y que el bey de Argel, todos juntos. Yo puedo hacer y haré, por vos y por vuestra esposa, lo que vos no podeis ni aún soñar. Llegará un día en que os asombrareis de lo que es el corsario Aben-Shariar.

—Me alegraré; porque el asombro será para mí una cosa nueva.

—Sé que sois tan valiente, que dais en temerario, y para ello basta el ver cómo os habeis venido á África.

—¡Como aventurero!

—En buen hora, porque os habeis metido en una grande aventura, que os ha salido mucho mejor de lo que habeis podido esperar.

—Pues os juro, que si yo fuera el rey don Sebastian, me quitaría la vida.

—¡Ah! os remuerde la sangre del ejército que habeis traído para que se pierda al África.

—¡Ira de Dios! ¿y quién os dice que yo soy el rey don Sebastian? dijo ya fuertemente disgustado Gabriel.

—Os conozco personalmente: he hablado con vos.

—¿Dónde?

—En las aguas de Oporto.

—Nunca he andado embarcado por esas aguas.

—En una ocasion, montaba yo una galera que iba cargada de pasas, de las que como sabeis se hace un gran consumo en Portugal: porque yo, á veces soy tambien mercader y negociante: en aquella ocasion, mi nave era lo más inofensivo del mundo; no llevaba ni un solo cañon á bordo: mi marinerage era un buen marinerage holandés, que me creían genovés, ni

más ni menos que como vos me habeis creído portugués primero y despues español: íbamos llegando á la entrada del puerto, cuando cambió el viento y la mar empezó á picarse, y se picó tanto que se puso incontrastable, de tal modo, que un bergantín portugués que teníamos á la vista desarboló, hizo agua, y se fué á pique: solo quedó una lancha cargada de náufragos entre los cuales iba el rey de Portugal.

—Ya decia yo, que nunca habia estado en las aguas de Oporto.

—Sin embargo, yo os saqué por los cabellos cuando os sumergiais, como os sacaré de aquí donde estais próximo á sumergiros.

—Mucho hicisteis por el rey de Portugal, que debió agradeceréoslo, como yo os agradeceré lo que hagais por mí y... por mi esposa.

—El rey de Portugal me dió una rica sortija que conservo allá en Tunez entre mis alhajas como memoria del rey.

—Yo no puedo daros nada: soy un cautivo.

—Cautivo de amor de la mujer más hermosa y más noble de la tierra: y en cuanto á darme, juro á Dios que me quitais...

—¿Y qué os quito?

—Me habeis quitado á Mirian.

—¿La amábais?

—Mirian me ha conocido despues que á vos.

—Decidme, decidme cómo y por qué habeis conocido á Mirian.

—Voy á decíroslo: pero antes necesito explicar á vuestra esposa en árabe, lo que hemos hablado en español: calla y es prudente: pero sufre, y yo no quiero que sufra. Despues os contaré cómo y por qué la he conocido yo.

IV.

Aben-Shariar tradujo al árabe para Mirian lo que habia hablado en español con Gabriel.

—¿Y estás seguro de que es el rey don Sebastian? preguntó la jóven al pirata alentando apenas.

—Tan seguro como de lo que soy yo mismo, respondió Aben-Shariar.

—Pero lo niega tenazmente.

—Eso mismo prueba más que es el rey.

—¡Oh! ¡quién sabe! dicen que los españoles son tan soberbios que todos parecen reyes.

—Pero donde está la soberbia de un portugués, no hay soberbia que se iguale: está avergonzado de la derrota, sufre el remordimiento de haber traído tanta gente á la muerte: ve sobre sí los ojos acusadores de todos los reyes cristianos, y prefiere pasar por muerto.

—Pero eso, dijo Mirian, es ser muy noble y muy grande.

—Es ser muy soberbio: más se perdió en Lepanto, y sin embargo...

—Ali-Bajá se hizo matar por los cristianos cuando vió perdidas sus escuadras.

—Ali-Bajá era el general del gran turco; no era él quien habia pensado la empresa; fué Solimán, y á Solimán no le pasó ni aún por el pensamiento, dejar de ser sultan, porque su empresa temeraria habia tenido un fin funesto: no: reconstruyó de nuevo su escuadra destruida, y á los dos años volvía á ser tan formidable en los mares, como lo habia sido antes del combate de Lepanto: de fuertes es resistir las adversidades, y no ensoberbecerse con los triunfos: el que porque es vencido se deja morir, se parece á los gorriones viejos, que cuando los cogen no comen y mueren de hambre. Luchar, y luchar, y luchar siempre: hé aquí el verdadero valor.

—¿Qué decis? dijo Gabriel que á su vez estaba impaciente porque no comprendia el árabe.

—Decia yo, respondió Aben-Shariar, ó más bien afirmaba yo á Sayda Mirian, que tú eres el rey don Sebastian.

—¿De qué manera he de decir yo que soy Gabriel de Espinosa, y que os equivocais, por la gran semejanza que tenia conmigo el pobre rey don Sebastian? ¿De qué manera he de decir que yo no hubiese cometido la gran imprudencia que él cometió, viniéndose como se vino al África?

—Tú has venido tambien.

—Un soldado va bien á todas partes, y á ninguna va mejor

un aventurero, que allí donde son grandes y terribles las aventuras: ¿y qué aventuras mayores podían haberme sucedido? No creas que he caído yo en valde sobre el campo de batalla: dos horas enteras he estado matando á mi placer, hasta que mi armadura empezó á romperse y á cansarse mi brazo: cinco veces he mudado de caballo.

—Cinco caballos mudó el rey don Sebastian.

—Eso quiere decir que el rey y el soldado cada cual por su parte llevaban igual el juego.

—Te se ha reconocido por los tuyos muerto en el campo.

—Los míos se han engañado como te engañaste tú, y nada tiene de extraño, porque yo soy la viva imagen del rey de Portugal.

—Yo he visto en Alcázar-Kivir un cadáver que se os parece, y que yo creí por el momento que érais vos; pero cuando os he visto, no he tenido duda: yo recuerdo vuestra voz, vuestro gesto: yo no puedo olvidarme de aquel real mancebo á quien yo salvé hace dos años en las aguas de Oporto.

—Os repito que yo no me he embarcado jamás sino para venir á Africa con mi rey.

—No me convencereis jamás, y dad gracias á Dios de que yo os haya reconocido, porque solo á un rey tal y tan valiente y tan desgraciado como vos, vería yo sin cólera y sin venganza esposo de la sultana Sayda Mirian.

Pasó un relámpago sombrío por los ojos de aquel misterioso personaje, rey ó soldado, que se daba á sí mismo, sin otra prueba, el nombre de Gabriel de Espinosa.

—Puesto que no habeis de convenceros, dijo Gabriel, concluyamos: casi, casi, estoy por afirmaros en vuestro error, y llamar-me don Sebastian de Portugal, en vez de Gabriel de Espinosa.

—¿Y por qué no lo hacéis? ¿temeis que yo os haga traición?

—Yo no temo nada, corsario: nada más que al poder de Dios, dijo de una manera tal Gabriel, que Aben-Shariar se sintió dominado: y acabemos de una vez la porfía: si yo soy el rey don Sebastian, quiero que se me llame Gabriel de Espinosa; y siendo como soy Gabriel de Espinosa, no quiero que se cambie mi nombre ni por el de un rey: sepamos cómo habeis conocido vos á mi esposa, y acabemos.

—Yo asistí con las galeras de Túnez á la batalla de Lepanto, dijo Aben-Shariar obedeciendo al misterioso extranjero: era entonces muy jóven, y mi padre, ya viejo, fué herido de muerte: con suma dificultad, favorecidos por la misericordia de Dios, la galeota de mi padre pudo escapar entre la confusion y el estrago por medio de las galeras de la Liga, y llegar despues de algunos dias de dura navegacion á Túnez.

Las heridas de mi padre eran tan graves, que ni aún esperanzas se tuvieron de salvarle.

Una noche, de las últimas de su vida, me llamó y me dijo:

—¡Yahye! (yo me llamo Sydi Yahye-ben-Shariar:) mi hora se acerca; siento el ruido de las alas del arcangel Azrael, que vuela hácia mí; pero paso tranquilo de esta vida á otra mejor, porque viviendo tú, yo no muero del todo; tú me continúa: tú eres digno de mí: toma esta llave: es la de las cuevas de nuestro palacio: en ellas hay grandes tesoros; con ellos y con tu valor, eres tanto como un rey: yo no he tenido más mujer que tu madre, ni más hijos que tú: sin embargo, te dejo una hermana, una hermosísima jóven, que aunque no es hija mia, yo la amo como tal.

—¿Y quién es esa hermana, señor? pregunté á mi padre.

—Una noche, me respondió el anciano, bogaba yo á la vista de Mogador: mis corsarios, habian echado la lancha al agua para pescar lampreas: estaba, á alguna distancia de la galeota: de repente, oí en la lancha una gran gritería, una inmensa algazara: luego ví que la lancha venia forzando sus remos hácia la galeota: cuando mis corsarios subieron á bordo, me dejaron ver una mujer jóven y hermosísima que traian desmayada.

—¿De dónde diablos ha salido esta huri? dije yo á mis corsarios.

—La hemos pescado, Sydi, me contestaron.

—Pues por Salomon, repliqué, si estas aguas dan tan buena pesca, será necesario estar echando en ellas continuamente nuestras redes.

Entonces mis hombres de mar me mostraron un gran saco de cuero rasgado por un puñal: uno de esos terribles sacos en que se arrojan al mar las adúlteras.

Lo comprendí todo: habian cosido de una manera tan

fuerte la boca del saco, que el agua no habia podido penetrar, y el saco con la mujer se habian mantenido á flote, y habia sido arrastrado por las olas.

Yo debí dejar pasar la justicia de Dios, porque una adúltera merece la muerte; pero tuve compasion de aquella hermosísima niña, y la recogí en mi cámara.

Pero el terror, el largo tiempo que habia permanecido encerrada en el saco, habian puesto en peligro su vida, y hacian imposible su larga permanencia á bordo.

Túnez estaba muy lejos.

Era necesario dejarla en un lugar próximo, y en poder de una persona de confianza.

Yo no conocia en todo Marruecos más que á un buen fakí, y este moraba dos leguas tierra adentro por la parte de Larache, en un pequeña mezquita de la ciudad de Alcázar-Kivir.

Allí llevé la hermosa jóven que Dios y la mar me habian confiado.

Allí recobró la salud, y allí se quedó: allí continúa.

Esa jóven es un misterio: cuatro meses despues de llegar á la casa de Aben-Balkin, que es el fakí á cuyo cuidado la entregué yo, dió á luz una niña, á quien por su grande hermosura se puso por nombre Fatimatu 'l-Noemi: enamoráronse Gulnarah—así se llama la hermosa salvada de las aguas—y el fakí Aben-Balkin, y se casaron: poco despues tuvieron otra niña, á quien se puso por nombre Aydamarah.

Yo he sido padre de Gulnarah; yo he entregado todos los años á Aben-Balkin una gran suma para que atienda á la comodidad y regalo de Gulnarah y de sus hijas: sé tú hermano de la primera, y padre de las segundas: tesoros te dejo, y eres generoso y bueno: bástete saber que yo amo á esta familia, y has por ella todo lo que pudieres.

Murió mi padre al dia siguiente, y en mi primer viaje fuí á visitar á la familia que mi padre me habia dejado encomendada: me dí á conocer, y dejé una fuerte suma.

Volví al año siguiente, y sucesivamente siete años, por el Rhamazan de cada uno.

A cada año que iba, encontraba más crecida y más hermosa á una de las hijas de Gulnarah: á Fatimatu 'l-Noemi: al

fin, en el penúltimo año la encontré convertida en una hurí: mirad á Mirian y habreis visto á Fatimatu 'l-Noemi: con la sola diferencia de que Mirian es más altiva y es blanca, y Fatimatu 'l-Noemi, humilde y morena como el sol.

—¿Y por qué se parecen tanto vuestra esposa y mi esposa? dijo Gabriel.

—Por lo mismo, sin duda, por que vos os pareceis al cadáver que está en Alcázar-Kivir: porque son hermanas.

Gabriel se estremeció: pasó por sus ojos una sensacion indefinible, y palideció.

—Puede ser, murmuró en voz ronca é ininteligible: el príncipe don Juan estuvo en Castilla, en Valladolid, por el mismo tiempo en que la infanta doña Juana dió á luz un príncipe: Madrigal está á dos leguas de Valladolid... el príncipe don Juan de Portugal murió por aquel tiempo en Castilla... ¡oh! puede ser...

—Sí, puede ser, observó el pirata que habia entendido las últimas palabras de Gabriel, que vos y el cadáver de Alcázar-Kivir, esto es, que el rey y el soldado seais hermanos de padre, por lo que nada tiene de extraño vuestra admirable semejanza.

Gabriel volvió á estremecerse y á ponerse densamente pálido.

—Pero continuó mi relacion, dijo el pirata: este año vine más pronto que los anteriores: me empujaba el amor de Fatimatu 'l-Noemi, y necesitaba hacerla mi esposa; llevármela conmigo.

Se estaban preparando las bodas, cuando he aquí que llega la noticia de que el rey de Portugal venia sobre Africa en ayuda de uno de los xerifes que hacian la guerra por el trono de Marruecos.

Pero esto lo sabeis.

Yo estaba en Alcázar-Kivir cuando los dos ejércitos se avistaron, y entraron mis corsarios en batalla con el xerife Abd-Allah, á quien vosotros ayudábais.

Reposaba yo al dia siguiente de la batalla, cuando se me presentó aterrado Aben-Balkin: en su casa habia muerto de repente el más venerado de los xerifes del imperio, el santo ana-

coreta, que si hubiese querido hubiera subido al trono de Marruecos, Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hhayzari-el-Merini, morabito de Ain-Al-Mokazen, y padre de la sultana Sayda Mirian, vuestra esposa.

—¡Esposo acaso de Gulnarah! dijo Gabriel.

—Sí, y padre de Fatimatu 'l-Noemi.

—¿Y dónde están la madre y las hermanas de mi esposa? dijo Gabriel.

—En mi palacio de Túnez, á donde vosotros ireis tambien.

—¿Y por qué?

—Porque aquí estais en peligro: esta misma noche vamos á partir.

Aben-Shariar explicó brevemente en árabe todo lo que habia hablado con Gabriel, á Mirian, y la resolucion que habia tomado.

V.

—No, no partiré, dijo Mirian contestando en árabe á Aben-Shariar: él ha perdido un trono, y yo quiero darle otro.

—Te perderias y le perderias, Mirian, dijo Aben-Shariar: es preciso ser razonables: por ahora, yo lo domino todo; pero muy pronto mi dominio habrá pasado: acaso mañana: los santones están recelosos; no he podido convencerlos; han cedido por el momento, pero no pararán hasta ver si realmente se oculta un cristiano en tu tienda: con que les dejemos tiempo, todo se habrá perdido.

—Y bien, ¿no tenemos poder bastante para reprimir la rebeldía de los santones?

—No: los hombres de Dios cumplen con su deber: ellos no pueden permitir que seas esposa de un cristiano: tus amores por ese hombre te roban la confianza y el amor de los que te siguen, y yo mismo me hago una gran violencia encubriendo lo que existe dentro de tu tienda: es necesario para ello, no menos que el amor que te tengo...

Mirian hizo un movimiento de enojo y de altivez.

—Y el amor que tengo á tu hermana Fatimatu 'l-Noemi, añadió tranquilamente Shariar.

—¿Crees tú que es de todo punto necesario que huyamos? dijo Mirian.

—Antes de que amanezca estarás á bordo de mi galeota, y bogando en rumbo á Túnez: una vez en Túnez, nada temo.

—¿Y vendrá mi rey conmigo?

—Sí, pues le amas; pero quiera Dios que estos amores no te sean fueustos, Mirian.

—Cúmplase la voluntad de Dios: dijo la jóven.

VI.

—Decíamos Mirian y yo, dijo el pirata en español á Gabriel que habia estado profundamente abatido mientras la jóven y el corsario estuvieron hablando en árabe, que es necesario partir, porque tu vida está aquí en peligro.

—¡Y qué importa mi vida! dijo sonriendo de una manera amarga Gabriel.

—Importa mucho, porque Mirian te ama: un esclavo traidor ha vendido vuestro secreto á los santones, y aunque yo he muerto al esclavo y he protestado que Mirian es mi esposa, los santones desconfían.

—¡Un caballo, una lanza y tú conmigo y con tu gente, y no me queda un santón con cabeza! dijo con una energía incontrastable y con la fiebre del valor Gabriel.

—Buena gente habeis traído de Portugal, y sin embargo.....

—Al rey don Sebastian le perdieron la impaciencia y la confianza... nos perdieron á todos; pero ahora...

—Ahora seria como antes... basta de locuras... voy á enviaros un traje árabe, armas y un caballo: mejor, os los traeré yo mismo: en tanto, dejadme hacer. Tú, sultana, dijo, prepárate á marchar: yo traeré camellos donde cargaremos tus tesoros y tu tienda. Adios.

—¡Huir! dijo Mirian.

—Es preciso, replicó el pirata, y Dios quiera que podamos llegar salvos á la costa.

Y sin decir una palabra más, salió de la tienda, y despues, de la estacada que la rodeaba.

VII.

—¡Kaid! dijo apenas se encontró en la primera guardia.

Un corsario negro como el ébano, acudió á la voz de su arraez.

—Diez camellos al momento: tráelos aquí junto á la poterna de la estacada. Ve.

El corsario se perdió entre la sombra.

—¡Kaor! dijo Shariar.

Acudió otro corsario.

—A caballo, Kaor, dijo el pirata: parte á rienda suelta, y vete á la costa: la galeota está á una legua del puerto de Larache entre los barrancos de las rocas Bermejas: que esté preparada para hacerse á la mar en cuanto reciba aviso. Vete.

Kaor se perdió tambien en la sombra.

—¡Darkaidar! gritó de nuevo el jóven.

Otro corsario negro se le presentó en el momento.

—Monta á caballo, y busca en el campamento al santon Sydi Yezid: dile de mi parte, que reuna á los santones en su tienda; que yo voy al momento. Ve.

Darkaidar desapareció.

—¡Zuar! dijo el pirata.

Apareció un cuarto corsario.

—Que monten á caballo mis marinos: que cabalguen tambien los seis mil ginetes amazirgas de la kabila de Beni-Zeytun: que se preparen para marchar los ginetes de Kamsa y de Mansura: que los escopeteros y los espingarderos de Beni-Alaksa y de Beni-Rofarull, salgan de las trincheras y se unan á las kabilas del santon Sydi Yezid. Vete al momento.

Desapareció Zuar, y Aben-Shariar grito de nuevo:

—¡Daimiell!

Un ginete corsario se presentó á su capitán.

—A caballo tú y los que quedan de los míos: que me traigan mi caballo y mi lanza.

VIII.

Cinco minutos despues, Aben-Shariar salia de las trincheras seguido de veinte y cinco corsarios á caballo, atravesando el nuevo campamento musulman en direccion á su centro, donde se levantaba la tienda del santon Sydi Yezid.

Cuando Aben-Shariar llegó á ella, desmontó y entró con la altivez de un sultan que honra con su presencia la tienda de un vasallo.

Ya estaban reunidos allí con Sydi Yezid otros veinte santones, más ó menos viejos, más ó menos venerados, pero todos feroces, todos recelosos.

—Hoy, dijo con voz vibrante y seca Aben-Shariar desde la puerta y sin saludar á los santones, se ha cometido una grande imprudencia por vosotros, hombres de Dios, que debeis ser siempre sábios y prudentes: habeis prestado oído fácil á un miserable esclavo que yo me he visto obligado á castigar por mi mano, y habeis acometido las trincheras de mi campamento imperial.

Tronaba la voz de Aben-Shariar firme y colérica, como en igual situacion hubiera podido tronar la de un sultan asegurado en el trono por una sucesion de victorias.

Shariar probaba un golpe audaz, único medio de salvar á Mirian y á Gabriel.

Y era tan bravo, tan sereno, tan dominador, y le importaba tanto salvar á Mirian, que los santones se sintieron subyugados y balbucearon algunas quejas.

—¡No me repliqueis! continuó creciendo en ansiedad el jóven corsario: ¡habeis cometido delito de traicion y vuestras cabezas son mias!

Corrió el frio del pavor por los miembros de aquellos veinte hombres.

No sabian si estaban cercados ó vendidos.

Tenian miedo.

—Habeis abandonado el combate al frente del enemigo, con tinuó á cada momento más terrible Aben-Shariar; habeis calum-

niado á la sultana que habeis aclamado; habeis puesto en su limpia honra vuestra lengua infame; habeis acometido sus reales y ha sido necesario que yo, vuestro señor, porque soy esposo de la sultana, os reciba á cañonazos: como os contuve entonces os contendré siempre: Dios pelea conmigo, porque conmigo van la razon y la justicia: vuestro crimen no puede quedar impune: habeis alentado al enemigo dejándole ver un combate entre nosotros, y es necesario que antes de que el enemigo salga á buscarnos, vayamos á buscarle dentro de sus muros: yo soy con vosotros misericordioso: pero quiero que vayais á lavar vuestro crimen peleando como leones al frente de Larache.

IX.

Una casualidad, más bien, un suceso que podia preverse, vino á favorecer los intentos de Aben-Shariar.

Acababa apenas de pronunciar sus últimas palabras, cuando de allá del extremo del campamento más próximo á Larache, se oyeron disparos de espingarda, pocos al principio, pero instantáneamente repetidísimos y nutridos.

—¡Oid! exclamó con cólera y con verdadera audacia Aben-Shariar: sucede lo que era de temer: Sydi Ahtmed nos acomete.

—Hemos cometido una imprudencia grave, dijo el santón Sydi Yezid; pero la repararemos vertiendo nuestra sangre por la noble sultana que hemos aclamado y por tí que eres su esposo: ¡á las armas contra Sydi Ahtmed! añadió desnudando su yatagan y lanzándose fuera de la tienda.

Pero á su puerta le detuvieron algunas gentes de las kabilas.

—Los de Larache están encima, dijo el kaid que los mandaba, y parece que la tierra arroja miles de enemigos sobre nosotros: las escuadras han llegado esta noche, segun avisan los vigías de la costa, y han desembarcado mucha gente y buena.

—Sydi Yezid, exclamó Aben-Shariar, ha llegado el momento de que pruebes tu valor: yo no puedo ponerme á vuestra cabeza.

—Tú eres nuestro señor.

—El resultado de la pelea es dudoso, y mi primer deber es

salvar á la sultana y sus tesoros: combatid como leones, amigos míos, que en cuanto la sultana esté en salvo, yo volveré á combatir con vosotros.

Y sin decir más, Aben-Shariar montó á caballo, y seguido de sus corsarios se lanzó á rienda suelta á las trincheras.

X.

Allí estaban ya los camellos.

Mirian y Gabriel completamente envueltos en haikes, esperaban.

Los seis mil amazirgas y otros dos mil ginetes de las kabilas, estaban á caballo y preparados al combate, que se oía un cuarto de legua más allá hácia el Oriente, cada vez más travado y más atronador.

No habia un solo momento que perder.

Los cofres del tesoro de Mirian fueron puestos en los camellos.

En uno de ellos montó Mirian: en otro, completamente vestido de árabe y cubierto el rostro con el extremo de la toca, Gabriel: en otro, Ayelah.

Entonces se emprendió la marcha hácia el occidente.

Los camellos iban escoltados por Aben-Shariar y sus treinta corsarios negros, detrás iban los seis mil ginetes amazirgas, y por último los dos mil caballos de las kabilas.

Aquello no era marchar; era huir.

Rápidamente aumentada la distancia que los separaba del campo de batalla, el ruido de esta disminuía.

Una hora despues de haberse puesto en marcha los fugitivos, estaban embreñados en los desfiladeros de las montañas de la costa, y nada se oía del combate.

La noche era oseura y lóbrega, y solo la práctica podia llevar á aquellos hombres sin extraviarse.

Solo se oía el ruido de los pasos de los caballos y las voces con que sus conductores estimulaban á los camellos.

Durante algun tiempo nada se oyó más que esto.

Pero de repente se oyó un largo y ténue silbido entre las

gargantas, y el zumbido del ramaje de los pinos y de las encinas.

—¡El nordeste! exclamó con voz sombría Aben-Shariar.

Y poco despues se oyeron los mugidos del viento que crecía rápidamente en fuerza, y no muy lejos un rumor sordo al principio, que fué creciendo hasta hacerse sonoro y atronador.

Era el cercano mar.

Huian de un peligro, y daban en otro.

La tempestad se desencadenaba, y acaso la galeota de Aben-Shariar no podria esperar junto á aquella costa brava, sin exponerse á perecer.

—Sydi, dijo uno de los corsarios á Aben-Shariar; al revolver de esta rambla, está la pequeña playa de las Rocas Bermejas: yo no me fio de estos ocho mil que vienen con nosotros: manda hacer alto.

—¿Y para qué, Zuar?

—Lo que importa es salvar á la sultana y sus tesoros.

—Sí, primero la sultana y los dos esclavos que la acompañan.

—Es necesario avisar á la galeota, para que enfile la rambla, y despues cuando hayamos pasado nosotros, dispare sobre los que vienen detrás.

—¿Pero y qué razon hay para ello?

—Los he oido murmurar desde que nos acercamos á la marina.

—Pues bien, parte, avisa á la galeota y vuelve al momento.

XI.

Zuar partió, y Aben-Shariar hizo detener en la rambla á los camellos y á parte de sus ginetes. El se quedó con la otra parte, cerrando la pequeña garganta, más allá de la cual, en un estrecho valle, se agrupaban los ocho mil ginetes kabilas.

Por el momento nada se oia entre aquellos hombres que inspirase recelo: lo que en ellos reinaba era un rumor característico, natural en una tal aglomeracion de hombres y caba-

llos, y este rumor se perdía entre los silbidos del nordeste, cada vez más fuerte, y los bramidos del mar que crecían.

Pero á medida que pasaba tiempo, el rumor de aquellas gentes aumentaba, se iba convirtiendo en estruendo, se iba haciendo amenazador.

Se comprendía que recelaban de aquel alto, ya demasiado prolongado.

Aben-Shariar empezaba á aterrarse: el valor era ya inútil: inútil la energía y la intimidación contra aquellas gentes bravías, si habían llegado á sospechar la verdad.

Además, podía suceder muy bien que hubiesen tentado su codicia los tesoros que consigo llevaba la sultana, y estuviesen resueltos á impedir que aquellos tesoros se les fuesen de entre las manos.

Aben-Shariar solo tenía quince hombres para oponerse á la acometida de aquellas ocho mil fieras.

Porque un montaráz y una fiera, son una misma cosa.

XII.

Pasó una hora larga desde que Zuar y tras él Mirian, Gabriel, Ayelah, los camellos y parte de los corsarios de Aben-Shariar, habían atravesado la rambla y perdidose entre los barrancos, y en aquel tiempo la tempestad había crecido de una manera terrible, y la oscuridad se había hecho profundísima.

Ni un solo relámpago iluminaba por un momento aquellas tinieblas.

Aben-Shariar se dominó: aquella tempestad, aquella oscuridad, la lluvia que caía á torrentes, le protegían, y probó dirigirse al barranco donde debía estar amparada su galeota.

Pero apenas dió la orden de marchar á sus corsarios, cuando sintió su caballo detenido por la brida.

Algunos kabilas enviados por el resto de sus compañeros, habían aprovechado aquella oscuridad, aquel estruendo de los elementos, se habían deslizado silenciosos hasta donde estaba Aben-Shariar, y le espían de cerca.

—¡Pié á tierra, amigos míos, gritó Aben-Shariar, y á la caleta del barranco el que pueda!

Y se deslizó de la silla, y conocedor del terreno atravesó á la carrera la rambla, se torció por un largo barranco, y muy pronto le dió en los ojos el resplandor de algunas antorchas.

Cuando él llegó, encontró á Zuár que iba á buscarle:

—Pronto, dijo, pronto, Sydi, á la lancha: todo está ya embarcado: hasta los camellos.

En aquel momento se oyó una gritería horrorosa, á la que siguieron disparos de cañon.

Los que causaban esta gritería eran los kabilas, que habiendo conocido ya perfectamente la situación, se lanzaban sobre los fugitivos.

Pero la galeota enfilaba la rambla, y fondeada en una caleta muy abrigada en que se hacia poco sensible la tempestad, disparaba sobre aquellos hombres.

Los kabilas se volvieron de frente, por donde les venia el fuego, y algunos se arrojaron al agua para tomar la galeota; pero la marejada era fuerte, y no la pudieron vencer.

Entre tanto, Aben-Shariar se metia entre la mar con sus quince corsarios, llevando los caballos por el agua á nado.

Poco despues, hombres y caballos se encontraban á bordo de la galeota.

—!A tomar la vuelta de afuera! gritó el corsario entrando de lleno en sus funciones de marino.

La galeota obedeció instantáneamente.

—Tenemos el tiempo por la proa, dijo Aben-Shariar; pero no importa; si nos detenemos aquí, pronto tendríamos sobre nosotros la artillería de Sydi Ahtmed, que nos obligaría á rendirnos: ¡á la mar! ¡á la mar!

Y la galeota maniobrando admirablemente, tomó la vuelta de afuera, y poco despues estaba en franquía, luchando con la tempestad.

XIII.

Entretanto, los ocho mil de las kabilas se arremolinaban en la rambla.

La artillería de la galeota habia disparado contra ellos ca-

denas, fragmentos de hierro y piedras, y les habia causado un horrible destrozo.

Las maldiciones, los alaridos, los gemidos, se escuchaban por todas partes.

De repente se sintió á retaguardia gran estruendo de caballos que avanzaban á la carrera, que llegaron y embistieron contra los ginetes de las kabilas que habian acompañado á Mirian.

Eran algunos miles de ginetes, mandados por el mismo sultan Ahtmed en persona.

Pero no habia combate posible: las kabilas se rindieron sin resistir, y declararon á voces que la sultana y los que la acompañaban se habian hecho á la mar.

Sydi Ahtmed se enfureció: hizo un horrible destrozo en aquellos hombres, que no habian cometido otro delito que haber sido engañados, y se volvió con cuanta rapidez le permitian lo tenebroso de la noche y lo áspero del terreno, á Larache.

Inmediatamente una multitud de galeras corsarias, de las que habian llegado á principios de la noche á Larache, se hicieron á la mar á pesar del temporal, para dar caza á la galeota en que huia la sultana Mirian.

Pero Shariar habia previsto esto: habia hecho prodigiosos esfuerzos, y habia logrado dejar atras á Larache, antes que le pudieran dar caza las galeras corsarias que habian salido del puerto.

El tiempo habia cambiado, y la galeota con rumbo al Estrecho, largado todo su velámen, navegaba con el viento en popa lanzada por la mar.

Al amanecer pasó el Estrecho, entrando en el Mediterráneo.

El huracan se habia convertido en viento fresco, y Dios daba al mar un hermosísimo dia.

XIV.

La galeota de Aben-Shariar era un buque terrible, largo, estrecho, bajo de borda, con tres palos á que se aferraban tres formidables velas latinas con una sola banda de remos, pero lar-

ga, servida cada una por cien forzados, habiendo tres en cada banco para cada remo: llevaba cuatro gruesos cañones en crujía, otros cuatro á popa, y diez y seis por banda: tenia estrechas y fáciles las salidas de agua, como uno de nuestros modernos clippers, y obedecía al timon y á la maniobra, como un caballo blando de boca: era completamente negra, y la rapidez de su marcha, el número de su artillería, su longitud, lo reducido de la altura de su obra muerta, y sus tres agudas velas latinas, la hacian parecer un dragon alado que volaba sobre el mar siempre en busca de una presa.

Difficilmente se hubiera encontrado entonces un buque tan bien armado, tan ligero, tan fuerte, tan formidable.

Para completar lo terrible de su aspecto, llevaba izada á popa una gran bandera de tres puntas de color rojo-sangre, cruzada diagonalmente por una ancha banda negra.

Esta era la divisa del tremendo corsario Yahye-Aben-Shariar, del pirata más temido de los mares de Levante.

Esta galeota se llamaba la *Leona*, y ella sola hubiera bastado para batirse con ventaja con una escuadra.

La tripulaban doscientos cautivos forzados, de diversas naciones del Mediterráneo, puestos al remo: cuarenta marinos bereberes, y sesenta corsarios negros de combate, á los cuales pertenecian los treinta con que Aben-Shariar habia asistido á la batalla de Alcázar-Kivir.

XV.

La *Leona* habia salido sin otra lesion que algun velacho rifado, del duro temporal de toda la noche, mientras que las galeras que habian salido de Larache á darla caza, se habian visto obligadas á recogerse al puerto con grandes averías.

Sydi Ahtmed rugió de cólera cuando vió que su prima la sultana Sayda Mirian habia escapado de sus manos, y sació su cólera cortando la cabeza á los santones que la habian llevado con sus kabilas un ejército y la habian proclamado sultana, causando una guerra civil de dudosos resultados, si Mirian no hubiera amado á Gabriel y hubiera tomado por esposo á Aben-Shariar.

Sydi Ahtmed coronó los muros de Larache de cabezas, y en medio de ellas se coronó emperador.

Inmediatamente envió un mensajero con una carta al bey de Tunez, reclamándole la persona de su prima la sultana Mirian, y la cabeza del corsario Aben-Shariar.

El bey de Tunez, que apreciaba por su valor al jóven corsario de una manera decidida, contestó á Sydi Ahtmed en las siguientes frases, con un laconismo verdaderamente espantoso:

—Ven por tu prima y por la cabeza de mi arraez.

El sultan Sydi Ahtmed no fué.

Algunos dias despues, una escuadra castellana llevando á su bordo un enviado del rey Felipe II, recogió en Larache el cadáver que se decia ser del rey don Sebastian, y los cautivos de la batalla de Alcázar-Kivir, mediante un crecido rescate.

XVI.

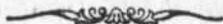
Al siguiente amanecer de aquel en que Aben-Shariar sacó de Marruecos á Mirian y á Gabriel, fondeó la Leona delante de unos hermosos jardines en la rada de Tunez.

Aquellos jardines pertenecian al magnífico palacio de Aben-Shariar.

En aquellos jardines saltaron en tierra Mirian y Gabriel.

Tristes los dos: ella, porque no habia podido dar un trono á su amado: él... la causa verdadera de su tristeza la sabian él y Dios.

SEGUNDA PARTE.



ESTEFANA BARBARIGO.

CAPITULO PRIMERO.

La policía de Venecia.

I.

Empezaba á amanecer.

La mañana era límpida y fresca, y amortiguado el resplandor de las estrellas por la ténue y blanca claridad que se levantaba sobre el plateado horizonte del mar, el cielo estaba lleno de una encantadora languidez, de una belleza misteriosa.

Solo se oía el toque soñoliento de la campana que llama á misa de alba.

Venecia, en la cual nos encontramos, dormia aún.

Todo era poesía y misterio en aquellas horas melancólicas, en la hermosa ciudad levantisca, alzada sobre el Adriático, con sus oscuros y largos canales, sus palacios sombríos, sus jardines mudos y solitarios.

Por los desiertos canales no se deslizaba una sola góndola, ni se oía ese canto monótono del gondolero, que durante el día y las primeras horas de la noche, es el ruido más característico de Venecia.

Y el día empezaba á indicarse apenas: aún faltaba una hora para que fuese de día claro.

II.

En una calle de casas estrechas, entre las cuales se extendía y se extiende un canal ancho solo cuanto bastaba para que pudiesen cruzarse rozándose dos góndolas, había un palacio, que se partía ocupando una gran extensión de la calle por los dos lados, que se comunicaba entre sí por altos y sombríos arcos alzados, cruzando el canal.

La arquitectura de este palacio, era seca y severa, pero pura, del Renacimiento, aunque con algunos resabios levantiscos en sus cornisamentos y en las torrecillas levantadas sobre su ático.

Una gran puerta con un balcon encima, daba paso á un ramal del canal, que penetraba hasta dentro de su soportal, sostenido por robustas pilastras: rejas voluminosas en el piso bajo, cuyas luces eran estrechas y profundas: en el piso principal balcones estrechos y profundos tambien, excepto el del centro, que era ancho y de arco, sobre el cual lucía un enorme escudo de armas esculpido en piedra: estas rejas y estos balcones, separados por pilastras rebajadas ornamentadas con labores rafaescas en bajo relieve: sobre los balcones y entre las pilastras, óvalos, corriendo entre el piso bajo y el superior una bella cornisa, y entre el piso superior y el ático un soberbio cornisamento: los arcos que unian en sus dos extremos las dos mitades del palacio ornamentados del mismo modo, coincidiendo en su altura con el piso superior: por último, en los ángulos torrecillas con cúpulas redondas y agujas terminadas por grandes estrellas de metal.

Las vidrieras de este palacio eran en el piso inferior de cristal blanco: en el superior de vidrios de colores ricamente dibujados y esmaltados.

El palacio era rico y puro, de un mármol pardo y severo, y casi sombrío, á pesar de su riqueza.

III.

Por las vidrieras de una torrecilla, salía débil y tiñéndose con el color de los vidrios, el reflejo de una luz.

Sin duda en aquella torrecilla estaba alguien que ó no se había acostado aún ó que había dejado el lecho muy temprano.

Esta era la única señal de vida que arrojaba de sí el palacio.

Si al pasar por en medio de él atravesando en una góndola el estrecho canal, hubiéseis preguntado al gondolero el nombre del dueño de aquel notable edificio, os hubiera respondido:

—Ahí viven el senador Giacomo Barbarigo y su hermosa hija Estefana.

IV.

¿Por qué nombrar al padre y á la hija, cuando se preguntaba el nombre del dueño de aquel palacio?

Si hubiérais hecho esta pregunta al gondolero, él os hubiera respondido:

—¿Decís que no sabéis quién es Giacomo Barbarigo, y lo que es su hija Estefana? Ella vive para sí y para el diablo, y su padre para los tres: la parte de la derecha del palacio, segun se viene del Gran canal es de Estefana: la parte de la izquierda, de monseñor Giacomo: el diablo vive en las dos mitades, y hay día en que el canal huele á azufre que apesta.

V.

Advertimos á nuestros lectores, que los venecianos, especialmente la gente baja, han sido, son y serán fuertemente supersticiosos: basta con que vean en un lugar, en una casa, ó en una persona algo que pueda parecer extraño, para que segun las circunstancias hagan intervenir la influencia de una tercera persona, ya esta sea la santa madonna, ó el diablo.

Aquellos canales, aquellos palacios, aquel golfo azul, aquel cielo refulgente, aquel no sé qué semifantástico, que forman la fisonomía de Venecia, y los tremendos esbirros del Estado ya este esbirro haya servido al Consejo de los Diez de la antigua república, ya á los consejos de guerra del Austria; todo esto junto, ha dado á los venecianos una extraña manera de ver las cosas y de pintarlas, un fanatismo y una supersticion, singulares, una fuerte propension á lo maravilloso, y de aquí que cualquiera suceso por pequeño que sea, haga nacer un sueño fantástico, una leyenda dramática y bella, pero siempre misteriosa, cuando no terrible.

VI.

Acerca de Estéfana Barbarigo y de su padre, habia dos leyendas que se enlazaban entre sí, y que veremos más adelante.

Si las refiriéramos ahora, dentendríamos por mucho tiempo la nueva salida á la escena de nuestros amigos de Africa.

VII.

La torrecilla por cuyas vidrieras de colores se veia el débil reflejo de una luz, pertenecia á la parte del palacio habitado por Estefana.

Estefana era sin duda la persona que velaba en la torrecilla.

El canal y las aceras parecian abandonadas.

Sin embargo, no lo estaban.

Pegados al ángulo que formaba el muro del palacio con el pavimento y escondidos en el hueco de uno de los tragaluces de sus sótanos, habia dos bultos informes, envueltos en ropones oscuros.

Hacia frio, porque era el mes de diciembre, y no podia creerse que aquellos bultos habian pasado allí la noche á falta de domicilio.

No eran aquellas noches para pasarlas al aire libre.

Aquellos dos bultos espiaban sin duda, y si espiaban eran esbirros, porque solo los esbirros espiaban y espian en Venecia.

Suelen espiar tambien los maridos celosos, ó los padres y los hermanos desconfiados, porque las venecianas, que iban muy poco por la calle con el rostro descubierto, eran demasiado propensas á los amores poéticos, y á las citas misteriosas.

La verdad es, que los dos bultos estaban colocados de manera que no podian ser vistos, mientras ellos veian la vidriera iluminada de la torrecilla, y la puerta del palacio que estaba en la parte habitada por Estefana.

En la otra parte habitada por Barbarigo no habia puerta.

Se entraba á ella por un postigo que daba al jardin sobre otro canal.

VIII

Sonaron las seis en el reló de la basilica de San Márcos.

Entonces se agitaron los dos bultos que estaban embebi- dos, por decirlo así, en el tragaluz de los sótanos.

—¿No es esta la hora? dijo uno de ellos.

—Pronto deberá llegar la góndola y entrar en el soportal del palacio, respondió el otro.

Uno de aquellos bultos se levantó, y siguiendo pegado á la pared, adelantó por la acera hasta la oscura en crucijada del canal con otro canal más ancho orlado por sombríos edificios.

Una vez bajo el arco del palacio y en ángulo sobre el otro canal, aquel hombre se detuvo, se encorvó, se achicó, y se embebió en otro tragaluz.

Poco despues apareció, adelantando silenciosa, una góndola por el canal vecino, y tomó la vuelta para entrar en el canal del palacio.

Entonces el bulto que habia avanzado dejó oír un silbido extraño, que sin duda percibieron los dos gondoleros, que venian el uno al timon y el otro impulsando la góndola con un lar-

go remo, porque la góndola atracó en silencio al borde del canal, por la parte por donde había sonado el silbido, y permaneció inmóvil.

Entonces aparecieron dos hombres en el borde del canal: uno; el que había avanzado antes; otro, el que se había quedado allí.

El primero entró en la góndola, y dijo con voz leve:

—¡San Márcos y Venecia!

Los gondoleros no podían temer ya nada.

Tenían encima dos esbirros.

Pero esto les importaba muy poco, porque los gondoleros están bien acostumbrados al trato de estas gentes.

El esbirro que había entrado en la góndola, llegó al que tenía el timon:

—¡Salta! le dijo.

El gondolero obedeció, y subió á la acera del canal.

El otro esbirro le asió por el brazo, y se lo llevó.

El que había entrado se sentó al timon.

—Continúa tu camino, dijo al otro gondolero, y has lo que te han mandado hacer.

El gondolero impulsó con su remo la góndola, que se separó del borde del canal, adelantó luego al canal de comunicacion con el vestibulo del palacio, y cuando llegó á su fondo, se detuvo silenciosamente.

El esbirro permaneció al timon inmóvil.

El soportal estaba densamente oscuro.

El gondolero y el esbirro esperaron muy poco tiempo.

Se oyó el ruido de una llave en la puerta del palacio, y esta se abrió.

Hubo luz.

La que traía en la mano una dama, que acompañaba á un hombre.

IX.

La dama era alta, esbelta, rubia, blanca y de formas mór-bidas y suaves.

En su mirada se notaba una ardiente languidez; una especie de abandono á la pasion; el reflejo de una eterna idea de amor voluptuoso, pero poetizado, embellecido: habia en todo su sér, en su actitud, en su mirada, hasta en su alentar ardiente y delicado, algo que fascinaba, algo que unido á la bella y pura armonía de las correctas formas de su semblante, determinaba una gran belleza, una belleza puramente veneciana, que parecia soñada por la ardiente imaginacion del Tiziano.

Una toca de terciopelo negro con filetes bordados de plata y perlas, y un ancho y magnífico traje de la misma tela y color, abierto por delante, dejando ver una falda de raso blanco de Florencia, y con grandes mangas perdidas, formaban el atavío de la jóven.

Esta jóven era Estefana Barbarigo.

X.

El hombre á quien acompañaba, era alto, cenceño, fuertemente moreno, con barba negra rizada, y cuyos cabellos no se veian porque cubria su cabeza completamente una toca de terciopelo carmesí, sobre la cual se ceñia un birrete del mismo terciopelo, bordado de oro.

Llevaba una especie de capotillo de terciopelo carmesí tambien, con vueltas de piel de armiño, y bajo este capotillo un sayo de ante forrado de sedas de colores, con descote cuadrado en el pecho, sobre una camisa de Holanda, cerrada en el cuello.

De un cinturón de terciopelo negro bordado de plata, llevaba pendiente espada, puñal y limosnara: mostraba calzas ricas de grana, y zapatos de cordobán negro lustrado, sujetos sobre el empeine del pié por una trabilla.

Este hombre podria contar cuarenta años, y tenia una hermosísima y característica figura.

Nuestros lectores le conocen: era Yayhe-ben-Shariar, el tremendo corsario de la galeota la Leona.

De lo que resulta, que contando veinte y cinco años cuando le vimos por la última vez, y teniendo más de cuarenta cuando

volvemos á encontrarle, habian pasado quince años entre una y otra época: esto es, entre la primera y segunda parte de nuestra historia.

Estefana y el corsario hablaron algunas palabras en voz tan baja, que ni una sola pudo entender el esbirro, y se separaron, no como dos amantes, sino como dos personas que acaban de tratar de un asunto grave.

El pirata entró en la góndola, y la puerta se cerró quedando el zaguan de nuevo completamente oscuro.

Aben-Shariar que era hombre muy práctico y que conocia muy bien el terreno que pisaba, vió al entrar en la góndola al esbirro: esto es, le conoció, por el olor sin duda, porque aquel hombre no llevaba distintivo alguno.

El corsario entró en esa especie de camarote semejante á la caja de un coche, que más ó menos grande, pero siempre forrado de negro, hay en las góndolas venecianas, y se reclinó en los almohadones.

—¿A dónde, mi señor? dijo el gondolero con acento servil.

—¡Diablo! ¡yo no lo sé! dijo tranquilamente Aben-Shariar: pregúntalo á ese honrado esbirro que tenemos á popa.

—Os engañais, monseñor, dijo el gondolero: yo no sé que vaya á popa más que mi compañero.

—Pues bien, pregunta á tu compañero á donde vamos.

—¡Arrancad! dijo con voz ronca el esbirro asiendo el timon.

El gondolero impulsó la góndola con el remo.

El esbirro, cuando la góndola entró en el canal, la volvió con un movimiento de timon.

La góndola siguió, torció, entró en el canal que cruzaba el del palacio, y poco despues entró en el Gran canal.

Empezaba á amanecer.

Adelantaron un buen espacio.

Todo era silencio y calma.

Aben-Shariar sacó la cabeza por una de las ventanas del camarote y dijo:

—¡En nombre de la República! ¡acércate, esbirro!

El esbirro dejó el timon, y se acercó á la ventanilla.

—¡El que duerme vela! le dijo en voz baja que no pudo oír el gondolero, Aben-Shariar.

Este despropósito era sin duda una seña, y demasiado importante, porque el esbirro hizo un movimiento de asombro y contestó con suma humildad:

—Mandad, monseñor.

—Encamina la góndola á una hostería de las mejores, hazte abrir á fin de que entremos en ella, y pronto.

El esbirro se puso al timon, volvió la góndola, la puso en una direccion contraria á la que antes estaba, recorrió el Gran canal, y á su fin atracó la góndola á un muelle.

—Saltad monseñor, dijo.

Aben-Shariar saltó, y trás él el esbirro.

El gondolero aferró la góndola á uno de los postes que hay á los bordes de los canales, saltó tambien al borde, y se puso á pasear soplándose las manos y golpeando fuertemente el suelo con los piés, porque estaba entumido por el frio.

El esbirro se encaminaba á una puerta cercana, sobre la cual tremolaba una muestra de lienzo colgada de un pescante, y movida por el viento.

Su letrero no podia leerse aún á la indecisa luz del dia.

Sin embargo, Aben-Shariar dijo dando muestras de conocer perfectamente á Venecia:

—Has hecho bien en traerme aquí: la hostería de Génova es un buen lugar de parada: llama.

El esbirro asentó tres golpes fuertes en la puerta.

Tres golpes tales, que solo podia darlos quien sin temor á un castigo llamase á una casa pública: quien asi llamaba no podia ser menos que ó un senador ó un esbirro.

Inútil es decir que acudieron inmediatamente al llamamiento.

—¡San Márcos y Venecia! dijo con voz breve, seca y acentuada el esbirro.

La puerta se abrió inmediatamente.

—Un aposento, luz y fuego, dijo el esbirro.

—Séguid trás mí, dijo, con el apresuramiento que dá el respeto del terror, el hombre que habia abierto, guiando con una linterna que tenia en la mano.

Atravesaron un gran salon ahumado, lleno de mesas y bancos, y entrando por un corredor interior, llegaron á un pequeño

apuesto blanqueado y limpio con una mesa y algunos sillones.

El de la hostería encendió una candileja de hierro que estaba clavada á la pared, y se quedó esperando órdenes.

Aben-Shariar se habia sentado en un sillón, y el esbirro permanecía en pié delante de él y descubierto, pero tenia puesto un antifaz negro.

—Un frasco de vino de Palermo y pastaflora, dijo Aben-Shariar al mozo de la hostería.

Este desapareció.

—Mira, dijo Aben-Shariar sacando de su limosnera un pergamino enrollado del que pendia de hilos de seda de los colores de la República un sello de plata.

Este sello, y el ser pergamino y no papel, lo que daba Aben-Shariar al esbirro, demostraban que se trataba de un alto documento librado por el Consejo de los Diez.

El esbirro tomó el pergamino inclinándose profundamente, se acercó á la candileja y leyó lo que sigue:

«El Consejo de los Diez:

Todos los esbirros y demás personas de la policía de la República, obedecerán á la persona que este nuestro rescripto le presentase, y contestarán en verdad á todas sus preguntas, aunque quiera saber un secreto de Estado.»

El esbirro se estremeció de asombro, y temió que aquel documento fuese falso: no habia ejemplo de que el Consejo de los Diez hubiese dado á nadie tanta autoridad: ni el mismo Dux la tenia: sin embargo, el documento era legitimo: le autorizaban el sello secreto estampado en cera colorada del Consejo de los Diez, y el sello de plata que pendia de los hilos de seda.

Apesar de esto, el esbirro miró, remiró y dió vueltas al pergamino, hasta que se convenció de su autenticidad, y le devolvió inclinándose respetuosamente á Aben-Shariar.

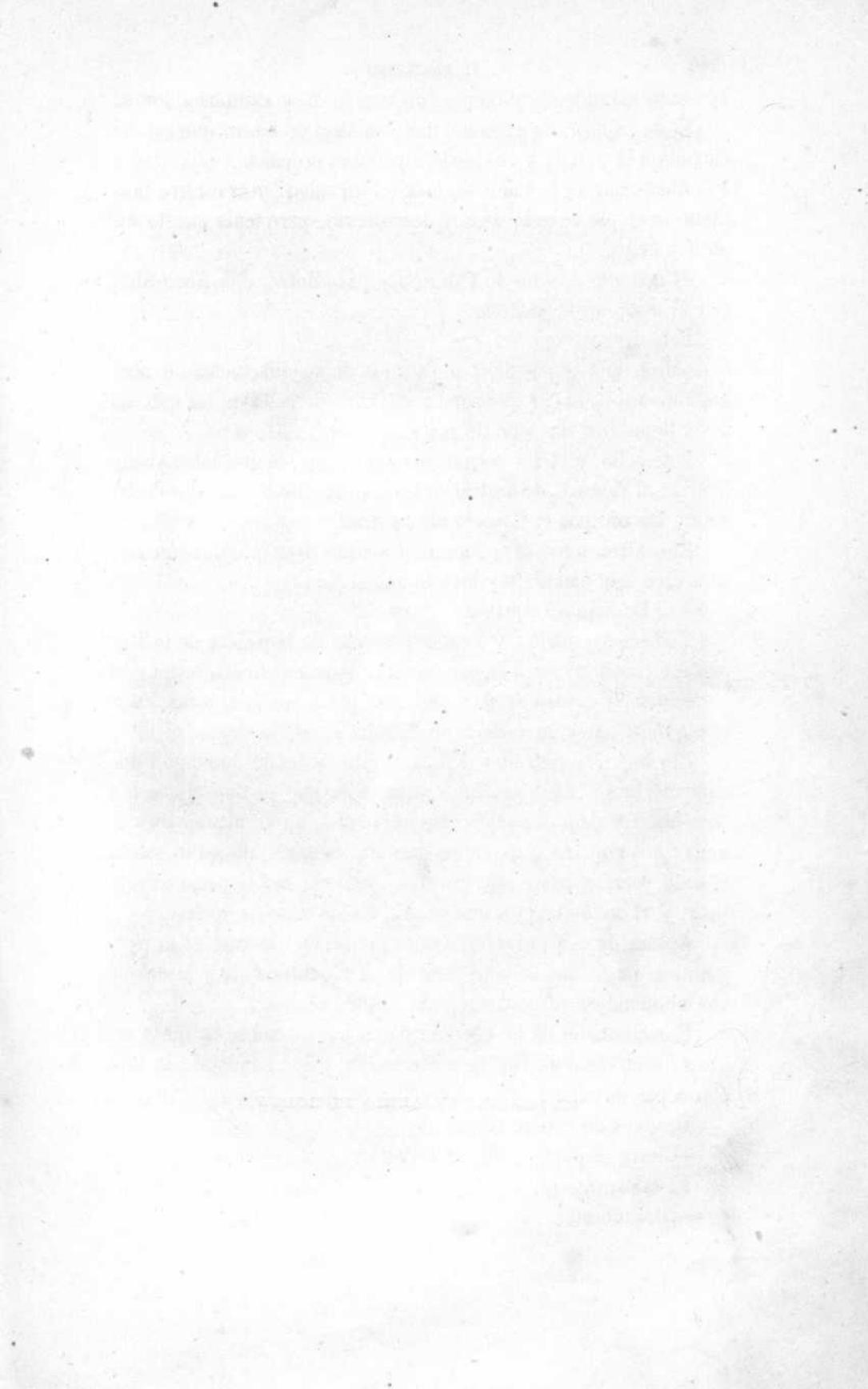
Entretanto el de la hostería habia puesto sobre la mesa un gran frasco lleno de vino de color de oro, y dos bandejas; la una con copas de cristal, y la otra con pastaflora.

Después de esto se retiró.

—Cierra la puerta, dijo el corsario.

El esbirro cerró.

—¡Descúbrete!





EL ESBIRO SE ABRIÓ EL ROPON.

El esbirro se quitó el antifaz.

Aben-Shariar vió entonces un semblante vulgar, ordinario, pero sombrío y astuto.

—¿Cómo te llamas? dijo el corsario.

—Nicolino Razzi.

—¿Qué profesion?

—Esbirro del Consejo de los Diez.

—¡Tus insignias! ¡tu título!

El esbirro se abrió el ropon, y sobre su pecho dejó ver bordadas con seda blanca y de gran tamaño, estas tres iniciales: C. D. X.

Despues sacó una caja de lata, y de ella un papel doblado que mostró á Aben-Shariar.

El corsario arrojó sobre él una mirada y le devolvió al esbirro.

—Está bien, dijo: tus funciones segun he visto son de noche: ¿qué otra profesion tienes?

—Monseñor: soy sacristan menor de la basílica de San Marcos.

—Está bien: ¿quién soy yo?

—Monseñor, es el señor Pietro Mastta, patron de la nave genovesa que está en el puerto y que se llama la *Bella Genovesa*.

—Bien, pero yo como tú, tengo muchos oficios: veamos si los esbirros de Venecia lo saben todo, como se cree.

Nicolino se sonrió de una manera sesgada.

—Perdone monseñor que le haga una pregunta: ¿bebe monseñor vino?

—No, nunca le bebo; le he pedido para tí.

—¡Oh, monseñor!

—¿Has querido significarme con tu pregunta, que hay algo que me impida beber vino?

—Sí, monseñor, dijo Nicolino inclinándose.

—¿Y qué me lo impide?

—Vuestra religion.

—¡Oh! ¡mi religion! ¿y cuál?

—La musulmana.

—Perfectamente explicado: ¡mi nombre! ¡mi verdadero nombre!

—Perdonad, monseñor: vuestro verdadero nombre es extranjero y le he olvidado.

—¿No lo sabes?

—Le tengo aquí.

Y el esbirro consultó su libro de memorias.

—Yayhe-ben-Shariar, dijo pronunciando mal el nombre del pirata.

—Perfectamente: ¿mi pátria?

—Tunez.

—¿Mi verdadera profesion?

—Corsario, capitan de la galeota llamada la Leona.

—Eso no puede habértelo dicho más que un traidor.

—No, un cobarde.

—¿De los míos?

—De los tuyos.

—¿Su nombre!

—¿Qué más da?

—¿Su nombre!

—Cualquiera de los nombres de vuestros marineros que yo os dijese, seria igual, monseñor.

—¿Tú crees que todos me son traidores?

—No creo que ninguno deje de ser cobarde ante el poder de la República.

—Yo creia á mi gente capaz de arrostrarlo todo; hasta la muerte.

—Si el poder de la república de Venecia no fuese bastante para aterrar al más bravo, la República hace tiempo que no existiria: en la República puede un hombre arrostrar los mayores peligros, vencer todos los terrores; pero á la puerta de las prisiones de Estado, el más fuerte palidece, tiembla y habla; porque delante de las prisiones de Estado hay un misterio terrible; porque ese misterio es impenetrable; porque se cree que están envueltos en él todos los tormentos del infierno.

—¿De modo, que la fidelidad se rompe delante de las puertas de hierro de las prisiones de Estado?

—Sí.

—Pues bien; el nombre del que te ha revelado quien yo soy.

—¿Me lo manda monseñor?

—Te lo mando.

—El Consejo de los Diez me manda obedecer á monseñor, y obedezco con pesar, porque voy á darle un disgusto grave: el que ha vendido los secretos de monseñor á la vista de los Pozos, ha sido el hombre en quien tiene monseñor depositada toda su confianza: es Paolo Costa.

—¡Yezid! exclamó con asombro el pirata: ¡mientes! ¡Yezid, mi viejo leon, es bastante fiero para no ceder ante ningún terror!

—Son tan profundos, tan negros, tan horribles los Pozos, se respira en ellos un aire tan infecto, tan pesado, tan acre, que una hora de permanencia en el fondo de uno de esos pozos, basta para hacer hablar al más fiero, al más terrible: nada hay que resista al poder de la República, y Paolo Costa ha resistido lo que nadie había resistido hasta él: la agonía insoportable que se experimenta una vez dentro de los Pozos. No desconfiéis de él: yo os ruego que le perdoneis, porque el aire de los Pozos enloquece.

Giraron de una manera terrible los ojos de Aben-Shariar.

Pero aquella expresion feroz pasó rápidamente, y su semblante recobró su expresion impasible.

—Observo que no bebes ni comes.

—Yo no puedo beber, ni comer, ni dormir, dijo el esbirro, mientras estoy en el ejercicio de mis funciones.

—¿Y cuánto tiempo sirves al día?

—Desde las doce de la noche hasta el amanecer, excepto cuando es necesario vigilar de día.

—¿Por qué has interrogado á Paolo Costa?

—Porque Paolo Costa es el corsario en quien más confianza tiene monseñor.

—¿Pero qué te importaban mis secretos?

—Vuestros secretos, monseñor, interesan mucho al Estado: con vos vino un español con su esposa, que vive hace un mes en un palacio en los jardines de Dorso Duro.

—¿Cómo se llama ese español?

—Gabriel de Espinosa.

—¿Sabes la historia de ese hombre?

—Sí, monseñor.

—Cuéntamela.

—Hace diez y seis años, un rey cristiano, imprudente y loco, entró en Africa pretendiendo llevar á cabo una empresa descabellada.

—Bien, bien; ¿ese rey murió: era el rey de Portugal don Sebastian.

—Hay quien cree que el rey don Sebastian no murió: que le recogió una mujer del campo de batalla, que por aquella mujer fué cuidado y salvado, que aquella mujer le amó y huyó con él de Marruecos para trasladarse á Túnez: vos fuisteis quien llevásteis en vuestra galeota la Leona, á Túnez, al rey don Sebastian con la mujer que le amaba.

—Continúa, dijo Aben-Shariar que escuchaba con una gran atencion á Nicolino.

—La mujer que amaba, que adoraba más bien, al rey de Portugal; permanece en Túnez con su madre y con sus hermanas, una de las cuales es esposa de monseñor, y allí en vuestro palacio, enamorándose y ansiosa de hablar en su idioma á su esposo el rey don Sebastian, aprendió de cautivos vuestros el habla y la escritura portuguesa y española: hoy doña María de Souza, que este es el nombre cristiano que ha tomado... esperad, monseñor, voy á consultar el nombre árabe de doña María.

Y Nicolino sacó de nuevo un papel doblado, le desdobló y consultó.

—Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-al-Hhayzari.

—Muéstrame ese nombre escrito, dijo Aben-Shariar.

—Le escribió Paolo Costa, porque yo habia escrito mal vuestro nombre.

—¡Traidor! exclamó el pirata.

Y sus ojos volvieron á girar sangrientos en sus órbitas.

—Continúa, dijo dominándose de nuevo: veamos hasta qué punto me ha hecho traicion ese miserable.

—El rey don Sebastian, continuó Nicolino, se aburría en Túnez: el amor de su esposa le cansaba ya: Dios no le habia dado hijos: el alma ardiente del rey se ahogaba en vuestros palacios, monseñor: necesitaba aire y sensaciones fuertes: era, y es, guerrero, y no queria volver á su reino por no sufrir la vergüenza de su derrota, causada por su locura; y arrostrando por

todo con tal de tener ocasion de pelear, armó con parte de los inmensos tesoros que su esposa habia llevado á Túnez, una fuerte galera corsaria de dos bandas, y se hizo á la mar como pirata tunecino, porque de la misma manera que su esposa doña María habia aprendido el portugués y el español, el rey don Sebastian habia aprendido el árabe. Todos le hubieran creído moro, uno de los moros descendiente de los que arrojados ha cerca de un siglo de España, pasaron á Africa. Moro le creian los corsarios feroces que tripulaban su galera, y por lo mismo no podian comprender la conducta de su arracz.

—Sepamos: ¿cuál era la conducta del corsario Sydi Bahari? dijo Aben-Shariar.

—Eso es: acabais de pronunciar el nombre árabe que habia tomado el rey don Sebastian: lo extraño de su conducta consistia en que, si encontraba un buque cristiano, le dejaba pasar libremente, y acometia con una ferocidad de tigre á las galeotas turcas ó marroquies, sin respetar otras que fuesen moras más que las argelinas ó las de Túnez: tomaba la presa, ahorcaba á los corsarios, ponía en libertad á los cautivos llevándolos de noche á una costa de Italia, y se hacia de nuevo á la mar hácia levante. *Buitre del mar*, que así se llamaba la galera corsaria del rey don Sebastian, llegó á hacerse terrible: se reunieron contra ella escuadrillas de corsarios, é hicieron la verdadera gloria del rey pirata: una y otra y otra escuadrilla fueron vencidas y echadas á pique: los cautivos cristianos fueron puestos en libertad, y ellos trajeron á Italia y particularmente á Venecia, la fama del feroz corsario tunecino que de una manera tan extraña respetaba á los cristianos, acometia á los piratas marroquies y turcos, y ponía en libertad á los cautivos que encontraba en las galeotas apresadas, y les daba dinero para que volviesen á su pátria. Todo lo que se habla, aún mas: todo lo que se piensa en Venecia, lo sabe el Consejo de los Diez. El Consejo de los Diez tuvo, pues, noticia de las hazañas del corsario arracz del Buitre del mar, de las señas del buque, y dió orden á las galeras de la República que persiguen á los corsarios, de dejar en paz á este pirata tan honrado, que respetaba á los buques cristianos, y acometia á los infieles, haciendo él solo mucho más que

todas las galeras de la República, y no exigiendo por ello que la República le pagase. Pero llegó un día en que el Consejo de los Diez dió orden á una galera de la República para que se pudiese en demanda del Buitre de los mares. No para apresarla, no para ahorcar á su capitán: no, no señor: para salvarle. Esto provino de un relato de un portugués; natural de Lisboa, que cautivo y puesto al remo en una galeota turca apresada por el Buitre de los mares, habia sido puesto en libertad una noche con sus compañeros en las costas de Venecia. El portugués se presentó al Consejo de los Diez, ofreciendo hacer importantes revelaciones, y oido, declaró que el capitán corsario del Buitre de los mares, era el rey don Sebastian de Portugal. Esto produjo la prisión del portugués y la de sus compañeros, que sabian este secreto, para que no pudieran revelarlo á nadie, y se envió una galera de la República en demanda del Buitre de los mares. En efecto, algunos dias despues de la salida de la galera de la República del puerto de Venecia, avistó esta al Buitre de los mares, y le hizo señales amistosas de parlamento. Acudió á él el corsario, y el capitán de la galera de la república puso en sus manos una larga carta del Dux, cerrada y sellada con el gran sello de la República. Yo no sé lo que aquella carta contendria; pero la verdad es, que hace seis meses, en una urca holandesa llegó á Venecia un hombre, que se llamaba español y Gabriel de Espinosa, con una hermosísima dama como de treinta y cuatro años que se llamaba doña María de Souza, y portuguesa, con un rescripto del Consejo de los Diez. Este hombre saltó con su esposa en tierra y con un gran equipaje, cuyos bultos pesaban de una manera excesiva, y se presentó al Consejo que se encerró con ellos. Yo no sé lo que sucedió dentro del Consejo; pero sí sé, que el Gabriel de Espinosa salió de allí para ir á habitar un palacio de la República en los jardines de Dorso Duro, y que á mí se me ordenó vigilar el palacio, y vigilar al extranjero cuyo nombre se me dijo: esto es: que era el rey don Sebastian de Portugal; porque á un esbirro puede y debe descubrirse todo; porque un esbirro es una boca cerrada, y unos oidos y unos ojos siempre abiertos del Consejo de los Diez, en servicio de la República: para que yo

pudiese vigilar bien al extranjero y comprender lo más misterioso que viese en su conducta, era necesario que conociese su verdadero nombre: por eso se me dijo que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

—Puede muy bien equivocarse el Consejo de los Diez.

—No, monseñor, dijo Nicolino: el Consejo de los Diez no se equivoca nunca. El Consejo de los Diez hizo hacer un retrato fiel de Gabriel de Espinosa, y yo fui enviado con este retrato á Portugal. Todos los que vieron aquel retrato reconocieron al rey don Sebastian: solo encontraron que aparentaba más edad que la que debía tener, porque parecia de más de cincuenta años, cuando solo debía contar cuarenta y nueve; pero contad diez y seis años de fatigas y combates marítimos, la agonía del alma, aquel vivir muerto, ser príncipe de un reino perdido, una desesperacion fria y eterna, y comprendereis la diferencia que hay entre la verdadera edad del rey don Sebastian y la que representa. Aunque vos, monseñor, lo sabeis demasiado.

—Dios solo sabe, dijo Aben-Shariar, si ese hombre es el rey don Sebastian ó Gabriel de Espinosa: pero sepamos por qué tú, encargado de vigilar á mi hermano, porque hermano mio es por mi esposa y por la suya ese hombre misterioso, has venido á vigilarme tambien á mí.

—Porque vos habeis entrado dos noches seguidas en casa de Estefana Barbarigo, de quien es amante el rey don Sebastian.

—¿Y qué importa esto á la República?

—Eso no os lo puedo yo decir, monseñor: eso os lo podrá decir el Dux, ó más bien, os lo dirá el Consejo de los Diez.

—¿Cómo conoció Gabriel de Espinosa á Estefana? dijo Aben-Shariar cambiando el giro de su interrogatorio.

—Una noche, dijo Nicolino tomando la entonacion de quien empieza un largo relato, una dama, completamente envuelta en un manto de terciopelo, ceñido en la cabeza por un pequeño sombrero negro, llegó á una de las góndolas atracadas en el Gran canal, y entró en ella mandando al gondolero que la llevase á las Lagunas.

Un hombre alto, arrogante en el andar y en la apostura, saltó apresuradamente en otra góndola y mandó á su gondolero que siguiese á la góndola donde habia entrado la dama.

Otro hombre llegó á otra góndola, pronunció las palabras San Márcos y Venecia, y ordenó en nombre de la República al gondolero que siguiese á la góndola en que el caballero seguía á la dama que iba en la primera góndola.

La dama era Estefana Barbarigo: el caballero que la habia visto, el rey de Portugal: el esbirro que seguía á entrambos, era yo.

Los gondoleros saben seguir sin que la persona que siguen lo note, y las tres góndolas marchaban una en pos de la otra, sin que Estefana notase que era seguida, y sin que el rey de Portugal se apercibiese de que era seguido tambien.

Tardamos una hora larga en llegar á las Lagunas, y la primera góndola, esto es, la góndola en que iba Estefana Barbarigo, se detuvo junto á un islote pequeño, sobre el cual se alza una pequeña y siempre cerrada casa de piedra en donde vive el doctor Tieppolo Albano, el más terrible envenenador del mundo.

—¿Y si es envenenador, cómo no le castiga la República?

—Lo ignoro, monseñor: preguntádselo al Dux, ó al Consejo de los Diez.

—Continúa.

—Estefana saltó en tierra, tocó levemente la puerta de la casa de Tieppolo Albano, y la puerta se abrió silenciosamente, dejando ver un fondo oscuro en el cual se perdió Estefana, despues de lo cual la puerta volvió á cerrarse.

Entonces la góndola en que iba el rey de Portugal se acercó á la góndola de la que habia salido Estefana.

Los dos gondoleros hablaron un largo rato, sonando al fin algunas monedas de oro, y el rey de Portugal entró en la góndola que tenia á su servicio Estefana Barbarigo, y se ocultó en su litera.

La góndola que habia llevado hasta allí al rey don Sebastian se alejó, pero yo la salí al encuentro con la mia, la corté la via, y pronuncié las palabras San Márcos y Venecia.

La góndola se detuvo, salté en ella, y despaché á la góndola que me habia llevado hasta allí, que partió.

—¿Quién es el hombre que has traído hasta aquí, y que ha pasado á la otra góndola? le pregunté al gondolero.

Yo queria saber si el rey de Portugal habia cometido alguna imprudencia.

—No sé quien es, señor, me respondió el gondolero; pero debe ser rico, porque ha dado á Giuseppe dos cruzados de oro y á mí otros dos.

—¿Y por qué os ha dado ese dinero?

—Porque Giuseppe le permita entrar y ocultarse en la litera donde ha venido la dama que está en estos momentos casa del doctor Albano.

—¿Conoces tú á esa dama?

—No señor, ni Giuseppe la conoce tampoco, porque el desconocido que ahora está en su góndola ha preguntado su nombre y no se lo ha sabido decir.

—Aborda silenciosamente á la góndola de Giuseppe por la popa, dije al gondolero.

Este acercó su góndola á la otra, y unió su costado á la popa de aquella.

—¡San Márcos y Venecia! dije al gondolero que estaba al timon.

—Mandad, señor, me respondió el gondolero en una voz tan baja como la mia.

—Salta á esta otra góndola y déjame tu lugar, le dije.

Inmediatamente el gondolero saltó á la otra góndola, y yo ocupé su lugar en la que acababa de dejar.

—Idos, les dije.

La góndola en que yo habia ido hasta allí, se alejó.

Solo quedó la góndola en que Estefana habia ido.

Ya estábamos allí el rey don Sebastian y yo; poco despues debia estar Estefana.

Giuseppe habia notado aquel cambio de personas en la popa de su góndola, pero comprendió que se trataba de un esbirro, y no se movió siquiera.

Continuó como si nada hubiera acontecido.

Los gondoleros están demasiado acostumbrados á estos sucesos.

El rey don Sebastian no habia podido notar nada.

Todo se habia hecho de la manera más silenciosa, y la puerta del camarote ó de la litera de las góndolas corresponde á la parte de proa.

—¿Pero por qué, dijo Aben-Shariar, siempre que te refieres á Gabriel de Espinosa, le llamas con tal seguridad el rey don Sebastian?

—Porque estoy seguro de que lo es.

—¿Puedes engañarte!

—No: todos los grandes señores portugueses que han visto el retrato que yo llevé á Lisboa, le han reconocido.

—¿Y saben que el original del retrato está en Venecia?

—Sí señor.

—¿Y piensan en reconocerle?

—Hay en Portugal la creencia de que el rey don Sebastian no murió en Africa: el yugo del rey de España se hace insopor- table á los portugueses: el duque de Alba don Fernando Alva- rez de Toledo extrema con ellos toda la ferocidad de su ca- rácter.

—Y á la república de Venecia la conviene distraer al rey Fe- lipe II con empresas difíciles, para que su ambicion deje por algun tiempo de tener fija la mirada en el Lombardo-Veneto.

—Desde la conquista de Nápoles los reyes de España han tenido fija su vista en el estado de Venecia: pero no importa: Venecia es la reina de los mares, y el leon de San Márcos tiene aún las alas fuertes, y las garras aceradas: sin embargo, bueno es que el rey Felipe tenga en que pensar, y sobre todo la repú- blica de Venecia es justiciera y amiga de dar á cada uno lo que es suyo: Portugal es del rey don Sebastian, y Venecia dará á este noble rey su reino.

—Buena suerte será para Gabriel de Espinosa que le crean rey, le ayuden y le coronen: pero continúa el cuento de la aventura de Estefana Barbarigo y de Gabriel de Espinosa.

—Estefana estuvo encerrada con el envenenador Tieppolo Al- bano dos largas horas, salió al cabo tan silenciosamente como habia entrado, saltó á la góndola y entró en la litera.

Inmediatamente, yo, que estaba al timon, volví la góndola al mismo tiempo que la impulsaba con los remos Giuseppe:

Se oyó un grito reprimido dentro de la litera.

Yo aseguré el timon, y me deslicé á lo largo de la litera, poniéndome replegado cerca de su puerta.

—Callad, señora, y nada temais, decia el rey de Portugal:

además, que vuestros gritos serian inútiles: el gondolero es mio, y no saldremos de esta Laguna, es decir, no entraremos en la ciudad hasta que me hayais escuchado.

—¿Y quién sois? dijo con la fuerte altivez de su carácter, Estefana.

—Debeisme haber reconocido por la voz.

—¡Ah! vos sois, dijo con acento un tanto trémulo Estefana, el extranjero á quien ví esta mañana en la iglesia de San Már-cos, que me siguió tenazmente hasta mi casa...

—Que os habló un momento; que os encareció el estrago que en su corazon y en un solo instante habia causado vuestra hermosura, á quien vos no quisisteis oír, á quien obligásteis á que os siguiera; que ha estado todo el dia mirando vuestros balcones, sin lograr veros en ellos, que ha esperado aún cuando ha llegado la noche, que os ha visto con asombro salir sola, que os ha seguido, que está por fin á vuestro lado, gracias á lo apasionados que son por el oro los gondoleros, y que os repite que os ama, que necesita ser amado por vos.

—¿Sabeis quién soy yo, caballero? preguntó Estefana.

—Mi corazon hasta ahora no ha necesitado saber vuestro nombre: necesitaba antes que todo, saber si vos le podiais amar.

—El palacio junto al cual habeis pasado todo el dia, dijo Estefana, es muy conocido.

—Ya os he dicho, que no he pensado en saber quién érais.

—Pero como lo pensareis mañana, os lo voy á decir, caballero: yo soy Estefana Barbarigo, hija de Giacomo Barbarigo, senador de la República y miembro del Consejo de los Diez.

Estefana dijo sus últimas palabras con cierto acento de amenaza.

—Y tratándose de vcs, ¿qué me importa el Consejo de los Diez, ni el de los Quinientos, ni el Dux, ni la República de Venecia, ni el mundo entero?

—Mirad, caballero, dijo con un acento ligeramente sarcástico Estefana, que estamos sobre las terribles Lagunas.

—Ya sé que aquí, entre el fango de estas lagunas desaparecen reos á quienes el Consejo de los Diez sentencia: pero á mí no me sentenciará, señora, el consejo de los Diez, que es muy amigo mío, que me favorece mucho.

—¿Pues quién sois? dijo Estefana con expresion de interés, porque en la manera de hablar de aquel hombre se comprendia que no mentia.

—Yo, señora, dijo el rey, soy un aventurero, entre español, portugués y moro, que me llamo Gabriel de Espinosa.

—¡Vos! dijo con asombro Estefana.

—¡Sí, yo!

—¡Que vos sois Gabriel de Espinosa! dijo con cierta severidad Estefana.

—Sí.

—Pues entonces, vos sois el rey don Sebastian de Portugal.

—¡Callad, callad por Dios, hermosa Estefana! dijo el rey: los hombres que os acompañan, podian escuchar, podian divulgar lo que á pesar mio se dice demasiado: esto es: que yo soy un rey, cuando no soy más que un soldado y un pirata.

—Un pirata magnífico, que combate á los infieles y salva á los cristianos, dijo con estusiasmo Estefana: ¿por qué esta mañana cuando me habeis visto no me dijísteis: yo soy Gabriel de Espinosa?

—Habiais causado en mí, señora, una impresion tal, que tuve miedo de hablaros.

—¡Miedo vos!

—A un desden vuestro, que me hubiera matado matando mi esperanza.

—¿Y esta noche no habeis tenido miedo de introducirnos traidoramente (Estefana pronunció esta palabra de una manera encantadora), en la litera de esta góndola donde sabiais que yo habia de volver?

—Desde esta mañana he reflexionado mucho.

—¿Y la reflexion os ha dado valor?

—Sí señora, porque he pensado, que vale más concluir de una vez con la esperanza, que vivir agonizando con ella.

—Bien dicen que sois arrojado y temerario.

—Lo que quiere decir, que tengo poca paciencia, y prefiero el mal cierto, al bien dudoso; porque para mí la duda, la incertidumbre de lo que ardientemente deseo, es el mayor mal que puedo sufrir.

—¿Y no temísteis que yo saliese de esa casa acompaña-

da? ¿no os ha inquietado el alma mi permanencia en ella?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque vos no amais ni habeis amado nunca.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿quién puede responder de lo que pasa en el alma de una mujer?

—Vuestro semblante.

—¡Ah! ¿mi semblante os ha contado que yo no amo ni he amado nunca? dijo Estefana riendo de una manera adorable: mi semblante puede mentir: la ficcion y el disimulo, dicen que son medios de que la mujer usa á la perfeccion.

—Pero no se puede fingir ese no se qué misterioso que hace que la niña aparezca en la mujer; el puro brillo de los ojos; el anhelante alentar de unos lábios frescos que sonrien; ese perfume que emana del alma virgen á través de un cuerpo virgen tambien; ese disgusto apasionado de la mujer que siente y no ha satisfecho sus sueños; esa altivez divina de la que no tiene que inclinar la frente ante ningun hombre; vos, Estefana, sois todo esto; todo esto divinizado por una hermosura sin igual; por una gracia incomparable; por un atractivo irresistible.

—¡Ah! ¡no levanteis tanto la voz, señor, que pueden oirnos! ¡no vamos solos!

Esta advertencia de Estefana no tenia por objeto otra cosa que atenuar lo significativo de la ardiente exclamacion, de la exclamacion profundamente apasionada, que se habia escapado involuntariamente de su alma, al escuchar la enamorada manifestacion del juicio que el rey don Sebastian habia formado de ella.

—Yo habia entrado aquí, dijo el rey, sobornando al gondolero, lleno de temor y de ansiedad: yo sabia que no amais, y que no habeis amado; pero temia mucho que no me amáseis.

—¿Qué quereis decir?

—Digo, que espero, que creo que vos me amareis.

—Sois poco prudente irritando en la primera entrevista conmigo mi vanidad mujeril: me parecis uno de esos conquistadores, que antes de conocer la fuerza de una ciudad que sitian, la intiman la rendicion.

—Es que yo no pretendo rendiros, Estefana; lo que pretendo es, que acepteis mi rendimiento: yo no quiero ser vuestro señor: lo que yo quiero es que seais mi señora.

—¡Yo señora de un tan gran rey!

—Dejémos eso: yo no quiero ser el rey don Sebastian, ni el rey don Sebastian fué grande: él llevó á morir á Africa á un ejército, y proporcionó á Portugal una vergonzosa derrota.

—¡Vergonzosa no!

—Sí, porque es vergonzosa la tenacidad de un mancebo loco, que desoyendo los prudentes consejos de aquellos á quienes debiera respetar, acomete una empresa descabellada, comprometiendo en ella la vida de sus soldados y el honor de su patria. El rey don Sebastian fué un insensato, y mereció bien la muerte, por irreflexivo y soberbio. Su abuela la reina doña Catalina, sus tios el rey don Felipe y el cardenal don Enrique, el gran duque de Alba, los más respetables y los más prudentes magnates de Portugal y de España, le aconsejaron que desistiese de la empresa de Africa.

—El papa, sin embargo, le excitó á ella.

—Engañado por su celo cristiano; pero el rey don Sebastian debió creer más á grandes príncipes, á grandes capitanes, que conocian demasiado lo temerario de una guerra en Africa, con poca gente, nueva, allegadiza y levantada de pronto, que al Soberano Pontífice, que entregado á su santo ministerio de paz y caridad, entiende poco de guerra: él solo vió que el rey don Sebastian se armaba contra los infieles, y le impulsó á la empresa, le ayudó para ella con cuanto pudo: pero la empresa era imposible, tal como pretendió llevarla á cabo aquel desgraciado rey, y los resultados fueron terribles: el rey fué afortunado en una sola cosa: en quedar tambien entre los muertos, para no verse en el caso de sufrir la vergüenza de aquella desastrosa y completa derrota, que él habia buscado de una manera insensata: no, yo no soy el rey don Sebastian; si yo fuera el rey don Sebastian... no seria; porque á haber sido yo el rey, me hubiera quitado yo la vida, si los moros no hubieran sido bastantes para quitármela.

—Dicen que el rey peleó como un leon.

—Era muy bravo el rey don Sebastian.

—¡Como vos!

—Casi, casi: afortunadamente por eso, si ha caído sobre su nombre la vergüenza como caudillo imprudente y temerario, su valor como caballero, ha librado su nombre de la infamia: ha hecho que su nombre se pronuncie con conmiseración, no con desprecio; y esto es lo único que me consuela...

—¡A vos!

—Sí: yo era muy apasionado del rey... como que me parezco á él tanto, que temo no seamos hermanos, puesto que su padre anduvo por tierras de Castilla.

—Y decid, Gabriel, ¿ya que sabéis que no sois don Sebastian, y que yo no quiero contrariaros, si tan imprudente fué aquella empresa, por qué fuisteis vos á ella?

—Un soldado á ninguna parte va mejor que allí donde más patente, donde más seguro es su peligro: ¿qué me importaba á mí? la muerte es lo menos malo que puede sobrevenir á un soldado: desde el momento en que un hombre se pone bajo la sombra de una bandera, se pone bajo la sombra de la muerte. No: al capitán toca meditar una empresa, al soldado obedecer al capitán: más vale morir, aunque se muera de la oscura muerte del soldado, que vivir debiendo la vida al miedo, para que los que nos conozcan digan: Vive porque huyó.

—Sois grande y noble, señor, ya seais el bravo aventurero, el terrible pirata, ó el rey desgraciado: sois el hombre que yo soñaba, que yo anhelaba; y tan asombrada me teneis de vos, tan orgullosa por haberos enamorado, que no aventuro nada en responderos que os amaré con toda mi alma.

—¿Me conocéis bien, Estefana? dijo con la voz temblorosa de emoción el rey.

—Sí: os conozco por completo.

—¿Reparásteis esta mañana en mí?

—¿Qué mujer no repara en el hombre que la sigue, que la mira, que la dice amor con su presencia, con su mirada, si ese hombre tiene un aspecto tal de nobleza y de grandeza como el vuestro?

—Yo estoy curtido y envejecido por la fatiga, por mi continua vida en la mar: yo no soy ese jóven noble que vos habeis soñado.

—Un jóven nunca puede poseer lo que yo he deseado en él

hombre que me ame: un jóven empieza á vivir: no puede ser un héroe, sin que hayan trascurrido los años que traen consigo las ocasiones difíciles en que puede mostrarse la grandeza de su alma: vos, indudablemente, no sois el mismo que érais cuando fuísteis á Africa.

—No por fortuna.

—Erais, sin embargo, el valiente jóven de quien se ha hecho el hombre grande en que yo habia soñado.

—Pero la admiracion, el entusiasmo, no son el amor.

—Pues qué, ¿puede existir el amor sin la adoracion y el entusiasmo? ¿Puede llamarse amor aquel que en la mujer no vaya acompañado de la admiracion, del respeto y del orgullo por el hombre á quien se ama? Un amor que no busque el alma, un amor en que la mujer se crea de tanto valor como el hombre, es el amor de las pobres gentes vulgares, que nacen, viven y mueren, sin dejar un recuerdo, desconocidos de la generalidad, en la vida y en la muerte: yo no he nacido para lo vulgar, y por eso no pueden ser vulgares mis amores: por eso os amaré: por eso casi, casi os amo ya.

—¡Oh, si el rey don Sebastian hubiera sido tan afortunado en la empresa de Africa, como yo lo he sido con vos en la empresa de mis amores!

—No me habeis preguntado quién soy, dijo Estefana, ¿por qué esto, Gabriel?

—Porque me basta con lo que sois: porque un nombre nada supone; nada más que un signo.

—Sin embargo, habeis pronunciado más de una vez mi nombre: ¿quién os lo ha dicho?

—Cuando pasábais por la plaza de San Márcos y yo os seguia, unos jóvenes nobles dijeron al pasar vos:—Ved la hermosa Estefana, tan altiva y tan desdenosa como siempre.

—¡César Malatesta y sus amigos! dijo con acento reconcentrado Estefana.

—¿Y qué os importa de ese hombre, Estefana? dijo con acento celoso el rey.

—¡César Malatesta es un miserable que ha calumniado mi nombre! dijo Estefana.

—¡Que ha calumniado! exclamó con acento severo el rey.

—Sí.

—¿Y vuestros parientes?...

—Yo no tengo más parientes que mi padre.

—¡Pero vuestro padre!...

—Era ya viejo cuando se cubrió de gloria en la batalla de Lepanto.

—¡Estuvo vuestro padre en aquella famosa jornada!

—Sí: era el general de la armada de Venecia.

—¡Giacomo Barbarigo! exclamó el rey: ¿sois vos hija de ese héroe?

—Ese héroe es ya un cadáver viviente: es un anciano que tiene vuelto el rostro á la eternidad y la espalda al mundo: un miembro pàralítico del Consejo de los Diez: un hombre cargado de años y de gloria, que puede decirse que no existe. Yo por lo tanto soy huérfana.

—Y por eso ese hombre, ese César Malatesta...

—Es un miserable cobarde.

—Del cual yo os vengaré.

—¡Oh! ¡no! vos estais acostumbrado á combatir con leones, y Malatesta y sus amigos son serpientes: dejadme á mí con ellos: yo los castigaré: os prohibo terminantemente que busqueis ni provoqueis de ningun modo á Malatesta: yo sola he resuelto castigarle, y para castigarle he venido esta noche á hacer una visita al sàbio Tieppolo Albano: ahora que os conozco, ahora que mis primeros amores han empezado, ahora que pretendo realizar mis sueños, es necesario que yo os quite del paso ciertos inconvenientes.

—Explicaos, Estefana.

—No: tened confianza en mí como yo la tengo en vos: yo nada os he preguntado: nada quiero saber de vos, sino que me amais: sed vos lo mismo para mí: y ahora, ya que hemos vagado bastante por la Laguna, permitidme que yo vuelva á mi casa.—¡Eh! ¡gondolero! añadió Estéfana, asomando su hermosa cabeza á la puerta de la litera: llévanos al palacio Barbarigo.

Entonces, como yo era el que debia dar la direccion á la góndola, me ví obligado á apartarme de la litera para tomar el timon: poco despues la góndola entraba en los canales.

No pude, pues, oír lo que siguieron hablando Estefana y el rey.

Media hora despues, la góndola se detenía en el oscuro soportal del palacio de Barbarigo: Estefana salió sola y antes de entrar en el palacio cuya puerta abrió ella por sí misma, dijo al rey:

—Hasta mañana, señor: á esta misma hora y en este mismo sitio.

Entonces Estefana entró y cerró la puerta.

—A los jardines de Dorso Duro, dijo entonces el rey.

La góndola se puso en movimiento, y poco despues estábamos en los canales que cruzan los jardines.

El rey saltó en tierra, y se alejó: yo salté tambien y le seguí hasta el palacio donde entró el rey.

Despues, en la misma góndola, volví á las Lagunas, llegué al islote donde se levanta la casa del doctor Tieppolo Albaro y.....

Nicolino se detuvo: una campanada grave, ronca, sonora, habia resonado á lo lejos, á la que siguieron algunas otras campanadas.

—¡La campana de San Márcos, monseñor! dijo el esbirro: me veo obligado á suplicaros que me dejéis aquí en libertad: la hora de que yo me dedique á mi profesion pública ha llegado: el sacristan menor de la basilica hará dentro de muy poco falta en ella.

—Vete, y llévate esa botella y esas pastas: toma además,

—No puedo, monseñor, aceptar dinero.

—Te lo mando yo: además, desde que ha sonado esa campana, no eres ya el esbirro de la República, sino el sacristan menor de San Márcos.

—Puesto que me lo mandais, obedezco, dijo el esbirro-sacristan.

—Vete ya, dijo Aben-Shariar.

—¿No me dais orden alguna?

—Ninguna.

—Adios, pues, monseñor.

Nicolino salió: Aben-Shariar pagó, y salió tambien; era ya de dia.

En vano pretendió saber Aben-Shariar por donde habia desaparecido Nicolino.

Porque aquello era una desaparicion.

Ni á lo largo de los bordes del canal, ni en él, se veia una sola persona, ni más que la góndola que habia llevado hasta allí al corsario y al esbirro.

En la góndola habia dos hombres; dos gondoleros; pero entrambos tenian la cabeza descubierta, y ninguno de ellos era Nicolino.

—¡A las Lagunas, á la casa del doctor Tieppolo Albano! dijo Aben-Shariar entrando en la góndola.

Un momento despues, la góndola arrancaba surcando un ancho canal emblanquecido por la primera luz de la mañana.

CAPITULO II.

Un envenenador escondido en un médico.

I.

La casa del doctor Tieppolo Albano, estaba situada sobre una pequeña roca que se alzaba poco más de un metro sobre la superficie azul verdosa de la laguna.

Esta casa por más que estuviese habitada por un hombre de reputacion tan dudosamente terrible como el doctor Albano, era risueña: constaba de dos pisos con ventanas, cuyo marco y adornos pertenecian al más delicado y bello gusto del Renacimiento, y sobre su cornisa corria una bella balaustrada de mármol blanco.

Delante de la puerta tenia un pequeño muelle de piedra, y una pequeña gradería, á la cual atracó la góndola.

Aben-Shariar saltó y llamó con fuerza á la puerta.

Poco despues se abrió una ventana en el piso principal, y apareció la sombría cabeza de un negro viejo.

—¿Qué quereis tan temprano? dijo el viejo con voz agresiva y grosera: mi señor duerme hasta bien entrado el día, y no abandona el lecho por nada antes de su hora de costumbre.

Aben-Shariar estaba de espaldas á los gondoleros, que no pudieron ver que por toda contestacion el corsario abrió sus vestidos y dejó ver sobre su pecho, sobre un fondo negro, es-

tas tres iniciales bordadas con plata: C. D. X., esto es: Consejo de los Diez.

Aquellas tres letras eran para los venecianos lo mismo que fué para los antiguos griegos la cabeza de Medusa: causaban un terror frío.

El negro, pues, se apartó rápidamente de la ventana, y á seguida se abrió la puerta.

El corsario entró en la casa del doctor, y la puerta se volvió á cerrar.

II.

—Esperad aquí, señor, dijo el negro introduciéndo en un saloncito á Aben-Shariar, y desapareciendo por entre los anchos cortinajes de damasco que cubrían un pórtico al fondo del saloncito.

Aben-Shariar esperó: nada había en la habitación en que se encontraba, que revelase al sábio ni al criminal: era una preciosa y alegre estancia, cuyas paredes estaban revestidas de raso blanco, sobre el cual se destacaban cuadros al óleo, pertenecientes á la bella, mórvida y sensual escuela veneciana, representando asuntos mitológicos: el techo pintado al temple con una gran brillantez de color, representando bellísimamente un encuentro de la Luna, ó de Diana con la aurora, parecía pintado por Pablo Veronés, según su color suculento, bello, dulce, vaporoso, casi fantástico: una alfombra blanca con dibujos azules, orlaba la estancia, bajo una sillería blanca con filetes dorados, y el cuadro del pavimento que dejaba descubierto la carencia de alfombra en el centro, mostraba un bello mosaico representando á Anfítrite.

Todo era allí completamente pagano y voluptuoso.

Aquel saloncito parecía más bien la habitación de una hermosa cortesana, que el cuarto terrible de un químico nigromante y envenenador, que esta era la reputación que tenía en Venecia Tieppolo Albano.

III.

No fué larga la espera de Aben-Shariar.

A los seis minutos de haber entrado en el salón, se abrieron los cortinajes de damasco del pórtico de que hemos hablado, y apareció un anciano de aspecto el más simpático del mundo.

Era alto, robusto, bien formado, de semblante apacible y alegre, blanco y fuertemente sonrosado, con pequeños y vivos ojos azules, que parecia no podian tener otra expresion que la alegría: una larga cabellera, poblada y completamente blanca, le caia rizada sobre los hombros, y solo el color de estos cabellos, las arrugas de aquella piel blanca, rosada y fresca, y el hundimiento de la boca por falta total de dientes, parecian marcar en aquel hombre á un anciano.

Por lo demás, su actitud era tranquila, las formas de sus miembros esbeltas y robustas, y el conjunto airoso y bello: vestia un sayo de terciopelo negro, calzas de seda blanca, y un largo sobretodo de terciopelo carmesí de largas mangas perdidas con vueltas de piel de armiño.

Este hombre era el doctor Tieppolo Albano.

Saludó inclinándose con suma distincion á Aben-Shariar, tomó una silla, se la presentó, y cuando se hubo sentado Aben-Shariar, tomó otra silla, sentóse, y miró sonriendo á su visitador, como diciéndole:

—Y bien, ¿quién sois? ¿qué me quereis? ¿por qué me visitais tan temprano? tengo curiosidad; nada más que curiosidad.

Todo esto quiso decir y dijo el doctor Albano, con su mirada, con su sonrisa y con su actitud á Aben-Shariar.

Aben-Shariar, sin decir por su parte ni una sola palabra al médico, sacó su cartera, y de ella el rescripto del Consejo de los Diez, que habia presentado antes á Nicolino, y que presentó sonriendo é inclinándose al doctor Albano.

El doctor sacó de entre sus ropas unas anchas antiparras montadas en oro, las acomodó á su nariz aguileña, y leyó, siempre sonriendo, el rescripto: despues se quitó las antiparras, las guardó, dobló el rescripto, se puso de pié, y devolvió el papel á Aben-Shariar, inclinándose profundamente.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor, dijo.

Pero sonriendo siempre.

Aquel hombre habia nacido para dar el ejemplo de una eterna, de una impasible imperturbabilidad.

—Sentaos, sentaos, señor Tieppolo, dijo Aben-Shariar asiéndole por las manos é impulsándole á sentarse: yo vengo á vos, no como un alto y terrible agente de la República: nada menos que eso: vengo á vos como un amigo, y como los que como amigos se presentan á una persona que no los conoce, deben empezar por decir su nombre y su condicion voy á deciros lo que yo soy: soy genovés y mercader, patron de la urca Bella Genovesa, y me llamo Pietro Mastta.

El doctor Albano se inclinó de nuevo sonriendo, extendió su mano, y estrechó vigorosamente la de Aben-Shariar.

—Os conozco, mi buen señor, dijo: los hombres cuando son tan ricos como vos, tienen el privilegio de ser conocidos en todas partes: ahora bien, puesto que me honrais llamándome vuestro amigo, voy á poner á prueba vuestra amistad: almorzaremos conmigo.

—Almorcemos, doctor, en buen hora.

—Os advierto, señor Pietro Mastta, que nuestro almuerzo no pasará ni aún por la puerta de mi laboratorio.

—¡Oh! ¿por qué decís eso, señor Albano?

—¡Oh! ¡por las calumnias que de mí se dicen por ahí: como que hay quien cree que basta solo mirar á mi casa para morir envenenado!

Y el doctor lanzó la carcajada más alegre del mundo.

—¡Bravo, señor Albano! ¿y qué interés podriais tener vos en matarme?

—¡Oh! ¡oh! ¡matar! ¡matar! ¡nada menos, mi querido señor! el hombre no puede destruir: todo lo que le es dado hacer, es descomponer, deshacer un hombre; pero el espíritu y la materia no son cosas que el hombre puede destruir: almorcemos pues: ¡hola, Giovanni! que nos den algo, hijo... como siempre: este caballero es un amigo.

El negro que habia asomado su semblante inmóvil á la puerta, al llamamiento del doctor, desapareció.

IV.

—Perdonad, dijo Aben-Shariar, si he mostrado á vuestro esclavo, para que consintiese en anunciaros mi visita, estas tres letras (Aben-Shariar se descubrió de nuevo el pecho, y dejó ver las tres terribles iniciales al doctor): me urgia veros: perdonad tambien si os he hecho leer un rescripto del Consejo de los Diez: me importa que sepais que podeis contestarme sin temor y sin responsabilidad á todo lo que os pregunte; y perdonad además si os he quitado algunas horas de sueño: me era urgentísimo veros.

—Yo tenia un gran deseo de conoceros, señor Pietro Mastta, dijo el doctor, y ya que habeis de preguntarme y que yo os responderé, quisiera, puesto que sois mi amigo, que vos me respondiérais á lo que os preguntare.

—Preguntad en buen hora, doctor.

—¿Por qué habeis venido á verme, y por qué para verme os habeis valido de la autoridad del Consejo de los Diez?

—Porque me interesa sobre manera la suerte de dos personas.

—Y esas personas...

—Son un español, que se llama Gabriel de Espinosa, y una dama que se llama doña María de Souza.

—Estamos hablando, segun creo, de buena fe, dijo el doctor.

—¿Por qué me decís eso?

—Porque en nuestra conversacion todavía no han aparecido los verdaderos nombres de las personas.

—¿Los sabeis vos?

—Sí, amigo mio: vos os llamais Yayhe-ben-Shariar: esa dama á quien llamais doña María de Souza, se llamó antes de bautizarse, Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-al-Hhayzarí: ese que llamais Gabriel de Espinosa, se ha llamado y se llamará con la proteccion de la serenísima república de Venecia, don Sebastian, rey de Portugal.

—Es decir, que ambos sabemos...

—Cuanto hay que saber en este negocio: ¿sabeis vos por ventura si yo soy lo que aparezco?

—Vos, dijo sonriendo Aben-Shariar, sois siciliano.

—Es verdad.

—Cometisteis una accion muy vulgar entre vosotros: os estorbaba un marido...

—Y bien...

—Hallásteis medio de que aquel hombre comiera ciertas confituras que habian pasado por vuestra mano: aquel hombre murió dos meses despues arrojando sangre por la boca: todos creyeron, hasta su viuda, que el hombre habia muerto de una enfermedad de pecho: seis meses despues, os casásteis con la viuda, que era muy hermosa, muy noble y muy rica: se llamaba Laurencia Orbeto.

—Seguid.

—Diez meses despues de vuestro casamiento, tuvísteis un hijo: dos meses despues del nacimiento de aquel niño, Laurencia Orbeto murió como su primer marido de un vómito de sangre, y la inmensa fortuna de Laurencia pasó á su hijo único, Paolo Angélico: porque vos entonces, mi querido doctor, os llamábais Francesco Angélico.

—Adelante, señor Mastta, dijo sonriendo siempre el doctor.

—Antes de un año, la inmensa fortuna de los Orbeto pasó á vos, porque vos érais heredero de vuestro hijo, y vuestro hijo murió al año de nacido, como su madre, á causa de un vómito de sangre: de manera que, vos que érais pobre, muy pobre antes de casaros con Laurencia Orbeto, os encontrásteis fabulosamente rico, dos años despues de vuestro casamiento con ella, y tan libre como antes de vuestro casamiento.—Pero aconteció que los Orbeto, parientes laterales de Laurencia, al verse desposeidos de una herencia que ellos se hubieran procurado, valiéndose acaso de los mismos medios que vos, encontraron muy extraños aquellos tres vómitos de sangre, que habian llevado á vuestras manos las grandes riquezas de Laurencia y os persiguieron ante los tribunales, acusándoos de envenenador.—Pero vos érais rico y ellos pobres, y fuísteis completamente absuelto de la acusacion: sin embargo, los Orbeto eran gente tenaz y brava, y vos temísteis que obrasen contra vos de una manera extralegal.—Vos nunca habeis sido hombre de lucha material, y la escusásteis, vendiendo todos los bienes que habíais heredado

de vuestro difunto hijo, y os vinísteis con el dinero á Venecia, cambiando al propio tiempo de nombre: desde entonces os llamais Tieppolo Albano.—Pero como no entra un extranjero en Venecia, sin que el Consejo de los Diez sepa al poco tiempo de su llegada, quién es, de dónde viene y á qué viene, el Consejo de los Diez supo vuestra historia, por medio de sus agentes secretos, y una noche que vos saliais, hace muchos años, de casa de una de vuestras queridas, la góndola que os conducia os llevó á las prisiones de Estado, en vez de llevaros á vuestra casa. Estuvisteis detenido dos horas nada más.—El tiempo que bastó para haceros comprender que la República sabia vuestra historia, y para proponeros si queríais ser el ejecutor secreto de las altas justicias de Estado.

—¡Ah!

—Sí, Francesco, sí: muchas veces un alto personaje, que por su posicion está al alcance de los secretos de la República, cometé una traicion, ó bien se hace sospechoso: ese hombre no es preso, ni aún molestado: pero el Consejo de los Diez le ha sentenciado en secreto, y un dia os encontrais con que un hombre á quien no conocéis os dice:—Dentro de tal término el patricio tal, ó el senador cual, ha de morir.—Desde aquel momento, el hombre sentenciado por el Consejo de los Diez os pertenece, y un esbirro puesto á vuestro servicio, entrega al cocinero ó á la querida del hombre sentenciado, unos polvos blancos: y como nadie quiere morir por no matar, como el Consejo de los Diez ha llegado al último grado de poder posible, esto es, á que su solo nombre cause un terror frio, invencible, el cocinero ó la querida del sentenciado le envenenan á sangre fria y sin remordimiento, porque ellos no son otra cosa que una mano que obedece en secreto al Consejo de los Diez.—Sois, pues, Francesco Angélico, ó como mejor querais, Tieppolo Albano, el alto verdugo secreto de las justicias secretas de la serenísima república de Venecia.

—Exactamente, dijo sonriendo de una manera sutil y horrible aquel extraño verdugo: veo que estais perfectamente informado: pero vos, Sydi Yayhe, sois...

—Yo soy miembro del Consejo de los Diez.
Tieppolo se puso de pié, dejó de sonreír, y se puso pálido.

—Monseñor..... dijo.

—No puedo enojarme con vos, Francesco Angélico, porque os habeis atrevido á inquirir quién soy yo, y quiénes las personas por las que os ha interrogado Estéfana Barbarigo; y digo Estéfana, porque solo á ella, y de muy pocos dias á esta parte, interesa saber quién es ese extranjero que se llama Gabriel de Espinosa, su mujer, su hija, y las gentes que le tratan: teneis á vuestras órdenes un esbirro, y habeis usado mal de él llegando al conocimiento de secretos que el Consejo de los Diez no quiere que salgan de su seno.—Así, pues, haced que ese esbirro desaparezca cuanto antes os sea posible.

—¿Es esto una sentencia de muerte, monseñor?

—Sí.

—Muy pronto no existirá el negro que os ha introducido en mi casa.

—¿Es ese el esbirro?

—Sí.

—En cuanto á vos, ved si podeis tomar alguna medida para que se os olvide lo que sabeis acerca del extranjero llamado Gabriel de Espinosa, de su mujer, de su hija y de mí: de otro modo, como vivís en las Lagunas, una góndola del Estado podría llamar á media noche á vuestra puerta, y haceros cambiar de lugar.

—¡Oh! descuidad, monseñor.

—¡Serenaos por Baco, Tieppolo! que alguien se acerca, dijo Aben-Shariar, y es necesario no dar que sospechar.

El rostro de Tieppolo Albaro, volvió á su tranquila y risueña apariencia.

Poco despues apareció el negro á la puerta, y anunció que el almuerzo estaba ya servido.

V.

Se trasladaron á otro precioso aposento.

Desde sus ventanas se veian, de una parte Venecia, de la otra el mar.

En el centro de aquella habitacion estaba servida una me-

sa admirablemente cubierta: los platos, las fuentes, las copas, los jarros para el agua y para el vino, eran de plata cincelada, perteneciendo por su forma al Renacimiento más puro: los manjares eran exquisitos.

VI.

Durante el almuerzo, que fué servido por el negro, Tieppolo y Aben-Shariar hablaron como dos grandes amigos de las cosas más indiferentes: ya casi al fin del almuerzo, Tieppolo mandó al negro, esto es, al esbirro, que le trajese unas pastillas de olor, que segun dijo á Aben-Shariar, producirian al ser arrojadas al fuego, un perfume delicioso.

Apenas salió el negro, Tieppolo sacó de entre sus ropas una pequeña caja de oro: la abrió, y con la extremidad de los dedos, tomó una pequeña cantidad de polvo blanco que echó en el jarro del vino.

—¿Y para qué haceis eso? dijo Aben-Shariar.

—Para obedeceros, monseñor: he enviado á Cristóphano por esas pastillas que están al otro extremo de la casa en mi laboratorio: de este modo no puede observar que yo he puesto estos polvos en el vino que queda en ese jarro: se le beberá como de costumbre: antes de que salgais de aquí, ese hombre habrá muerto.

—Se pondrá á vuestra disposicion otro esbirro; pero os advierto, que no abuseis de él, porque entonces, podriais á vuestra vez ser sentenciado.

—Se acerca Cristóphano, dijo Tieppolo guardando la cajita.

La conversacion del corsario y del envenenador volvió á ser indiferente: Cristóphano puso algunas pastillas en el brasero que habia en la estancia, que se llenó de un leve humo azulado, y de una fragancia deliciosa.

VII.

Poco despues, Tieppolo y Aben-Shariar estaban otra vez en el saloncito que habian abandonado para ir á almorzar.

—Mañana vendrá á buscaros de parte mia, dijo Aben-Shariar, uno de mis pilotos: es un bravo hombre de mar, pero me ha hecho traicion; y aunque su traicion no me haya hecho daño, la traicion me enoja: él es robusto y sano, pero es necesario que arroje sangre por la boca: lo siento, porque le tengo á mi lado desde hace muchos años, y le debo excelentes servicios; pero una traicion no tiene perdón: ¿lo comprendéis?

—Sí, sí, monseñor.

—Traerá una carta mia: una carta en que os daré una cita: no hagais caso de esto: lo que la carta os dirá por sí misma será: mata al portador.

—Muy bien, monseñor.

—Pasemos á otro asunto: ¿hace dos meses, entró una noche en vuestra casa Estefana Barbarigo?

—Sí, monseñor.

—¿A qué vino Estefana?

—A que la levantase figura y la dijese su horóscopo.

—¡Oh! ¿Estefana se entrega á esas supersticiones?

—No son supersticiones, monseñor: y vos, menos que nadie, debe dudar de la verdad del horóscopo: sois musulman.

—Yo no sé ya lo que soy, Tieppolo, dijo Aben-Shariar: he viajado tanto, he conocido tanta gente y he visto tantas cosas, que solo creo en un Dios Omnipotente, que todo lo vé, todo lo sabe y todo lo premia y lo castiga: pero continuad.

—Estefana padece un mal extraño: ama sin saber lo que ama, sufre sin adivinar la causa del sufrimiento, ambiciona de una manera vaga pero poderosa algo que no encuentra, algo que no conoce.

—¿Ha amado Estefana?

—No; pero ha sido amada por muchos: ha mentido, los ha burlado, se ha gozado en hacerles creer en su amor para deses-
perarlos despues; es una mujer terrible, sin corazon, sin otra
pasion que la ambicion y el orgullo: ella ha soñado en ser
reina.

—Se habla de cierto personaje, de cierto patricio, que se cree ha sido muy favorecido de Estefana.

—¡César Malatesta! es verdad: se dice, ó más bien él lo dice, que ha sido amante de Estefana, y como Malatesta es

hermoso, audaz y favorecido por las mujeres, como es hombre que se jacta de bravo, y que tiene á su disposicion una banda de jóvenes procaces que han perdido todo pudor y todo respeto y le sirven de propaladores de las aventuras que realmente le han acontecido, y de las que él mismo inventa para aumentar su reputacion de seductor afortunado, de aquí que una mujer, sea cual fuere, no pueda sonreir, ni aún saludar en público á César Malatesta, sin que los que lo ven digan á los que no lo han visto, que aquella mujer es su amante.

—Algo grave, sin embargo, debe haber tenido lugar entre Malatesta y Estefana, porque esta le aborrece de muerte.

—¡Oh, sí! Estefana es una insensata; el orgullo ó más bien la vanidad, la han hecho cometer muchas locuras, que el desdichado, el honrado Giacomo Barbarigo, sufre y deja impunes, porque ama á Estefana con un amor insensato: es su hija única, todo lo que le queda de su familia, y no se atreve á reprimirla como debiera, á usar contra ella de medios enérgicos.

—Todo el mundo sabe, dijo Aben-Shariar, que Estefana Barbarigo y su padre no se ven desde hace mucho tiempo; que como el palacio de Barbarigo está partido en dos por un canal, y unido sólo por dos puentes, el padre se ha ido á vivir á la una mitad, dejando libre la otra mitad á su hija; que han sido tapiadas las comunicaciones de la una mitad del palacio con la otra, por el interior de los puentes; que Estefana recibe con entera libertad á quien quiere en su casa, y que con la misma libertad sale sola y va á donde mejor le parece: se cuentan de ella cosas increíbles; aventuras vergonzosas ú orgías miserables; desórdenes de todo género; hasta crímenes.

—Esa es la consecuencia de la impremeditacion y de las locuras de Estefana: pero yo os juro que está pura como un rayo de sol, y que el crimen no ha manchado aún su conciencia: que si bien se la ha visto salir y entrar sola en su palacio, abandonarse en una góndola á aventuras puramente venecianas, estas aventuras no han llegado jamás al límite de la vergüenza ni del escándalo: ha acudido á citas de enamorados, las ha provocado muchas veces, se ha complacido en atormentar á hombres enloquecidos por su hermosura; pero yo tengo en mis manos la conciencia de Estefana: es una de esas mujeres caprichosas á

quienes sus caprichos deshonran, siendo puras, de la misma manera que las corrompidas hipócritas deben á su hipocresía una reputacion de virtud de la que nadie duda.

—Dicen que entre Malatesta y el viejo Barbarigo, hubo por causa de Estefana un suceso demasiado desagradable, y que á causa de este suceso, el padre no atreviéndose por amor á obrar rigurosamente contra la hija, la separó de sí y la dejó abandonada á sí misma.

—Voy á contaros, monseñor, muy brevemente la historia de Estefana, porque comprendo que os importa saberla.

—Acaso más de lo que podeis suponer.

—Pues oid: Giacomo Barbarigo ha sido muy desgraciado: habia quedado á los cincuenta años viudo, sin hijos y sin parientes: esto mortificaba demasiado al orgulloso patricio: cuando un hombre es inmensamente rico, cuando ocupa los más altos cargos del Estado, cuando su nombre está coronado por una aureola de gloria, cuando este nombre ilustrado más y más por él, era ilustre, desde una antigüedad gloriosa, el hombre que este nombre posee, se aterra al solo pensamiento de que su nombre va á terminar en él, á perderse en la historia, á pasar: Barbarigo, pues, pensó en contraer un nuevo matrimonio: pero queria una esposa tal, que no le era muy fácil encontrarla: las damas venecianas que tenian un apellido tan ilustre como el de Barbarigo, las unas estaban tan mal reputadas, que se habian hecho imposibles para un hombre de honor, y las otras no consentian bien en casarse con un hombre que ya pasaba de los cincuenta años, y al que las fatigas de la guerra y los cuidados del gobierno habian envejecido de una manera excesiva.—Barbarigo vió pasar uno, dos, tres, cinco años, desde que se propuso tomar nueva esposa, y ya desesperaba de encontrarla como no bajase sus pretensiones á damas de un rango inferior al suyo, cuando hé aquí que una noche, al abrir por la parte interior el leon de bronce, en cuya boca se arrojaban las delaciones en la puerta del palacio del Consejo de los Diez, encargo de gran confianza que estaba cometido á Barbarigo, como uno de los más respetables miembros del Consejo, encontró un pliego sellado, en cuyo sobre se leía:

«No se abra este pliego, sino en presencia del Consejo de

los Diez, reunido como para tratar de un alto asunto de Estado: uno de los diez ha hecho traicion á la República.

Barbarigo que estaba investido de grandes, de inmensas facultades, y que era y es muy prudente, guardó aquel pliego sin que nadie viese que le habia encontrado en la profunda boca del leon de San Márcos, porque Barbarigo se encerraba, y abria, absolutamente solo por la parte interior, la boca del leon terrible de las delaciones, se fué á su casa, y encerrado en su aposento abrió aquel pliego.

En él encontró una larga y razonada acusacion contra uno de los senadores más ilustres, miembro importantísimo del Consejo de los Diez: se le atribuian inteligencias con el embajador de España en deservicio de Venecia, y tales, que hubieran sido bastantes para causar la muerte y la deshonra perpétua del nombre del acusado. Barbarigo meditó mucho: sabia que aunque aquella delación fuese una falsedad infame, bastaba por sí misma, si de ella se daba parte al Consejo de los Diez, para hacer sospechoso al acusado, y hacerse sospechoso en Venecia, es lo mismo que caer más pronto ó más tarde, en una ejecucion de muerte secreta.

Llamó, pues, al senador Lázaro Fanti, que era el acusado, se encerró con él, y le mostró la acusacion.

—Hacedme justicia, amigo mio, y hacédmela pronto, dijo Fanti con la indignacion del patricio que se siente herido á un mismo tiempo en su honor y en su seguridad: solo hay un hombre que haya podido ser autor de tal infamia: ese hombre es Paolo Malatesta: ese hombre ha osado poner los ojos impuros en mi hija Angiolina, y ha pretendido sobornar á mis criados: estos me han dado parte cumpliendo como leales conmigo, y yo he castigado al miserable como castiga á un tal hombre un hombre de honor: le he buscado, me he batido con él, le he herido, y ha estado postrado en el lecho de resultas de la herida dos meses. Solo de ese hombre sospecho, porque no tengo otro enemigo: obrad vos como magistrado en justicia, y como amigo, con una energía semejante á la que yo desplegaría si vos os encontráseis en una situacion igual.

Barbarigo que es la justicia y el honor personificados en un hombre, no perdió ni un solo instante: Paolo Malatesta fué

preso por un esbirro del Consejo de los Diez, cuando se retiraba solo en su góndola de una de las orgías á que, como acostumbra su hijo César Malatesta, se entregaba todas las noches, y sin que nadie tuviese noticias de su prision, fué conducido á los calabozos del Estado.

Allí le esperaba Giacomo Barbarigo.

Malatesta negó, juró, afirmó que si bien habia tenido un choque sério y de graves consecuencias con Lázaro Fanti, no era su enemigo; pero puesto en el tormento, lo confesó todo: que habia calumniado á Fanti, que habia supuesto en él traiciones que no existian, y que habia procurado por este medio la muerte y la infamia de Fanti, para que su hija Angiolina quedase abandonada y expuesta á sus asechanzas: confesó además que Angiolina jamás habia oido sus revelaciones, y que habia envenenado á su propia mujer, para probar, quedando libre, si Angiolina le queria por esposo, lo que tampoco habia conseguido.

De tal modo habia apretado la prueba del tormento Barbarigo, con tal sagacidad habia interrogado á Malatesta, que habia logrado de él una declaracion, que al mismo tiempo que disculpaba completamente á Fanti, hacia reo de un horrible crimen, á más del crimen de traicion al calumniador, puesto que habia confesado el asesinato de su esposa.

Barbarigo unió á la delacion de Malatesta, su confesion en el tormento, y dió parte de todo al Consejo de los Diez.

El Consejo decretó la muerte de Malatesta. Pero atendido á que llevaba un apellido ilustre, que tenia un hijo pequeño, que es César Malatesta, y para no arrojar una mancha tan fea en el patriciado veneciano, añadió á la sentencia de muerte, la cláusula de que la ejecucion fuese secreta, y que despues de ella se quemase el proceso.

Se decretó asimismo, que su hijo César Malatesta fuese puesto bajo la proteccion y la tutela de la República hasta su mayor edad.

El Consejo, condenando en secreto á un patricio, respetaba al patriciado, se defendia á sí mismo: no queria que el patriciado se desprestigiase entre los ojos de la multitud, y Paolo Malatesta fué extrangulado secretamente en las prisiones del Estado.

Envuelta en el misterio, guardada como un secreto de Estado la muerte de Paolo Malatesta, todo el mundo le creyó perdido, al ver que pasaba un día y otro, un mes y otro mes, sin que apareciese aquel hombre que tanto brillaba por sus riquezas, por sus dispendios, por su altivez, y por sus desórdenes en Venecia.

Al año de la desaparicion de Paolo Malatesta, su hijo César fué adoptado y puesto bajo la tutela de la República.

Al año tambien, se celebraba con gran ostentacion la boda de Giacomo Barbarigo, que ya contaba cincuenta y seis años, con Angiolina Fanti, que solo contaba diez y seis.

Lázaro Fanti, vivamente agradecido al gran servicio que le habia prestado Barbarigo en el asunto de Malatesta, no pudo menos de darle su hija Angiolina, cuando Barbarigo se la pidió por esposa.

Angiolina fué una víctima del agradecimiento de su padre.

Porque Angiolina amaba con toda la fuerza de su primer amor, inspirado por el amor ardiente de un hombre á quien enloquecía la pureza, la hermosura, la juventud y la nobleza de Angiolina.

Jacobo Prospero, que así se llamaba el amante de Angiolina, era un hombre oscuro, un aventurero napolitano, un miserable, pero dotado de cuantos alicientes de figura, de palabra y de seducción, pueden impresionar á una jóven sensible, inexperta, pura.

Angiolina no se atrevió á desobedecer á su padre, y fué esposa de Barbarigo.

Barbarigo comprendió demasiado que era el sacrificador de una víctima: comprendió tambien que Angiolina amaba á otro hombre: pero no podia dudar de su pureza, y lo demás le importaba poco: su objeto era tener un heredero de su nombre, y la naturaleza, que no necesita del amor de la mujer, hizo madre á Angiolina, que dió á luz en el término preciso despues de su casamiento, á Estefana.

Pero algun tiempo despues, Barbarigo al entrar una noche en el aposento de su esposa, le encontró abandonado: Angiolina habia huido.

Jacobo Prospero habia logrado exacerbar la contrariada pa-

sion de Angiolina, y esta, desesperada ya, lo habia arrostrado todo.

Giacomo Barbarigo apuró una desesperacion horrible: se sintió herido á la par en su amor y en su honor, porque habia contraido por Angiolina ese amor desesperado, tenaz, receloso, de los viejos que conocen que no pueden ser amados.

Barbarigo se valió de todo el poder que le daba su alta posicion en la República, para buscar y castigar á los culpables, y la mitad de los esbirros de Venecia se pusieron en su busca: al fin, despues de seis meses de pesquisas, se encontró á Angiolina moribunda en un miserable casucho del Transtévere, en Roma: Angiolina habia sido abandonada por su amante, que la robó las ricas alhajas que la desventurada jóven habia llevado consigo, y avergonzada, arrepentida, desesperada, pros-crita, habia enfermado, y moria entre la miseria y los remordimientos.

En vano fueron cuantos esfuerzos se hicieron para salvarla: en vano Barbarigo, que se trasladó rápidamente á Roma llevando consigo á la pequeña Estefana, la perdonó y la consoló: Angiolina murió sellando un frio beso en la boca de Estefana, y estrechando débilmente con una mano helada, la mano trémula de su viejo esposo.

En cuanto á Jacobo Prosperi, inútilmente fué buscado por todas partes.

Aquel hombre habia desaparecido.

Barbarigo se volvió á Venecia lleno de dolor, y enfermo ya de la terrible dolencia que le aqueja.

VIII.

—¿Y qué enfermedad padece el noble miembro del Consejo de los Diez? dijo Aben-Shariar.

—Está loco, contestó Albano: completamente loco, especialmente desde el dia en que se vió frente á frente y por un asunto gravísimo con César Malatesta, con el hijo de aquel Paolo Malatesta que habia muerto extrangulado en las prisiones secretas de la República.

—Estais minuciosamente informado de la historia de monseñor Giacomo Barbarigo, dijo Aben-Shariar.

—Yo tengo la conciencia de Barbarigo en mis manos, porque soy su médico y su astrólogo.

—¡Ah! entonces nada tiene de extraño que tanto lo sepais: continuad.

—Desde la muerte de Angiolina Fanti, Barbarigo empezó á adolecer de la cabeza, se hizo más taciturno y más misántropo, y para distraerse, sin duda, de sus desgracias, se entregó con más ardor y más asiduidad que nunca á los trabajos del gobierno: él, el más anciano de los senadores, ha podido varias veces ascender á la dignidad de Dux; pero nunca ha querido: él trabaja en la sombra, entre el misterio del Consejo de los Diez, y es, por decirlo así, el alma de la República.

—¡Apesar de estar loco!

—Barbarigo solo está loco cuando encerrado en su cámara, solo, la noche y el silencio le traen el recuerdo punzante de sus desgracias; pero desde el momento en que la luz del dia ilumina las vidrieras de colores de sus balcones, desde el momento en que oye la voz de sus secretarios que van á presentársele cuando aún está en el lecho, cumpliendo sus órdenes, el alma enérgica de Barbarigo pertenece por completo al Estado: el noble anciano se entrega á sus ayudas de cámara, que le visten y le ponen su eterno traje: la toga roja y el birrete rojo del Consejo de los Diez: Giacomo Barbarigo, encorvado bajo el peso de sus ochenta años, se pone á despachar ayudado por los jóvenes secretarios del Consejo de los Diez, los negocios más áridos del Estado, que se confían á su acrisolada lealtad y á su gran experiencia, y Venecia duerme tranquila bajo el amparo de la prudencia, de la sabiduría y del valor de ese glorioso anciano, cuya sangre, cuya inteligencia, cuya vida entera ha estado consagrada al servicio de la República, á pesar de los contratiempos y de las desgracias que el ilustre Barbarigo ha experimentado en el fondo de su hogar, en lo íntimo de su alma.

—Vengamos, vengamos á Estefana, á César Malatesta, al asunto en fin, que me ha traído á veros, señor Tieppolo.

—César Malatesta, como ya os he dicho, es un hombre pro-

caz, al que envalentona su buena fortuna con las mujeres fáciles, sus grandes riquezas, y la proteccion de la República, de quien es ahijado: Barbarigo le amaba y toleraba sus locuras, pero por una idea muy semejante al remordimiento que se agitaba y se agita en el fondo de su alma: parecía que por exceso de amistad á Fantí, y por obtener de él la mano de su hija Angiolina, habia sido más severo de lo que debiera con Paolo Malatesta: parecía que bien podia haberse conmutado la pena terrible que habia sufrido Paolo en otra menos dura: acontecíale, en fin, lo que al juez severo pero honrado que cree que ha ido algo más allá de la justicia al sentenciar á un hombre á muerte: esto hacia que, como por una especie de compensacion al excesivo rigor ejercido contra el padre, Barbarigo fuese demasiado indulgente con las faltas del hijo. Habia además contraído Barbarigo, cierto amor extraño hácia César Malatesta, y hubo un tiempo en que, creyendo las locuras de César hijas de las impremeditacion de la juventud, pensó en casarle con su hija Estefana, que se educaba en un convento.

Tenia además César Malatesta una cualidad que le recomendaba altamente para con el viejo Barbarigo: esta cualidad era su valor. Cuando Malatesta cometia una falta grave, tal como la de promover un escándalo en el seno de una familia, ó la de apalea un esbirro, ú otra semejante, Barbarigo le llamaba, le echaba un largo y duro sermon, le enviaba preso á un convento de capuchinos, y dos meses despues le entregaba el mando de una galera de la República, con la expresa advertencia de que no podia volver á poner los piés en Venecia, sino cuando entrase en su puerto llevando á remolque de su galera una galeota turca ó argelina apresada por él.

Siempre que Malatesta recibia una de estas advertencias, decia á Barbarigo:

—Contad con que dentro de quince dias á lo más, vuelvo á mis aventuras y os doy motivo para que volvais á castigarme.

El viejo senador echaba un nuevo sermon al audaz jóven, y le enviaba desde su palacio á una galera de la República, que inmediatamente se hacia á la vela.

Pocos dias despues, la galera fondeaba en el puerto trayendo una presa bravamente hecha, y á veces gravemente herido á Malatesta.

El viejo le llamaba, elogiaba su valor, le sermoneaba de nuevo, y Malatesta quedaba en libertad de hacer nuevas fechorías.

IX.

Barbarigo, en vista de lo incorregible de César, desistió del proyecto de hacerle esposo de su hija.

Pero como esta pasaba ya de los veinte años, la sacó del convento, y la trajo á vivir á su lado, á su palacio de Venecia.

Estefana que no habia nacido con cualidades á propósito para la larga reclusion en que la habia tenido su padre, salió del convento ansiosa de libertad y esparcimiento.

Desgraciadamente, Barbarigo confió demasiado en la educacion monástica de Estefana, la dejó completamente la mitad de su palacio que corresponde á la izquierda del canal, la rodeó de una escogida servidumbre de ayas, doncellas y criadas, la dió grandes sumas de dinero, y él se encerró en la parte de la derecha del palacio, de la cual no salia sino una vez al dia para ir á abrazar á su hija, que tenia sagacidad bastante para engañar á su padre, con su palabra inocente y tímida, y con su semblante cándido y pudoroso.

He observado constantemente, que aquellos que son más experimentados y más inteligentes, aquellos que ven más claro en cuanto no tiene una relacion íntima con ellos, son los más ciegos y los más confiados en cuanto más de cerca y más trascendentalmente les toca.

Barbarigo, el prudentísimo, el sagaz gobernante, el hombre que venia á ser la providencia de Venecia, el loco en la soledad, el cuerdo en el despacho, fué completamente ciego respecto á su hija.

La creyó un ángel, y Estefana era un demonio.

Era el fruto del martirio de su madre; de otra equivocacion de Barbarigo.

Este no veía á su hija más que durante media hora, por las mañanas, y siempre á punto que la campana de San Márcos tocaba á misa.

La regularidad de las ocupaciones de Barbarigo lo exigía así.

Estefana sabia que excepto durante aquella media hora, era completamente libre.

Pródiga y gastadora, habia acabado por corromper completamente á fuerza de oro á su servidumbre.

Fiera por altivez y por desamor, era sin embargo apasionada por las impresiones fuertes: Mesalina de nuevo género, ayudada por servidores corrompidos, encubierta por un antifaz, y resguardada por condotieros, Estefana corria aventuras nocturnas, asistia á citas peligrosas siendo un misterio para todos, y más de una vez estas aventuras producian riñas sangrientas en que solia quedar algun hombre muerto. Los agentes secretos de la República sabian esto, pero callaban por consideracion al respetable Barbarigo, temerosos de herir su corazon de padre: constábase además, que Estefana era un misterio, que nadie la conocia, que se llamaba la hermosa dama negra, y que nadie habia sido su amante afortunado.

Pero se cruzó al paso de Estefana César Malatesta, y Estefana, como ya os he dicho, se propuso castigar la presuncion de César: él fué el primero que tuvo citas con ella en los canales, en la oscura litera de una góndola, en la que siempre iba un esbirro, sin que ella lo supiese, porque al fin el Consejo de los Diez habia tenido noticia de las locuras de Estefana, la habia vigilado, y no decia una soia palabra á Barbarigo por no amargar su vejez.

X.

Una noche al fin, el esbirro que vigilaba la puerta del palacio donde vivia Estefana, vió lo que nunca habia visto: esto es, abrirse la puerta del palacio á la media noche, no para dar salida á Estefana, que esto sucedia con suma frecuencia, sino para dar entrada á un hombre.

El Consejo de los Diez tuvo inmediatamente noticia de ello: pero por la alta categoría de Barbarigo, el espionaje de la República no podía ejercerse directamente dentro de su misma casa.

Interrogóse sin embargo á las ayas y á las doncellas, se las aterró, y se supo que Estefana se encerraba en su aposento con César Malatesta.

XI.

No podía comprenderse el extraño plan de Estefana, de mortificar de cerca, de irritar, de castigar, en una palabra, haciéndole comprender un imposible, al seductor acostumbrado á los triunfos del amor: creyó como debía creerlo, que Estefana manchaba el nombre de su padre, y el Consejo de los Diez no se creyó autorizado para encubrir este vergonzoso secreto, para dejar de darle á conocer á Barbarigo.

Uno de los miembros más ancianos del Consejo, tomó sobre sí el desagradable encargo de despertar de su ciega confianza á Barbarigo, y este lo supo todo con una dolorosa sorpresa.

XII.

Barbarigo calló también, estrechó la mano de su viejo compañero, le dió las gracias con voz trémula por el cuidado que se tomaba por su honra, y aquella misma noche, al dar las doce, Barbarigo atravesó uno de los puentes que enlazan la una mitad de su palacio con la otra, y se presentó de repente y cuando no era esperado, en las habitaciones de Estefana.

Si Barbarigo en aquella situación hubiera podido tener serenidad y calma, se hubiera convencido de que, si bien Estefana cometía una grave imprudencia recibiendo en su habitación y en las altas horas de la noche, á un hombre tal como César Malatesta, por otra parte, nada impuro había en aque-

lla entrevista: Malatesta estaba, y lo está, verdaderamente enamorado: Malatesta, en los momentos en que se acercaba Barbarigo al aposento de su hija, la suplicaba que consintiese en ser su esposa: la rogaba que le permitiera pedirla á su padre; y ella le escuchaba como siempre, sonriendo de una manera fria, de una manera desesperante, mortificándole, sujetándole á su voluntad, gozando en ver rendido á sus piés á aquel terrible burlador de mujeres, prohibiéndole que buscara la autorizacion de sus pretensiones en Barbarigo.

Todo esto pudo oírlo el irritado padre; pero nada de esto oyó: la cólera, el dolor, la vergüenza le cegaban: entró erguido y terrible como un hombre en la fuerza de su vigor, encontrando este vigor á pesar de sus años en su cólera, con la espada en la mano, resuelto á matar á aquellos dos seres que así le afrentaban.

Pero aquel vigor fué pasajero: Malatesta asustado al ver á Barbarigo que se encaminaba trémulo de cólera hácia Estefana espada en mano, se interpuso, paró con su brazo el débil golpe del anciano, y en un momento de irreflexiva soberbia, le arrancó la espada de la mano que ya no podía sostenerla.

Barbarigo lo olvidó entonces todo, y en el colmo de su furor gritó, llamó á los criados; pero no acudió nadie: los que podían oírle estaban vendidos á Estefana: estaban además cerradas todas las puertas, excepto las que ponian en comunicacion con la habitacion de Estefana, la parte del palacio en que habitaba Barbarigo.

Estefana comprendió que eran tales las apariencias contra ella, en la situacion en que se encontraba, que no permitian disculpa alguna, y guardó un altivo y frio silencio: Malatesta, confundido, avergonzado por la primera vez de su vida, callaba tambien: Barbarigo empezaba á caer en uno de aquellos terribles períodos de locura, que solo conocian sus más allegados servidores: parecióle que detrás de César Malatesta, veia el semblante lívido de Paolo Malatesta su padre, estrangulado en los calabozos secretos del Estado: parecióle que aquella boca horrible sonreía satisfecha, llena de un feroz placer por su venganza: vió á Angiolina Fanti, á la adúltera, á

la miserable, que se ponía ante él y su hija, que protegía á Estefana, que decía con voz ronca:

—Yo te aborrecía: tú me habías atado miserablemente á tu fría y horrible vejez: mi hija se ha nutrido en mis entrañas con mi ódio hácia tí: tú sembraste lágrimas y coges un fruto ácido y ponzoñoso: tú mereces tu suerte desesperada, porque tú me sentenciaste á la desesperacion.

Y le parecia á Barbarigo que la sombra de Angiolina lanzaba una carcajada de desprecio y de venganza satisfecha, y que entre aquella risa diabólica escuchaba la voz de Paolo Malatesta que decía rugiente:

—¡Tú contra mí fuiste más allá de la justicia! ¡tú fuiste á un tiempo juez tirano, y verdugo cruel! ¡yo te maldigo!

Y creía el desdichado anciano escuchar otra horrible carcajada.

Y todos sus recuerdos, todas sus glorias, todas sus desgracias, todos sus dolores, todos sus sueños adormecidos, fueron tomando cuerpo, color y vida en su fantasia, hasta el punto en que se creyó rodeado de un infierno, y huyó despaavorido, loco, terrible, gritando al huir de una manera espantosa.

—¡Malditos! ¡malditos! ¡malditos seáis!

XIII.

Estefana al día siguiente, y Barbarigo algun tiempo despues, me contaron este terrible suceso, buscando ambos en la ciencia de los sueños, en la astrología, un remedio á la enfermedad de su espíritu.

Por eso os he dicho monseñor, que yo tengo en mis manos la conciencia de Barbarigo, y del mismo modo puedo deciros, que conozco hasta su seno más lóbrego el corazón de Estefana.

XIV.

—¿Y qué resultado tuvo este terrible suceso?

—El mas extraño que podeis pensar, monseñor: Barbarigo creyó que él era el culpable, puesto que habia asesinado exagerando su castigo á Paolo Malatesta, y aprovechando aquella venganza ofrecida á Fanti para obligarle á darle por esposa á su hija Angiolina: creyó que César Malatesta y Estefana no eran otra cosa que instrumentos de que se valia el cielo para castigarle, y nada hizo contra su hija, ni contra César Malatesta: mandó á su tesorero entregase á Estefana, no solo la herencia de su madre, sino tambien toda su hacienda, reservándose solo una parte, cuanto era necesario para sostener su rango: cerró las comunicaciones de la parte del palacio en que vivia, con la parte del mismo en que vivia Estefana, y se consideró y se considera solo en el mundo.

—Pero esa es una exageracion: si Barbarigo indignado por los crímenes de Paolo Malatesta exageró de buena fé el castigo, si creyó justa aquella exageracion, si despues más sereno comprendió la excesiva severidad del castigo, si amparó á César Malatesta, si por otra parte sufrió con la fuga de Angiolina la pena severísima de su falta por haberse unido ya viejo á una niña, abusando en su favor de la autoridad paterna, en nada de esto debió ver una justificacion de la incalificable conducta de su hija, de la infamia de César Malatesta.

—Barbarigo está loco, y como ha sido severo y rígido para todo el mundo, es severo y rígido para consigo mismo. Es el hombre más desgraciado que conozco y más digno al mismo tiempo de una suerte mejor.

—¿Y Estefana y César Malatesta, no han procurado calmar de la única manera posible, con su casamiento, con su amor, los dolores de ese infeliz anciano?

—No: Estefana no ama á su padre y aborrece á Malatesta: este por su parte ha comprendido que ha sido un juguete de Estefana, y su amor se ha convertido en una venganza, en un empeño tenaz que puede traer una situacion gravísima: Estefa-

na se ha enamorado al fin: ha encontrado el hombre que soñaba, y ha empezado á cometer por él graves imprudencias. Ese hombre es el rey don Sebastian de Portugal, ó como querais, Gabriel de Espinosa.

—¿A qué vino á vuestra casa, señor Tieppolo, Estefana, la noche en que conoció á Gabriel de Espinosa?

—A pedirme dos cosas: su horóscopo y un veneno: la levanté figura, la dije que estaba destinada á producir grandes sucesos, y la dí parte del veneno que delante de vos he puesto en el vino que ya habrá bebido ese pobre Cristophano, á quien vos habeis sentenciado, monseñor.

—¿Y para quién queria ese veneno Estefana?

—Para César Malatesta.

—¡Ah! ¡Estefana mata!

—Estefana es terrible.

—¿Y ese veneno, señor Tieppolo, es activo?

Como si la casualidad se hubiera encargado de contestar á Aben-Shariar, se oyeron grandes gritos, más que gritos, alaridos de dolor, de una persona que se acercaba.

Aben-Shariar y el doctor Albano se pusieron de pié, como si á los dos los hubiera lanzado un resorte de las sillas que ocupaban y miraron á la puerta de entrada.

XV.

Por ella apareció un momento despues el negro Cristophano.

Venia desencajado, aterrado, se veia correr un sudor copioso por su negro semblante, y se oprimia con ambas manos el estómago.

—¡Oh! por caridad, señor, esclamó, arrojándose á los piés de Tieppolo: ¡yo no quiero morir! ¡yo no he merecido la muerte! ¡vos podeis evitar los efectos del veneno que habeis puesto en el vino, que yo he bebido! ¡ved señor, que hay un Dios en los cielos y una justicia en la tierra!

Y el desgraciado se abrazaba á las rodillas del doctor.

—¡Ved! dijo Tieppolo, con una serenidad horrorosa á Aben-